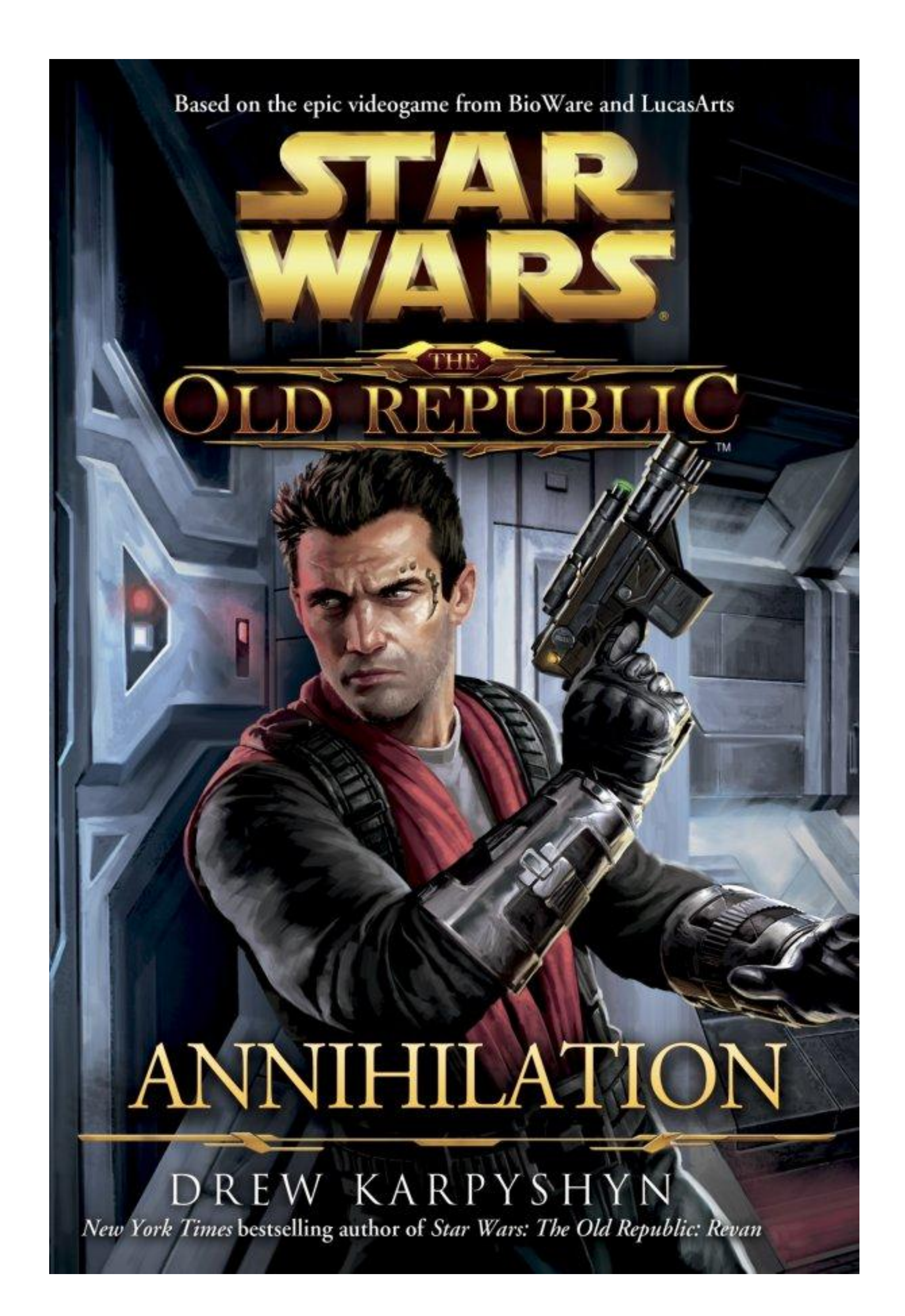


Based on the epic videogame from BioWare and LucasArts
STAR WARS
THE OLD REPUBLIC
ANNIHILATION
DREW KARPYSHYN
New York Times bestselling author of Star Wars: The Old Republic: Revan

El Imperio Sith está en un estado de cambio constante. El Emperador ha desaparecido, y se lo presume muerto, y el intento de un ambicioso Lord Sith de apoderarse del trono ha terminado fatalmente. Aún así, Darth Karrid, comandante de la temible nave de combate imperial *Lanza Ascendente*, continúa su incansable esfuerzo para lograr la dominación total de la galaxia por parte de los Sith.

Pero la implacable determinación de Karrid es más que igualada por la férrea resolución de Theron Shan, cuyos asuntos pendientes con el Imperio podrían cambiar el curso de la guerra para siempre. A pesar de ser hijo de una Maestra Jedi, Theron no puede usar la Fuerza, pero al igual que en su renombrada madre, el espíritu de rebelión corre por su sangre. Como agente encubierto de la República, le asestó un golpe crucial al Imperio al exponer y destruir un arsenal de superarmas sith… lo que lo convierte en el agente ideal para una arriesgada y peligrosa misión para acabar con el reinado de terror de la *Lanza Ascendente*.

Acompañado por la impulsiva contrabandista Teff'ith, con quien tiene un inexplicable vínculo, y el sabio guerrero Jedi Gnost-Dural, el antiguo maestro de Darth Karrid, Theron debe enfrentar su ingenio y armas con la tripulación probada en batalla de una de las discípulas del lado oscuro con más sangre fría. Pero el tiempo es brutalmente corto. Y si no aprovechan su única oportunidad para el éxito, sin duda tendrán un sinnúmero de oportunidades para morir…





Aniquilación

Drew Karpyshyn



Título original: *The Old Republic: Annihilation*

Autor: Drew Karpyshyn

Arte de portada: LucasArts

Publicación del original: noviembre 2012

3640 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: CiscoMT

Revisión: Satele88

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

16.04.14

Base LSW v2.1

DECLARACIÓN

Para Jennifer, la razón de todo

AGRADECIMIENTOS

Aunque mi nombre es el que aparece en la portada de este libro, como en cualquier novela de Star Wars no podía haberse reunido sin la contribución de muchas otras personas. Theron Shan y Teff'ith fueron introducidos primeramente en la serie de comics Star Wars: La Antigua República: Los Soles Perdidos, así que tengo que agradecer a Alexander Freed y a los compañeros de Dark Horse Comics por crear tales personajes divertidos y memorables. Similarmente, Jace Malcolm, Satele Shan, y varios otros personajes que aparecen en Aniquilación fueron creados originalmente por el equipo de Star Wars: La Antigua República en BioWare, así les tengo una deuda de gratitud también.

También quiero a agradecer a todos en Del Rey y LucasBooks, en particular a mis editores, Frank Parisi y Jennifer Heddle. Tejer una nueva historia en un trasfondo colaborativo como el universo Star Wars siempre es una proposición delicada, y no podría haberlo hecho sin todos sus comentarios y ayuda.

Finalmente, me gustaría dar un agradecimiento especial a todos los fans de mi escritura: Sin vuestro apoyo, no estaría donde estoy hoy.

DRAMATIS PERSONAE

Theron Shan; Agente del Servicio de Información Estratégica de la República (humano)

Marcus Trant; Director del Servicio de Información Estratégica de la República (humano)

Jace Malcom; Comandante Supremo de la milicia de la República (humano)

Satele Shan; Gran Maestra de la Orden Jedi (humana)

Gnost-Dural; Maestro Jedi (hombre kel dor)

Teff'ith; Contrabandista de la Hermandad de la Antigua Tion (mujer twi'lek)

Gorvich; Contrabandista de la Hermandad de la Antigua Tion (humano)

Darth Karrid; Lord Sith (mujer falleen)

Darth Marr; Lord Sith (humano)

Ministro Davidge; Ministro Imperial de Logística (humano)

Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana…

PRÓLOGO

EL AIRE DENTRO DE LA CUEVA era frío, pero un leve brillo de respiración envolvía la piel de Satele Shan. La piedra dura, desnivelada se clavaba en su espalda y hombros a través de la manta sobre la que estaba tumbada. Ella se elevó y se retorció para escapar de la incomodidad, la luz tenue de los bastones brillantes ejercían la sombra de sus extremidades retorciéndose en una danza grotesca en el muro alejado.

—Trata de permanecer en calma, Satele.

El Maestro Ngani Zho, el mentor que la había llevado al santuario de esa cueva, hablaba suavemente, pero su voz profunda todavía resonaba en los confines cercanos de su refugio oculto.

En el exterior, la galaxia estaba envuelta en la guerra. Los Sith, enemigos antiguos de la Orden Jedi hace mucho considerados extintos, habían vuelto para amenazar la existencia de la República que había permanecido durante miles de años estándar.

Satele Shan había visto los horrores de esta guerra de primera mano, luchando con sus compañeros Jedi junto a los soldados de la República contra las hordas enemigas. Había visto mundos arder. Había visto amigos morir. Había sufrido más de lo que jamás imaginó que podía sufrir y había sobrevivido. Aún así el dolor que experimentaba ahora era algo completamente diferente.

No hay emoción, hay paz.

El mantra de los Jedi la ayudó a centrarse, y ella cerró sus ojos mientras trataba de atraer la Fuerza para calmarse. Pero su cuerpo se negaba a obedecer a su mente, y en vez de un patrón lento de inhalar-exhalar, su aliento continuó llegando en jadeos irregulares, rápidos.

Los Maestros en la academia Jedi nunca la habían preparado para esto. ¿Cómo podrían haberlo hecho?

—¡Satele! ¿Puedes escucharme? ¿Estás bien?

Sus ojos se abrieron automáticamente en respuesta a la voz de Ngani Zho. Apretando sus dientes mientras otra ola de agonía la inundaba, ella sólo podía asentir en respuesta, sus dedos aferrando su mano mientras trataba de reunir las fuerzas para mantenerse a través de esta dura experiencia.

—Ya casi estamos, Satele. Sólo un empujón más.

La última contracción se sentía como si la estuviera desgarrando, pero ella siguió las instrucciones de su Maestro y empujó pese al dolor. Satele gritó, y entonces de repente el dolor terminó. Un instante después los llantos fuertes de un niño —su niño— llenaban la cueva.

—Es un niño, Satele, —dijo el Maestro Zho mientras cortaba el cordón umbilical—. Tienes un niño.

Satele había sabido que el niño que llevaba era un varón desde hacía meses; lo había sentido a través de la Fuerza conforme su vida se volvía fuerte con ella. Pero escuchar las

palabras en voz alta de algún modo le hacía sentir que era más real. Ella había traído vida a una galaxia inundada de muerte.

—Aquí, Satele, —susurró el Maestro Zho, tendiéndole al infante.

Exhausta, luchó para encontrar la fuerza suficiente para alcanzarlo con sus brazos agotados. Ngani había envuelto al bebé en una manta de paño; cálido y envuelto como lo había estado en el útero, ya no estaba llorando.

Llevando al niño cerca de su pecho, no podía evitar preguntarse qué destino había escogido la Fuerza para su hijo. Ella no tenía dudas de que su camino sería uno difícil, porque en esos tiempos oscuros no había ningún camino fácil. ¿Qué rol jugaría en el destino de la galaxia?

Ella sabía su propio rol lo suficientemente bien: Satele Shan, heroína de la República, parangón de la Orden Jedi. Poderosa en la Fuerza. Era una campeona de la luz; un símbolo; un icono.

Las tropas la veían como la personificación de todo por lo que se alzaban los Jedi y la República. Y era por eso por lo que había sido forzada a ocultar su embarazo. Durante los primeros meses había sido simple, las túnicas amplias de los Jedi había cubierto fácilmente el hinchazón de su bebé. Pero en los últimos meses fue necesario un ardid más elaborado.

No podía haberlo hecho sin la ayuda del Maestro Zho. Cuando su condición se volvió imposible de concebir y había sido forzada a ocultarse, le había dicho al Consejo Jedi y a los líderes de la milicia de la República que él había mandado a Satele en una misión vital, algo de lo que no podía hablar por miedo a poner en peligro su vida. Dada la reputación impecable del Maestro Zho, nadie le había cuestionado.

Ahora, sin embargo, la misión se había terminado. Era hora de que ella volviera; la República había luchado demasiado tiempo sin su campeona. El avance implacable del Imperio Sith había ido demasiado lejos. Ella ya no podía ignorar la necesidad de la República.

—¿Estás segura sobre esto, Satele? ¿No lo quieres reconsiderar?

Satele miró abajo al bebé descansando tan pacíficamente en sus brazos, y se dio cuenta de que atesoraría este momento por el resto de su vida. Cuando fuera que tuviera miedo o estuviera sola o se sintiera consumida por la pena, podría atraer a su memoria la primera vez que sostuvo a su hijo.

En las primeras fases de su embarazo, había luchado contra sus sentimientos maternales mientras sentía la vida creciendo en su interior. Había tratado de racionalizar sus instintos protectores como nada más que una imperativa biológica, un mecanismo evolutivo para asegurar la propagación de las especies. Pero conforme las semanas y los meses pasaban, se dio cuenta de que su amor por su niño nonato era más que sólo biología y hormonas. El vínculo emocional era real, y su deseo de hacer cualquier cosa —asumir cualquier riesgo o cometer cualquier acto— para proteger a su hijo era casi abrumador.

Ella haría cualquier cosa en su poder para protegerle, incluso cosas terribles, violentas. Pondría sus necesidades sobre todas las demás, incluso si eso significaba que un planeta entero debiera sufrir para ahorrarle el dolor. Dada su posición y su poder, eso era inaceptable.

—Prometiste que te lo llevarías, —dijo Satele suavemente, mirando hacia abajo hacia los ojos amplios, perplejos del niño.

—Lo haré, —le aseguró Ngani—. Si eso es lo que aún quieres.

—Lo que yo quiera no tiene nada que ver con eso, —musitó ella conforme reluctantemente le devolvía al niño a su Maestro—. Por el bien de la galaxia, esto es lo que debe ser.

Conforme él cogía al niño de sus brazos, el momento de mayor gozo que jamás conocería terminó. El niño empezó a gimotear, así que Ngani se irguió y empezó a cruzar atrás y adelante a lo largo del suelo irregular de la cueva. El movimiento parecía calmar al niño, para alivio de Satele.

—¿Y estás segura de que no quieres decírselo al padre? —su Maestro preguntó mientras caminaba.

—No. Es un buen hombre, pero hay oscuridad en él.

Ngani asintió, aceptando su decisión.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó él.

Satele fue momentáneamente cogida por sorpresa. Él nunca le había preguntado por el nombre del padre antes, y ella nunca se lo había ofrecido. Entonces se dio cuenta de que estaba hablando del bebé.

—Tú vas a criarlo, —dijo ella sacudiendo la cabeza—. Tú deberías escoger su nombre.

El Maestro Jedi dejó de caminar y apuntó hacia ella con una mirada que recordaba de sus días como Padawan.

—Tú eres su madre. Su nombre debería venir de ti.

Satele giró su cabeza a un lado y cerró sus ojos conforme el cansancio se lavaba fuera de ella.

—Theron, —murmuró ella—. Su nombre es Theron.

CAPÍTULO 1

THERON SHAN CAMINABA RÁPIDAMENTE a través de las calles a rebosar del Paseo de Nar Shaddaa. Sus características modestas —piel pálida, pelo marrón, ojos marrones, constitución media— le permitían mezclarse fácilmente entre la multitud. Los implantes cibernéticos visibles alrededor de su ojo izquierdo y su oído izquierdo eran sus características más distinguidas, pero él no era el único que los llevaba en Nar Shaddaa, y normalmente no atraían atención no deseada.

La luna controlada por los Hutt era un paisaje de extensiones urbanas sin trabas, marcado por los elevados rascacielos embutidos demasiado cerca juntos y los estridentes carteles, brillantes, que dominaban el horizonte tan lejos como el ojo podía ver en cada dirección. A veces llamada la Pequeña Coruscant, era difícil aceptar Nar Shaddaa como un verdadero homenaje al mundo capital de la República; a los ojos de Theron era más bien una grotesca parodia.

Coruscant había sido diseñada con un ojo a la estética: había un flujo placentero hacia el paisaje de la ciudad y un estilo consistente y complementario a la arquitectura. La ciudad estaba cuidadosamente dividida en varios distritos, haciéndola fácil de navegar. Los pasos de peatones estaban abarrotados pero limpios, el flujo sin fin de speeders aéreos por arriba permanecía dentro de las carreteras de tráfico diseñadas. En Coruscant, había un inequívoco sentido del orden y el propósito. A veces, Theron la encontraba positivamente agobiante.

Aquí en la Luna de los Contrabandistas, sin embargo, era un glorioso todo vale. Edificios residenciales en decadencia estaban esparcidos anárquicamente entre estructuras comerciales de aspecto sórdido; las fábricas lindaban con los restaurantes y clubs, sin importar las nubes tóxicas de porquería esparciéndose sobre los clientes habituales. Sin normas de tráfico en vigor, los speeders aéreos y las bicis swoop se lanzaban y se hundían en direcciones aparentemente aleatorias, en ocasiones volando tan bajo que los peatones los esquivaban y cubrían sus cabezas.

Conforme Theron giraba una esquina, se dio cuenta de que alguien le estaba siguiendo. No había visto a nadie realmente tras él, pero podía percibirlo. Podía sentir los ojos observándole, teniéndolo en la mira, midiéndole como objetivo.

El Maestro Ngani Zho, el Jedi que le había criado, probablemente habría clamado que la alerta de Theron venía a través de la Fuerza. Pero pese a venir de una larga línea de famosos Jedi, Theron no era uno de los de la Orden. De hecho, no tenía del todo ninguna conexión especial con la Fuerza.

Lo que sí que tenía era una década valiosa de experiencia trabajando para el Servicio de Información Estratégica de la República. Había sido entrenado para percatarse de los detalles diminutos; para estar hiperconsciente de su entorno todas las veces. E incluso aunque su mente consciente estuviera distraída por detalles de su misión actual, su mente subconsciente había escogido instintivamente algo que había activado las alarmas en su cabeza. Sabía que era mejor no ignorarlas. Con cuidado de no romper el paso, girar su

cabeza, o hacer cualquier otra cosa que pudiera avisar a su perseguidor, Theron usaba su visión periférica para escanear el área.

Al nivel de la calle, todo era un revoltijo caótico de colores brillantes, destellantes. Un asalto constante desde un ejército de señales rosas, moradas, verdes, y azules y los carteles proveían de un camuflaje perfecto para quien fuera que le estuviera siguiendo. Afortunadamente la intensidad del neón inevitable estaba amortiguada por la capa de mugre que colgaba de cada superficie, un recordatorio de la contaminación sin comprobar de la atmósfera que finalmente transformaría Nar Shaddaa en un páramo inhabitable.

No era fácil captar a alguien que pareciera sospechoso de entre la multitud. La población de la Luna de los Contrabandistas era tan variada, impredecible, y sórdida como el entorno. En los años desde que se firmara el Tratado de Coruscant, los Hutts habían permanecido incondicionalmente neutrales en la guerra fría en marcha entre la República y el Imperio Sith, haciendo de Nar Shaddaa un punto de reunión común para los elementos criminales de todas las esquinas de la galaxia: esclavistas del Sol Negro, carteristas rodianos, estafadores twi'leks, traficantes de estimulantes chevin. Cualquiera y toda actividad ilícita era tolerada en Nar Shaddaa, siempre que los Hutts se llevaran tajada.

Todavía, estaban aquellos demasiado avariciosos o estúpidos para interponerse a los Hutts en su acción. Entonces lo que pasaba eran las consecuencias. Las cosas se volvían un desastre.

¿Es eso de lo que va esto? Se preguntó Theron. *¿Morbo va tras de mí? ¿Mandó a alguien para que me eliminara?*

Pasó junto a la estatua de Karraga el Inflexible que dominaba el Paseo. Aunque había estado en Nar Shaddaa muchas veces, no podía evitar detenerse un segundo y agitar su cabeza incrédulo: un Hutt de treinta metros de alto hecho de oro sólido era demasiado ostentoso para ignorarlo. Agitar su cabeza también le dio una oportunidad de mirar rápidamente de lado a lado para captar la mirada de alguien dirigiéndose a una puerta a su izquierda. No tenía una buena vista de quien fuera que fuera, pero el movimiento repentino era lo suficientemente poco natural como para destacar.

Alguien trabajando solo. Podría ser un atracador. O un asesino entrenado.

Theron tenía una agenda apretada; era hora de forzar la acción. Giró por una angosta calle lateral, dejando la peor de las multitudes —y la relativa seguridad que proveían— detrás. Fuera de la vía pública principal había menos luces de neón y más esquinas sombrías. Si el que le seguía iba a intentar algo, este era el lugar perfecto para hacer un movimiento.

Un ligero zumbido en el implante cibernético en su oído derecho le alertó de una transmisión entrante. Sólo había una persona que supiera de su frecuencia privada. Theron tenía que coger la llamada.

—Acepto la entrada, —susurró. Más fuerte, dijo—, director.

—Theron. —El jefe del Servicio de Información Estratégica, como a menudo lo hacía, sonaba enojado—. ¿Dónde estás?

—De vacaciones, —contestó Theron—. Me he tomado algo de D y R[1]. ¿Recuerda?

Theron se dio cuenta de que la llamada del director podía servirle de ventaja. Quien fuera que le estuviera siguiendo pensaría que estaba distraído, vulnerable. Todo lo que tenía que hacer era pretender estar distraído mientras escuchaba a su acechador acercarse sigilosamente cerca, entonces de repente cambiarían las tablas.

—Vacaciones, ¿eh? —el Director refunfuñó en su oído mientras Theron continuaba adentrándose en el callejón desierto—. Eso es divertido, porque tengo un informe de que uno de nuestros agentes de campo ha sido avistado husmeando en Nar Shaddaa.

—¿Estás vigilándome?

—¿Qué estás haciendo en Nar Shaddaa? —demandó el Director.

—Quizás sólo es que me gusta el clima.

—¿Las nubes de niebla tóxica y la lluvia ácida? No es probable. Estás en algo.

Bueno, ahora mismo estoy a punto de ser emboscado en un callejón oscuro, pensó Theron.

En voz alta, dijo,

—Me estoy ocupando de algunos asuntos personales.

—¿En qué está metido Teff'ith ahora? —preguntó el Director con un suspiro.

Incluso aunque no podía ver al hombre al otro extremo de la llamada, Theron podía hacerse una imagen de su jefe frotándose las sienes exasperado.

—Teff'ith no es una niña mala, —insistió Theron—. Sólo que tiende a caer con la gente equivocada.

—Imagino que eso explica cómo acabó trabajando contigo, —refunfuñó el Director.

Theron había parado de caminar, y estaba en pie con una mano alzada hacia el enlace cibernético de su oído, mirando directamente adelante.

Debería también haber llevado una señal que dijera, ¡ven y cógeme! Hora de hacer tu movimiento, quien sea que seas.

—Ngani Zho vio algo especial en ella, —le dijo Theron al Director.

—Sé que el Maestro Zho te crio, pero en el momento en que se encontró con Teff'ith él estaba… perturbado.

Casi dices loco, ¿no?

—Ella tiene contactos clave en los suburbios, —explicó Theron—, y sabe cómo manejarse en un punto duro. Necesitaremos un favor de ella algún día. Sólo estoy buscando una ventaja potencial.

—¿Qué te hace pensar que ella nos ayudaría? ¿No dijo Teff'ith que te mataría si volvía a verte?

—Entonces me aseguraré de que no me vea.

—Odio hacer esto, Theron, —dijo el Director con otro suspiro—. Pero te ordeno que salgas de Nar Shaddaa. Es por tu propio bien.

[1] Descanso y Relax, R and R en el original (Rest and Relax). *(N. del T.)*

Theron sintió la inconfundible forma de la punta de una vibroespada presionando contra su espalda y una voz profunda gruñó,

—¡Muévete y estás muerto! —en su otro oído.

—Te preocupas demasiado, —dijo Theron al Director, manteniendo su voz ligera—. Todo está bajo control. —En un susurró añadió—, desconectar, —y el comunicador en su oído se desconectó.

—¡Alza las manos! —gruñó su asaltante al que no había visto.

Theron lentamente alzó sus manos en el aire, silenciosamente maldiciéndose a sí mismo por dejar que su asaltante llegara tan cerca.

No lo había escuchado siquiera llegar. ¿Soy realmente tan torpe, o él tan bueno?

—Suelta la pistola.

Las palabras eran en básico, pero la voz definitivamente no era humana, demasiado profunda, demasiado retumbante. El que hablaba era grande, pero sin girarse no había forma de que Theron determinara con qué especie estaba tratando.

El comunicador en su oído zumbó de nuevo, pero esta vez Theron ignoró la llamada del Director. Chasqueó sus dientes dos veces, temporalmente desactivando los cibernéticos para que pudiera centrarse en salir del callejón vivo.

—¡He dicho que sueltes la pistola!

La orden fue acentuada con un pinchazo de la espada contra la espalda de Theron. Alcanzando abajo lentamente, Theron deslizó su pistola bláster desde la pistolera en sus caderas y la dejó caer al suelo. Brevemente consideró hacer un movimiento; había una docena de formas de las que podía intentar sorprender y desarmar a su oponente. Pero sin saber exactamente con quién o qué estaba tratando, era demasiado arriesgado.

Paciencia. Analiza la situación. Espera tu oportunidad.

—Esas son unas protecciones de muñeca bien sofisticadas. Quizás tienen un dardo envenenado o la localización de un bláster dentro, ¿cierto? Suéltalos.

Cualquier esperanza que tuviera Theron de coger a su asaltante por sorpresa con las armas de sus brazaletes personalizados se desvaneció conforme desabrochaba las bandas de metal de sus antebrazos y las dejaba caer a sus pies.

El hecho de que su asaltante hubiera percibido los brazaletes como armas potenciales también significaba que éste no era algún tipo de atracador común y corriente. Un operativo Imperial probablemente reconocería los brazaletes, pero no tenía sentido que ninguno de ellos tuviera a Theron como objetivo en un mundo controlado por los Hutts… especialmente ahora que la Inteligencia Imperial había sido desmantelada oficialmente. Eso sólo dejaba otra única probable —e inquietante— opción: un cazarrecompensas o un asesino trabajando para Morbo el Hutt.

—Ahora gírate, lentamente.

La presión de la espada se aligeró conforme el emboscador daba un paso atrás. Theron se giró para ver a un houk de piel violeta alzándose sobre él, su torso fornido y extremidades gruesas y musculares, parecían llenar la amplitud entera del callejón

angosto. Sus características de rana estaban situadas en un sombrío ceño, sus ojos fijos intencionadamente en su víctima.

Estaba bastante seguro de que el houk no tenía refuerzos, se habría dado cuenta si hubiera más de una persona siguiéndole. Pero incluso si estaba actuando solo, Theron no era rival para los crudos músculos del enorme bruto. Bajo condiciones normales podría haber compensado lo que le faltaba de fuerza con velocidad, pero en el espacio confinado del callejón angosto evitar la mortal vibroespada sería difícil… especialmente si el houk había sido entrenado en la lucha en espacios reducidos. Dada su elección de arma, Theron tenía que asumir que se estaba enfrentando a un oponente capaz y mortal.

—¿Cuál es tu interés en Morbo? —demandó el houk.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando, —dijo Theron, sus hipótesis anteriores sobre su emboscador trabajando para le Hutt fueron aparentemente confirmadas.

—Te he visto husmeando en el lugar de Morbo en los últimos tres días, —gruñó el houk—. Miénteme de nuevo, y no preguntaré tan amablemente la próxima vez, —añadió él, moviendo la vibroespada hacia atrás y adelante con énfasis.

La amenaza no molestó a Theron ni de cerca tanto como el darse cuenta de que le habían reconocido durante sus viajes de reconocimiento al club de Morbo.

—Nunca te vi en el Morbos, —admitió Theron—. No pensé que nadie me viera a mí, tampoco.

—He sido entrenado para saber qué buscar, —contestó el houk.

¿Entrenado? Se preguntó Theron. *¿Por quién? ¿La Inteligencia Imperial?*

Como si hiciera eco de sus propios pensamientos, el houk preguntó,

—¿Para quién trabajas?

Theron no iba a revelar su conexión con el SIE, y sospechaba que otra respuesta evasiva se encontraría con violencia.

—¡Dispara ahora! —gritó Theron, como si llamara a un cómplice oculto.

La cabeza del houk se giró sólo una fracción conforme reaccionaba al farol de Theron.

Apoderándose de la distracción, se lanzó con una rápida patada hacia el abdomen del houk. El impacto no le causó verdadero daño, pero momentáneamente noqueó al gran alien desequilibrándole, dándole a Theron más espacio para operar.

Él ya estaba retrocediendo en anticipación al contraataque; incluso entonces, apenas evitó la arremetida esperada de su oponente. Como se temía, el houk no era solo un torpe matón, era más rápido de lo que parecía.

Conforme el houk se movía, Theron trató de desarmarle con un agarre de muñecas, extendiendo los brazos hacia la mano que sostenía la espada. El houk contrarrestó con un giro de su cuerpo y lanzando su hombro opuesto hacia Theron, haciéndole tropezar de espaldas.

Incapaz de asentar sus pies, Theron fue forzado a la defensiva. El callejón era demasiado angosto para esquivar de lado a lado, así que su única opción era una retirada a gran escala, retrocediendo rápidamente conforme el houk cargaba hacia delante, la

espada cortando y apuñalando al aire vacío a centímetros del pecho de Theron. Theron, de repente, se detuvo en corto y cayó al suelo, rodando hacia las gruesas piernas de su ventajoso enemigo. El movimiento cogió al houk por sorpresa; tropezó con Theron y cayó al suelo soltando la vibroespada de su agarre.

Una de las rodillas protuberantes del houk golpeó a Theron en la barbilla conforme caía sobre él, partiéndole el labio y haciéndole ver las estrellas. Atontado, Theron ignoró el dolor y brincó sobre sus pies, y con su primer paso miró de lado hacia el lateral del callejón antes de derrumbarse de espaldas contra el suelo.

Una mano enorme se cerró sobre su tobillo mientras el houk, todavía bocabajo, trataba de atraer a Theron lo suficientemente cerca para acabar con él. Theron se lanzó con su pierna libre, aplastando sus pies dos veces contra la cara corpulenta del houk. El agarre fuerte se escurrió justo lo suficiente para que Theron se liberara con un rodamiento en giro, y él se revolvió sobre las manos y rodillas hacia donde su bláster y sus brazaletes descansaban en el suelo.

El houk luchó para ponerse de nuevo en pie, pero para cuando se había alzado Theron había alcanzado uno de los brazaletes, lo había colocado sobre su antebrazo derecho, y estaba apuntando.

—Toxicidad siete, —musitó él, apretando su mano en un puño apretado.

Un pequeño dardo se lanzó desde un pequeño cañón construido dentro del brazalete y se enterró en el pecho del houk. El poderoso alien se volvió rígido mientras una carga eléctrica poderosa pasaba a través de él. Convulsionó por varios segundos, y entonces cayó al suelo, sacudiéndose ligeramente por los efectos secundarios.

Theron consideró qué hacer con el houk inmovilizado pero aún consciente mientras rápidamente recogía su equipo. No le llevaría mucho tiempo a los efectos del disparo eléctrico para desaparecer, pero los siguientes pocos minutos el houk estaría desamparado. Theron no era de los que ejecutaban a un oponente desamparado… pero no le importaba interrogarle.

—Toxicidad dos, —susurró él, disparando otro dardo hacia el muslo del houk desde un alcance a quemarropa.

Esperó treinta segundos para que la droga nubladora de mente tuviera efecto antes de empezar a hacer preguntas.

—¿Cómo me avistaste? —preguntó él—. Dijiste que estabas entrenado. ¿Por quién?

El houk agitó su cabeza atontado, luchando para resistir los químicos fluyendo por su sistema. En unos pocos minutos le dejarían inconsciente, Theron necesitaba obtener respuestas antes de que eso pasara.

—¡Hey! —Theron le golpeó, abofeteando la carnosa mejilla del houk—. ¿Quién te entrenó?

—El SIE de la República, —farfulló el houk.

—¿El SIE de la República? —repitió Theron, su mente luchando por aceptar lo que acababa de oír.

—Vigilancia encubierta, —confirmó el aturdido houk, su lengua se soltó con el suero de la verdad de Theron—. Observar a Morbo. Parte de la Operación Travesaño.

SIE tiene ojos sobre Morbo. No me extraña que el Director supiera que estaba aquí.

Theron nunca había escuchado de Travesaño, pero no era raro. SIE tenía misiones en marcha por toda la galaxia, y sólo el Director y los agentes involucrados estarían al tanto de los detalles.

Sólo fue mi suerte tropezar con una misión del SIE activa.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó el houk, farfullando sus palabras y luchando por mantener los ojos abiertos conforme el sueño lentamente le hacía caer.

—Relájate, grandullón, —dijo Theron—. Estamos en el mismo bando.

El Director había ordenado a Theron salir de Nar Shaddaa; obviamente estaba preocupado porque interfiriera con Travesaño, lo que fuera que fuese. Pero la vida de Teff'ith estaba en juego, y Theron no iba a abandonarla, incluso si significaba desafiar una orden directa.

El houk empezó a roncar ruidosamente, acabando con cualquier esperanza que tuviera Theron de preguntarle más detalles sobre la Operación Travesaño.

Tenía que estar en la fase inicial, razonó Theron. *Todavía estaban sólo observando al objetivo. Si entro y salgo rápidamente, no tendría un impacto significativo en la misión.*

Sabía que el Director nunca aceptaría ese argumento como justificación por lo que iba a hacer. Pero siempre era más fácil pedir perdón que permiso.

Agarrando los brazos del houk, arrastró al alien durmiente hacia una esquina del callejón, ocultándole tras varios contenedores de basura. Se despertaría en un par de horas con un dolor de cabeza terrible, pero sin otro tipo de daños. Bastante tiempo para que Theron se encontrara con Morbo y regateara por la vida de Teff'ith.

Bajó por el callejón con un trote brusco, tratando de no pensar en el hecho de que estaba poniendo en riesgo toda su carrera.

CAPÍTULO 2

EL LABIO DE THERON EMPEZÓ A HINCHARSE por el golpe de la rodilla del houk; se sentía como si hubiera sido aplastado con un casco de conductor de swoop. Tenía un par de kits médicos pequeños acoplados a su cinturón, pero no parecía merecer la pena el esfuerzo. La herida era dolorosa, pero no debilitante.

En su lugar, hizo una serie de ejercicios mentales simples que Ngani Zho le había enseñado para aliviar el cuerpo y la mente. Era un truco que utilizaban los Jedi para atraer la Fuerza para curarse, pero Theron había encontrado que eran beneficiosos incluso para alguien como él.

Aceptó el dolor en su labio, lo abrazó, entonces dejó que se deslizara fuera de su consciencia. Casi al instante, el dolor se desvaneció, aunque el daño permanecía. Suficientemente bueno hasta que la misión acabara y pudiera coger un droide médico para arreglarle correctamente.

Serpenteando su camino a través de los callejones traseros sin más incidentes, surgió en la esquina de una pequeña plaza en el Distrito de las Luces Rojas. Había menos gente que en el Paseo, pero estaba lo suficientemente abarrotada como para que Theron tuviera los ojos abiertos por los carteristas conforme cruzaba la plaza. Un trío de adolescentes en bicis swoop zumbaban entre la multitud, volando con los colores de una de las bandas callejeras locales. Se reían de los gritos enojados de los peatones, dando círculos burlonamente justo sobre sus cabezas antes de acelerar para desaparecer por la esquina.

Theron les prestó poca atención mientras se aproximaba a su destino: un bajo edificio, de dos plantas al otro lado de la plaza que pertenecía a Morbo el Hutt, uno de los muchos señores del crimen locales de la luna. Enfrente del edificio había un pequeño bar casino llamado el Paraíso de Morbo; en la parte trasera había un almacén para guardar cualquier bien ilegal con el que los Hutts estuvieran traficando, junto con la oficina privada de Morbo.

El plan era simple: Entrar al club, soltar un considerable puñado de créditos al gerente, y pedir un encuentro con Morbo. Una vez dentro, Theron podría usar sus poderes de persuasión —y la avaricia y autointerés del Hutt— para convencer a Morbo de cancelar el golpe contra Teff'ith y su banda. Rápido, limpio, y simple, no era el estilo habitual de Theron, pero no estaba de humor para ninguna sorpresa.

El club estaba más abarrotado de lo normal. Probablemente era irrelevante, pero Theron no podía evitar darse cuenta. Tras la emboscada en el callejón, sus sentidos estaban en alerta máxima. Rápidamente escaneó el club por cualquiera que pareciera fuera de lugar, si el SIE había asignado al houk a que mantuviera un ojo sobre Morbo, podría haber otros agentes en el caso.

No vio a nadie que específicamente atrajera su atención, pero se dio cuenta de otra cosa inusual. La mayoría de los clientes habituales no estaban apostando. Bebían sus bebidas, se sentaban solos o en parejas en mesas y en la barra como si esperaran algo. Unos pocos le estudiaban abiertamente conforme caminaba hacia Rers Shallit, el

neimoidiano gerente del club, quien estaba en pie en una esquina cerca de la parte trasera. Tras él, un par de seguratas gamorreanos estaban a cada lado de una puerta que llevaba a las habitaciones en la parte trasera del club.

Anteriormente en sus investigaciones preliminares, Theron había sabido que Rers era el segundo al mando de Morbo. El Hutt llevaba la batuta; el neimoidiano estaba al cargo de llevar sus órdenes. Theron también supo que Rers era lo suficientemente tonto como para llevarse tajada para sí mismo cuando Morbo no estaba mirando, pero lo suficientemente listo como para mantener los timos pequeños y desapercibidos.

Con prisa en su objetivo de acabar la misión, Theron se saltó toda la pretensión.

—Necesito hablar con Morbo.

—Olvídalo. Ve a esperar con los otros.

La respuesta cogió a Theron con la guardia baja. Había esperado que Rers dijera algo como, *Nadie habla con Morbo. Habla conmigo y se lo haré llegar*. O quizás, *¿Qué saco yo de eso?*

La respuesta inesperada avivó la curiosidad ya en llamas de Theron; él luchó por mantenerse en el papel.

—Llévame a ver a tu jefe y haré que te haya merecido la pena el rato.

El neimoidiano le contuvo con una mirada fulminante.

—Morbo lleva a cabo una subasta limpia. No hay vistazos furtivos a la mercancía. Ve y siéntate antes de que esto se ponga feo.

Los gamorreanos se giraron hacia él, sus hocicos porcinos se curvaron en anticipación, revelando sus protuberantes colmillos.

—No puedes culpar a un tío por intentarlo, —dijo Theron con un encogimiento de hombros conforme las armas volvían a su sitio. Los clientes extra del club no estaban apostando porque estaban ahí buscando comprar. Theron no había escuchado nada sobre una subasta en los tres días que había estado en Nar Shaddaa. Debía haber sido programada hacía semanas; los compradores potenciales ya habrían sido contactados mucho antes de que llegara. Y Theron podía pensar en sólo una razón para todo el secretismo.

La subasta de Morbo de los PDG[2] *capturados de la República.*

El esclavismo era legal en el Imperio Sith y en los mundos controlados por los Hutts. La República generalmente hacía la vista gorda ante el comercio de esclavos de los Hutts, pero había una notable excepción. Cualquier Hutt que subastara soldados capturados de la República inevitablemente se volvía un objetivo de las represalias cubiertas de la República: corsarios apoderándose del cargamento en tránsito, vándalos anónimos con objetivo en los cargueros y almacenes del Hutt en varios planetas, oficiales de aduanas en los Mundos del Núcleo ejerciendo numerosas inspecciones «aleatorias» en las naves entrantes de los socios de negocios del Hutt.

---

[2] Prisioneros De Guerra, POW en el original (Prisoner Of War). *(N. del T.)*

Vender PDG en esclavitud era un mal negocio, y la mayoría de los Hutts lo evitaban. Pero Morbo era avaricioso, incluso para su especie notoriamente avariciosa, y una subasta secreta de prisioneros de la República era justo lo que le gustaría.

Al tanto de que Rers estaba todavía observándole, Theron fue hacia una mesa vacía cerca de la entrada y se sentó. Los seguratas gamorreanos observaron su retirada, hocicos encorvados en decepción por la oportunidad perdida de apalear a un cliente aparentemente desamparado.

Se asentó en su asiento y reflexionó sobre sus opciones. Cada una probablemente asumía que representaba a un comprador que deseaba permanecer anónimo, y él tendría que jugarlo si no quería alzar sospechas. Podría esperar fuera de la subaste, lanzar un par de apuestas a la baja para jugar su parte, entonces tratar de encontrarse con Morbo después para negociar por la vida de Teff'ith. Ese sería el curso de acción más prudente. Pero la idea de quedarse sentado mientras sus compañeros soldados eran subastados como enseres irritaba a Theron.

¿Y si no soy el único que no desea dejar que pase esto? ¿Es de esto de lo que va la Operación Travesaño?

Entonces de nuevo, si el SIE hubiera sabido de la subasta secreta de Morbo, el Director podía haber lanzado a un operativo especial para tratar de liberar a sus compañeros soldados.

Y yo debo haber desperdiciado toda la cosa por eliminar al hombre clave de la Operación Travesaño.

El primer instinto de Theron era hacer lo que hiciera falta para liberar a los prisioneros de la República. Si él había fastidiado la misión, él debía ser el que la arreglara. Por otra parte, si Travesaño todavía estaba en marcha, la última cosa que quería Theron era meterse en el camino.

No había forma de saber cuál era la llamada correcta; no sin más información. Desafortunadamente, contactar con el SIE no era una opción. Como todos los casinos en el Distrito de las Luces Rojas, el club de Morbo estaba equipado con equipamiento de seguridad de tecnología punta. Cualquier transmisión entrante o saliente en un radio de tres bloques sería interceptada y analizada, una precaución estándar para prevenir que los tramposos se comunicaran con un compañero de fuera del casino que podía estar utilizando un ordenador para calcular las probabilidades en los juegos.

Theron echó un vistazo a la multitud, buscando de nuevo alguna señal de que el SIE tuviera otro agente en posición actuando como comprador. Pero nadie destacaba de entre la multitud… por supuesto. Si lo hicieran, la misión se fastidiaría.

Tengo que tomar la decisión. Sentarme firme, o ponerme en pie y empezar a moverme.

Para Theron, no era difícil tomar una decisión. Rers y los otros clientes habían cambiado su centro desde él hacia otros recién llegados, haciéndole fácil levantarse y deslizarse hacia afuera sin llamar la atención.

Enfrente del club, hizo una mirada rápida para asegurarse de que nadie estaba observándole, entonces de forma casual erró hacia un callejón lateral y se adentró hacia el almacén construido en la parte trasera. No necesitaba ver el interior para imaginarse la escena: guardias armados vigilando a los prisioneros desafortunados que iban a ser subastados.

Había una única puerta de duracero en la parte trasera y un par de ventanas ennegrecidas un piso más arriba. Desechó la puerta; tomar la entrada obvia les daría a los guardias tiempo para reaccionar. Era improbable que las ventanas tuvieran alarmas o estuvieran protegidas por un campo de seguridad, la dificultad de entrar por ellas era suficiente defensa. Consideró escalar la pared para llegar a las ventanas, pero estaría expuesto si alguno de los guardias vagaba hacia el callejón oscuro. Mejor llegar hacia ellos desde arriba, donde era menos probable que se dieran cuenta de él.

Theron vagó de nuevo hacia la parte frontal del club y se mezcló con el flujo de peatones que vagaban por la plaza. Caminó a medio camino bajo el bloque, pasó tres edificios en el mismo lado de la calle, entonces se detuvo a la entrada de una carretera angosta trasera junto a un edificio de tres pisos; a juzgar por la señalización era una combinación se tienda de empeños y salón de baile. Comprobó para ver si alguien le estaba observando.

Los tres rufianes en bicis swoop que había visto antes pasaron como un rayo por encima de nuevo, llegando tan bajo que los peatones tenían que esquivar para evitar ser cortados. Ellos gritaron y animaron antes de llegar con seguridad fuera del alcance y aceleraron hacia la distancia. Theron tomó ventaja de la distracción y esquivó hacia el callejón, paseando hacia la parte trasera del edificio. Sacó sus guantes de trepar de donde habían estado acoplados en la parte trasera de su cinturón, se los puso sobre sus manos, flexionó sus dedos. Comprobó el agarre en el lateral del edificio; un millón de nanofibras como agujas tejidas en la fabricación de los guantes captaron las imperfecciones invisibles de la superficie aparentemente lisa, dándole una adquisición.

Moviéndose con la destreza simiesca de un tach de Kashyyyk, se precipitó hacia arriba por el lateral del muro exterior de la tienda de empeños y hacia el tejado. No se paró para coger aliento, dando tres rápidos pasos y trepando sobre el callejón angosto que separaba la tienda de empeños del edificio de dos plantas junto a él. Aterrizó suavemente, doblándose y rodando para absorber el impacto. El callejón antes del siguiente edificio era ligeramente más amplio, y él, una vez más, corrió por el tejado y saltó a través sin vacilar. En el techo del edificio adyacente al club de Morbo, se detuvo y contempló el hueco de cerca de diez metros entre ellos.

Has hecho saltos más largos antes. Y si caes, has sobrevivido a peores.

Recomponiéndose, esprintó hacia el borde. A medio paso antes de que saltara, los tres ladrones conductores zumbaron por el callejón enfrente de él en sus swoops, sin percatarse de que Theron estaba brincando a lo largo de los techos justo sobre ellos.

Distraído, Theron tropezó y su bota resbaló en la superficie irregular del tejado conforme plantaba sus pies para su salto final. La memoria muscular de su cuerpo

reaccionó instintivamente a la repentina pérdida de equilibrio y se impulso lanzándose a sí mismo hacia delante para elevar su centro de gravedad; Theron todavía era capaz de largarse del saliente. A medio camino en el hueco, se dio cuenta de que no iba a lograrlo. Sacó su brazo izquierdo en un intento desesperado de engancharse al saliente. Las puntas de sus dedos de su guante de trepar rozaron contra la superficie, las nanofibras pegándose al permacreto a medio metro bajo el tejado.

Su caída llegó a un parón abrupto y discordante, casi torciendo su hombro izquierdo de su cuenca, y su cuerpo se torció tanto que golpeó contra el edificio. Gruñó de dolor conforme el viento era expulsado de sus pulmones. Apoyado por su única extremidad, adolorida, colgó en la brisa y luchó para recuperar el aliento.

Tras varios segundos Theron se había recuperado lo suficiente como para alcanzar arriba y golpear su palma derecha contra el edificio, permitiendo a su otro brazo cargar algo de su peso. Ignorando la protesta de la cavidad de su hombro izquierdo, se fue levantando a sí mismo sobre el saliente y se tumbó sobre su estómago encima del tejado del club de Morbo. Alzándose sobre sus pies, comprobó su hombro con un rápido rango de movimientos. El dolor le hacía apretar los dientes, pero nada parecía seriamente dañado.

Al mismo tiempo, Theron escuchó por algún sonido que le indicara que su llegada poco elegante había atraído la atención de alguien de dentro del club. Sin escuchar nada salvo el ruido de los adolescentes conductores de swoop desvaneciéndose en la distancia, se dejó caer agachado y se escabulló por el techo hacia el borde de la pared trasera. Desde su cinturón sacó un tramo de cable fino, flexible con un cortador de precisión láser en la punta y una cámara en miniatura.

Theron encendió la cámara, y la imagen que alimentaba sus lentes fue transmitida a su presentación visual de encabezamiento incrustada en el implante cibernético de su ojo izquierdo. Usando la imagen facilitada por la cámara para guiar su mano, cuidadosamente bajó el cable por el borde hasta que estaba equilibrado con la parte superior de la esquina izquierda de una de las ventanas ennegrecidas. Con una serie de comandos susurrados, Theron rotó la cámara a través de los espectros visible, infrarrojos, y ultravioleta, buscando las diversas longitudes de onda para el brillo leve, brillante que le indicaría la presencia de algún tipo de campo de seguridad protegiendo las ventanas.

No se sorprendió de encontrar que las ventanas estaban despejadas; incluso Morbo no se podía permitir invertir en los caros campos de seguridad electrónicos en cada punto de acceso posible.

Theron giró la base del cable y el láser se activó, derritiendo un diminuto agujero en la esquina del cristal permitiéndole introducir la cámara a través de él para mirar dentro del almacén. Cajas dispersas y contenedores de carga. En la esquina trasera cuatro cathars estaban apiñados juntos en el suelo, tres hombres y una mujer. Los prisioneros tenían sus manos agarradas tras sus espaldas, sus cabezas se mantenían elevadas aunque sus características felinas estaban en una resignación sombría. Un par de guardias armados, ambos humanos, permanecían vigilándoles, sus actitudes holgazanas y sus expresiones

desinteresadas revelaban su aburrimiento mientras esperaban a que Morbo empezara la subasta.

Moviendo el láser en círculos lentos, Theron derritió la circunferencia del agujero en la ventana hasta que fuera lo suficientemente grande para que pasara su mano a través, pero esperanzadamente todavía lo suficientemente pequeña para escapar de llamar la atención. Retrajo el cable, lo almacenó de forma segura en su cinturón, entonces cuidadosamente bajó por el borde hasta que sus pies descansaron en la repisa de la ventana.

Usando el guante de trepar de su mano izquierda para ayudarle a mantener el equilibrio, echó un vistazo a través del agujero, localizando la posición de cada guardia con el implante de objetivo automatizado de su ojo izquierdo. Se elevó para que pudiera deslizar su mano derecha a través del agujero en el cristal. Aún disparando a ciegas, sus mejoras cibernéticas le mantenían anclado a sus objetivos mientras susurraba,

—Toxicidad seis, —y lanzaba los últimos dos dardos de su brazalete.

Cuando echó un vistazo a través del agujero en la ventana, vio que ambos guardias habían caído y estaban fuera. Los cautivos en el suelo miraban alrededor con una mezcla confusa de miedo y esperanza. Sabiendo que era improbable que alguien en el casino enfrente del club pudiera escuchar, Theron giró su cabeza a un lado y dio un puñetazo al resto del cristal con la bola de su puño.

Moviéndose rápidamente, apretó a través del marco de la ventana y se dejó caer al suelo de debajo, doblándose y rodando para absorber el impacto. Saltó sobre sus pies y alzó un dedo hacia sus labios. La mujer cathar, miembro de rango sénior del grupo basado en las franjas de su sargento, asintió bruscamente en entendimiento.

Theron rebuscó entre los bolsillos de los guardias inconscientes, encontrando una pequeña llave en el segundo. Momentos después los cathar estaban libres de sus ataduras y sobre sus pies. Theron se movió hacia la salida en el lado alejado de la planta del almacén. Se aseguró de que la puerta al callejón no estaba cerrada, y que al abrirla no activaría ninguna alarma, mientras los cathar se frotaban las muñecas para restaurar la circulación.

—¿Quién eres tú? —preguntó la mujer cathar.

—SIE de la República, —dijo Theron—. Cuidamos de los nuestros.

—Esa puerta lleva al callejón trasero, —añadió, señalando a la salida—. ¿Podéis seguir desde aquí?

La cathar asintió conforme se doblaba y retiraba el rifle bláster del guardia a sus pies. Uno de sus compañeros arrebató otro bláster del segundo guardia.

—Gracias, —dijo la mujer, antes de que ella y los otros aceleraran hacia la libertad.

Una vez que los cathars estuvieron a salvo lejos, buscó por el resto del almacén hasta que localizó la puerta que llevaba a las oficinas privadas entre el almacén, en la parte trasera del edificio y el club casino en la frontal. Theron abrió la puerta cuidadosamente, echando un vistazo a través de la puerta para descubrir que el pasillo estaba vacío.

Imaginó que los matones de Morbo probablemente estaban fuera manteniendo un ojo sobre los compradores prospectivos que esperaban la subasta.

Los pasillos llevaban a dos direcciones. Quedándose tranquilo, Theron escuchó el inequívoco murmullo de un bar abarrotado viniendo de su derecha, así que se giró y se dirigió al lado opuesto. No tuvo que ir muy lejos antes de encontrar lo que estaba buscando: una gruesa cortina de cuentas sobre un arco al final de la sala.

Theron caminó a través y llegó cara a cara con el dueño del club. La oficina privada de Morbo era un testamento a la codicia, vanidad, y avaricia de su especie. El bulto del señor del crimen adornaba sobre un diván personalizado lujoso, y el resto de la habitación estaba abarrotada con estatuas de oro opulentas, pinturas estridentes, y otros objetos chillones de arte de moda a imagen del propio señor del crimen. Varias mujeres twi'leks sirvientas se apresuraban en la habitación con los ojos caídos conforme se escapaban de los restos de lo que parecía haber sido un festín generoso y exótico para una docena de personas, pero el cual se dio cuenta Theron de que era meramente la comida pre-subasta del Hutt.

Morbo le miró con un desdén inequívoco. Claramente no veía a Theron como una amenaza, aunque sus sirvientas habían retrocedido todas y se estaban cubriendo en las esquinas alejadas de la habitación.

—*Le dije a Rers que no quería visitas antes de la subasta*, —gruñó en huttés, su voz tan profunda que Theron podía sentirla vibrando a través del suelo y hacia sus pies—. *En la siguiente subasta debería poner a ese inútil neimoidiano a la venta.*

Como todos los agentes del SIE, Theron era fluido en huttés. Pero el lenguaje ponía en estrés las cuerdas vocales humanas, así que se apegó al básico en su respuesta.

—No estoy aquí por la subasta.

—*¿No? Entonces vuelve más tarde.* —la lengua larga y gruesa de Morbo, se lanzaba a lamer a un punto de grasa que rodaba bajo los carrillos de su barbilla—. *Tengo que mostrar mi mercancía en diez minutos*.

Theron no creyó que fuera prudente mencionar que, a causa de él, la subasta se había pospuesto indefinidamente.

—Seré rápido, gran y poderoso Morbo. Lo que tengo que decir podría ser de gran provecho para usted.

—*Habla. Será mejor que merezca la pena mi tiempo.*

—Sé sobre el golpe sobre los miembros de la Hermandad de la Antigua Tion, —dijo Theron, yendo directamente al grano.

Morbo se rio, golpeando sus manos carnosas contra los rollos de grasa que cubrían su pecho.

—*Llegas demasiado tarde. He contratado a alguien más para ese trabajo.*

—No estoy pujando por el contrato. Quiero que lo anule.

—*Imposible. La Hermandad traficó con especia en mi territorio sin pagar mi comisión. Deberíais saberlo bien.*

—No estoy con la hermandad, —le aseguró Theron—. Represento a otros intereses.

—*¿Entonces por qué te importa?*

—Este no es un movimiento de negocios inteligente, —continuó Theron, evadiendo la pregunta conforme su mente corría para llegar a un argumento convincente que no revelara quién era o para quién trabajaba—. Ir a la guerra con la Hermandad podría ser caro. Pero anula el golpe y encontraré los créditos para cubrir su comisión.

—*Esto no es sobre los créditos,* —dijo Morbo, su cuerpo de babosa temblando con rabia—. *Desde que Zedania se quedó al mando, la Hermandad de la Antigua Tion se ha estado expandiendo. Buscando un nuevo territorio. Necesito mandarle un mensaje: ¡Nadie se mete con Morbo!*

—Zedania no autorizó esta misión, —explicó Theron—. Los contrabandistas están trabajando por libre.

—*Entonces no le importará si los elimino.*

—Una de ellos trabaja para mí, —mintió Theron—. Si la hieres a ella, me importará.

—*Ella,* —dijo Morbo con una sonrisa astuta—. *Quieres decir la twi'lek.*

Theron no veía mucho sentido tratar de negarlo. Asintió.

—*Dices que ella trabaja para ti,* —continuó Morbo, su cola retorciéndose ligeramente—. *¿Pero quién eres tú, exactamente?*

—Alguien que quiere ver fracasar a Zedania, —mintió Theron—. He trabajado duro para mantener el contacto cerca de ella. Si no anula este golpe, tendré que empezar de nuevo.

Morbo se rio entre dientes, los rollos de grasa temblando con deleite. Claramente disfrutaba de la idea de un topo dentro de la organización criminal de alguien más. Sus ojos se empequeñecieron mientras trataba de reunir los pedacitos aleatorios de verdad y ficción de la historia de Theron. Juntos hacia una única teoría.

—*¿Representas a un rival buscando ocupar el puesto de Zedania? ¿Otra banda buscando hacer caer a la Hermandad? ¿Refuerzo de leyes desde la Hegemonía de Tion?*

—Realmente no puedo decirlo.

—*No importa en cualquier caso,* —dijo Morbo con un suspiro arrepentido—. *Tus amigos están preparados para marcharse. Están cargando la especia en su nave. Mi gente ya se está dirigiendo al espaciopuerto. Llegas demasiado tarde.*

Theron maldijo en alto gamorrés antiguo conforme giró sobre sus caderas y salió a toda prisa hacia la sala. Conforme corría hacia la puerta que llevaba al almacén escuchó unos gritos enfadados de sorpresa que venían del otro lado; alguien había encontrado a los guardias caídos.

Continuó pasando la puerta del almacén, sus piernas mascando el suelo en pasos largos y rápidos mientras continuaba bajando por la sala y salía por la puerta que llevaba al club. Los seguratas gamorreanos a cada lado estuvieron demasiado sorprendidos como para tratar de detenerle; su trabajo era evitar que la gente entrara en la parte trasera, no detenerlos de salir.

Theron no miró atrás mientras corría fuera de la puerta y hacia la calle, dirigiéndose al espaciopuerto.

CAPÍTULO 3

CONFORME ACORTABA Y TEJÍA su camino a través de la multitud, Theron se dio cuenta de que nunca llegaría a tiempo al espaciopuerto a pie. Afortunadamente, el inconfundible gemido de los motores swoop que llegaban le dio una idea.

Corriendo hacia el centro de la plaza donde sería más visible, agitó su puño y gritó a los miembros jóvenes de la banda que habían dado la vuelta para zumbar sobre la multitud de nuevo.

—¡Llevaos vuestros juguetes voladores y volved a vuestras casas, pequeños gamberros!

Como esperaba, los tres motoristas ladearon sus swoops y fueron directamente hacia él, atraídos por su desafío.

Theron esquivó y cubrió su cabeza conforme la primera swoop zumbaba pasando un par de metros por encima. La segunda llegó incluso más cerca. Theron se giró y corrió hacia la cobertura del edificio más cercano, lanzando rápidas miradas atrás sobre su hombro mientras pretendía huir aterrorizado. El tercer motorista picó el anzuelo y le dio caza, acelerando para cortar a Theron antes de que pudiera ponerse a salvo. Llegó mucho más bajo que los otros dos, tratando de forzar a Theron de que se postrara en el suelo para evitar ser golpeado por su swoop.

Theron jugó su parte agachándose bajo como si se cubriera de miedo; entonces en el último momento saltó y agarró el brazo del motorista conforme la swoop le fallaba por poco.

Cogido por sorpresa, el joven matón fue tirado de su asiento. Theron mantuvo su agarre sólo por un instante, retorciéndolo de forma que el motorista cayera fuertemente de espaldas y no con la cabeza desprotegida. El motorista rodó por la plaza mientras la swoop viraba y giraba alocadamente fuera de control hasta que los estabilizadores internos lo pusieron recto; los protocolos de seguridad construidos en la swoop detectaron la ausencia del motorista e hicieron bajar al vehículo en un aterrizaje seguro al otro lado de la plaza.

La multitud procesaba lo que acababa de pasar en un silencio estupefacto, roto por el sonido de las otras dos swoops alejándose con los motoristas sin percatarse del destino de su amigo. Entonces todo el mundo estalló en una ronda espontánea de aplausos y ánimos.

Theron les ignoró y corrió a comprobar al motorista caído. El joven hombre había rodado sobre su espalda, donde permanecía mareado y gimiendo. Varios parches de piel en sus manos desnudas estaban desechos en carne viva por la caída, pero de otro modo parecía estar bien.

—Hey, niño… la próxima vez, lleva un casco, —dijo Theron, dándole un golpecito en la mejilla.

El adolescente sólo gimió en respuesta, aunque consiguió mostrar un gesto obsceno. Theron lo tomó como una señal de que estaba bien.

El sonido de los motores de swoop retirándose cambió de tono: los otros dos matones estaban dando la vuelta. Theron se giró y corrió hacia la swoop del motorista caído, saltó en él, y encendió el motor.

Conforme despegaba, esperaba que los otros dos se detuvieran para cuidar a su amigo en lugar de darle caza. Mirando atrás sobre su hombro, sin embargo, no se sorprendió de verles cerca de su rastro. Theron presionó el acelerador, presionando su montura a la máxima velocidad conforme trepaba en altura, los edificios y las calles parecían un borrón de colores conforme volaba pasándolos.

En los días de antes de unirse al SIE, Theron se había forjado una reputación en la liga menor de circuitos swoop de Manaan; dudaba que los motoristas que le perseguían fueran rival para sus habilidades. Pero estaba en una máquina que no le era familiar, corriendo por unas calles que ellos conocían como la palma de sus manos. Perderles no iba a ser fácil.

No se preocupó de que ellos le derribaran con blásters; las bicis swoop eran notoriamente inestables, y a altas velocidades hasta los motoristas más experimentados necesitaban ambas manos para mantener el control. Pero si eran lo suficientemente insensatos intentarían embestirle con sus propias swoops para forzarle a chocar.

—Superposición de navegación para la localización actual, —susurró él, y la PVE en el implante de su ojos izquierdo respondió superponiendo un mapa del área que les rodeaba sobre su visión. El punto azul significando su posición se movía demasiado rápido por el mapa como para que Theron buscara atajos, así que trazó una ruta a través de las vías públicas principales. Dudaba que sus perseguidores hicieran lo mismo.

La swoop que cogió estaba indebidamente equilibrada, y le llevaría un rato hacerse del todo a la bici. Él la ladeó fuertemente alrededor de una esquina, luchando para mantener la línea conforme la swoop trataba de volcarse a la izquierda. Lanzando su peso en dirección opuesta consiguió mantenerse derecho, pero el movimiento extraño le costó la velocidad.

Mirando atrás sobre su hombro, Theron solo vio un miembro de la banda en persecución. Las alarmas se apagaron en su cabeza, y se centró en la superposición del mapa en su visión. Vio el callejón lateral en el mapa medio segundo antes de que apareciera a su izquierda, dándole el tiempo justo para acelerar hacia atrás. El frenado repentino le permitió a Theron evitar una colisión conforme el segundo motorista gritaba desde el callejón justo enfrente de él en un intento de tirarle de su swoop. Theron se sumergió abajo y a la izquierda, el cambio agudo de dirección estresando en exceso los estabilizadores en el vehículo desequilibrado. En lugar de luchar por mantenerse alzado, aún así, se inclinó hacia ahí y golpeó el acelerador, empujando a la swoop en un giro disparado estrecho que le llevó bajo el motorista que iba a cortarle enfrente de él.

El niño que le seguía no era capaz de imitar el movimiento de Theron, la única forma en que podía evitar embestir a su compañero era golpeando los frenos de emergencia, ahogando el motor conforme las otras dos swoops corrían adelante y le dejaban atrás.

El espaciopuerto estaba solo a unos pocos kilómetros de distancia, bien fuera del territorio de la banda del motorista. Sin sus amigos en la imagen, Theron imaginó que su perseguidor sólo necesitaba un poco más de aliento para abandonar la caza. Liberó el agarre de su mano derecha conforme agarraba el bláster de su cadera. La swoop se sacudió y se balanceó tan pronto como la dejó ir, pero ahora que se había acostumbrado a las idiosincrasias de la máquina, Theron se las manejó para mantener el control el tiempo suficiente para girarse y disparar un par de tiros rápidos a su perseguidor.

Los rayos no fueron para nada cerca de su objetivo. Llevar una bici swoop con una mano era un desafío en sí mismo; mantenerla lo suficientemente calmada para apuntar con precisión era prácticamente imposible. Sin embargo, los rayos tuvieron el efecto deseado: el otro motorista decidió que había tenido suficiente y viró, terminando la persecución.

Theron frenó su vehículo y volvió a colocar su bláster en su pistolera, luchando por mantener la swoop alineada todo el tiempo. Una vez que tuvo las dos manos en el manillar de nuevo, la llevó de nuevo a máxima velocidad el resto del viaje. Llegó al espaciopuerto menos de un minuto después, llevando la swoop en un aterrizaje cerca de las puertas principales que llevaban a la plataforma de hangar donde Teff'ith y su banda habían amarrado su nave.

Una pequeña multitud estaba arremolinándose en el exterior de la entrada. Curioso, Theron golpeó a un sullustano de aspecto agitado en el hombro.

—¿Qué está pasando aquí, amigo?

—*Asuntos feos,* —le contestó el sullustano en su lengua nativa—. *Asuntos Hutt.*

—¿De qué Hutt? ¿Morbo? —preguntó Theron en básico. Tenía un mal sentimiento de que ya conocía la respuesta.

El sullustano se encogió de hombros.

—*No lo sé. Aparecieron hombres armados, diciendo a todo el mundo de la Plataforma Siete a la Doce que despejara la zona. No hago preguntas.*

El sonido distintivo de un bláster pesado repitiéndose sonó desde el interior del hangar. La multitud colectivamente se encogió y dio un par de pasos atrás, dejando un camino libre a Theron conforme corría hacia dentro.

* * *

Teff'ith estaba en medio de cargar cajas de especial apretadamente empaquetada en la nave cuando fue golpeada de repente con una sensación abrumadora de que algo no estaba bien. Nada en específico, sólo un hormigueo medio imaginado en las puntas de sus lekku. Basándose en su experiencia pasada sabía que era mejor no ignorarlo.

—Algo malo se acerca, —dijo ella en su básico con un pesado acento, sacando sus blásters gemelos que guardaba en sus laterales y escaneando el espaciopuerto por algo sospechoso.

Gorvich, el humano que había preparado la entrega de especia en Nar Shaddaa, resopló mientras terminaba su inspección previa al vuelo del exterior de la nave.

—Te has estado quejando desde que aterrizamos, Rayo de sol.

El labio de Teff'ith se curvó en una mueca. Gorvich le había dado su mote originalmente por su piel amarilla y su disposición «alegre»[3]; ella estaba convencida de que lo seguía usando sólo para molestarla.

Ella también tenía un mote para él: Idiota. Difícilmente original, pero preciso. En sus veinte raros años estándar había trabajado como seguridad y fuerza para escoria de bajo nivel a lo largo de la galaxia, tratando de arañar una vida en los límites de la llamada sociedad decente. Había tratado con ladrones, asesinos, esclavistas, y sociópatas, pero nadie le sacaba la bilis por la garganta como lo hacía Gorvich, ni siquiera ese agente de la SIE con el que se había mezclado en una loca misión suicida casi dos años antes.

Era tentador simplemente sacar a Gorvich de su miseria con un tiro limpio entre los ojos, pero eso significaría alejarse de la Hermandad de la Antigua Tion, y Teff'ith no estaba preparada para eso. La Hermandad estaba creciendo rápido, y Teff'ith ya se estaba ganando una reputación. Si jugaba bien sus cartas, los próximos años podría verse ascendiendo los rangos hasta que fuera ella la que diera las órdenes en lugar de recibir órdenes de imbéciles.

Frinn —otro miembro de la tripulación— gruñó conforme paseaba bajo la rampa de aterrizaje de la nave para unirse a ellos en la plataforma de carga.

—Suena como si estuvieras tratando de librarte de cargar esas cajas, —dijo él.

Teff'ith le ignoró. Él era casi tan estúpido como Gorvich, pero no estaba al mando. Ella no necesitaba convencerle de nada.

—Olvida el cargamento. Tenemos que irnos. Nos vamos ahora.

—¿Estás loca, Rayo de sol? ¿Sabes cuánto vale esta especia? —dijo Gorvich.

—No puedes gastarlo si estás muerto.

—¿Sabías que era así de paranoica cuando decidiste traerla? —preguntó Frinn a Gorvich, sonriendo con superioridad.

—¿Crees que Morbo nos ha traicionado? —preguntó Teff'ith—. ¿Qué ha mandado a matones para recuperar su cargamento?

Gorvich se rio.

—No es probable. Morbo ni siquiera sabe que estamos aquí.

Los ojos de Teff'ith se abrieron como platos.

—¿Qué quieres decir?

—No voy a darle tajada a esa babosa abotargada de nuestro trato sólo porque crea que es dueño de este distrito. Imaginad que manejamos el trato nosotros mismos y hacemos un veinte por ciento extra.

—¡Idiota! —escupió Teff'ith, apenas reprimiendo la urgencia de liberar una lluvia de rayos contra su pecho a corto alcance—. ¡Morbo lo sabe! ¡Va a matarnos!

---

[3] Juego de palabras entre sunny (alegre) y sunny (soleado). *(N. del T.)*

Gorvich puso sus ojos en blanco, pero Vebb, el cuarto miembro de su tripulación, dejó la caja que estaba cargando y se unió a la conversación.

—Quizás tiene razón, —dijo el rodiano—, yo lo percibo, también. Algo va mal.

Tan pronto como habló, Teff'ith se dio cuenta de lo que iba mal. El espaciopuerto siempre estaba rebosante de actividad: tripulaciones cargando o descargando sus naves; mecánicos haciendo reparaciones. Pero en lugar de los sonidos familiares, ahora mismo ella sólo escuchaba silencio. Todos los muelles de carga alrededor del navío estaban desiertos.

—¡Abajo! —gritó ella, hundiéndose hacia delante, placando a Gorvich, y arrastrándoles a ambos hacia el suelo tras una pila de cajas que todavía esperaban ser cargadas en la nave.

Vebb siguió sus órdenes, con su cuerpo delgado, enjuto esquivando tras la caja que acababa de dejar en el suelo. Frinn, sin embargo, simplemente se quedó donde estaba, mirándoles con una mirada de confusión escéptica. Un segundo después un bláster pesadamente repetitivo hizo eco a través del espaciopuerto desierto y el cuerpo de Frinn golpeó el suelo, sus ojos muertos abiertos y su cara congelada en la misma expresión estúpida.

Teff'ith alzó su cabeza y entonces esquivó bajándola casi instantáneamente tras su búnker improvisado mientras otra lluvia sonaba. Desde el sonido fue capaz de adivinar los puntos de origen en general de los disparos.

—Dos tiradores, —dijo ella a Gorvich, inclinando su cabeza a cada dirección—. Ahí y ahí.

Gorvich sacó su cabeza brevemente, entonces esquivó bajándola de nuevo mientras los asesinos abrían fuego.

—No puedo verles.

Teff'ith no se molestó en decirle que pérdida de esfuerzos eran sus acciones. El lado alejado del hangar estaba cubierto con densas sombras y abarrotado con maquinaria pesada para cargar y descargar el cargamento desde las naves entrantes; los asesinos estaban bien protegidos y bien ocultos.

—Quizás podamos lanzarnos hacia la nave, —sugirió Gorvich mientras comprobaba la carga de cada uno de sus blásters.

Ella casi le deja intentarlo, pero entonces se dio cuenta de que necesitaría su ayuda si iba a salir de esta con vida.

—Los tiradores tienen el ángulo en la nave. Nos harán pedazos si vamos hacia ella.

—¿Entonces cuál es el plan?

Teff'ith pasó por los posibles escenarios en su mente. Los tiradores habían escogido sus posiciones para acorralarles y evitar que llegaran a la seguridad de la nave, pero había una puerta en la parte trasera del hangar que ella sería capaz de alcanzar. Si llegaba a través de la puerta ella podría labrarse un camino a través de las plataformas de amarre adyacentes del espaciopuerto y tratar de flanquear a sus atacantes.

—Deslizarme hacia atrás. Hacia la Plataforma Siete. Rodear por la Plataforma Nueve. Llegar desde atrás.

—Suena arriesgado, —dijo Gorvich, echando un vistazo a la estrecha apertura tras la caja. Él era un buen piloto, pero no era de mucha utilidad en una batalla; ni siquiera había desenfundado su pistola.

—¿Bromeas?

—¿Y si hay más de dos tiradores? —preguntó Gorvich.

Teff'ith estaba sorprendida de que su líder idiota fuera capaz de anticipar una trampa, aunque ya había considerado la posibilidad. Si hubiera sido ella la que planeara esta emboscada, habría tratado de echar a los objetivos de la nave y a través de la puerta en la parte trasera que llevaba a un hangar adyacente… y justo hacia el punto de mira de un tercer tirador esperando. La Plataforma 7 no estaba en uso; las luces estaban apagadas, y al tratar como ella no podía decir si había alguien esperando en la penumbra para colocar una trampa. Pero ella no veía ninguna otra opción. Mejor simplemente ir a ello y esperar que solo hubiera dos asesinos.

—Cúbrenos, —dijo ella, preparando sus largas piernas para el largo sprint hacia la puerta.

Gorvich asintió, entonces se alzó de detrás de las cajas, gritando con su furia mientras liberaba una lluvia salvaje de disparos para atraer el fuego de sus enemigos.

Teff'ith salió, agachándose en bajo pero moviéndose deprisa mientras rompía hacia la puerta y la oscuridad tras ella.

* * *

Theron corrió a través de los hangares desiertos, dirigiéndose a la Plataforma 8, donde la tripulación de Teff'ith había amarrado su nave. Escuchó otra ronda de fuego de bláster y la tomó como una buena señal, no habría habido más disparos a no ser que Teff'ith y su gente estuvieran disparando de vuelta.

Cargar en medio de una lucha de fuego en la Plataforma 8 era demasiado arriesgado incluso para Theron, así que cogió un desvío por el hangar adyacente. Se zambulló en la oscuridad de la Plataforma 7 sin utilizar, casi golpeando una figura pesada con armadura medio oculta en las sombras. Un único cuerno, grueso, sobresalía del centro de su cabeza calva, claramente marcándole como un advozse incluso en la casi oscuridad.

Él estaba en pie en medio de la habitación con su rifle bláster alzado en su hombro, de espaldas a la entrada por la que Theron había entrado, la atención centrada en la puerta que llevaba al hangar de Teff'ith. Escuchando los golpes de los pasos que llegaban tras él, el advozse empezó a girarse hacia el recién llegado, pero Theron estaba sobre él antes de que pudiera reaccionar. Con una patada frontal golpeó el rifle bláster fuera de las manos del alien, entonces lanzó una rápida ráfaga de puñetazos a su cara. Sin embargo, el asesino no era un matón torpe callejero; esquivó bajo los golpes y tiró a Theron por sus pies con un barrido de piernas.

Theron rodó fuera del camino mientras su enemigo elevaba un codo golpeando el suelo donde su cabeza había estado un instante antes. Todavía propenso, arremetió con su bota, pero el advozse se giró, y en lugar de golpearle en la mandíbula miró por encima de su hombro.

El asesino alcanzó su cinturón hacia su arma de apoyo. Theron fue más rápido, quitándosela se las manos mientras gruñía,

—Toxicidad diez, —liberando el único arma sin utilizar que todavía le quedaba en su brazalete. Al contrario del arsenal de dardos incapacitadores, la precisión de tiro único del láser era letal a un rango de menos de tres metros. La intensidad brillante del rayo fino como una aguja perforó la oscuridad y golpeó al advozse justo debajo del cuerno que sobresalía desde el centro de su frente, matándole al instante.

El cuerpo cayó hacia delante, momentáneamente sujeto a Theron bajo su bulto. Antes de que tuviera una oportunidad de librarse del asesino caído alguien más llegó disparado hacia la habitación desde la puerta en el extremo opuesto.

* * *

Teff'ith escuchó a los asesinos devolviendo el fuego a Gorvich conforme corría, expuesta, por el suelo del hangar. Un par de rayos rebotaron en el suelo junto a ella conforme se hundía a través de la puerta abierta hacia la habitación a oscuras de detrás, a salvo fuera de la línea de fuego.

Ella se deslizó por el suelo y trepó sobre sus pies, preparándose para el impacto mortal de un rayo bláster del posible tercer asesino esperándola en las sombras. Pero la trampa no se activó, y Teff'ith sonrió mientras se daba cuenta de que todavía saldrían de esta vivos.

Los asesinos no querían cortar la recompense en tres partes. Avariciosos. Estúpidos.

Con prisa por hacerles pagar por su error, corrió a través de la habitación y fuera de la puerta al otro lado. Nunca se dio cuenta de las dos figuras —una viva, una muerta— que descansaban en las sombras del suelo a solo unos pocos metros hacia un lado.

Theron observó a Teff'ith corriendo pasando por él, ignorante de su presencia. Una vez que se hubo ido, él se libró del cuerpo del advozse y se puso en pie. Prefería deshabilitar a los oponentes cuando era posible, pero a veces esa no era una opción. En cualquier caso, no iba a derramar ninguna lágrima por un asesino contratado.

Habría salvado a Teff'ith de caminar hacia una trampa mortal, y él lo había hecho sin revelarse. Pero había otros asesinos con los que tratar, y aunque Teff'ith debía haber ganado ventaja gracias a su intervención, él no iba a dejar su destino a las probabilidades.

Moviéndose más cautelosamente y manteniéndose en las sombras, se deslizó en la dirección en la que la joven twi'lek había desaparecido.

CAPÍTULO 4

TEFF'ITH SURGIÓ DE LA OSCURIDAD de la Plataforma 7 hacia la habitación central de suministros que abastecía a los Hangares del 7 al 12. Su plan original había sido ir a través de la sala de suministros hacia la Plataforma 9 y tratar de llegar a los asesinos por detrás. Pero cuando sus ojos cayeron sobre el cargador pesado y un núcleo de combustible dañado descansando en la esquina, tuvo una mejor idea.

El núcleo tenía forma cilíndrica, un metro de grueso y dos metros de alto, y pesaba cerca de una tonelada. No era de extrañar que las naves hicieran reparaciones menores mientras estaban amarradas en un espaciopuerto, pero reemplazar la maquinaria de un núcleo de combustible era una empresa mayor. No era sólo el tamaño lo que hacía difícil la reparación. El combustible residual atrapado dentro del núcleo era altamente inflamable. El núcleo estaba envuelto en una coraza de escudo gruesa, pero si la coraza estaba agrietada, y el líquido de dentro estaba expuesto al aire, podía prenderse.

Teff'ith inspeccionó el núcleo. La coraza estaba del todo intacta; probablemente había sido reemplazada por un bloqueo en las líneas. Reasegurando que la maquinaria del núcleo no explotaría inesperadamente, saltó hacia el asiento del operador del cargador y presionó el iniciador. El motor poderoso del vehículo compacto tosió, chisporroteó, y escupió una nube densa de humo negro antes de recuperarse finalmente. El cargador había visto mejores días, pero estaría lo suficientemente bien como para lo que había planeado. Podía sentir las vibraciones de las pisadas gemelas vibrando sobre el suelo y hacia su silla conforme maniobraba el cargador sobre el núcleo de combustible.

Con un par de apretar de botones, ella manipuló los brazos de carga de forma que agarraron el núcleo de combustible a cada extremo y lo elevaron en el aire, sosteniéndolo en su extensión. Bajó los brazos ligeramente hasta que el núcleo estuvo nivelado con su asiento, permitiéndole sólo apenas ver sobre la parte superior del cilindro hacia dónde iba. Giró el cargador hasta su posición, entonces lo mandó resoplando hacia atrás por la puerta por la que había entrado.

Theron escuchó el motor del cargador y rápidamente esquivó hacia las sombras fuera de la vista mientras resoplaba pasándole, llevando un núcleo de combustible descartado de una nave estelar. Viendo a Teff'ith a los mandos, sabía exactamente lo que había planeado y decidió que era hora para que él hiciera su salida. Esperó hasta que el cargador desapareciera a través de la puerta que le llevaba de vuelta hacia la Plataforma 7, entonces se deslizó hasta la habitación de suministros y salió a través de una de las plataformas del lado opuesto, seguro de que ella podía ocuparse de los asesinos restantes sin más ayuda de él.

Teff'ith vio los ojos de Gorvich abrirse como platos conforme el cargador vibraba a través de la puerta en la parte trasera del hangar. Los asesinos todavía ocultos en el otro extremo abrían fuego al nuevo objetivo, pero Teff'ith fue cuidadosa de mantener su cabeza metida tras el núcleo de combustible, y sus rayos se reflejaban sin causar daños en la coraza gruesa del cilindro. Gorvich cogió la oportunidad para salir de detrás de su cobertura y disparar un par de tiros simbólicos a sus atacantes mientras Teff'ith dirigía el cargador a donde Vebb se estaba ocultando.

—Hora de irse, —gritó sobre la maquinaria.

Ella posicionó el vehículo para bloquear a los asesinos de que tuvieran un disparo claro, permitiendo al rodiano correr a toda prisa hacia la rampa de carga de la nave y desaparecer en el contenedor.

Mientras ella giraba el cargador en dirección a Gorvich, uno de los asesinos finalmente rompió la cobertura y se movió a una nueva posición para tener a tiro a Teff'ith. La twi'lek no podía averiguar la especie a través del casco y la armadura de cuerpo completo, pero la figura parecía de una mujer.

Finalmente presente con un objetivo que podía ver, Gorvich evaluó la oportunidad. Sus blásters gemelos golpearon con una precisión mortal, haciendo caer a la asesina expuesta en su sitio antes de que diera dos pasos.

—Buen tiro, —destacó Teff'ith, admitiendo a regañadientes que Gorvich no era completamente inútil.

—Buena conducción, —respondió Gorvich, alzando una ceja hacia el cargador.

El único asesino que quedaba disparó otra ronda; una vez más se reflejó sin causar daños en el masivo núcleo del motor. El motor de la nave detrás de ellos rugió al encenderse, y el techo del hangar se deslizó lentamente para abrirse con un ruidoso chirrido mientras Vebb se preparaba para despegar.

—Comemierda de piel verde será mejor que no nos dejes en la cuneta, —escupió Gorvich.

Es tu estilo, no el suyo, pensó Teff'ith. En voz alta dijo,

—Entra en la nave.

Gorvich agitó su cabeza.

—No voy a dejar la mitad de nuestro cargamento detrás. Deshazte de ese último asesino y podremos tomarnos nuestro tiempo en cargar el resto de la especia.

Teff'ith iba a decirle lo estúpido que estaba siendo cuando vio algo pequeño y redondo volando en el aire hacia ellos.

—¡Detonador! —gritó ella, agachándose bajo en su asiento.

Gorvich se hundió tras el cargador mientras el detonador explotaba. Hubo un flash repentino de luz y sonido, y entonces todo se volvió negro.

Conforme su consciencia volvió, Teff'ith lentamente abrió sus ojos. Estaba descansando en el suelo, cubierta por un fino polvo, y el único sonido que escuchaba era

un gemido perforante. Ella echó un vistazo a la escena alrededor de ella, luchando para hacer que tuviera sentido lo que acababa de ocurrir.

Gran parte del choque de conmoción del detonador escapó a través del techo, pero la explosión todavía había sido lo suficientemente poderosa para crear el caos en el hangar. Las cajas habían sido reducidas a pedazos, lloviendo en el hangar y todo lo que había en él en un polvo de especia y trozos destrozados de madera. El cargador descansaba volcado a su lado, volcado por la fuerza de la explosión.

Los cuerpos de Frinn y del cazarrecompensas que disparó Gorvich habían sido arrojados de camino a la parte trasera del hangar, donde habían aterrizado en una pila retorcida. Teff'ith se dio cuenta de que el cargador la había escudado de la peor parte de la explosión; era la única razón por la que había sobrevivido. Se preguntaba si Gorvich había tenido tanta suerte mientras se alzaba irregularmente sobre sus pies.

Sus oídos todavía sonaban y su equilibrio estaba desalineado; era todo lo que podía hacer para no derrumbarse. En el otro extremo de la habitación vio un hombre en armadura reptando en sus manos y rodillas, el asesino que había arrojado el explosivo. Estaba claramente agitado y desorientado, pero se estaba moviendo lentamente hacia donde su rifle bláster descansaba en el suelo de cerca.

Teff'ith agarró la pistola en sus caderas, pero el movimiento repentino era demasiado en su estado tambaleante, y ella se tambaleó de lado y cayó al suelo. Sus movimientos torpes atrajeron la atención del asesino mientras envolvía sus dedos alrededor de su arma.

Él la alzó lentamente y apuntó hacia Teff'ith. Antes de que pudiera disparar, un único tiro llegó desde sobre su hombro, golpeándole en el pecho. Su armadura absorbió la peor parte del golpe, pero el impacto le mandó tumbándole hacia atrás y el arma se soltó de sus manos.

Teff'ith se giró para ver a Vebb bajando de la rampa de aterrizaje de la nave, pistola en mano y una mirada sombría en sus ojos mientras avanzaba hacia su oponente vulnerable.

En una lucha justa el piloto no habría tenido oportunidad, pero Vebb había estado dentro de la nave cuando el detonador marchó, él era el único que no se estaba tambaleando y tropezando. El asesino se levantó y con torpeza alcanzó su cinturón, yendo a por su arma de repuesto mientras Vebb continuaba hacia él. El rodiano disparó tres tiros más a quemarropa, poniendo fin a sus esfuerzos desesperados, torpes.

Él se giró hacia Teff'ith y la cogió fuerte por el brazo, arrastrándola por sus pies.

—No tan rápido, —refunfuñó ella, balanceándose intranquilamente incluso con su apoyo.

—Tenemos que darnos prisa, —le dijo él, su voz sonando distante y vacía.

Teff'ith miró en la dirección a la que él estaba señalando y vio que el núcleo de la nave había sido dañado de mala forma en la explosión.

—La coraza está agrietada, —dijo él—. La cosa podría explotar en cualquier segundo.

Teff'ith asintió. Con la ayuda de Vebb ella tropezó hacia la nave en espera y medio se tambaleaba, medio reptaba hacia la rampa de aterrizaje. Para su sorpresa, Gorvich ya estaba esperándoles en el contenedor.

—Cuida de ella, —dijo Vebb mientras él levemente la bajaba al suelo. Entonces golpeó el botón para retraer la rampa antes de correr hacia la cabina de mandos.

Gorvich estaba cubierto de rasgones y arañazos, y se movió con una cojera pronunciada mientras lentamente se abría paso hacia el kit médico de la nave. Pero de otro modo parecía estar bien; claramente el cargador le había escudado de la peor parte de la explosión también.

La fortuna favorece a los tontos, pensó Teff'ith mientras la nave se alzaba en el aire.

Hubo un boom profundo de alguna parte lejos debajo de ellos mientras la coraza agrietada del núcleo del motor cedía. La explosión hizo que la nave se sacudiera y tambaleara, haciendo que Gorvich cayera fuertemente contra el suelo donde aterrizó con un gruñido pesado.

—Estúpido rodiano ni siquiera puede volar recto, musitó mientras se ponía de nuevo en pie.

En el ojo de su mente Teff'ith podía imaginar el daño causado por la detonación del núcleo de combustible. Las Plataformas de la 7 a la 12 estarían fuera de servicio durante semanas y las tripulaciones limpiarían el desastre y harían reparaciones estructurales. Los Hutts no estarían contentos por las pérdidas de ingresos; buscarían a alguien a quien culpar. Morbo acabaría teniendo que pagar el pato, él fue el que organizó el golpe que acabó mal. Ella decidió que sería inteligente permanecer lejos de Nar Shaddaa en el futuro probable.

Gorvich se sentó cautelosamente a su lado y abrió el kit médico.

—Señala donde te duele, Rayo de sol, —dijo él con una sonrisa lasciva.

—No necesito ayuda, —gruñó ella, abofeteando su mano lejos mientras él extendía su brazo hacia ella.

—¿Por qué estás tan enloquecida? Debemos haber dejado la mitad de la especia atrás, pero todavía es un buen logro.

—Frinn está muerto, —le recordó ella—. Por tu culpa. Debiste haber pagado a Morbo.

Gorvich se encogió de hombros.

—Nunca me gustó demasiado Frinn. Además, ahora podemos repartirnos su parte. Todo ha salido para bien.

Teff'ith no estaba tan preparada para simplemente dejar pasar todo lo que había ocurrido. Ahora que estaban libres y despejados, tenía una fuerte sensación de que no estaban viendo todas las piezas del puzzle.

—Hay algo que hemos pasado por alto, —musitó ella—. ¿Por qué sólo dos asesinos? Manda tres, y no tendremos oportunidad.

—Tuvimos suerte. Ocurre a veces. Trata de disfrutarlo.

—No confíes en la suerte. Siempre vuelve.

—Siempre hay desgracia y melancolía contigo, ¿no, Rayo de sol? —dijo Gorvich, agitando su cabeza mientras ella se alzaba sobre sus pies y caminaba hacia la cabina de mandos.

Sola en el contenedor, Teff'ith no podía dejarlo ir. Seguía reproduciendo la lucha una y otra vez en su cabeza, tratando de entender por qué Morbo no se había tomado la simple precaución de mandar a un tercer asesino para cortar su retirada. Cuanto más luchaba con el problema, más se convencía de que había pasado por alto algo muy, muy obvio.

* * *

Theron ya estaba fuera del espaciopuerto, deambulando con el resto de la multitud tras las puertas, cuando escuchó la primera explosión. Resistió la urgencia de correr de vuelta al interior; no quería atraer ninguna atención indeseada hacia sí mismo, pero no podía evitar preguntarse si algo había ido mal en el plan de Teff'ith. Cuando vio su nave despegar tras un corto tiempo, respiró un suspiro profundo de alivio.

La segunda explosión llegó un instante después, ésta mucho mayor que la primera. Los llantos de consternación brotaban de la multitud, la mayoría de los pilotos y capitanes imaginando qué daños debían haberse hecho a sus naves.

—¿En qué hangar estás tú? —preguntó Theron al sullustano con el que había hablado antes.

—*Plataforma diez*, —contestó él con tristeza en su lengua nativa. Entonces sus ojos se encogieron—. *Corriste hacia dentro ¿Por qué?*

—Tenía que comprobar mi cargamento, —mintió Theron—. Asegurarme de que todo estaba a salvo.

—*Volviste fuera, grandes explosiones*, —continuó el sullustano—. *Sospechoso*.

—No intentes colgarme esto, —dijo Theron a la defensiva—. Tú mismo lo dijiste. Asuntos Hutt. Si tienes problemas, habla con ellos.

El sullustanos continuó mirando a Theron por varios segundos, entonces finalmente se giró.

—*Sólo estoy preocupado por mi nave*.

—Yo también, —dijo Theron. Cuando continuó, habló lo suficientemente alto para que los otros en la multitud le escucharan—. Esa explosión ha sonado mal. Los Hutts probablemente quieran cerrar el espaciopuerto al completo mientras hacen las reparaciones.

—*¿Cerrarlo?* —el sullustano hizo eco, la idea de repente arraigándose en su cabeza.

—Sí. Probablemente pondrán en cuarentena el área al completo y evaluarán todo lo del interior como evidencias mientras investigan lo que ocurrió.

Hubo un momento de silencio asombrado mientras la multitud ponderaba las implicaciones de sus palabras, entonces una mujer gritó,

—¡De ninguna manera voy a dejar que esas babosas avariciosas pongan sus guantes sobre mi nave!

Su grito desafiante desató una estampida mientras todos trataban de entrar a la vez, presionando y empujándose los unos a los otros de camino en su prisa por agarrar cualquier cargamento que pudieran y despegar antes de que los Hutts se abalanzaran y cerraran el espaciopuerto.

Theron esperó unos pocos segundos hasta que la pequeña multitud desapareciera por completo en el espaciopuerto. Confiado de que no habría testigos quedándose para darle su descripción a los Hutts y causaran problemas al SIE de la República. Dio una caminata en la otra dirección, silbando una melodía antigua mantelliana.

CAPÍTULO 5

MARCUS TRANT TENÍA UN MONTÓN DE COSAS EN SU MENTE. Como Director del Servicio de Información Estratégica de la República, eso no era raro, siempre estaba haciendo malabares con las operaciones del día a día del brazo de la inteligencia de la República con los juegos políticos necesarios para cualquier agencia del gobierno por permanecer a flote. Al contrario de algunas instituciones más tradicionales de la República —los Jedi, o el Senado Galáctico, por ejemplo— el SIE todavía tenía que justificar su existencia en cada momento para mantenerse de que les cerraran o que les cortaran la financiación por parte de la campaña de reelección de un Senador en una plataforma de «gastos responsables del gobierno».

Al contrario que los militares, la mayoría de lo que hacía el SIE estaba entre bambalinas y fuera del registro. A Marcus le gustaba decir a sus operativos que si hacían bien su trabajo, nadie siquiera sabría lo que habían hecho. Desafortunadamente, esa respuesta no volaba cuando se enfrentaban al sonido del presupuesto. Los burócratas que finalmente decidieron que el destino de su organización requería de algo que mostrar por los créditos que invertían en el SIE. Esperaban que el Director revelara detalles de misiones altamente clasificados, ignorando el hecho de que hacerlo pondría en riesgo a su gente.

Evitar sus solicitudes ridículas era exhaustivo; las cosas serían mucho más fáciles con un fuerte aliado político que pudiera responder por el valor de lo que el SIE hacía. Alguien demasiado poderoso e importante como para ser cuestionado por los políticos y los jinetes de escritorio. Alguien como Jace Malcom, el Comandante Supremo de la milicia de la República. Jace era un héroe de guerra altamente respetado y universalmente admirado; tenerle en la esquina del SIE ayudaría a tener a los atontados burócratas a raya. El recientemente nombrado Comandante Supremo había pedido al SIE que llevara una misión especial. Todo había ido suavemente hasta que Theron se mezcló con ella.

El Director no había escuchado de Theron desde ayer, cuando él, de forma seca rompió su conversación sobre lo que estaba haciendo en Nar Shaddaa. Desde entonces Theron había desaparecido, pero no antes de deshabilitar a un compañero agente del SIE, causar un accidente industrial en uno de los espaciopuertos de Nar Shaddaa, y desenmarañar tres meses de vigilancia encubierta.

Pese a todo eso, el Director estaba esperando antes de rellenar su informe oficial. Theron era uno de sus mejores agentes; se había ganado el beneficio de la duda. Lo menos que Marcus podía hacer era esperar a escuchar su versión de la historia antes de acabar con su carrera.

La recepcionista detrás del escritorio en la sala de espera de Jace miró arriba a su llegada, y Marcus fue golpeado inmediatamente por sus destacables ojos verdes.

—Vaya dentro, Director, —dijo ella, resplandeciéndole con una sonrisa deslumbrante mientras presionaba el botón para abrir la puerta de la oficina en la pared detrás de ella—. El Comandante le está esperando.

Pasó junto a la recepcionista y entró en la oficina de más allá, tratando de centrarse en cómo podría explicar lo que había ido mal al Comandante Supremo sin que llevaran a Theron a una corte marcial.

Jace Malcom estaba sentado tras un escritorio, estudiando el monitor de su ordenador atentamente. Su piel era más clara que la tonalidad de ébano del Director, aunque todavía bronceada y desgastada, la complexión de un hombre que había pasado la mayor parte de su vida en el exterior. Sombras de su edad se mostraban en las patas de gallo alrededor de sus ojos y los leves grises en la parte frontal de su pelo oscuro, aunque era difícil darse cuenta con el corte militar corto que llevaba. Pero su cuerpo todavía estaba en forma para la batalla: amplios hombros y pecho grueso, parecía que podía mantenerse a sí mismo en el campo de batalla.

Su característica más notable era el horripilante patrón de cicatrices y carne fundida que cubría la mayor parte del lado derecha de su cara. Había sido herido por un detonador muchos años antes en la Batalla de Alderaan mientras servía como líder del legendario Escuadrón Caos de la unidad de fuerzas especiales.

Mirando las cicatrices, el Director no podía evitar pensar en Theron de nuevo. Había sido la madre de Theron —la Maestra Satele Shan, ahora la Gran Maestra de la Orden Jedi— la que había liderado a los Jedi que lucharon junto al Escuadrón Caos ese día. Juntos Satele y Jace lucharon contra el Lord Sith Darth Malgus en el campo de batalla, volviendo la tendencia del conflicto. Aunque Malgus sobrevivió al conflicto, la República ganó el día y reclamó Alderaan del Imperio.

—Cierre la puerta, Director, —dijo Jace, girándose de la pantalla—. Y tome asiento.

Marcus hizo un corto saludo, entonces se sentó en la silla enfrente del Comandante Supremo.

—Su mensaje decía que teníamos que hablar de Travesaño, —dijo Jace—. Supongo que algo ha ido mal.

—Alguien se coló y liberó a los prisioneros antes de la subasta, —explicó el Director—. Los robó justo bajo las narices de Morbo.

—E hizo volar un espaciopuerto, también, —denotó Jace.

—Y eso, —admitió Marcus avergonzado.

Travesaño es el proyecto personal de Jace. Debía haber imaginado que lo estaría siguiendo más de cerca de lo habitual.

—Pensé que el plan era esperar hasta después de la subasta, —presionó Jace—. Traer de vuelta a nuestra gente después de que dejaran Nar Shaddaa de modo que Morbo no supiera lo que habíamos averiguado de su anillo de tráfico de esclavos.

—Tuvimos una ruptura de comunicaciones, —dijo Marcus, escogiendo sus palabras con cuidado—. Dos agentes siguiendo agendas diferentes se metieron el uno en el camino del otro. Todavía estamos averiguando los detalles.

—¿No es su trabajo asegurarse de que sus agentes se mantengan alejados del camino del otro? —preguntó el Comandante Supremo.

Las opciones del Director estaban claras, decirle a Jace sobre Theron desafiando sus órdenes para actuar por su cuenta, o permanecer en silencio y culparse a sí mismo.

—Tiene razón, señor. Acepto toda la responsabilidad. No ocurrirá de nuevo.

El Comandante Supremo no respondió. En su lugar, sólo miró a Marcus en silencio, haciendo que el Director se revolviera incómodo en su asiento.

Sabe que me estoy guardando algo. Que estoy cubriendo a alguien.

Con prisa por salir de la mirada penetrante de Jace, el Director rompió el silencio.

—Sé lo importante que es la Operación Travesaño para usted, señor, —dijo Marcus—. Y nos las manejamos para rescatar a los soldados de la República que de otro modo habrían pasado sus vidas como esclavos.

—Quizás lo que ocurrió en Nar Shaddaa mande un mensaje, —continuó él—. Hará que los Hutts se lo piensen dos veces antes de vender PDG de la República. Recordarles que cuidamos de los nuestros.

—Esperemos eso, —dijo Jace, su mirada suavizándose—. Quizás es para mejor, en cualquier caso. Deja recursos libres para algo más. Algo grande.

¿Algo más grande que salvar a tus compañeros soldados de la esclavitud? Se preguntó en silencio Marcus.

—¿Cuáles son sus sentimientos sobre el actual estado de los esfuerzos de guerra? —preguntó el Comandante Supremo, pareciendo cambiar repentinamente de tema.

La pregunta era lo suficientemente familiar; el Director la había hecho cientos de veces diferentes en varios encuentros a lo largo de años. Normalmente daría la respuesta que pensaba que el que le escuchaba estaba esperando para hacer que el encuentro fuera más suave. Pero Jace no era como los políticos con los que normalmente trataba, y decidió que ser franco y honesto merecía el riesgo.

—El Imperio se está tambaleando. Por primera vez en décadas llevamos la delantera. Cuando cayó el Emperador, dejó un vacío en la cima de la estructura de poder Sith. Malgus trató de llenarlo, pero cuando su golpe de estado fracasó y fue asesinado, el Imperio se quedó sin un líder claro para congregarlos.

Tras una breve pausa añadió,

—La Inteligencia Imperial ha caído. Sin sus registros, la estrategia militar Imperial se ha vuelto inefectiva y descentrada. No puedes llevar una guerra sin una buena inteligencia.

—No tiene que venderme el SIE, —le dijo Jace con una sombra de sonrisa en sus labios—. Aprecio lo que traen sobre la mesa. Lo crea o no, realmente leí todos esos informes que me mandó.

—Lo siento, Comandante. Supongo que estoy acostumbrado a tratar con políticos y burócratas.

—He estado estudiando su análisis de las amenazas Imperiales bien de cerca, —continuó Jace—. Hay una en particular que atrajo mi mirada: La *Lanza Ascendente*.

Una vez más los pensamientos de Marcus volvieron a Theron. La *Lanza Ascendente* era un prototipo de un crucero de combate de largo alcance desarrollado por la brillante

Darth Mekhis como parte de un programa de armas secreto Imperial. Theron, con la ayuda de su Maestro Jedi mentor Ngani Zho, supo del programa y casi acabó con él asesinando a Darth Mekhis. De todas sus creaciones mortíferas, sólo la *Lanza Ascendente* sobrevivía aún.

Zho murió en esa misión, pensó Marcus. *Dio su vida para salvar a Teff'ith. Es por eso por lo que Theron se siente responsable por ella ahora.*

Todas las conexiones con Theron estaban empezando a sentirse más que una simple coincidencia. Su madre probablemente diría algo sobre la Fuerza trabajando de una forma misteriosa, pero el Director sabía que Theron no estaba en sintonía con la Fuerza. No como un Jedi.

—¿Algo va mal, Director?

Marcus agitó su cabeza, tratando de eliminar sus propios pensamientos.

—Sólo pensaba en la *Lanza Ascendente*.

—Infórmeme.

—La mayoría de lo que conocemos es teoría y conjeturas, reunidas de los informes en el campo de batalla. Es algún tipo de hiperconductor revolucionario, probablemente la nave más rápida jamás construida. Con el poder de fuego suficiente para acabar con una flota entera.

—Sus informes estiman que la *Lanza Ascendente* es responsable de más bajas de la República que los diez siguientes cruceros de batalla Imperiales más efectivos combinados.

—La *Lanza* es mucho más avanzada que cualquier otra nave de forma que aún no conocemos del todo de qué es capaz, —admitió el Director.

—¿Y qué hay de la comandante? ¿Darth Karrid?

—La aprendiz de Darth Malgus, —dijo el Director—. Es una falleen. Solía estar de nuestro lado. Entrenada con los Jedi antes de desertar con los Sith.

—Estoy sorprendido de que la aceptaran, —dijo Jace—. Pensé que creían que sólo los humanos y los Sith de raza pura eran merecedores de unirse a su rango.

—Malgus era diferente, —explicó Marcus, antes de añadir—, Karrid es un genio táctico, y es completamente despiadada. Cada batalla en la que la *Lanza Ascendente* ha estado involucrada ha sido una masacre para nuestro bando. Si no hubiera sido por Karrid y la *Lanza*, ya podríamos haber ganado esta guerra.

Jace asintió, y el Director tuvo la impresión de que el Comandante Supremo ya sabía todo eso. Era casi como si Jace le hubiera estado probando.

—Voy a reunir a una fuerza de misión para hacer caer la *Lanza Ascendente*, —dijo el Comandante Supremo.

Marcus estaba sorprendido por la audacia del plan, pero su entusiasmo fue atemperado por la realidad. Tanto como quería dar voz a su apoyo para llevarse bien con Jace, sentía que le debía al Comandante Supremo ser honesto.

—El SIE ha investigado esa opción antes, —dijo Marcus—. No podemos encontrar una forma de hacerlo funcionar.

—Esto no va a ser una operación del SIE, —le dijo Jace—. Quiero una misión conjunta con la completa cooperación de la milicia, los Jedi, y el SIE.

—El SIE está a su disposición, —le aseguró el Director, aunque en su interior era escéptico. Las misiones conjuntas eran grandiosas en teoría, pero en la práctica tendían a volverse guerras de territorios conforme las diferentes agencias luchaban por llevarse todo el mérito y deshacerse de toda la culpa.

—Sé lo que está pensando, —dijo Jace—. Pero esto es demasiado grande para que nadie lo maneje solo. La única forma de hacerlo caer es trabajando juntos.

El Comandante Supremo se alzó y fue alrededor desde detrás del escritorio, moviéndose rápidamente. Agarró los hombros de Marcus con sus enormes manos, su agarre tranquilo cerca de ser doloroso. Inclinándose hacia delante, llevó su cara cerca. Sus ojos sin parpadear parecían hundirse profundamente en el Director, como si Jace estuviera buscando en las profundidades de su corazón y su mente.

—No me diga lo que quiero escuchar, —insistió él—. Creo que podemos hacer esto, y necesito que crea en ello, también. ¿Está conmigo, Marcus? ¿De verdad, sinceramente conmigo?

—Estoy con usted, Comandante, —prometió el Director, sus reservas fueron barridas por la intensidad cruda del Comandante Supremo y su convicción.

—Buen hombre, —dijo Jace, dándole unos golpecitos en los hombros mientras liberaba su agarre y se alzaba—. Sabía que podía contar con usted.

Él fue de camino de vuelta al otro lado del escritorio y se volvió a sentar en su silla.

—Voy a mandarle todo lo que tengo sobre la *Lanza* y Darth Karrid, —le dijo Jace—. Informes clasificados de cada interacción militar en la que ha sido involucrada la *Lanza*, evaluaciones confidenciales preparadas por los entrenadores de Karrid y los Maestros de la academia Jedi. Todo. Estúdielo todo en detalle y mándeme una lista de los agentes que recomiende para este trabajo. Quiero esos dosieres para la próxima semana.

—Sí, señor, —dijo Marcus.

—Recuerde… esta es nuestra máxima prioridad, —dijo Jace—. La *Lanza Ascendente* es la más grande amenaza única para la República, nuestras flotas y nuestros ciudadanos. Intento destruirla, y quiero que me diga cómo.

CAPÍTULO 6

—¡ESTO ES UN ULTRAJE! —exclamó Darth Ravage—. ¡Malgus fue un traidor que trató de usurpar el trono del Emperador! ¿Ahora esperáis que le otorguemos a su aprendiz un asiento en el Consejo Oscuro?

Darth Marr, un miembro de rango sénior del Consejo Oscuro, se negó a responder de igual modo a la explosión agresiva de Ravage. En su lugar, cuidadosamente midió las reacciones de los otros seis miembros que se habían reunido en la cámara de encuentros en las profundidades del interior de la Ciudadela del Emperador en Dromund Kaas. Al contrario que Ravage, permanecieron calmados, aunque por sus expresiones estaba claro que compartían sus reservas.

—Ninguno de nosotros puede exigir nada a los otros, —les aseguró Marr—. Pero os recordaré que Darth Karrid le dio la espalda a Malgus cuando él nos dio la espalda a nosotros. Y el fallecimiento inoportuno de Darth Hadra ha dejado la Esfera de la Tecnología vacante. Todo lo que estoy pidiendo es que la consideréis como una candidata a la posición.

—Es una falleen, —objetó Darth Mortis. Darth Rictus, el miembro más antiguo del consejo, asintió para mostrar que compartía la opinión de Mortis.

Marr luchó contra la urgencia de despotricar contra su intolerancia. Malgus se había extralimitado cuando trató de proclamarse a sí mismo el nuevo Emperador, pero tenía razón en una cosa: Si el Imperio quería derrotar a la República, no podían seguir aferrándose a su prejuicio abierto contra las especies minoritarias. Mantener mundos enteros subyugados era demasiado estrés para los recursos militares Imperiales; era mucho más eficiente probarles y alistarles como aliados voluntarios en la guerra contra la República.

Pero Marr sabía que las discusiones sólo presionarían al ya frágil Consejo Oscuro hacia un cisma completo. Ahora no era el momento de luchar. La República les tenía en retirada a lo largo de la galaxia; un frente unido era su única esperanza de supervivencia. La defensa del Imperio era su Esfera de Influencia oficial, así que recaía sobre él hacer de puente entre las divisiones de sus compañeros miembros del Consejo.

—Nuestros números merman, —les recordó Marr—. Necesitamos aliados. Elevar a una falleen al Consejo muestra a otras especies que hay un lugar para ellos en nuestro Imperio.

—Quizás el problema es que las otras especies han olvidado cuál es su sitio apropiado, —contestó Mortis.

—Bien jugado, Mortis, —metió baza Vowrawn, dejando que sus palabras colgaran en el aire por un momento dramático antes de añadir—. Aún así no debemos rechazar a Darth Karrid tan rápidamente.

Marr había estado esperando el apoyo de Vowrawn. Un Sith de pura sangre que disfrutaba de las intrigas de la corte, los políticos taimados, y el hedonismo desenfrenado de la nobleza Imperial, él también era responsable de la Esfera de Influencia de

Producción y Logística. Sabía de números mucho mejor que nadie; la República tenía más soldados, más recursos, y más aliados que el Imperio, y si el Imperio no podía reclutar más mundos a su bando iba a perder.

—Darth Karrid ha demostrado ser de bastante valor para nuestros esfuerzos de guerra, —les recordó a todos Vowrawn—. Sin ella nuestra situación sería insostenible, en lugar de precaria.

Darth Ravage refunfuñó, sin estar convencido.

—Le estáis dando el mérito a ella, cuando todos sabemos que realmente debería ser de la nave. Cualquiera de nosotros podría haber tenido su éxito si controláramos la *Lanza Ascendente*.

—Y ahí recae el problema, —continuó Vowrawn—. Nosotros no la controlamos. Ella lo hace. Y dudo que te la ceda sólo porque se lo pidas.

—La nave es parte de la ecuación, —admitió Marr—. Darth Mekhis controlaba la Esfera de Tecnología cuando desarrolló la *Lanza Ascendente*. Hay cierta lógica en darle el portafolio a aquella que ahora controla la última de sus creaciones.

—¿Tienes miedo de ella? —preguntó Darth Rictus, acabando su pregunta con una carcajada jubilosa.

Marr ignoró la pregunta, negándose a alzarse ante la provocación del viejo.

—Estoy dispuesto a considerar a otros candidatos para el asiento, —continuó él—. Si alguno de vosotros tiene una sugerencia que merezca la pena.

—Darth Gravus, —ofreció Mortis, y hubo un murmullo general de asentimiento desde el resto del grupo.

En su interior, Marr se avergonzó. No era que Gravus no fuera adecuado para la posición. El Lord Oscuro había probado que era digno debilitando con éxito la campaña de la República de restaurar el mundo devastado de Taris. Pero Gravus era una unión a los métodos antiguos. Ambicioso y despiadado, se había ganado varios aliados de influencias en los escalones superiores de la sociedad Imperial… y la misma cantidad de enemigos. Llevarle al Consejo abriría la puerta a más luchas internas conforme los viejos rencores se reavivarían, y no haría nada por convencer a otras especies de unirse a la causa Imperial. Lo peor de todo, su selección seguro que enfadaba a Darth Karrid. Afortunadamente, la victoria de Gravus en Taris había sido ensombrecida cuando sus flotas perdieron el control del mundo rico en minerales de Leritor, un revés costoso para el Imperio.

—Gravus fracasó al mantener a la República a raya en el Borde Medio, —les recordó él.

—Ha hecho una retirada a Bothawui para reagruparse, —contestó Mortis—. Pronto lanzará una contraofensiva y reclamará Leritor para el Imperio.

—Si tiene éxito, entonces no puedo ver ninguna razón para oponerse a él como candidato, —admitió Marr a regañadientes.

—Entonces estamos todos de acuerdo, —presionó Mortis—. Una vez que Leritor vuelva a estar bajo control Imperial, a Gravus se le debería dar un asiento en el Consejo Oscuro y el control sobre la Esfera de la Tecnología.

Marr habló rápidamente, antes de que alguien más pudiera interferir.

—Dije que no me opondría a Gravus como candidato, —dijo él, su voz firme—. Debería ser considerado. Como debería serlo Karrid. Deberíamos tomarnos nuestro tiempo para pensar en ambos candidatos antes de que tomemos una decisión final.

—Una vez más todos somos humildes ante tu sabiduría, Darth Marr, —dijo Vowrawn, su voz flotando en la línea entre la sinceridad y el desdén—. Propongo que aplacemos este encuentro para que podamos ponderar esta decisión muy importante.

Mientras los miembros del Consejo Oscuro abandonaban la habitación, Marr sólo podía imaginar cómo reaccionaría Darth Karrid cuando escuchara las noticias. Decidió que sería mejor si se las contaba él mismo.

Le llevó menos de veinte minutos a la lanzadera privada de Marr escaparse de la Ciudadela hasta la plataforma de aterrizaje privada de su baluarte personal en las afueras de Ciudad Kaas. Una guardia de honor de media docena de soldados Imperiales en armadura completa permanecían inteligentemente atentos mientras él caminaba bajando la rampa de aterrizaje, y un par de sirvientes haciendo reverencias vestidos con sus colores personales abrieron las enormes puertas que llevaban desde la plataforma de aterrizaje hacia las cámaras interiores.

Parte domicilio, parte fortaleza, las salas del baluarte estaban ajetreadas con miembros de mantenimiento y personal militar apresurándose de aquí para allá, cada uno atendiendo a sus deberes respectivos. Ellos reverenciaban o saludaban apropiadamente mientras Marr pasaba, sus largos pasos llevándole directamente a la sala de comunicaciones.

—Ponme en contacto con Darth Karrid, —le dijo a la oficial al mando.

—En seguida, mi Lord, —le dijo ella, entonces ladró una serie de órdenes a su personal de tres miembros.

Marr habría preferido dar los detalles del encuentro del Consejo Oscuro a Karrid en persona, pero el tiempo era esencial. Quería hablar con ella antes de que escuchara los susurros y rumores de lo que había ocurrido para que pudiera mitigar su reacción.

—La *Lanza Ascendente* ha recibido nuestra señal, Darth Marr, —confirmó la oficial—. La desencriptación durará unos pocos minutos.

Marr asintió, sabiendo que no había forma posible de que ninguno de los otros miembros del Consejo —ni nadie de la República— pudiera escuchar lo que iba a decirse. Incluso si de alguna forma interceptaban la señal que estaba transmitiendo, sería imposible descifrarlo sin un codificador oscuro, el dispositivo de encriptación del Imperio.

Desarrollados por la Inteligencia Imperial antes de que la organización colapsara, los codificadores oscuros eran las máquinas de encriptación más avanzadas jamás diseñadas. Aparte de las instaladas en las quince naves capitales más grandes del Imperio —

incluyendo la *Lanza Ascendente*— sólo había otras dos: una en la oficina del Ministro de Logística Imperial, y otra en posesión de Darth Marr.

La holoimagen parpadeó y se materializó ante él mientras el codificador ordenaba la señal de vuelta entrante para revelar a Darth Karrid. Su piel brillante esmeralda y su pelo largo negro —parte recogido en un moño, parte fluyendo por su espalda— estaban amortiguados por la holoseñal teñida de azul. Ella tenía unos pómulos elevados, prominentes, una complexión perfecta, y unas afiladas, bien proporcionadas nariz y barbilla. Pero había una sombra reptiliana vagamente desconcertante a sus características exóticas, particularmente alrededor de sus ojos fríos, muertos. Y en el caso de Karrid la perfección exquisitamente simétrica tan común en su especie estaba dañada por los tatuajes prominentes y los implantes cibernéticos que cubrían completamente la parte izquierda de su cara.

—Darth Marr, —dijo ella a forma de saludo—. Esperaba su llamada.

Desde el holo, Marr reconoció que ella había transmitido su señal entrante al aislamiento de su receptáculo privado de comando en el interior profundo de la *Lanza Ascendente*. La red compleja de interfaces biomecánicas que permitían a Karrid volverse una con la maravillosa nave de guerra de Darth Mekhis enmarcaban su imagen: docenas de cables largos, finos serpenteando fuera de los muros y el techo hacia la parte posterior del cuello y el cráneo de Karrid.

—Dejadnos, —ordenó Marr, y la oficial de comunicaciones y su personal se desvanecieron de la habitación.

—¿Habló con los otros miembros del Consejo Oscuro? —preguntó Karrid una vez que estaban solos.

—Con los que importan, —dijo Marr.

—¿Y cuál fue su reacción?

—Están de acuerdo en que eres una candidata fuerte, —dijo Marr, escogiendo sus palabras con cuidado—. Pero hay algunos que expresaron preocupaciones.

—¿Quiénes? —demandó Karrid, su cara retorciéndose de rabia—. ¿Ravage? ¿Ese viejo imbécil, Rictus?

—Eso no importa, —explicó Marr—. El Consejo debe llegar a un consenso para traer a un nuevo miembro.

—¿Es porque soy falleen?

—Hay otras preocupaciones, —dijo Marr, evadiendo la pregunta—. Fuiste la aprendiz de Malgus por muchos años; sus acciones siempre darán color a tu reputación.

—Malgus era un traidor, —escupió Karrid, su piel verde brillante tomando una tonalidad rojiza reflejando su estado emocional intensificado—. ¡Pero he dado más apoyo a los esfuerzos de guerra Imperiales que nadie!

—Aquellos de nosotros que hemos dedicado nuestras vidas al servicio del Consejo Oscuro no estaríamos de acuerdo, —contestó fríamente Marr.

—No quería faltarle al respeto, Darth Marr, —dijo Karrid, su voz volviéndose un ronroneo seductor.

Marr sabía que su reacción era instintiva; los falleen habían evolucionado gestos abiertamente sensuales como un mecanismo de supervivencia para la especie. Marr era lo suficientemente inteligente para reconocer y rechazar los sutiles sentimientos de excitación que su voz activaban en él, pero los individuos de la mayoría de las especies humanoides encontrarían difícil resistirse a los encantos falleen.

—He probado mi lealtad al Imperio en innumerable ocasiones, —continuó Karrid, rogando su caso—. No creí que el Consejo simplemente me daría de lado.

—No has sido dada de lado, —le aseguró él—. Todavía eres una candidata. Pero hay otros.

—¿Quién?

Marr vaciló, entonces decidió que finalmente lo averiguaría de todos modos.

—Darth Gravus.

—¿Gravus? —siseó ella—. Así que Mortis está detrás de esto; él y Gravus son como uña y carne.

—Mortis apoya a Gravus, —admitió Marr—, pero también lo hacen muchos otros miembros del Consejo. Su trabajo en Taris muestra que lo haría bien al cargo de la Esfera de Tecnología.

—El Imperio clama ser una meritocracia, —dijo Karrid—. Castigamos el fracaso y recompensamos el éxito. Sólo tengo victorias en mi nombre, pero Gravus perdió Leritor con la República. ¿Cómo puede el Consejo preferirle a él sobre mí?

—Gravus planea recapturar Leritor, —dijo Marr—. Pero incluso si tiene éxito, la decisión no es definitiva, —añadió él, esperando apaciguarla—. Ambos seréis considerados para el puesto.

—Así que todavía hay una oportunidad, —contestó Karrid, aferrándose a la fina cuerda de la esperanza. Ella alzó una delicada mano hacia sus labios mientras contemplaba la posibilidad de victoria.

—Suponiendo que pueda derrotar a la flota de la República en Leritor, la mayoría del Consejo probablemente apoye a Gravus, —previno Marr, sin querer que ella alzara demasiado sus esperanzas sólo para que se desvanecieran.

—¿Y qué hay de usted, Marr? —preguntó ella, su voz deslizándose una vez más en el ronroneo seductor.

—Preferiría que la posición fuera para ti, —le aseguró Marr—. A la larga puedes ser de más valor para el Imperio que Gravus. Pero no arriesgaré la ruptura del Consejo Oscuro desafiando a los otros si ellos le respaldan.

—¿Así que no luchará por mí?

—Debemos escoger nuestras batallas con sabiduría, —le recordó él—. En ocasiones es mejor ser paciente.

—He sido paciente, —contestó ella, su expresión un puchero sensual.

—Hay otros asientos en el Consejo. Otras Esferas de Influencia que necesitan ser llenadas. Gravus puede ser el candidato líder, pero tú eres la siguiente de la lista.

Hubo una larga pausa antes de que Karrid asintiera en aceptación.

—Lo entiendo, Darth Marr. Incluso aunque somos aliados, no puedo esperar que luche esta batalla en mi nombre.

Marr sintió una gran sensación de alivio, aunque fue cuidadoso de no mostrar su reacción. Parte de él temía que Karrid reaccionara con ira ciega por que pasaran de ella. Si ella se volvía contra el Imperio, la *Lanza Ascendente* lisiaría la flota Imperial, pavimentando el camino para una rápida y segura victoria de la República en la guerra.

—Tu momento llegará, —le aseguró Marr—. Es inevitable.

—Al menos estamos de acuerdo en algo, —dijo ella con una sonrisa.

CAPÍTULO 7

THERON PRESIONÓ EL COMUNICADOR de su lanzadera pequeña, abriendo una frecuencia de contacto con la torre de control en uno de los cientos de espaciopuertos de la superficie de Coruscant.

—Aquí el *Estanciero*, solicitando permiso para aterrizar.

—Copiado, *Estanciero*. Transmita el registro de la nave para la autentificación.

—Transmitiendo.

Hubo una pausa más larga de lo normal al otro lado del comunicador antes de que la voz contestara,

—*Estanciero*, necesita ponerse en ruta para otro espaciopuerto. Mandando las coordenadas ahora.

Theron no se molestó en protestar; sabía lo que estaba pasando.

Supongo que debí haber llamado al Director tras el desastre en Nar Shaddaa.

—Entendido, —dijo él, sin preocuparse en mirar a las nuevas coordenadas. Ya sabía exactamente dónde le ordenarían ir.

—Una escolta de seguridad está esperando su llegada, —añadió la torre.

—Apuesto que sí, —contestó, desconectando la llamada.

Conforme llevó la nave a tierra, Theron se dio cuenta de que dos hombres que llevaban los uniformes de las Fuerzas de Seguridad de Coruscant permanecían junto a un speeder esperando. Dudaba que fueran realmente parte de una fuerza de seguridad oficial del planeta. El Director no involucraría a una organización civil a no ser que tuviera que hacerlo, y era común para el personal del SIE adoptar los uniformes de las autoridades locales cuando esperaban problemas pero querían evitar atraer atención extra.

—¿Theron Shan? —dijo uno de los hombres mientras salía de su lanzadera.

—¿Y si digo que no?

—No cause ningún problema, —le advirtió el otro—. El Director no está de humor.

Theron pensó brevemente en hacer un movimiento. No era que realmente estuviera preocupado por lo que hubiera planeado el Director, pero tenía ganas de probarse a sí mismo contra los dos agentes que habían sido mandados a llevarle. Pero al final, se dio cuenta de que estaba siendo un imbécil. Los agentes sólo estaban siguiendo órdenes; no había necesidad de herir a nadie.

—Aquí estamos todos del mismo bando, —les aseguró él.

El camino a los cuarteles generales del SIE fue conducido en completo silencio. Los escoltas de Theron parecían calmados y relajados, pero él podría decir que le miraban de cerca todo el camino. Tras aterrizar, le llevaron al edificio, uno marchando enfrente de él, el otro detrás. No rompieron la formación hasta que alcanzaron la oficina del Director.

Uno de los hombres extendió el brazo y presionó el zumbador de la puerta. En respuesta se deslizó al abrirse y el Director llamó,

—Yo lo tomaré desde aquí.

Theron le dio a cada uno de sus guardias un saludo animado y caminó hacia la habitación. Mientras la puerta se deslizaba al cerrarse detrás de él, el Director miró hacia arriba desde detrás de su escritorio y agitó su cabeza.

—¿Te importaría decirme por qué no debería hacerte una corte marcial por asaltar físicamente a un compañero agente?

—Ese houk vino a mí primero, —le recordó Theron—. Yo sólo estaba llevando mis propios asuntos en Nar Shaddaa cuando él presionó ese cuchillo contra mi espalda. ¿Cómo se suponía que iba a saber que era uno de los nuestros?

—Una comisión revisora se tragaría eso, —admitió el Director—. ¡Hasta que recordaran la parte en la que te ordené salir de Nar Shaddaa!

—Sólo pensé que estaba siendo sobreprotector, —protestó Theron—. Le habría tomado un poco más en serio si hubiera sabido que estabais en mitad de una misión. Pero realmente no me explicó la situación.

—¡No tengo por qué explicar las cosas! —chascó el Director—. Soy el jefe, ¿recuerdas? Te doy una orden y tú la sigues.

Theron se agitó incómodo en su asiento.

—Al menos me las manejé para rescatar a los prisioneros.

—Pero lo hiciste de una forma que comprometió a la operación entera. ¿Crees que esta es la primera vez que Morbo subastaba a nuestra gente? Le hemos estado observando por meses. Rastreando sus proveedores y marcando a sus compradores, reuniendo lentamente todos los pedazos y trozos de la operación entera. La Operación Travesaño no era sobre rescatar a cuatro Cathar; ¡era sobre poner fin a todo el intercambio de PDG esclavos!

—Vamos, Director, —replicó Theron, alzando una ceja incrédulo—. Ambos sabemos que eso nunca ocurriría. Incluso si cerráis a todos con los que ha tratado Morbo, alguien más simplemente daría un paso para ocupar su lugar.

—Quizás sí, —concedió el Director—. Pero al menos les frenaríamos por un momento. Haríamos que se secara el tráfico.

—Morbo y todos los demás en esa subasta creen que la explosión en el espaciopuerto tiene algo que ver con vender PDG, —contraatacó Theron—. No van a empezar a cazar carne fresca en un tiempo.

—Escuché que hubo bajas, —dijo el Director.

—Cuatro muertos, —admitió Theron—. Tres fueron asesinos contratados. De la especie que lo estaba pidiendo si va por esa línea de trabajo. El cuarto era un matón de bajo nivel que trabajaba para la Hermandad de la Antigua Tion. Le evalué; no se le echará de menos.

—¿Así que Teff'ith logró salir bien?

—Más o menos.

—Entonces imagino que todo mereció la pena en tu libro. —Suspiró el Director—. ¿Tuvo alguna idea de que estuviste allí?

—No lo creo.

—Con todas las veces que le has ayudado, no puede ser tan brillante si todavía no se ha percatado de ti.

Theron sonrió.

—Quizás yo soy así de bueno.

—Todavía creo que deberías hacerle saber que está en deuda contigo. Le hará más accesible a ayudarnos con el tiempo.

—Así no es como funciona la mente de Teff'ith, —dijo Theron, agitando su cabeza—. Ella es… complicada.

El Director se levantó de detrás de su escritorio y fue alrededor hacia el otro lado, cruzando sus brazos mientras se sentaba en el borde.

—Theron… ella se ha convertido más en un problema de lo que vale, —le dijo el Director—. Ya era suficientemente malo cuando todo lo que hacías era mascar tus días de vacaciones ayudándola. Ahora está interfiriendo con misiones en curso del SIE. No puedo permitirlo.

—Sé que crees que es sólo algún tipo de obsesión enfermiza, —le dijo Theron—. Pero con el tiempo esto se pagará. Antes o después el SIE va a necesitar su ayuda.

—¿Cómo sabes eso? ¿Eres tú el que habla, o Ngani Zho? ¿Estás teniendo visiones a través de la Fuerza ahora?

Las palabras picaban, pero Theron no iba a ceder.

—El Maestro Zho solía decirme que lo que la mayoría de la gente llama instinto visceral es en realidad sólo la Fuerza alcanzándonos. Decía que nos iría mejor si la escuchábamos más a menudo. Y tengo un presentimiento sobre Teff'ith.

—Y yo tengo un presentimiento sobre ti, —dijo el Director—. Un mal presentimiento.

Él se giró y fue de vuelta a sentarse tras su escritorio. Tomó aliento profundo y lo dejó salir en un suspiro largo, lento. Cuando extendió sus brazos con sus manos y las puso en la parte superior de su escritorio, los dedos se desplegaron tan amplios como si se preparara para lo que estaba a punto de decir.

—Theron… te voy a transferir al departamento analítico. A efecto inmediato.

—¿Analíticos? —exclamó Theron incrédulo—. ¿Intentas convertirme en algún tipo de administrativo devora-números?

—No puedo simplemente ignorar lo que ocurrió en Nar Shaddaa, —dijo el Director—. Eres un buen agente, y quiero mantenerte en el campo, pero tienes que aprender que tus acciones tienen consecuencias.

—Además, —añadió él—, es bueno tener experiencia en otros departamentos. Creo que un descanso de tres meses con los analíticos te hará un agente más maduro.

—Ya soy totalmente maduro, —dijo Theron.

—Necesitas un descanso del campo de trabajo, —insistió el Director—. Desde que no pareces poder permanecer fuera de los problemas incluso cuando se supone que estás de vacaciones, esta es la única opción que me queda.

—No estoy hecho para el trabajo de oficina, —dijo Theron—. Ya has visto mi perfil personal.

—Nuestras evaluaciones dicen que eres altamente inteligente, intuitivo, y adaptable. Creo que encajarás bien.

Theron se mordió el labio en un silencio enojado antes de decir,

—¿Y si me niego?

—No lo harás, —contraatacó el Director—. Te preocupas demasiado por la República para simplemente abandonar la causa.

—Podría trabajar para los militares, —amenazó él.

—¿Saludando a los oficiales superiores? ¿Siguiendo órdenes? ¿Ladrando «Señor, sí, señor» veinte veces al día? Cierto.

—Bien entonces, —dijo Theron—. Me pondré manos a la obra en cuanto terminen mis vacaciones.

—Petición denegada, —contestó el Director—. Tengo un proyecto especial en marcha, por orden del Comandante Supremo de la República. Todas las manos a bordo. Nada personal.

Theron suspiró e inclinó su cabeza en derrota.

—Empiezas mañana por la mañana, —continuó el Director—. Analítica está en la tercera planta. ¿Necesito mandar otra escolta para asegurarme de que te presentas?

—Estaré allí, —prometió Theron—. Pero no estaré contento por ello.

—Dale una oportunidad a los analíticos, —sugirió el Director—. Hacen un trabajo importante, y realmente estamos trabajando en una asignación especial para Jace Malcom. La llamamos Operación Fin del Juego.

—Confía en mí, Theron, —añadió él—. Quieres formar parte de esto.

CAPÍTULO 8

SENTADA EN LA SILLA DE COMANDO del puente de la *Lanza Ascendente,* Darth Karrid luchó para mantener su desprecio a raya mientras su mirada trazaba a lo largo de dos docenas de oficiales Imperiales y la tripulación trabajando en sus estaciones a su alrededor. Apiñados en sus consolas y pantallas de ordenador, sus dedos volaban sobre los teclados de control mientras reaccionaban al flujo constante de datos entrantes mientras el navío se lanzaba a través del vacío nulo del hiperespacio. La ineficacia de sus métodos torpes, arcaicos de interaccionar con la nave la llenaban de disgusto.

—Diez minutos hasta que lleguemos a Leritor, mi Lord, —dijo el Moff Lorman desde su asiento en el otro extremo del puente.

—Asegúrate de que salimos del hiperespacio más allá del alcance de los sensores de la República, —advirtió ella.

Era improbable que Lorman tuviera esa despreocupación y ese error obvio; el Moff era un oficial capaz. Pero como casi todos los Imperiales asignados a la *Lanza Ascendente* era un intruso en su nave, un parásito insignificante colgando del vientre, y ella no confiaba en que él no cometiera un error que pondría su nave en peligro.

Darth Mekhis había diseñado el navío con numerosos sistemas automatizados, y la *Lanza* requería una tripulación de sólo tres mil para operar a la máxima eficiencia, menos de la mitad de lo que sería asignado normalmente a una nave capital Imperial. Karrid había llegado a aceptarles como una inconveniencia necesaria, aunque había veces, como ahora, cuando se resentía de su presencia.

Cuando se conectaba en el receptáculo de comando de la *Lanza* tenía acceso total a todos los sistemas y sensores del navío, pero el esfuerzo de controlar una nave capital al completo ella sola era mental y físicamente exhaustivo. No tenía elección si no deferir en el Moff Lorman y su tripulación durante los viajes de rutina y otras actividades mundanas similares, permitiéndoles llevar el navío utilizando medios convencionales mientras ella ahorraba sus energías para la alta intensidad de la batalla.

—¿Cuándo mandaremos un mensaje a Darth Gravus diciéndole que los refuerzos están en camino, mi Lord? —preguntó el Moff Lorman.

Karrid se alzó de su asiento.

—Yo contactaré a Gravus, —dijo ella—. Después de que haya tomado el mando de mi nave.

Cruzó el puente con pasos rápidos, decididos, de camino al turboascensor. Las puertas se deslizaron al abrirse mientras ella caminaba dentro, presionando el botón que la sacudió hacia abajo pasando planta tras planta hasta que alcanzó el nivel más interno del navío. Caminó fuera del turboascensor por el corto pasillo que llevaba a una puerta fuertemente asegurada. Un escáner de retina confirmó su identidad, y la puerta se deslizó al abrirse para revelar el auténtico corazón de la *Lanza Ascendente*.

La cámara circular era cerca de treinta metros de diámetro, pero el interior estaba vacío salvo por la consola de control en el perímetro, los dos aprendices de Karrid —uno

un hombre humano, la otra una mujer Sith de sangre pura— y la gran esfera de cristal en el centro. Los aprendices estaban sentados de piernas cruzadas en el suelo a cada lado de la esfera, meditando para centrar sus mentes en preparación para la batalla que se avecinaba.

—Es hora, —dijo Karrid mientras se aproximaba a la esfera.

Ella puso una mano en el frío exterior, y la esfera se partió verticalmente por la mitad, las dos mitades abriéndose a su toque para revelar el auténtico genio de Darth Mekhis.

El interior del receptáculo aislado de comando de la *Lanza Ascendente* presentaba una única silla rodeada de docenas de monitores y pantallas. Una red delicada de cables entretejidos estaba suspendida a un metro sobre la silla. Una docena de cuerdas sueltas colgaban de la red, cada una con una larga aguja fina en la punta.

Bajándose hacia la silla, los dedos de Karrid teclearon los paneles de control construidos en los brazos. El receptáculo lentamente se cerró, encapsulándola en el casi indestructible capullo brillante. Los dedos de su mano izquierda trazaban un patrón complejo sobre el panel de control, alimentando el receptáculo de comando y provocando que la red de cables colgantes sobre su cabeza se avivara. Retorciéndose y revolviéndose, reptaron hacia abajo para enrollarse alrededor de la cara de Karrid y la parte posterior de su cráneo.

Karrid cerró sus ojos en anticipación prematura, permitiendo que el lado oscuro de la Fuerza fluyera a través de ella. Fuera de la esfera, percibía a sus aprendices profundos en la meditación, abriéndose a sí mismos a ella para que pudiera atraer su fuerza mientras tomaba el mando de la *Lanza*.

Los cables suavemente acariciaron su cuello y mejillas con las agujas de punta fina en el extremo, mandando un temblor bajando por la espina de la falleen. Entonces una de las agujas se conectó al implante cibernético en la parte posterior de su cuello, haciendo que jadeara en voz alta. Otro se deslizó hacia el implante tras su oído izquierdo, y dos más se enterraron en el lateral izquierdo de su cráneo a cada lado de su sien. Dos conectados a su frente y cinco más perforando la parte trasera de su cráneo. La última cuerda de cables reptó a lo largo del borde de su ojo todavía cerrado antes de deslizarse en la diminuta apertura de la interfaz cibernética implantada en su mejilla izquierda.

Ella abrió sus ojos, su visión ahora una amalgama de lo que veía en las pantallas y monitores así como todo lo que había al alcance de los sensores de la nave. El campo estelar parpadeó rápidamente a la vista mientras la *Lanza Ascendente* salía del hiperespacio al borde del sector Yucrales, justo más allá del alcance de los sensores de las flotas Imperiales y de la República unidas en la batalla sobre los cielos de Leritor. Aunque las otras naves no podían detectar su presencia a ese alcance, los sistemas avanzados de la *Lanza* le dieron a Karrid una alerta perfecta de lo que estaba transpirando.

Una combinación de sus habilidades en la Fuerza y los implantes cibernéticos proporcionando datos desde los escáneres de largo alcance de la *Lanza Ascendente*

permitieron a Karrid ver al instante que aunque la batalla acababa de empezar, Darth Gravus ya tenía ventaja.

La República tenía una única nave capital en la refriega, el *Mardorus*, un crucero de ataque de clase D. De cerca de quinientos metros de longitud, el *Mardorus* tenía un casco amplio y plano cubierto de una densa capa de placas de armadura, como si el navío estuviera oculto bajo una coraza en forma de giba. Estaba apoyada por dos Cabezas de Martillo de la mitad de su tamaño —fácilmente identificables por los puentes delanteros extendiéndose perpendicularmente hacia arriba y bajo el cuerpo principal del navío— y tres corvetas ligeramente más pequeñas CR-12, naves enclenques, pequeñas, equipadas con arcos con forma de ariete para tratar con los bloqueos enemigos y quemadores auxiliares externos prominentes para mejorar la velocidad y la maniobrabilidad. La flota estaba rodeada por media docena de cazas Trueno BT-7. La última encarnación en navíos de ataque personal, los ágiles Trueno parecían una Y de lado, con la cabina de mandos situada en el recodo de los dos brazos más pequeños.

En contraste, el Acorazado personal de Gravus, el *Ejemplar*, era casi ochocientos metros de largo. La nave capital en forma de cuña estaba flanqueada por tres destructores en forma de garra de clase C que eran casi tan grandes como el buque insignia de la República. Cada destructor estaba apoyado por un complemento de seis Interceptores, la respuesta ágil del Imperio, de alas afiladas a los Truenos de la República.

Gravus había ideado un plan que minimizaría el riesgo para su propia nave. Los destructores habían sido desplegados para unirse a las corvetas y los cazas Trueno, liberando a los rápidos y ligeros Interceptores para que ametrallaran continuamente a los Cabeza de Martillo y al *Mardorus* de armadura pesada. Esto permitía al *Ejemplar* permanecer a una distancia segura, disparando con sus baterías a los navíos de la República sin miedo a ningún asalto de vuelta. Desafortunadamente, a no ser que Gravus se acercara a la acción estaba limitado a infligir un daño mínimo a los escudos reflectores de la nave capital del enemigo y el casco reforzado. Finalmente los Imperiales prevalecerían, pero sería una batalla de desgaste.

Karrid no tenía ni la paciencia ni el temperamento de tal estrategia. Con un golpe de su dedo meñique, abrió un canal de contacto con el *Ejemplar*, acelerando la *Lanza Ascendente* hacia los otros navíos al mismo tiempo.

—Darth Gravus, aquí Darth Karrid. La *Lanza Ascendente* está a tu disposición.

La respuesta de Gravus fue rápida y segura.

—¡Retírate, Karrid! No hemos pedido refuerzos. ¡Esta es mi batalla por ganar… no la tuya!

Karrid ignoró sus órdenes; los motores de la *Lanza Ascendente* ya habían acelerado la nave al 70 por ciento de la máxima velocidad subluz, llevándoles al alcance de los sensores de la República. El diseño triangular de la *Lanza* era común entre las naves capitales Imperiales, pero su inmenso tamaño —más de dos veces la de cualquier otro participante en la batalla— era instantáneamente reconocible.

Como Karrid había esperado, la llegada de la *Lanza* atrajo una respuesta inmediata conforme uno de los Cabeza de Martillo se retiraba e iba a enfrentar la nueva amenaza. Dos de los cazas Trueno también viraron alrededor, girando y hundiéndose para evitar los cañones de los destructores mientras aceleraban para apoyar al Cabeza de Martillo.

Los turboláseres del Cabeza de Martillo abrieron fuego un segundo después. En un nivel profundo en su mente subconsciente, Karrid sintió el calor mientras los reflectores de la *Lanza* repelían con facilidad la primera oleada. Un instante después los Truenos se abalanzaron, uno desde babor, el otro desde estribor. Sin tener el suficiente poder de fuego para infligir un daño significativo en una nave del tamaño de la *Lanza Ascendente* más allá del alcance de quemarropa, los pilotos confiaron en la velocidad y la maniobrabilidad para acercarse lo suficiente para ametrallar la superficie del navío más grande.

Para Karrid eran como insectos molestos zumbando en su oído; la única respuesta lógica era aplastarlos fuera de la existencia. Ella centró su mente en las torretas de defensa de estribor, usando los sensores de la *Lanza* para rastrear los Truenos moviéndose rápidamente antes de incitar a las armas a disparar. Una rápida serie de explosiones iónicas golpearon al caza en una rápida sucesión, cada una golpeando su objetivo con precisión antinatural posible sólo por la fusión perfecta de la máquina y lo orgánico.

El Trueno explotó en una bola de calor y luz, pero Karrid apenas se percató. Ella tenía su vista fija completamente en el segundo caza. El piloto estaba tomando maniobras evasivas desesperadas, rodando, girando, y hundiéndose en ángulos locos. Contra las reacciones aumentadas derivadas del enlace simbiótico de Karrid con su nave, él debía también haberse quedado quieto. Las torretas de babor dispararon, y el segundo Trueno se desintegró.

El Cabeza de Martillo abrió fuego de nuevo, y Karrid una vez más tuvo la sensación del calor distante mientras los reflectores repelían las explosiones que llegaban. El Cabeza de Martillo estaba todavía demasiado lejos para ser ninguna amenaza real; había estado confiando en los cazas para ocupar al enemigo hasta que se acercara lo suficiente para perforar los escudos de la *Lanza*. Despojados de su escolta, eran vulnerables y estaban expuestos.

Karrid agarró la oportunidad, abriendo fuego con las armas principales de la *Lanza Ascendente*. La negrura del espacio estuvo iluminada por una lluvia ardiente de rayos de energía roja concentrada. Ellos desgarraron a través de los escudos reflectores del Cabeza de Martillo e hicieron trizas el casco con placas de armadura. En su interior los sistemas de emergencia estarían sobrecargados mientras los sistemas automáticos del navío trataban de mantenerlo funcional de alguna forma el tiempo suficiente para que la tripulación evacuara. Una segunda oleada desde la *Lanza* terminó con esa leve esperanza mientras los láseres perforaban la unidad de contención del núcleo del motor, y el Cabeza de Martillo se desvaneció en una violenta explosión.

La voz de Gravus sonó una vez más, simultáneamente haciendo eco en los oídos de Karrid y en la parte de su cerebro que estaba enlazada a los sistemas de comunicación de la nave.

—¿Crees que esto volverá al Consejo Oscuro en mi contra, Karrid? —se burló él—. Podrías abatir a cada nave de la República en este cuadrante, pero cuando llega la hora de escoger a alguien para unirse a sus rangos, ¡todavía me escogerán a mí sobre una falleen!

—No captas el peligro en el que estás, Gravus, —contestó ella fríamente—. Podrías ser asesinado en esta batalla. Estoy aquí para asegurar un resultado deseable para el Imperio.

La amenaza era velada, pero como cualquier verdadero Sith, su rival inmediatamente entendió las implicaciones siniestras de sus palabras: sólo uno de ellos abandonaría esta batalla con vida.

—¡Ignorad las naves de la República! —ordenó Gravus a su flota, olvidando en su pánico que las nuevas órdenes estaban siendo transmitidas por la misma frecuencia Imperial estándar que Karrid estaba usando—. ¡Disparad a la *Lanza Ascendente*! ¡Destruidla a toda costa! No le dejéis…

Sus palabras fueron cortadas a mitad de frase mientras Gravus —o alguien bajo su mando— tuvo la sensatez de dar la vuelta a un canal de comunicaciones auxiliar. Pero Karrid sabía que las palabras sólo no serían suficientes para justificar el asesinar a Gravus para el Consejo; ella necesitaba que él hiciera el primer movimiento.

El cambio inesperado de los objetivos de la República hacia la *Lanza Ascendente* hizo que la flota Imperial se desuniera. Los Interceptores enjambrando el *Mardorus* y el Cabeza de Martillo abandonaron sus ametrallamientos, separándose para reagruparse para un asalto coordinado en su nuevo objetivo. Los destructores se desunieron desde las corvetas de la República y los Truenos, retrocediendo mientras se movían para posicionarse entre el *Ejemplar* y la represalia de Karrid.

La flota de la República, sin saber que ahora compartían un enemigo común con sus enemigos Imperiales, agarró la ventaja. Siete Interceptores fueron barridos por las baterías del Cabeza de Martillo y el *Mardorus*, y un arroyo regular de fuego desde las corvetas apaleó a los destructores en retirada, sobrecargando sus escudos reflectores de forma que los Truenos que llegaban fueron capaces de infligir daño pesado.

Karrid observó el cambio táctico repentino con un hambre intenso, instantáneamente alerta de la posición y el estado de los escudos de cada navío a través de los sensores avanzados de la *Lanza*, la información era entregada directamente a través de los cables pulsantes del receptáculo de comando y hacia sus implantes cibernéticos. Dándose cuenta de que los navíos de la República estaban centrados en las naves repentinamente vulnerables de la flota de Gravus, mandó a la *Lanza* a cargar contra el corazón de la refriega.

Ni Gravus ni el comandante de la República anticiparon su estrategia. Las naves capital típicamente permanecían a distancia, sabiendo que sus poderosas armas podían hacer caer navíos más pequeños desde una distancia segura. Moviéndose al alcance de las

flotas Karrid estaba corriendo un riesgo; si coordinaban sus esfuerzos podían superar a la *Lanza*. Pero Karrid sabía que el elemento sorpresa prevendría que eso ocurriera, y a una proximidad cercana a los turboláseres de la *Lanza* podría desgarrar a través de los reflectores y arrasar con cualquiera de los otros navíos en segundos. Ella empezó con el *Mardorus.*

Mientras la *Lanza* hundía la nave de la República, la batalla descendía al caos. Una de las corvetas y dos de los Truenos cambiaron su ruta para intentar salvar su buque insignia; el resto continuaron su asalto a los destructores incapacitados; el resto se lanzaron contra la *Lanza*. El Cabeza de Martillo se acercó al *Ejemplar* mientras trataba de huir al borde más alejado del conflicto.

El *Mardorus* trató de repeler a la *Lanza Ascendente*, pero antes de que pudiera sacar sus armas para contenerla, Karrid abrió fuego con su batería encarando adelante al completo. Turboláseres y cañones iónicos rugieron, combinándose en una gloriosa sinfonía de destrucción, vaporizando al *Mardorus* en cuestión de segundos.

Karrid disfrutó de la matanza, percibiendo el terror de la tripulación muriendo a través de la Fuerza. Un instante más tarde sintió una astilla afilada de dolor deslizándose a través de ella, como si alguien hubiera deslizado una vibroespada entre sus hombros. Gravus había picado el anzuelo, ordenando al *Ejemplar* que disparara a la *Lanza*.

La explosión penetró los escudos reflectores y carbonizó el casco exterior haciendo que el daño a la nave se registrara en la mente de Karrid como una herida en su propio cuerpo. El *Ejemplar* estaba demasiado lejos para hacer algún daño serio, pero por disparar el primer golpe, Gravus le había dado a Karrid la justificación que necesitaba para apuntar a sus naves sin tener que responder ante el Consejo Oscuro por destruir una flota Imperial.

Los cazas que habían tratado de llegar en auxilio del *Mardorus* se lanzaron hacia la *Lanza*, su ametrallamiento mandó miles de pinchazos por los brazos de Karrid. Ella los sopló antes de que pudieran hacer un segundo asalto. El Cabeza de Martillo había atrapado al *Ejemplar*, forzando a Gravus a centrarse en la amenaza inmediata y previniéndole de disparar un segundo tiro a la *Lanza*.

Uno de los destructores dañados había sido abatido por las corvetas, las cuales estaban siendo ahora presionadas fuertemente por una falange de Interceptores. El segundo escuadrón de Interceptores estaba acercándose a la *Lanza*. Karrid abrió fuego con sus turboláseres, pero sólo logró golpear dos de ellos mientras el resto continuó decidido.

Los dedos de Karrid golpearon y danzaron por el panel de control, y la *Lanza* se inclinó en un ángulo imposible, directamente en el camino de la horda que llegaba. La *Lanza* tenía la maniobrabilidad de un navío de la mitad de su tamaño, y el cambio inesperado de dirección ocurrió demasiado rápidamente para que los Interceptores reaccionaran. Los diminutos cazas fueron aplastados hasta hacerse añicos contra el casco colosal de la nave de batalla.

El movimiento también trajo la parte frontal de la *Lanza* en línea con los destructores supervivientes y los Interceptores, todavía atrapados en la batalla con las corvetas. Los ojos de Karrid parpadearon sobre las pantallas del receptáculo mientras descendía en la escaramuza, la gigantesca nave capital empequeñeciendo a los otros jugadores.

Toqueteó el panel de control, sus dedos parecian un borrón mientras seleccionaba sus objetivos en una rápida sucesión. Los Interceptores, también unidos a los navíos de la República para tomar acción evasiva, fueron barridos en la primera oleada. Las corvetas fueron las siguientes, sus reflectores eran inútiles contra el asalto a quemarropa de la *Lanza*. Los destructores, ya fuertemente dañados, eran un mero reparo. Varios de los navíos fueron atrapados por fieras explosiones, otros dejaron trozos de restos sin vida, sus cascos, perforados por innumerables agujeros huecos. Pero Karrid no tenía tiempo de disfrutar de la matanza mientras giraba su atención hacia su meta final.

El Cabeza de Martillo restante estaba todavía disparando al *Ejemplar*. Atrapado en un combate de cerca con la nave de la República, Gravus había sido incapaz de preparar su navío para el salto al hiperespacio, bajar los escudos para hacer el salto no era una opción cuando un enemigo te estaba disparando. Había habido una breve ventaja para que ambos escaparan mientras la *Lanza* estaba barriendo a las otras naves, pero el comandante de la República había fracasado al comprender del todo la situación. En lugar de un vuelo mutuo, había elegido continuar la batalla antes que arriesgarse a un intento de retirada que le dejaría vulnerable al *Ejemplar*. Ahora era demasiado tarde para ambos.

La *Lanza Ascendente* se acercó rápidamente a las dos naves restantes. Concentrando sus turboláseres en el centro del Cabeza de Martillo, ella lo partió limpiamente en dos. Cuerpos y escombros desparramados desde la nave de la República destrozada en el frío vacío oscuro del espacio.

Al mismo tiempo percibió una señal de energía masiva emanando del *Ejemplar*: Gravus estaba tratando de hacer un último salto desesperado al hiperespacio. Había bajado sus escudos y dejado su nave vulnerable al ataque, pero él sabía que no tenía esperanzas de derrotar al arma más temida del Imperio si se quedaba a luchar. Atrayendo los sistemas de objetivo automáticos de la *Lanza*, Karrid disparó un golpe de precisión para deshabilitar el hipermotor del *Ejemplar*, dejando a Gravus a su merced.

Un pitido repentino en su oído le dijo que Gravus estaba tratando de abrir un canal de contacto, pero ella no tenía interés en escucharle negociar y rogar por su vida. En su lugar, cogió puntería y disparó por última vez. El *Ejemplar* sin escudos explotó en una bola de llamas azules espectacular, instantáneamente matando a todos a bordo.

Karrid mandó a la *Lanza* en un gran círculo lento, escaneando los restos y escombros de la batalla entera por señales de vida, pero no encontró nada. Satisfecha, contactó al puente.

—Moff Lorman, prepárate para tomar el mando.

—Sí, mi Lord, —contestó él.

Karrid golpeó los controles entres sus dedos una vez más, cortando su conexión con la *Lanza*. Ella se estremeció mientras los cables se retraían, las agujas de las interfaces

biosintéticas se retiraban lentamente de sus implantes cibernéticos. Una oleada de cansancio la bañó, junto con una sensación sobrecogedora de intensa e irremplazable pérdida. Cada vez que ella rompía su conexión con la nave sentía como si hubiera perdido una extremidad.

La esfera de cristal lentamente se abrió para revelarle a los dos aprendices todavía sentados de piernas cruzadas en el suelo a cada lado. Sus caras estaban demacradas y macilentas, sus frentes cubiertas por capas de sudor por apoyar el esfuerzo de su Maestra. Pero aunque compartían su fatiga, sólo ella conocía la gloria de volverse uno con la *Lanza*, y sólo ella podía entender el vacío que la envolvía cuando la conexión se rompía.

—Dile al Moff Lorman que transmita el registro de la batalla al Consejo Oscuro, —dijo ella con una voz cansada—. Que vean que Gravus era un traidor al Imperio.

Para ella misma añadió, *Y que vean lo que pasa a aquellos que se cruzan en mi camino*.

CAPÍTULO 9

LA OFICINA DE ANALÍTICAS era una habitación sin ventanas, abarrotada, empaquetada con terminales de ordenador y veintitrés agentes del SIE reuniendo, organizando y analizando datos de los miles de informes que llegaban cada día.

Desde la semana pasada la estrecha oficina bien podía haber sido el hogar de Theron mientras él y el resto del equipo del personal trabajaban en jornada doble para tratar de estar al tanto de todo lo que llegaba. Sin embargo, pese a hacer un esfuerzo sincero por contribuir, no podía librarse del sentimiento de que estaba malgastando su tiempo.

No era que no creyera en lo que hacían los analíticos; entendía que eran un componente vital del SIE. Pero Theron había desarrollado un único conjunto de habilidades especializadas, casi ninguna de las cuales era aplicable a su posición actual.

Le hacía querer gritar. Veinte veces al día un trozo de información pequeña pero atípica que requería más atención pasaría sobre su escritorio: una pista potencial para lo que debía ser posiblemente una misión crítica para la seguridad de la República. En lugar de ser capaz de actuar en esas pistas, había tenido que escribir informes con las recomendaciones de cómo proceder, entonces mandárselas a sus superiores para que las revisara, sabiendo bastante bien que en el instante en que un agente de campo fuera asignado al caso la oportunidad probablemente se perdería.

E incluso cuando no estaba en la oficina, todavía estaba atrapado en Coruscant, probablemente el planeta más seguro y más a salvo en la República, y el último lugar en absoluto en el que Theron quería estar.

Temía que estuviera perdiendo su filón, que día tras día de trabajo aburrido de escritorio habiera nublado sus instintos de supervivencia. El Director le había sentenciado a tres meses en esa prisión, y si él le concedía su tiempo al completo quizás nunca lo recuperaría.

Si no salía de los analíticos pronto, algo malo iba a ocurrir. Quizás se resignaría con desgana. Se volvería loco y se embarcaría en una misión sin la aprobación ni el apoyo del SIE. O quizás simplemente se rompería y arrasaría con la oficina de analítica, aplastando cada monitor y estación de ordenadores que pudiera antes de que las autoridades se lo llevaran. O, lo más terrorífico de todo, quizás simplemente aprendería a aceptar la lata de su nuevo puesto.

La única cosa que le mantenía cuerdo eran las pocas horas al día que era capaz de trabajar en la Operación Fin del Juego, el proyecto especial de Jace Malcom. La *Lanza Ascendente* era el último vestigio del programa de investigación de superarmas de Darth Mekhis, una última amenaza suelta de la misión que le había costado la vida a Ngani Zho. Theron no tenía problemas en gastar su tiempo tratando de diseñar un plan para hacer caer la *Lanza*. Lo que le molestaba era el pensamiento de que algún otro agente sería el que realmente pusiera ese plan en marcha.

Él sintió un toque en su hombro mientras la voz de su supervisor decía,

—Tiempo de recoger, Theron.

Sorprendido, Theron miró al crono en la pared.

—Supongo que he perdido la noción del tiempo, —dijo él.

Otra señal de que estás perdiendo el filón. Los días solían alargarse una eternidad; podías sentir cada segundo individual, agonizante pasar. Ahora te estás acostumbrando tanto a estar anclado a la silla que ni siquiera te das cuenta de cuándo es hora de marcharte. Estás adormecido.

—Ve a casa y duerme algo, —le ordenó su supervisor—. Los informes todavía estarán aquí mañana.

¿Se supone que eso me iba a hacer sentir mejor? Se preguntó Theron en silencio mientras se levantaba y se dirigía a volver a su apartamento.

Una vez dentro, brevemente consideró hacer algo de trabajo extra en la Operación Fin del Juego, incluso desde casa tenía acceso a los archivos con todo el más alto nivel de seguridad. Pero la lata de los analíticos minaba tanto su energía física como mental. Todo lo que quería hacer era colapsar en la cama.

Te están desgastando, poco a poco.

Ignorando la voz de dentro de su cabeza, Theron caminó hacia la habitación en la parte trasera del apartamento, se quitó sus ropas, apagó la luz, y trepó bajo las mantas. Justo cuando estaba al borde de quedarse frito, sin embargo, le despertaron de un sobresalto con el repiqueteo de una hololLamada entrante.

—Acepto la entrada, musitó grogui, tomándose un momento para darse cuenta de que la llamada no venía de su implante cibernético.

Rodó y toqueteó el holocomunicador en la mesita de noche junto a la cama, impulsándose con su codo para tener una mejor visión. Para su sorpresa, una imagen de Teff'ith se materializó ante él, el brillo del holo dispersándose levemente sobre la habitación de otro modo oscurecida.

—¿Por qué estás en la cama? —preguntó la twi'lek, arqueando sus cejas en sorpresa—. ¿Estás durmiendo o con una amiga?

—Estoy… estoy solo, —tartamudeó Theron, su mente dando vueltas mientras trataba de llevar su cabeza a la situación.

¿Por qué está llamando? ¿Desde dónde llama? ¿Cómo sabía dónde me estoy quedando?

—No pensé que estuvieras en casa, —dijo Teff'ith—. Iba a dejarte un mensaje.

Theron se dio cuenta de que no era el único cogido por sorpresa por su inesperada conversación. Saber que Teff'ith estaba un poco nerviosa también le ayudaba a recuperar algo de su compostura.

—Entonces dame el mensaje.

Después de un momento de vacilación, Teff'ith tomó aliento profundamente y entonces desembuchó,

—Sé que estuviste en Nar Shaddaa. No necesito que nos sigas. No quiero que nos sigas. ¡Desiste o lo lamentarás!

—¿Cómo has conseguido este número? —preguntó Theron, sin molestarse a responder a su ultimátum.

—No fue difícil, —contestó Teff'ith—. ¿Crees que eres el único que puede encontrar a la gente?

—¿Así que pasaste por todos los problemas de rastrearme sólo para decirme que te dejara en paz?

—No pedí tu ayuda, —soltó Teff'ith, ignorando su observación—. No la necesito. Cuidamos de nosotros mismos.

—¿De verdad? A mí me pareció que si no hubiera aparecido serías un cadáver pudriéndose en el vertedero de Nar Shaddaa ahora mismo.

—¿Crees que ahora te debemos una? —se burló Teff'ith—. ¿Por eso nos ayudaste?

—Simplemente ocurrió que estaba en el área. Pensé que te ayudaría a salir por los viejos tiempos.

—Mentiroso. No sólo en Nar Shaddaa, ¿verdad? ¿Estuviste en Korriban? ¿Belsavis? ¿Ziost?

—Nunca he estado en Ziost en mi vida, —contestó Theron con sinceridad.

—No más vigilancia, —continuó Teff'ith—. Deja de seguirnos. ¿Lo pillas?

—No te preocupes por eso, —contestó Theron—. Me voy a quedar en Coruscant por un tiempo. Tomándome un descanso del campo de trabajo. Me estoy centrando en los informes y el papeleo ahora.

¿Por qué le has dicho eso? ¿Te estás convirtiendo en uno de esos drones de oficina que se quejan a cualquiera que les escuche?

—¿Tú detrás de un escritorio? —La cara de Teff'ith rompió con una sonrisa—. Divertido.

—La elección no fue realmente mía, —dijo Theron, su voz traicionando más rabia de la que tenía intención.

—Siempre hay elección, —Teff'ith aspiró—. Suenas como un rajado.

—¿Por qué te importaría? —demandó Theron.

—No me importa, —dijo Teff'ith encogiendo los hombros—. Sé aburrido. No nos importa. Sólo déjanos en paz.

El holo se desconectó abruptamente, dejando a Theron solo en la oscuridad. Él rodó, cerró sus ojos, y trató de dormirse. Pero algo de lo que Teff'ith había dicho se había alojado en su cabeza, y en lugar de quedarse frito en el mundo de los sueños, se quedó dándole vueltas.

Ella mencionó Ziost. La Hermandad de la Antigua Tion debía haber empezado a moverse allí cuando el Imperio empezó a permitir a los extranjeros visitar el mundo.

El simple hecho debía parecer insignificante, pero Theron sabía que había un motivo por el que no lo podía dejar. Su subconsciente se había pegado a eso por algún motivo; ahora tendría que averiguarlo.

Ziost. Esa es la clave. Ziost.

En un destello de inspiración, todo se acabó reuniendo, la Operación Fin del Juego. Arrancado por el catalizador, la semana pasada de investigación y análisis se fusionó en los inicios de un plan para hacer caer la *Lanza Ascendente*.

Theron saltó de la cama, con prisa por registrar los detalles mientras todavía estaban frescos en su mente.

Y con un poco de suerte, esto me devolverá al campo, también.

* * *

Darth Marr fue el último de los miembros reunidos del Consejo Oscuro en llegar a su cámara secreta bajo la Ciudadela. Él organizó el encuentro, contactando a los otros sólo horas después de saber de la muerte de Darth Gravus. Pero incluso aunque los había convocado, todavía no tenía ni idea de lo que iba a decir.

Él había revisado los registros oficiales de la batalla sobre Leritor, incluyendo informes de las transcripciones de las comunicaciones entre Gravus y Karrid en el campo archivados por el Moff Lorman.

«La Lanza Ascendente *salió del hiperespacio más allá del alcance de los escáneres de la República, momento en el que Darth Karrid informó a Darth Gravus de su llegada.*

—Darth Gravus, aquí Darth Karrid. La Lanza Ascendente *está a tu disposición.*

—¡Retírate, Karrid! No hemos pedido refuerzos. ¡Esta es mi batalla por ganar… no la tuya!

Darth Karrid ignoró la petición de Darth Gravus, eligiendo ayudar a los esfuerzos de guerra Imperiales uniéndose contra la flota enemiga. Después de que la Lanza Ascendente *despachara uno de los Cabeza de Martillo de la República, Darth Gravus y Darth Karrid tuvieron el siguiente intercambio:*

—¿Crees que esto volverá al Consejo Oscuro en mi contra, Karrid? Podrías abatir a cada nave de la República en este cuadrante, pero cuando llega la hora de escoger a alguien para unirse a sus rangos, ¡todavía me escogerán a mí sobre una falleen!

—No captas el peligro en el que estás, Gravus. Podrías ser asesinado en esta batalla. Estoy aquí para asegurar un resultado deseable para el Imperio.

—¡Ignorad las naves de la República! ¡Disparad a la Lanza Ascendente*! ¡Destruidla a toda costa! No le dejéis…*

En ese momento Gravus cambió a un canal de comunicaciones auxiliar. Poco después de esto disparó a la Lanza Ascendente *mientras continuamos enfrentando a la flota de la República. Darth Karrid fue forzada a destruir a Gravus y a su flota para defender su nave y su tripulación.»*

La revisión militar oficial claramente mostraría que Gravus había estado equivocado. Sin embargo, era obvio para Marr —así como sería obvio para todos en el Consejo Oscuro— que Karrid intencionadamente le había incitado a disparar el primer tiro.

El hecho de que Karrid hubiera desafiado descaradamente las instrucciones de Marr y minado sus intentos de unificar a los Sith eliminando un rival era perturbador; él estaba empezando a preguntarse si garantizarle un asiento en el Consejo Oscuro sería más problemático que ventajoso. Su preocupación inmediata, sin embargo, era tratar con los efectos secundarios de los otros Lords Sith reunidos en la habitación.

—Darth Marr, —dijo Vowrawn a modo de saludo—, es de mala educación mantenernos en espera.

Marr ignoró las palabras sardónicas del Sith.

—Todos sabéis lo que le ha sucedido a Gravus, —dijo él, yendo directo al asunto entre manos—. Todos sabéis por qué estamos aquí.

—Parece que Gravus ya no es un candidato viable, —dijo Vowrawn con una sonrisa tímida—. ¿Eso quiere decir que Karrid es nuestra elección por defecto?

—Esa pregunta debe ser contestada por el Consejo Oscuro al completo, —contestó Marr, preparándose para los ultrajes y protestas de los otros.

Hubo un silencio inesperado antes de que el antiguo Darth Rictus hablara.

—Karrid contestó la pregunta por nosotros, —proclamó él—. Ella superó a su rival con fuerza, aunque fue lo suficientemente astuta para hacerla quedar bien. Esas son las trazas de un verdadero Sith.

Darth Marr se quedó momentáneamente sin palabras ante la inesperada muestra de apoyo. Dados los muchos años de Rictus en el Consejo Oscuro, su aprobación sería un gran paso para ganar la de los otros.

—Estábamos dispuestos a darle el asiento a Gravus si derrotaba a la República en Leritor, —alzó la voz Mortis—. Ya que Karrid reclamó la victoria, ella merece el premio.

Marr estaba aún más sorprendido por el apoyo de Mortis. Su Esfera de Influencia era la de Leyes y Justicia. E incluso aunque la versión del Imperio de la justicia podía ser a menudo resumida como «el poder lo hace correcto,» había supuesto que Mortis estaría ultrajado por lo que Karrid había hecho.

—Gravus era tu candidato, —dijo él, buscando una aclaración—. ¿No quieres buscar venganza por su muerte?

—Pensé que Gravus era más poderoso que Karrid, —contestó él—. Pero su muerte demuestra otra cosa. Ella lanzó un desafío, y él lo aceptó disparando a su nave… un error fatal. Parece que subestimé a la falleen.

—Ella tomó una acción audaz, —añadió Darth Ravage—. Ella vio lo que quería y lo agarró. Si más de los otros Lords Sith debajo de nosotros siguieran su ejemplo, la República no nos tendría corriendo como cobardes.

Sus palabras momentáneamente cogieron a Marr por sorpresa. Aunque las acciones de Karrid estaban perfectamente en sintonía con los métodos tradicionales de los Sith, había pensado que tomaría más tiempo para el resto del Consejo Oscuro superar su

prejuicio inherente y dar la bienvenida a un miembro de una especie minoritaria a sus rangos.

Sin embargo, entendió que su disposición para aceptar a Karrid todavía estaba dirigida por la única característica que todos compartían, autoconservación. Como Lords Oscuros de los Sith, entendían el poder de la nave de Karrid, y la oportunidad que ella representaba. La *Lanza* era vital si esperaban cambiar las tornas de la guerra galáctica… y con el tiempo Karrid podría ser un poderoso aliado para utilizar no sólo contra la República, sino también contra los otros miembros del Consejo Oscuro.

Por ahora la invitarían con los brazos abiertos, cada uno dando su apoyo públicamente para tratar de convencerla mientras esperaban su momento. Esperando pacientemente, podrían jugar sus juegos políticos, tratando de torcer su alianza para que pudieran utilizarla a ella y a su nave para su propia ventaja, incluso mientras lentamente planeaban su destrucción. En otras palabras, la verían como ellos ven a cada uno de los otros miembros del Consejo Oscuro: simultáneamente un aliado potencial y un enemigo potencial.

Marr suspiró hacia dentro. Karrid no había dudado en barrer a un compañero Lord Oscuro para avanzar en su propia carrera, incluso aunque la pérdida de Gravus hiciera al Imperio más vulnerable a la República. Él había esperado que la falleen hubiera sido más abierta a sus esfuerzos por unificar a los Sith contra un enemigo común, pero había demostrados ser tan buena estudiante de los métodos antiguos como todos los otros.

Pese a sus mejores esfuerzos, la cultura de apuñalar por la espalda y las luchas internas todavía prevalecía. El Emperador lo había mantenido bajo control en virtud de su propia posición y poder inexpugnables, pero en su ausencia era carcomer en el núcleo del Imperio. Y Marr estaba empezando a dudar de si él —o cualquiera de los grandes Lords Sith— sería capaz de detenerlo.

CAPÍTULO 10

MARCUS SE MOVIÓ RÁPIDAMENTE a través de las salas del gigantesco Edificio del Senado de Coruscant, dirigiéndose a la oficina de Jace Malcom en el ala militar. Hace cuarenta años estándar los Senadores habrían estado horrorizados si un oficial militar —incluso el Comandante Supremo de todas las fuerzas de la República— tuviera una oficina en el mismo edificio. Entonces, la mayoría de los políticos habían llamado abiertamente a una reducción enorme de la flota de la República y a una reducción del número de soldados. La idea de una guerra de escala galáctica parecía absurda, y el deseo de reducir la mira y el bolsillo de las fuerzas armadas era virtualmente unánime.

Cuatro décadas de guerra contra el Imperio Sith reemergido habían cambiado las cosas significantemente. Cuando el Tratado de Coruscan había sido forzado en la República hacía años, algunos creían que una última paz con el Imperio era posible. Pero en los últimos ocho meses la tregua incómoda había colapsado, y una vuelta a las hostilidades a escala completa silenció toda la charla de paz en las salas del Senado. Conforme las tornas de la guerra cambiaban a favor de la República, la idea de acabar con la amenaza Imperial de una vez por todas empezó a ganar apoyo.

La resolución militar creciente de la República tenía como campeón a la recientemente elegida Canciller Saresh. La antigua gobernadora de Taris, pocos la veían como una candidata a la posición política más alta de la República, pero ella llegó al poder en una oleada de sentimiento agresivo anti-Imperial. Al contrario que otros rivalizando por suceder al Canciller Janarus, ella no había prometido traer paz a la República; ella prometió victoria.

A pocos días de su elección, promulgó treinta y seis cláusulas de tiempos de guerra enlistadas en la Constitución Galáctica, expandiendo enormemente los poderes y responsabilidades de su oficina y permitiéndole hacer nombramientos políticos mayores sin la aprobación del Senado. Hubo ciertas quejas entre bambalinas ante el incremento repentino en el poder ejecutivo, pero Saresh rápidamente calló a los disentores señalando al salvamente popular Jace Malcom como el nuevo Comandante Supremo.

El Director había estudiado el rápido alzamiento al poder de Saresh con cuidado; era imposible no estar impresionado por su ambición y su brillantez política. Escoger a Jace para Comandante Supremo había sido un movimiento particularmente astuto. Nadie alzaría la voz contra un héroe de la República que había servido durante tanto tiempo; su selección legitimizó cada nombramiento que vino después. Saresh había encontrado al candidato perfecto para solidificar su apoyo, y ella había puesto a la milicia bajo el cargo de un hombre que tenía tantas ganas de barrer a los enemigos Imperiales de la República como ella.

No es que le importara al Director. Él también creía que aplastar al Imperio era clave para asegurar la República, y estaba preparado para mostrar cómo de valioso sería el SIE para esa causa. La Operación Travesaño no había terminado como se planeó; la Operación Fin del Juego era su oportunidad de lograrlo.

Mientras se aproximaba a la oficina de Jace, Marcus se permitió una sombra de una sonrisa. Presentaron al Comandante Supremo un esquema básico de la Operación Fin del Juego justo ayer, y Jace ya había organizado un encuentro para discutirlo con mayor detalle. Claramente había estado impresionado.

El Director había estaba más que un poco impresionado él mismo. El equipo de analíticas había ido más allá por este proyecto. Consiguieron reunirlo todo en sólo una semana, gracias en mayor parte a las contribuciones de Theron.

Marcus había estado preocupado por el impacto potencialmente disruptivo de Theron cuando le había asignado al equipo, aunque había esperado que la naturaleza de su investigación hiciera la transición desde el campo de trabajo más fácil. Para alivio del Director, tan pronto como Theron se dio cuenta de que los analíticos estaban trabajando en una forma de ponerle fin al legado de Darth Mekhis de una vez por todas, se había lanzado al trabajo.

Quizás está madurando, pensó Marcus.

El Director no era normalmente un hombre optimista, pero no podía evitar preguntarse si las cosas estaban mejorando. Si Theron aprendía a permanecer lejos de los problemas y Jace podía asegurar el futuro de las inversiones del SIE a largo plazo, quizás no se levantaría todas las mañanas con una migraña devastadora.

—Bienvenido de nuevo, Director, —le saludó la recepcionista, sus características rompiendo en una sonrisa.

—¿Me echaste de menos? —preguntó, respondiendo con una sonrisa propia.

—Cuento cada segundo de cada día que no está aquí, —contestó, aún mientras ella le hizo pasar.

Como antes, Jace Malcom estaba sentado detrás de su escritorio cuando el Director entró en su oficina.

—Ya he empezado a reunir los recursos que solicitó para la Operación Fin del Juego, —le dijo el Comandante Supremo, yendo directamente al grano—. Tendrán todo lo que necesiten.

—Pasaré su apreciación al equipo analítico, —contestó Marcus—. Estuvieron haciendo jornadas dobles toda la semana para hacer esto. El tiempo extra se llevó un buen pedazo de nuestro bolsillo, pero imaginamos que merecería la pena.

—Puedo captar la indirecta, —dijo Jace con una sonrisa, señalando al Director que tomara asiento en la silla delante de él—. Me aseguraré de que su departamento tenga todos los créditos que necesiten para seguir adelante.

Marcus asintió en gratitud mientras se sentaba.

—Me alegré de ver que destacaba la necesidad de que los Jedi se involucraran en su informe, —dijo Jace—. Conozco algunos tipos que no les gusta trabajar con ellos.

—Son un recurso valioso para la República, —contestó el Director—. Sólo tenemos que aprender a utilizarlos de la manera adecuada.

—Han ofrecido tener al Maestro Gnost-Dural en nuestro equipo.

—Una buena elección, —dijo el Director, recordando los archivos que la Orden le habían mandado al SIE—. Darth Karrid fue la aprendiz de Gnost-Dural antes de que decidiera estudiar bajo las enseñanzas de Malgus.

—No creo que lo digan así, —le dijo Jace con una sonrisa irónica—. Ellos probablemente dirían que ella cayó en las tentaciones del lado oscuro.

Marcus frunció el ceño.

—¿Crees que los Jedi están mandando a Gnost-Dural para que intente redimirla?

—Gnost-Dural es un pragmatista, —le aseguró Jace—. Bueno, todo lo que podría serlo un Jedi. No hará nada que pudiera poner en peligro la misión.

Cuando Marcus no contestó en seguida, Jace preguntó,

—¿Va a ser esto un problema para su gente?

—No, señor. Cada nombre en esa lista que le di es un profesional. Cualquiera de mis agentes que seleccione para la misión trabajará junto a Gnost-Dural sin ninguna queja.

—En realidad, —dijo Jace—. Quería hablar con usted sobre esa lista.

Por alguna razón, los pelos en la nuca de Marcus se erizaron.

—Los archivos eran todos muy impresionantes. ¿Pero por qué no estaba Theron Shan entre ellos?

Por un momento, el Director estaba demasiado sorprendido para contestar. El SIE mantenía las identidades de sus agentes de campo bien cubiertas. Por razones de seguridad, sólo un puñado de personas tenían acceso a los registros del departamento de personal, y el Comandante Supremo no era uno de ellos. El Director le había dado una lista de seis agentes que deberían ser apropiados para la Operación Fin del Juego, pero esa lista no incluía a Theron.

—¿Conoce a Theron? —preguntó él, preguntándose dónde había averiguado ese nombre el Comandante Supremo.

—Sólo del informe de analíticas, —admitió Jace—. Estaba listado como el agente que cubrió la investigación de Darth Mekhis.

El Director agitó su cabeza, confuso. Había revisado el informe antes de que se mandara a Jace. El nombre de Theron había sido eliminado de los archivos, estaba seguro de ello. Alguien en analíticas debía haber alterado el informe final antes de mandárselo a Jace… y Marcus tenía una muy buena idea de quién era el culpable.

No me extraña que Theron estuviera tan feliz de trabajar en este informe, pensó el Director, apretando sus dientes mientras sentía que una de sus migrañas amenazaba con llegar.

Jace captó la disconformidad del Director.

—¿Algo va mal? ¿Theron Shan ya no está con el SIE?

Marcus pensó en mentir, pero no quería arriesgarse a dañar su relación con el Comandante Supremo si alguna vez salía a la luz la verdad.

—Theron todavía está con nosotros.

—¿Es un buen agente?

—Uno de los mejores, —admitió el Director—. Pero cada agente de la lista que le he dado está igual de capacitado.

—Si Theron Shan inició esto, ¿no cree que se ha ganado el derecho de verlo pasar?

—Theron puede que no sea el mejor candidato para esta misión en particular, —contestó Marcus—. Esta es una operación conjunta con los Jedi. Él trabaja mejor por sí mismo.

—El informe dice que estaba trabajando con un Jedi cuando fue tras Darth Mekhis. Alguien llamado Ngani Zho.

—Esa fue una situación única.

Jace arqueó una ceja en el lado bueno de su cara en sorpresa.

—¿No cree que la Operación Fin del Juego sea una situación única?

—Los métodos de Theron pueden ser en ocasiones demasiado… modernos, —explicó Marcus, escogiendo sus palabras con cuidado.

—¿Modernos?

—Prefiere atravesar la ventana en lugar de una puerta perfectamente buena.

—Conozco el tipo, —dijo Jace, asintiendo—. Hay más de un par de ellos en la milicia. Se vuelven adictos al subidón de adrenalina. Siempre van buscando acción. Les hace de gatillo fácil. Se le cogen demasiado aprecio a la muerte y al derramamiento de sangre.

—Theron no es así, —le aseguró el Director, sin querer mancillar la reputación de su agente, incluso así se sentía como si arrojara a Theron hasta un compactador de basura en el momento.

—Obviamente estás preocupado por algo, —continuó Jace—. ¿Estás preocupado por que nos pudiera traicionar?

—Su lealtad hacia la República es absoluta, —dijo enfáticamente el Director—. Simplemente está… descentrado. Ve algo que no se siente bien con él y tiene que involucrarse, incluso si no es parte de la misión. Le gusta improvisar en lugar de aferrarse a los planes.

—A mí me parece que simplemente está yendo arriba y más allá, —dijo el Comandante Supremo—. Podríamos utilizar a alguien así para esta misión.

Dándose cuenta de que la discusión ya estaba perdida, el Director sostuvo un suspiro mientras preguntaba,

—¿Quiere que haga que le manden su archivo?

—Dudo que haya algo ahí que no pueda decirme ahora.

—¿Qué quiere saber?

—Su nombre es Shan. ¿Alguna relación con la Gran Maestra Jedi?

—Shan es un nombre muy común. Probablemente haya diez millones de ellos sólo en Coruscant.

—No contestó mi pregunta, —dijo Jace, fijando a Marcus con una mirada perforante.

—Theron es su hijo, —admitió Marcus.

Jace parpadeó sorprendido.

—¿Satele Shan… tuvo un hijo?

—Sólo un puñado de personas lo saben, —explicó Marcus—. Obviamente esto es algo que queremos mantener cubierto. Se supone que los Jedi no tienen hijos.

—¿Quién es el padre? ¿Otro Jedi?

—No lo sé. Ni siquiera pienso que Theron lo sepa.

El Comandante Supremo estuvo en silencio por un momento.

—Imagino que Theron no está en sintonía con la Fuerza, —dijo finalmente—. De otro modo estaría en la Orden en lugar de en el SIE.

—Cierto.

—Pero esto todavía podría ser bueno para la misión, —dijo Jace, hablando rápidamente—. Trabajar con un Jedi no es fácil. Su relación con Satele puede hacer más fácil coordinar nuestros esfuerzos con la Orden.

—Theron en realidad no tiene una relación con Satele, —advirtió el Director—. Ella lo dio tras su nacimiento. Ni siquiera sé si se han visto alguna vez.

—Ya veo, —dijo Jace, arrugando su ceño—. Parece extraño que no quisiera conocerla, dado que ambos sirven a la República.

—La relación de Theron con los Jedi es complicada, —explicó el Director—. Fue criado en secreto por el Maestro Ngani Zho, el mentor de Satele. Le enseñó todo lo que los jóvenes Padawans aprenden en la academia: disciplina mental, filosofía Jedi. Imagino que Zho simplemente supuso que seguiría los pasos de Satele cuando se hiciera mayor. Pero los Jedi rechazaron quedárselo. Resultó que no era sensible a la Fuerza.

—Salió a su padre, —musitó Jace.

—Probablemente, —estuvo de acuerdo Marcus—. De algún modo hizo a Theron repensar todas aquellas lecciones que había aprendido de niño.

—¿Cree que alberga algún resentimiento hacia los Jedi porque ellos le rechazaran?

—Él respeta lo que hacen los Jedi para la República, —contestó Marcus—. Pero ha visto de primera mano que no son perfectos. Le parecía un poco cínico en cuanto a algunas de sus creencias más aferradas.

Hubo un largo silencio mientras el Comandante Supremo sopesaba su nueva información.

—Le quiero en esta misión, —declaró Jace de repente, golpeando su mano en la parte superior de su escritorio para dar énfasis—. He servido con Satele Shan durante la guerra. Si Theron tiene algo de su madre en él, es el hombre perfecto para este trabajo.

—Theron es bueno, —dijo el Director, haciendo un esfuerzo descorazonado por cambiar la opinión del Comandante[4] Supremo—, pero realmente pienso que estaríamos mejor yendo con alguno de los agentes de mi lista original.

Jace agitó su cabeza.

—Theron es el elegido.

—Sí, señor, —contestó el Director, aunque su respuesta carecía de ningún entusiasmo real—. Mandaré su archivo para que pueda revisarlo, y se lo haré saber a Theron.

[4] En el original aparece Canciller Supremo, lo cual parece ser una errata del texto. *(N. del T.)*

—No esté tan triste, Marcus, —dijo Jace con una sonrisa—. Tengo un sentimiento en las tripas sobre este chico, y he aprendido a confiar en mis tripas.

CAPÍTULO 11

EL MINISTRO DAVIDGE, el Ministro Imperial de Logística, toqueteó la consola de su ordenador, deslizándose a través de pantalla tras pantalla de números ordenados en columnas, tablas, gráficos, y trazos.

La totalidad del Imperio estaba representada en aquellos números: cada ciudadano, cada soldado, cada subyugado, y cada esclavo de cada mundo. Cada nave de cada flota, al igual que todos los recursos producidos a los largo de todos los sistemas y sectores bajo control Imperial, estaban registrados en un detalle y precisión adormecedoras. El mando totalitario del Emperador había llevado a un sistema muy eficiente y organizado de inventarios y censos que medían todo bajo su control. Y aunque se había ido —para alivio del Ministro Davidge— la red burocrática que había instalado todavía permanecía.

Las pantallas y pantallas de números eran la sangre que Davidge necesitaba; sin datos precisos y actualizados no podría hacer su trabajo, y en su mente, estaba claro que era el trabajo más importante en el Imperio. Logística, en una meta escala, era el factor decisivo de la supervivencia del Imperio. Los recursos y la mano de obra dictaban suministros y trabajo, los cuales dictaban la producción potencial y el consumo esperado de todo.

Sin él, el Imperio no tendría ningún plan para guiar su curso. Sin él, el Ministro de Guerra no sabría cuántas naves o tropas mandar a cada sector, o por qué mundos merecía la pena luchar y por cuáles no merecían la pena gastar recursos para defender. Incluso los miembros del Consejo Oscuro confiaban en él para darles una sensación de la fuerza relativa del Imperio comparada con la República.

Desafortunadamente, el ministro carecía de los números de la República. Desde el colapso de la Inteligencia Imperial, los datos de los enemigos venían de las estimaciones, suposiciones, e imaginaciones. Añadía variabilidad a sus ecuaciones, y el Ministro Davidge odiaba la variabilidad. Requería que él proveyera predicciones tanto para los extremos altos como para los bajos del espectro, doblando su trabajo mientras ofrecía modelos predictivos rastreando el flujo y reflujo de la guerra galáctica.

Incluso utilizando las estimaciones más bajas de los recursos de la República, la verdad era inevitable, las tornas habían cambiado en contra del Imperio, y si algo no cambiaba radicalmente en los próximos años su derrota era inevitable. Eran simples matemáticas.

El ministro terminó su revisión final de los datos, reunidos en su informe, y se puso en pie desde su escritorio, estirándose para aflojar sus músculos contraídos y cansados. Había estado apiñado sobre la silla por cerca de doce horas, pero Darth Marr se había presentado ante él con una pregunta, y Davidge necesitaba estar seguro de la respuesta antes de contestar.

Confiando en su análisis, se giró y se dirigió a la puerta de duracero cerrada en la parte trasera de su oficina. Presionó el código de dieciséis dígitos para desbloquearlo, caminó dentro, y selló la puerta tras él. Se movió rápidamente sobre la consola de

comunicaciones en el centro de la habitación y activó el codificador oscuro para mandar un mensaje encriptado a Darth Marr.

El Lord Sith contestó inmediatamente; claramente había estado esperando la llamada de Davidge.

—Mi Lord, —dijo el ministro—. He revisado la situación en el sistema Boranall como me ordenó.

—Lo he supuesto cuando vi tu llamada, —contestó Marr, su voz calmada y fría como una tumba.

Davidge reprimió una urgencia por temblar. No le gustaba tratar con el Consejo Oscuro, los Lords Sith eran criaturas extrañas más allá de su comprensión. Estaban dirigidos por la emoción y la pasión más que por la lógica y el análisis cuidadoso. A menudo confiaban en visiones y profecías cosechadas a través de la Fuerza, permitiendo que algún poder místico, incuantificable guiara sus acciones más que la innegable verdad de los números. Y en ocasiones tercamente rechazaban creer lo que él trataba de decirles, especialmente cuando les daba noticias que no querían escuchar.

Mar era mejor que alguno de los otros; no se airaba y gritaba a Davidge cuando no tenía la respuesta que buscaba, como Ravage, y no parecía estar destripando al ministro con los ojos como Mortis. Más importante, Marr entendía que las proyecciones del ministro no eran garantías. Variables imprevistas podían alterar la ecuación, resultando los números del ministro obsoletos. Pero todavía había algo inquietante en la calma helada con la que Marr siempre se dirigía a él.

—¿Cuál es tu análisis? —presionó Marr, y Davidge se dio cuenta que el Sith había estado esperándole para que le diera su informe.

—Uh… dado el nivel estimado de la resistencia apoyada por la República y el creciente vuelco de sentimiento anti-Imperial entre la población nativa, deberíamos abandonar nuestra campaña en el sistema Boranall.

—Hay tres mundos habitables en ese sistema, —dijo Marr—. Casi veinte billones de personas.

—S…sí, mi Lord. Pero ninguno de esos planetas tiene la abundancia de recursos necesaria para cubrir las pérdidas que inevitablemente sufriremos si tratamos de mantener la población bajo control Imperial.

—¿Cuál es la tasa de pérdidas?

—Extrapolada a seis meses, hay una reducción neta del punto dos por ciento en el resultado total Imperial si dejamos ir el sistema.

—¿Y si tratamos de mantenerlo?

—Las estimaciones conservativas ponen las pérdidas al punto cuatro por ciento. —Tras un momento apresuradamente añadió—. En el escenario del peor de los casos, las pérdidas podrían llegar al punto siete por ciento

Para algunos los números debían parecer pequeños, pero Davidge sabía que Marr era lo suficientemente sabio para entender el increíble alcance de incluso dos centésimas partes por ciento de los recursos totales del Imperio.

—El coste es alto, —admitió Marr, pero entonces añadió—, pero el sistema Boranall no es el único lugar en el Imperio que amenaza con salirse de nuestro control. Aplastar este alzamiento mandará un mensaje a otros sistemas.

—Por supuesto, mi Lord, —dijo Davidge, aunque en silencio suspiró.

Entendía el razonamiento de Marr, gastar recursos extra en el sistema Boranall esperando que pudiera cubrir futuras pérdidas. Pero en la experiencia del ministro, tal plan raramente funcionaba. El sentimiento anti-Imperial todavía se alzaría en otros sistemas, alimentado y alentado por la República y sus promesas de liberación.

Nunca recuperarían las pocas décimas por ciento extra que les costaría mantener el sistema. En la mente de Davidge, así es como el Imperio caería, no en alguna batalla épica, sino en los diminutos márgenes desangrándose. Una muerte de un millón de cortes microscópicos. Pero no se atrevía a discutir con Darth Marr.

—Organizaré que una de nuestras flotas cercanas mande refuerzos al sistema, —dijo el ministro.

—Creo que Darth Karrid todavía está en ese sector, —dijo Marr—. La llegada de la *Lanza Ascendente* debería poner fin rápidamente al alzamiento.

El ministro reprimió otro suspiro. Estaba demasiado familiarizado con Darth Karrid y sus métodos. Cuando fuera que la *Lanza Ascendente* era llevada a un conflicto, las bajas y los daños colaterales aumentaban exponencialmente. No cabía duda en su mente que la proporción de pérdidas se empujaría por encima de sus estimaciones.

Pese a su mejor juicio, el ministro decidió hablar.

—Todavía estoy tratando de absorber el coste de la intervención de Darth Karrid en Leritor. La pérdida de la flota de Gravus ha impactado negativamente en nuestras proyecciones. En este caso, podría ser mejor si ordenara a otro que fuera.

—Darth Karrid es ahora un miembro del Consejo Oscuro, —le recordó Marr—. Ella no recibe órdenes de mí. Ni de ti.

—Perdóneme, mi Lord. No pretendía ofender.

—Escoge tus palabras con más cuidado cuando contactes con Darth Karrid para solicitar su asistencia en este asunto.

Davidge entendía mejor los números que las personas, pero era obvio lo que Marr esperaba cumplir. Era bien sabido que había apoyado la candidatura de la falleen desde el principio, y tener la petición personal del Ministro de Logística para que Darth Karrid ayudara en el sistema Boranall legitimaría más aún su nueva posición. Y persuadirla de que acepte una misión en un sistema remoto la mantendrían a ella y a la *Lanza Ascendente* lejos de las maquinaciones de cualquier otro miembro del Consejo Oscuro que deba estar buscando reclutar su alianza, al menos por el momento. No era la primera vez que el ministro había sido forzado a inclinarse ante los políticos del Consejo Oscuro. Al menos esta vez el coste para el Imperio era menos que el que había sido en otras ocasiones.

—Lo entiendo, mi Lord. Contactaré con ella en seguida.

—Trata de ser convincente cuando pidas su ayuda, —le había advertido Marr antes de desconectar la señal.

De sus informes, el ministro conocía cada detalle potencialmente significativo sobre Boranall y los otros mundos en el sistema: su geografía y su clima; sus ciudadanos y cultura; sus recursos e industria. Y conocía exactamente cómo presentaría esta proposición a Darth Karrid.

Compuso un breve mensaje resumiendo la situación, haciéndolo correr por el codificador antes de transmitirlo a la *Lanza Ascendente* con el rango de prioridad más alto. Pese a esto, le llevó casi treinta minutos antes de que recibiera su respuesta. El retraso era perturbador; dejaba ver que la falleen, como muchos otros Lords Sith de alto rango tenía poco aprecio por el rol crucial que el Ministro de Logística jugaba en la guerra en marcha.

Apartando sus temores, el Ministro Davidge contestó al holo entrante. La cara de Darth Karrid se materializó ante él. Cada vez que la veía, Davidge no podía evitar darse cuenta de su belleza marcada. Su piel perfecta había sido desfigurada por los tatuajes en su cara que representaban su devoción por los caminos de los Sith; los implantes cibernéticos dominando su lateral izquierdo transformaban sus características en una mezcla de carne y acero.

—He recibido tu mensaje, Ministro Davidge, —dijo Darth Karrid, su tono en alguna parte entre la molestia y el desdén—. ¿Es esta tontería de Boranall realmente merecedora de la *Lanza Ascendente*?

No, no lo es, pensó Davidge. *Pero Marr te quiere ahí.*

En voz alta dijo,

—Tenemos informes de un desarrollo regular de las naves de la República en la región en conjunción con numerosos conteos de un crecimiento del sentimiento anti-Imperial entre los locales. Mis proyecciones muestran que si este alzamiento potencial no es tratado rápidamente, podría tener un efecto desgarrador a través del Imperio.

Ella retorció su cara en una mueca.

—¿Y qué te hizo pensar que este sistema insignificante era lo suficientemente importante para molestar a un miembro del Consejo Oscuro?

Sabiendo que Marr no estaría complacido si Karrid descubría su involucración, el ministro en su lugar fue con una justificación cuidadosamente fabricada por contactar con ella.

—Hay una estación de investigación de hipermateria en Boranall, —dijo Davidge.

Había algo de verdad en esa afirmación; había una estación antigua de investigación de hipermateria en Boranall, el planeta más grande y más poblado en el sistema de nombre similar. Pero omitió el hecho de que era un despilfarro inútil del gobierno puesto ahí hace generaciones por políticos corruptos que se llevaban parte de la familia rica que era dueña de la compañía de investigación. El equipamiento arcaico había caído estropeado, y los técnicos que supuestamente trabajaban allí eran la mayoría relativos a nobles influyentes sin el entrenamiento apropiado.

—Ya que ahora supervisa la Esfera de Influencia de la Tecnología, —continuó Davidge, apelando descaradamente a su ego—, pensé que quizás querría manejar esto personalmente. No podemos dejar que la estación de investigación caiga bajo el control de la República.

Karrid le favoreció con una sonrisa evasiva, una expresión que bajo el peso de su belleza habría hecho que Davidge cayera de rodillas con anhelo y deseo. Ahora, sin embargo, su semblante repelente apenas revolvió su estómago.

—Quizás Marr tenga razón sobre ti, —ronroneó ella—. Quizás eres de alguna utilidad para el Imperio después de todo.

Davidge permaneció en silencio.

—Tienes suerte, Ministro, —dijo ella tras un breve momento de contemplación—. Fijaré una ruta para el sistema Boranall y pondré fin a los parpadeos de rebelión.

—Se lo agradezco en nombre del Imperio, —contestó Davidge.

Karrid no se molestó en contestar mientras terminaba la llamada. Aliviado, el ministro apagó el codificador, se alzó de su asiento, y caminó fuera de la sala de comunicaciones. Cerró la puerta de duracero tras él, esperando al simple bip que confirmara que estaba cerrada y que el codificador del otro lado estaba a salvo. Entonces volvió a su escritorio y volvió a estudiar sus tablas, líneas, y gráficas.

CAPÍTULO 12

THERON NO TENÍA INTENCIÓN de llegar tarde a su sesión informativa con el Comandante Supremo. El Director ya estaba furioso con él por deslizar su nombre en el informe de resumen para la Operación Fin del Juego; no tenía sentido añadir leña al fuego. Como resultado, llegó a la oficina de Jace veinte minutos antes.

—Tome asiento, —le ordenó la recepcionista, señalando a una de varias sillas contra la pared—. El Comandante Supremo le verá una vez que todos estén aquí.

No había nada en su tono que indicara que eso fuera otra cosa aparte del protocolo estándar, pero Theron no podía evitar preguntarse si el Director había dado instrucciones explícitas de no dejarle hablar con Jace Malcom sin escolta. Sin embargo, observar el comportamiento de la joven mujer —profesional, pero no alertada ni en guardia en absoluto— le convenció de que sólo estaba siendo paranoico. Él sonrió para sí mismo mientras se sentaba, contento de ver que sus habilidades de supervivencia estaban operando al máximo de nuevo. Para un agente de campo, un poco de paranoia era algo bueno: a veces realmente estaban ahí para atraparte.

El Director llegó cerca de quince minutos después. Hizo un saludo superficial a Theron, entonces una sonrisa cálida y un guiño a la recepcionista. La joven mujer se sonrojó y sonrió para sí misma mientras pretendía no haber visto el gesto.

Parece que el Director está buscando a su mujer número tres, pensó Theron para sí mismo.

—¿Algún consejo para este encuentro? —preguntó Theron en silencio mientras su jefe tomaba asiento junto a él para esperar.

—¿Desde cuándo importa cualquier cosa que te diga? —contestó con un susurro afilado, lo suficientemente bajo para que la recepcionista no le escuchara—. Tú sólo haces lo que sea que quieres hacer de todas formas.

—Pero obtengo resultados, —le recordó Theron—. Por eso me mantienes alrededor.

El Director no contestó, y Theron podía decir que se estaba mordiendo la lengua para evitar desatar una bronca explosiva enfrente de la recepcionista.

—Jace es un hombre militar, —dijo finalmente el Director tras recuperar su compostura—. Le gusta la disciplina y el orden. Saca una de tus típicas tretas insensatas mientras está llevando la batuta y te aplastará.

—Tendré eso en mente, —prometió Theron.

Pasaron los siguientes minutos en un silencio incómodo hasta que el Maestro Gnost-Dural, su enlace Jedi, llegó. El kel dor era ligeramente más alto que Theron, aunque parecía más delgado, posiblemente a causa de su túnica Jedi amplia. Su piel dura, rugosa era de una leve tonalidad de amarillo-marrón. Como todos los kel dor que se aventuraban desde la atmósfera rica en helio de su mundo hogar, sus ojos estaban protegidos por unas gafas ajustadas y la mitad inferior de su cara estaba parcialmente obscurecida por una máscara respiratoria de acero. La máscara cubría el sima carnosa que los kel dor poseían

en lugar de una nariz y una boca, aunque dejaba sus colmillos de diez centímetros, que sobresalían hacia abajo expuestos.

Dada su complexión, la máscara, los colmillos, y el cráneo de forma extraña típicos de la especie, la apariencia del Maestro Gnost-Dural era intimidatoria e incómoda. Pero Theron sabía que el Jedi era uno de los Maestros más respetados y honorados de la Orden.

Era el mayor experto de la República en los Sith; los había estudiado al detalle por muchos años en su rol como cuidador de los Archivos Jedi. Habiendo revisado los archivos que los Jedi habían mandado, sin embargo, Theron sabía que era más que un mero historiador. Gnost-Dural era también un guerrero dotado; había luchado con los Sith desde los inicios de su resurgir en la fase galáctica, más tiempo del que Theron llevaba con vida.

Theron se preguntaba qué pensaba el kel dor de la Gran Maestra Satele Shan. Aunque no había registros de que sirvieran directamente juntos, con seguridad conocía a la cabeza de la Orden Jedi personalmente. También se preguntaba si Gnost-Dural sabía que Satele era su madre. No es que a Theron le importara realmente de todos modos. La conexión de Satele con él era puramente biológica. Su legado no había tenido que ver en quién era él o en quién se había convertido; el único pariente real que había tenido fue el Maestro Zho.

—Saludos, Director, —dijo el alien, su voz profunda y resonante incluso a través de su máscara—. Y a ti, Agente Shan.

—Llámame Theron.

—Como desees. Conocía al Maestro Zho; hablaba de ti a menudo. Me apené cuando oí de su pérdida, aunque me consuelo al saber que se ha vuelto uno con la Fuerza.

Theron estaba lo suficientemente familiarizado con la filosofía Jedi para no ofenderse por las palabras bienintencionadas. También notó el hecho de que Gnost-Dural mencionara a Zho, pero no a Satele… aunque simplemente debía haber necesitado de discreción.

—El Comandante Supremo les verá ahora, —dijo la joven mujer, presionando un botón tras su escritorio que hizo que la puerta se balanceara al abrirse. Los tres hombres se alzaron como uno y entraron en la habitación donde Jace estaba esperando. El Comandante Supremo saltó sobre sus pies mientras entraron, llegando rápidamente a cerrar la puerta tras ellos.

—Director. Maestro Gnost-Dural, —dijo él, saludándole a cada uno de ellos en su momento—. Me alegro de conocerte al fin, Theron.

Sus palabras llegaron rápidas, como si estuviera nervioso. Theron se lo achacó al nerviosismo por la misión.

—Quiero que todos hablen libremente, —continuó Malcom—. El rango no significa nada aquí, somos todos iguales en este encuentro. Si tenéis algo que decir, simplemente decidlo.

—¿Crees que puedes hacerlo, Theron? —preguntó el Director sarcásticamente.

—Trataré de superar mi timidez natural.

—Quizás deberíamos poner a los otros sobre la mesa para acelerar, —sugirió el Maestro Gnost-Dural—. Podéis contarme más sobre la Operación Fin del Juego, y yo puedo contaros más sobre la comandante de la *Lanza Ascendente*. Ella fue una vez mi Padawan, aunque fue con el nombre de Kana Terrid entonces.

—Yo ayudé a reunir el informe de analíticas, —les recordó Theron—. He estudiado todo lo que estaba en los archivos en detalle. Estoy más interesado en lo que no estaba en los archivos.

El Jedi asintió.

—Kana mostró ser prometedora durante su entrenamiento, aunque siempre la advertía de su ambición. Ella raramente se limitaba a las tareas que le asignaba; le gustaba ir por su cuenta. Tomar riesgos. Siempre buscaba el siguiente nuevo desafío.

—Me suena familiar, —masculló el Director, pero Theron le ignoró.

—En lugar de tratar de cambiar su naturaleza, busqué guiarla y dirigir su curiosidad natural. La alenté a explorar y diversificarse.

—Eso no suena familiar, —interpuso Theron, arqueando una ceja en dirección a su jefe.

—Debió ser mi culpa que cayera al lado oscuro, —admitió Gnost-Dural—. Pensé que su entrenamiento le había dado la disciplina para mantenerla a salvo, pero quizás darle tanta libertad fue un error.

Theron metió baza antes de que el Director pudiera decir nada.

—Algunas personas simplemente se sienten atraídas por el lado oscuro. Forzarla a seguir un conjunto de normas rígidas podía haberla hecho abandonar la Orden Jedi incluso antes.

—Ella no abandonó la Orden Jedi, —contestó Gnost-Dural—. No como crees. Quería tener a una de los míos entre los Sith; alguien que nos ayudara a hacerles caer desde el interior. Yo fui el que la mandó a estudiar bajo la tutela de Darth Malgus. Sabía que era un riesgo. Si era descubierta sufriría torturas indecibles y una muerte terrorífica, dolorosa. Incluso peor, sabía que la tentación del lado oscuro la pondría a prueba: Malgus era poderoso y carismático.

Theron no estaba del todo seguro de que el riesgo de caer al lado oscuro fuera peor que la tortura y la muerte, pero consiguió mantener su boca cerrada.

—Durante varios años trabajó encubierto, estudiando a los pies de Malgus mientras en secreto me enviaba de vuelta información. Mucho de lo que sabemos sobre la *Lanza Ascendente* vino de sus informes iniciales, y su información llevó a varias victorias clave de la República.

—Déjame averiguar lo que ocurrió después, —dijo Theron—. La información continuó fluyendo, pero se volvió menos valiosa. La información todavía era precisa, pero no era tan importante estratégicamente.

—Se convirtió en una agente doble, —confirmó el kel dor—. Nos estaba alimentando con trazos insignificantes de los planes del Imperio mientras entregaba información crítica de la República a Darth Malgus.

—Antes de que nos abandonara, supimos que el potencial completo de la nave sólo podía ser desbloqueado por aquellos con una poderosa conexión con la Fuerza, —añadió el Jedi—. Pero también requiere implantes cibernéticos especiales para conectarse con los sistemas de control. Es esta unión de la nave y el Sith lo que hace a la *Lanza* un arma tan formidable.

—Creo que Malgus convenció a mi Padawan de que se sometiera a la cirugía para los implantes cibernéticos para que pudiera comandar el navío. Esa fue probablemente la tentación final que la llevó al lado oscuro.

La insistencia del kel dor de encontrar alguna razón identificable por la traición de Karrid no se sentía bien con Theron.

—No vas a ir a esta misión para tratar de redimir a tu antigua Padawan ¿no? — preguntó él—. Sé que los Jedi creéis que nadie está más allá de la redención, pero hacer caer la *Lanza* ya va a ser lo suficientemente difícil.

—Mis acciones liberaron a Darth Karrid en la galaxia, —explicó Gnost-Dural—. Es mi responsabilidad detenerla. Esa es mi única preocupación.

Theron asintió. Ocuparse de los asuntos sin terminar era algo que podía entender.

—En algún momento, Kana cambió su nombre a Darth Karrid, y no he tenido ningún contacto con ella desde entonces, —concluyó Gnost-Dural—. Todo lo que sé ahora sobre ella viene desde otras fuentes, como el SIE.

—Acabamos de saber que a Darth Karrid se le acaba de dar un asiento en el Consejo Oscuro, —metió baza el Director.

—Eso no cambia nada, —insistió Jace—. Sólo significa que hacer caer a Karrid y a la *Lanza* tendrá un mayor impacto aún sobre el Imperio. Es por eso por lo que la Operación Fin del Juego es tan importante.

—Tras revisar todos los escenarios que han ofrecido los de analíticas, nos dimos cuenta de que no podemos detener la *Lanza* a no ser que primero tengamos a un saboteador a bordo, —le dijo el Comandante Supremo a Gnost-Dural—. El plan es que Theron se meta de polizón en la nave mientras está amarrada en un espaciopuerto Imperial para que la tripulación se marche.

—La *Lanza* nunca se queda en puerto por mucho tiempo, —añadió Theron—. Meter un saboteador a bordo requiere preparación y planificación. Teníamos que saber a qué espaciopuerto se dirigía Karrid para poder llegar allí primero para prepararlo todo.

—Tenemos un topo dentro de las comunicaciones de la flota Imperial, —dijo el Director—. Y ella puede mandar copias de cualquier mensaje que se transmita desde la *Lanza Ascendente* hasta nosotros. Pero esos mensajes están codificados.

—Entonces eso no nos hará ningún bien, —denotó Theron—. A no ser que tengamos un codificador oscuro.

—¿No ha sido una prioridad durante meses de la República adquirir un codificador oscuro? —preguntó Gnost-Dural, impresionando a Theron con su conocimiento de algo que no había caído bajo el alcance típico de la Orden.

—El Imperio ha tomado cada precaución para evitar que ocurriera eso, —contestó Jace—. En dos ocasiones recuperamos un codificador dañado de los restos de una nave capital Imperial con la esperanza de repararlo o hacer ingeniería inversa con él.

—Desafortunadamente, los codificadores están diseñados con una función autodestructora. Cuando una nave capital cae, los codificadores automáticamente prenden fuego a sus núcleos de desencriptación. Sin un núcleo funcional, el codificador no es más que una caja de metal inútil.

—¿Así que cómo proponéis que adquiramos uno? —preguntó Theron.

—El Ministro Imperial de Logística utiliza uno para comunicarse con las naves capitales a lo largo de la galaxia, —explicó el Director—. Está en su oficina en el Centro de Comando de Defensa Orbital en Ziost.

—¿Entonces tenemos que colarnos en uno de los edificios más defendidos de uno de los mundos más críticos y mejor defendidos del Imperio y robar el codificador sin activar la secuencia de autodestrucción? —preguntó el Jedi, asegurándose que estaba claro el plan.

—Es más complicado que eso, —dijo Theron—. Si un codificador funcional se pierde, el Imperio reprogramará todos sus códigos.

Theron sabía que no era tan simple como lo hacía sonar. Los codificadores oscuros habían sido diseñados para evitar que cualquiera los alterara; no podían ser reprogramados en el campo. Cambiar los códigos de encriptación requeriría que el Imperio llamara a sus naves capitales para que los técnicos pudieran sincronizar los cambios en cada navío. Sería costoso y requeriría tiempo, pero era todavía una mejor opción que dejar que el enemigo escuchara sus transmisiones clasificadas.

—Pero el Imperio no pasaría por el problema y los gastos de cambiar los códigos si no pensaran que el codificador se hubiera perdido, —explicó el Director—. Necesitamos colarnos en la oficina del ministro y cambiar el núcleo funcional del codificador con uno de los núcleos quemados de los codificadores dañados que hemos recuperado. Hacerles creer que el de la oficina del ministro se ha dañado de alguna forma, haciendo que inicie la secuencia de autodestrucción.

—¿No sería sospechoso si el codificador está misteriosamente dañado? —preguntó el Jedi.

—No si creen que fue dañado en un ataque terrorista, —metió baza Theron—. Multitud de instalaciones Imperiales en otros mundos han sido objetivos en el pasado. Cambiamos los núcleos, entonces detonamos algunos explosivos dentro del edificio. Lo hacemos parecer que algunos separatistas anti-Imperiales pusieron una explosión que activó la secuencia de autodestrucción del codificador.

—Podría haber bastantes bajas civiles si no tenemos cuidado, —denotó el Jedi.

—Haremos todo lo que podamos para minimizar los daños colaterales, —prometió Jace.

—Necesitaremos las heliografías arquitectónicas del Centro de Comando de Defensa Orbital, —añadió Gnost-Dural—. Junto con una lista de todos sus protocolos de seguridad. ¿El SIE tiene algún contacto en Ziost que podamos utilizar?

—No hemos sido capaces de hacer incursiones en Ziost aún, —admitió el Director.

—Conozco a alguien que podría ayudar, —dijo Theron—. Una agente libre con la que he trabajado antes. *—La parte difícil va a ser convencerla de que trabaje conmigo de nuevo.*

—Incluso si la amiga de Theron nos ayuda, —advirtió el Director—, todavía estamos trabajando en una buena historia encubierta para llegar a Ziost sin llamar la atención.

—Yo puedo ocuparme de eso, —ofreció Gnost-Dural.

Theron alzó una ceja sorprendido.

—El SIE no son los únicos que necesitan infiltrarse en los mundos Imperiales, —explicó el kel dor.

—Entonces está hecho, —dijo Theron—. ¿Así que cuando nos vamos?

Él sabía que podían seguir revisando la misión hacia detrás y hacia delante, debatiendo cada último detalle, pero no le veía sentido. Parte de lo que le hacía un buen agente era la habilidad de pensar sobre la marcha. Cualquier especificación que pudieran averiguar ahora serían puras especulaciones. Era inevitable que las cosas cambiaran durante la misión real, y planificar de más sólo lo haría más difícil para adaptarse e improvisar.

—Dame tiempo para poner nuestra historia encubierta en su lugar, —dijo Gnost-Dural—. Podemos encontrarnos en mi hangar privado en dos días. Os mandaré la localización.

—Me alegro de que ambos estéis animados por empezar, —dijo Jace—. Pero no nos precipitemos hacia la nada.

—Tú querías a Theron en esta operación, —dijo Marcus, saliendo en defensa de su agente—. He aprendido que cuando él está preparado para ir, lo mejor es simplemente apartarse de su camino.

—Puedo hacer eso, —se inclinó Jace—. Caballeros, la Operación Fin del Juego ha empezado oficialmente. Que la suerte —y la Fuerza— os acompañe.

Dándose cuenta de que habían sido despachados, Theron, el Director, y Gnost-Dural salieron de la oficina del Comandante Supremo y hacia el área de recepción del exterior.

—Vosotros dos continuad adelante, —les dijo el Director, dando una mirada rápida a la recepcionista mientras la puerta de la oficina se cerraba tras ellos—. Necesito hablar con esa joven dama sobre algo de papeleo. Coordinar los recursos del SIE con los militares… hacerlo todo oficial.

Theron sospechaba que lo que fuera de lo que quería hablar el Director era decididamente no oficial, pero tenía el tacto suficiente para no decir nada mientras él y Gnost-Dural continuaron saliendo de la sala.

—Estoy deseando trabajar contigo, —dijo el Jedi una vez alcanzaron una ramificación en la sala donde se separarían—. Y puedo asegurarte de que mis sentimientos por mi antigua Padawan no interferirán con nuestra misión.

—Es bueno saberlo, —dijo Theron, pensando, *Si se diera el caso, ¿serás capaz de matarla? ¿O dudarás?*

—Te veo en dos días, —dijo Gnost-Dural, entonces se giró y se dirigió a la otra dirección.

Conforme él lo vio marchar, el holocomunicador personal del cinturón de Theron empezó a bipear. Curioso, contestó a la llamada. Para su sorpresa la cara del Comandante Supremo se materializó ante él.

—Theron, me gustaría hablar contigo de nuevo antes de la misión. Sólo. En mi residencia privada.

—Por supuesto, señor, —dijo Theron, demasiado por sorpresa para pensar en cualquier otra cosa.

—Bien. Te mandaré la dirección. Estate allí mañana a la noche.

La llamada terminó antes de que Theron pudiera hacer más preguntas, dejándole preguntándose qué podía ser lo que el Comandante Supremo de la República quería discutir.

CAPÍTULO 13

JACE MALCOM SE MOVIÓ EN SU POSICIÓN, incapaz de ponerse cómodo en el sofá de la sala de estar de su apartamento modestamente amueblado mientras esperaba que Theron llegara. El Comandante Supremo normalmente no era así de inquieto. Durante su carrera militar había pasado muchas horas simplemente sentado y esperando; la vida de un soldador era largamente estirada por el aburrimiento roto por breves interludios de intensa acción. Había aprendido hace tiempo cómo permanecer en calma y relajado mientras los minutos pasaban. Pero esta situación era distinta a cualquiera con la que hubiera tratado antes.

Cuando el zumbador de su puerta sonó, realmente dio un brinco a sus pies y se detuvo un momento para recomponerse antes de abrir la puerta.

—Gracias por venir, Theron, —dijo al joven hombre del otro lado.

—No me voy a perder un encuentro con el Comandante Supremo, —contestó Theron.

—Esto no era una orden, —le aseguró Jace—. Sólo una petición.

—Viniendo de alguien de su posición, son básicamente lo mismo.

Jace asintió. Había sido un oficial al mando de otros por muchos años, pero este ascenso reciente a Comandante Supremo había llevado las cosas a un nivel al que todavía no estaba del todo acostumbrado.

—Entra y siéntate, —dijo él—. Por favor, —añadió, esperando hacerlo parecer como una invitación.

Theron se acomodó en una de las dos sillas enfrente del sofá. Jace no pudo evitar darse cuenta de su elección del asiento: mirando a la puerta, y la posición más alejada desde la que nadie más se pudiera sentar.

—Bonito sitio tiene aquí, Comandante. Esperaba bastante que las paredes estuvieran cubiertas con todas sus medallas y galardones.

—No pegaban con las cortinas, —explicó Jace—. ¿Puedo traerte algo de beber? Tengo un buen vino Alderaaniano si te gusta el vino. O un Reserva Coreliano si prefieres el brandy.

—No gracias, señor.

—¿Qué hay del *kri'gee* Mandaloriano?

—Siempre quise probar las cosas duras, —dijo Theron—. Claro, tomaré un vaso.

Jace fue de camino hacia el armario del licor en la esquina y les puso a ambos un trago, entonces lo llevó hacia su invitado antes de tomar asiento en el sofá enfrente de él. A la luz del apartamento podía ver que Theron se parecía a su madre; podía averiguar un par de sombras de Satele Shan en las características del hombre más joven, aunque si no supiera quién era su madre hubiera pasado desapercibido.

—¿Por la República? —preguntó Theron, alzando su vaso.

—Por la República, —estuvo de acuerdo Jace, y ambos hicieron bajar sus bebidas con un único trago.

Theron tosió y escupió por un par de segundos, una reacción común en aquellos que probaban el *kri'gee* por primera vez.

—¿Quieres otra? —preguntó Jace—. Empezará a gustarte.

—Estoy bien, —jadeó Theron, su cara todavía roja por el ahogo del primer vaso.

Pusieron sus vasos vacíos en la mesita de café entre ellos, y un silencio incómodo se asentó en la habitación. Jace sabía que Theron estaba esperándole para que hablara, pero él honestamente no sabía por dónde empezar.

—Serví con tu madre, —dijo finalmente—. En Alderaan. Era una mujer destacable.

Él pudo ver un cambio llegar a la cara de Theron, se puso de repente en guardia y alerta.

—Supuse que lo sabía, —dijo él—. ¿Es por eso por lo que me escogió para esta misión?

—He visto tu registro de servicio, Theron. Te has ganado esto.

—No ha contestado a mi pregunta.

—Me preguntaba si había algo de tu madre en ti, —admitió Jace.

—No quiero ser brusco, Comandante, pero si me ha traído aquí para preguntarme por Satele no ha tenido suerte. Apenas la conozco.

Hubo una brusquedad en la respuesta de Theron. No era exactamente enfado o amargor; era más como exasperación. Como si hubiera tenido o imaginado esta conversación tantas veces antes que simplemente estaba cansado de ella.

—¿Así que nunca has contactado con ella? ¿O ella contigo?

Theron se encogió de hombros.

—Nunca vi ningún motivo. Cuando nací, ella me dio para dedicarse a la República. Entiendo por qué lo hizo, y respeto su elección. Yo elegí servir a la República, también. Es por eso por lo que me uní al SIE. Hacerla parte de mi vida ahora sólo complicaría las cosas para ambos; haría ambos de nuestros trabajos más difíciles. No le veo sentido.

—Pareces bastante seguro de esto, —denotó Jace.

—Ngani Zho me ayudó a entender por qué Satele hizo lo que hizo. He llegado a buenos términos con ello. He pasado página.

—¿Pero qué hay de tu padre? ¿Nunca has querido preguntar a Satele sobre él?

—El Maestro Zho fue mi padre. Él me crio. Me hizo quien soy.

La conversación no estaba yendo tan bien como Jace había esperado. Estaba bailando alrededor del asunto real, y se dio cuenta de que realmente tenía miedo. Se había enfrentado a la muerte demasiadas veces como para contarlas, pero ahí estaba, demasiado asustado para decirle a Theron por qué estaba realmente ahí. Tomando aliento profundamente, el Comandante Supremo decidió que era hora de cargar contra la brecha.

—Theron, no sabía que Satele tenía un hijo. Sólo lo averigüé hace un par de días cuando vi tu nombre en el informe y le pregunté al Director si estabais relacionados.

—Hubiera deseado bastante que le hubiera mentido, —gruñó Theron—. Podría haber evitado toda esta charla rara.

Jace le ignoró y siguió presionando, determinado a llegar a la verdad de ahí fuera.

—Él me dio tu archivo personal. Comprobé cuando habías nacido, confirmando lo que ya sospechaba. Theron… creo que soy tu padre.

Hubo un largo silencio antes de que Theron hablara finalmente.

—Ya se lo he dicho, —dijo él fríamente—. El Maestro Zho fue mi padre.

—Theron… tienes que creer que no tenía ni idea. Cuando Satele rompió nuestra relación, pensé que era por la prohibición de la Orden Jedi contra las uniones emocionales. No me di cuenta de que estaba embarazada.

Theron se alzó de repente.

—Comandante, siento que ella le mintiera. Pero esto es entre ella y usted. Necesita hablar con Satele.

—Eso es lo último que necesito ahora mismo, —contestó Jace—. Ella me mintió. Te ocultó de mí. Estoy tan enloquecido que no sabría siquiera qué decirle.

—Pero ella sabría qué decirte, —dijo Theron compasivamente—. Los Jedi siempre tienen una explicación.

—Exactamente. No estoy de humor para escucharla parlotear sobre paz y controlar tus emociones. Es por eso por lo que vine a ti.

—Todavía no sé qué quiere de mí, —dijo Theron, agitando su cabeza—. ¿Por qué me dice esto?

—¿Por qué? —Jace se alzó sobre sus pies—. Eres mi hijo. ¿Eso no significa nada para ti?

—¡No! —rompió Theron, dando un paso atrás—. Sólo somos extraños que ocurre que compartimos una conexión biológica.

—Ese es mi punto, —insistió Jace, resistiendo la urgencia de dar un paso adelante—. No tenemos por qué ser extraños.

—No necesito a alguien que me lleve a pescar o que me enseñe a montar en bici flotante.

—No es a eso a lo que me refiero, —dijo Jace, agitando su cabeza en frustración—. Sólo quiero poder conocerte mejor. Quizás tenemos más en común de lo que piensas.

Theron suspiró y sacó una mano para frotarse las sienes.

—Ha llegado a esto en un momento realmente terrible, Comandante, —dijo él.

—Podría haber manejado esto mejor, —admitió Jace—. Sólo pensé que tenías derecho a saberlo. Todavía estoy tratando de asimilarlo.

—Me parece justo, —dijo Theron, su tono suavizándose—. He estado tratando con la decisión de Satele toda mi vida, pero usted acaba de averiguarlo. Imagino que va a llevarle algún tiempo pillarle el manejo.

Jace permaneció en silencio, percibiendo que Theron se dirigía a alguna parte.

—Tengo un montón de respeto y admiración por usted y por lo que hace, —le dijo Theron—. Y quizás sí que tengamos un montón en común. Ambos dedicamos nuestras vidas a ayudar a la República. Quizás cuando vuelva de Ziost, podamos tratar de conocernos mejor.

—No te preocupes, —le aseguró Jace—. Podemos tomárnoslo con calma.

—Si nos lo fuéramos a tomar con calma no habrías soltado esta bomba en nuestra primera visita.

—Lo siento por eso, —dijo Jace—. Pensé que merecías saberlo antes de la misión… sólo por si acaso.

El soldado profesional en él se dio cuenta de cuán pobremente había manejado toda la situación, aunque no había mucho que pudiera hacer sobre ello ahora.

—Tú y el Maestro Gnost-Dural tenéis programado salir mañana. ¿Necesitas que posponga la misión un par de días mientras procesas esto?

—Deme algo de crédito, Comandante, —contestó Theron—. Estoy más preocupado por usted. Saber que soy su hijo puede afectar su juicio en la Operación Fin del Juego.

—No llegas a ser el Comandante Supremo a no ser que puedas poner los sentimientos personales aparte por el bien mayor de la República, —contestó Jace.

—Me alegro de oírlo.

Hubo otro silencio largo, incómodo antes de que Theron finalmente dijera,

—Debería irme. Todavía tengo algunas cosas que preparar antes de irme.

—Cierto. Por supuesto.

Jace escoltó a Theron hasta la puerta. Justo antes de que se fuera, el joven hombre se giró hacia él.

—Podemos hablar de nuevo cuando vuelva.

—Estaré esperándolo, —contestó Jace con una sonrisa.

La puerta se deslizó al cerrarse y Jace lentamente fue de camino de vuelta para colapsar en el sofá. Su corazón le dolía y su cuerpo se sentía a la vez enredado y exhausto, la misma reacción que tenía al final de una intensa batalla. Cerró sus ojos para echar una siesta corta y se deslizó de inmediato en el sueño, una habilidad útil que la mayoría de soldados aprendían rápidamente.

* * *

Jace descansaba inmóvil con sus ojos cerrados en su catre mientras la consciencia lentamente volvía, flotando en una nube de kolto. Podía escuchar la celebración teniendo lugar en el exterior de su tienda; el Escuadrón Caos había ganado una gran victoria hoy sobre el Imperio. La República había estado cediendo terreno desde que los Sith habían aparecido por primera vez y tomaron Korriban; reclamar Alderaan era un empujón de moral que las tropas necesitaban desesperadamente.

Las canciones y las risas de los soldados desde el exterior de la tienda sonaban como si estuvieran llegando desde una gran distancia, amortiguadas por las drogas que adormecían el dolor de su cara desfigurada.

La explosión de la granada que había agarrado en su mano mientras placaba a Darth Malgus le había marcado de por vida, pero sus acciones desesperadas habían salvado la vida de Satele Shan… al igual que su llegada inesperada le había salvado de ser ejecutado en manos del Sith poco antes en la batalla.

—¿Cómo te encuentras? —arrulló una voz en su oído, y él abrió sus ojos para ver a Satele flotando sobre él.

—Hecho un lío, —dijo Jace con una sonrisa—. El kolto me está haciendo sentir un poco grogui.

Podía sentir su piel quemada estirándose y agrietándose con el gesto, y medio esperaba que Satele retrocediera mientras se daba cuenta de qué terrible aspecto debía tener.

En su lugar, ella le devolvió su sonrisa y extendió hacia él una suave mano sobre su brazo desnudo. Su toque mandó un escalofrío por su espalda.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó él—. ¿En Alderaan, quiero decir?

—Tuve una visión, —le dijo ella—. La Fuerza me mostró que necesitarías mi ayuda en Alderaan, y solicité al Consejo que mandara refuerzos.

—Debería repensar mi opinión de ese galimatías místico, —la provocó Jace—. Esos Imperiales iban a hacerme una cabeza más corto antes de que llegaras. Supongo que te debo una.

—Después de todas las batallas que hemos luchado juntos, he dejado de llevar la cuenta de quién le debe una a quién, —le dijo Satele—. Sabes que siempre estaré ahí por ti, y sé que tú estarás ahí por mí.

—Hacemos un buen equipo, —concedió Jace—. ¿Han encontrado aún el cuerpo de Malgus?

Satele agitó su cabeza.

—Estoy empezando a pensar que sobrevivió a la batalla.

—Hiciste caer una montaña sobre él, —gruñó Jace incrédulo—. ¿Cómo podría alguien sobrevivir a eso?

—Es un Lord Sith poderoso. Es posible que utilizara el lado oscuro para sobrevivir a mi asalto final. Pero no deberías dejar que eso te arrebate este momento. Todo Alderaan te venera como a un héroe esta noche. Si estás capacitado para ello puedo llevarte a disfrutar de las celebraciones.

—Prefiero quedarme aquí en mi tienda… sólo contigo.

Satele trató de rechazar su comentario con una risa, pero había un nerviosismo en su reacción que Jace podía percibir incluso a través de la vaga fuga psicogénica de los analgésicos de su sistema.

—Lo digo en serio, Satele, —dijo él—. Sabes lo que siento por ti. Me he sentido así por años, incluso desde que nos conocimos por primera vez.

—Es el kolto el que habla, —dijo ella, aunque sonaba insegura.

—El kolto sólo me está dando el coraje de decir lo que he sentido todo este tiempo, insistió Jace, levantándose y agarrando su mano entre las suyas. —O quizás es el saber que estuve a sólo segundos de morir. Sea cual sea la razón, no puedo seguir jugando este juego.

—No puedo ignorar lo que hay en mi corazón, —continuó él, las palabras llegando en una avalancha, su mente de repente centrada y clara—. Y sé que tú sientes algo por mí, también.

Satele agitó su cabeza, pero no soltó su mano.

—Soy una Jedi. Debemos descargarnos de la emoción y la pasión para encontrar la paz.

—¿Qué paz puedes encontrar cuando la galaxia está siendo consumida por la guerra? —preguntó Jace—. En lugar de negar lo que sentimos, deberíamos abrazarlo. Juntos somos más grandes que cada uno de nosotros solos. No puedes negarlo.

—Soy una Jedi, —repitió ella, aunque Jace podía decir que su resolución se estaba debilitando.

—Ha habido Jedi que se han enamorado, —dijo él—. La Orden pretende que nunca ocurre, pero ambos sabemos que no es verdad.

Satele estuvo en silencio por varios momentos. Cuando ella habló su voz era poco más que un susurro.

—He temido este momento desde que nos conocimos por primera vez, —le dijo ella.

Ella se inclinó y le dio a Jace un beso suave en los labios, con cuidado de no frotar la carne tierna y expuesta de sus heridas.

Jace se levantó con un sobresalto, casi cayéndose de su sofá.

No había soñado con Satele desde hacía años. Había pensado que los recuerdos, y en el dolor que le traían, habían estado guardados a salvo lejos de él. Hablar con Theron —hablar con su *hijo*— había reabierto viejas heridas.

Comprobando su reloj, vio que habían pasado cerca de dos horas desde que Theron se había marchado. Eso explicaría el calambre en su cuello. El sofá estaba bien para una siesta breve para recuperar energía, pero no era lugar para pasar la noche.

Gruñendo como un hombre décadas más viejo, se forzó a ponerse en pie y se tambaleó hacia la cama, preguntándose si las noches estarían encantadas ahora por la única mujer que alguna vez había amado.

* * *

De vuelta en su apartamento, Theron no podía dejar de caminar. La conversación con Jace —*con tu padre*— le había afectado más de lo que le gustaría admitir. Lógicamente, todo lo que le había dicho a Jace era cierto: Ngani Zho le había criado, y la única conexión real que tenía con el Comandante Supremo era cierto ADN que compartían.

Emocionalmente, sin embargo, no podía simplemente apartar la revelación. Reavivaba sentimientos hace tiempo olvidados de enfado y traición hacia su madre:

sentimientos con los que pensaba que había llegado a buenos términos hacía mucho tiempo. Pero cuando se trataba de Jace, no estaba seguro de lo que sentía.

No estaba enfadado; no era justo culpar al Comandante Supremo por lo que Satele había hecho. No se sentía feliz o nervioso o aliviado: nunca sintió la necesidad de conocer a su padre biológico antes, así que no era como algún gran vacío en su vida que había sido llenado de repente. Aún aunque todavía no podía describirlo, estaba sintiendo algo.

No vas a averiguarlo en una noche.

Theron paró de caminar y agitó su cabeza, tratando de volver a centrarse. La Operación Fin del Juego tenía que ser su mayor prioridad; no podía permitirse distraerse por este inesperado drama familiar. Tenía que poner aparte todos los pensamientos sobre sus padres y concentrarse en la misión.

Tomó aliento profundamente un par de veces por recuperar su compostura, un truco simple que había aprendido de Ngani Zho.

Tu verdadero padre.

Ignorando la voz de dentro de su cabeza, emprendió el camino hacia el holoterminal en el centro de la habitación. Había preparado su apartamento para que todas las hololladas entrantes fueran automáticamente monitorizadas y rastreadas. Recogió los datos de su última llamada —Teff'ith— y mandó una señal de contacto, sin molestarse en ocultar la señal de identidad de la transmisión.

Si está determinada a no hablar conmigo, simplemente ignorará la llamada.

El holo bipeó varias veces antes de que Teff'ith finalmente contestara.

—Te dije que nos dejaras en paz, —gruñó ella mientras su imagen se materializaba ante él.

—No tenías por qué cogerlo.

—El bipeó del holo es molesto. ¿Qué quieres?

—Necesito un favor.

Theron medio había esperado que cortara la llamada justo ahí. En su lugar, ella dio un suspiro exasperado.

—Sabía que nos estabas siguiendo por un motivo.

—Es un pequeño favor, —le aseguró Theron—. Sólo necesito que hagas una llamada.

—¿A quién? —preguntó ella, sus ojos empequeñeciéndose sospechosa.

Theron tomó como una buena señal que no hubiera dicho que no.

—Tengo algunos asuntos en Ziost. Necesito un contacto allí que pueda guardar un paquete importante por un par de días hasta que llegue a recogerlo. También necesitaría que me consiguiera un par de cosas. Planos heliográficos. Información. Quizás algunos explosivos. ¿Conoces a alguien así?

—¡Pensé que dijiste que no nos habías seguido a Ziost! —dijo ella, su todo rebosante de acusación.

Theron alzó sus manos a la defensiva.

—Nunca he puesto un pie en ese planeta en toda mi vida. Sólo sé que estuviste allí porque lo mencionaste en nuestra última llamada.

Las colas de la cabeza de Teff'ith se retorcían mientras debatía si creerle o no.

—¿De qué va esto? —demandó finalmente ella.

—No lo puedo decir, —contestó Theron—. Máximo secreto. Pero no os causará ningún problema a ti ni a la Hermandad de la Antigua Tion.

—¿Causará problemas para el Imperio?

Theron se encogió de hombros.

—¿Eso de verdad te importa?

—Tengo un contacto que trabaja con el FLZ, —dijo Teff'ith—. Quizás pueda hacerlo.

Theron había leído varios informes que se centraban en el Frente de Liberación de Ziost, un grupo radical separatista que había jurado liberar su mundo hogar del control Imperial. Confiando primariamente en ataques de guerrilla violentos, apuntaban tanto a objetivos militares como a civiles, haciéndoles técnicamente una organización terrorista. El FLZ era demasiado extremo para que la República les apoyara oficialmente, pero para esta misión eran exactamente lo que necesitaba.

Y no tendrás que preocuparte por que ninguno de ellos sea simpático con el Imperio.

—Eso debería funcionar, —dijo Theron—. ¿Puedes organizar un encuentro?

—Nunca dije aún que te ayudaríamos, —le recordó Teff'ith—. Tenemos que trabajar en los términos.

—Doscientos créditos, —empezó Theron.

—Mil, —contraatacó ella.

—No te voy a dar mil créditos sólo por organizar un encuentro, —dijo Theron con una risa—. Trescientos, tómalo o déjalo.

Teff'ith se mordió el labio por un minuto mientras consideraba la oferta.

—Cuatrocientos, —dijo ella—. Por adelantado. Y eso nos deja en paz por lo de Nar Shaddaa.

Antes de que Theron pudiera estar de acuerdo ella rápidamente añadió,

—Nosotros organizamos esto y tú nos dejas en paz desde ahora. Si te vemos siguiéndonos de nuevo, te mataremos.

—Imaginé que eso sería parte del trato, —dijo él—. Cuatrocientos créditos, por adelantado, y no me volverás a ver de nuevo.

Satisfecha, Teff'ith dijo,

—Está bien, nosotros lo organizamos.

CAPÍTULO 14

THERON ESTABA IMPRESIONADO con la nave que había conseguido Gnost-Dural para su viaje a Ziost. La lanzadera ejecutiva TZ-6 era uno de los navíos más lujosos de producción en masa de la Corporación de Ingeniería Coreliana; la nave era fácilmente cinco veces más valiosa que ningún navío que hubiera poseído nunca Theron. El nombre grabado en su lateral, PROSPERIDAD, parecía particularmente apto.

—Los Jedi deben pagar mejor de lo que pensé, —dijo él, haciendo correr una mano apreciativa sobre el casco brillante.

—Estaré haciendo de un industrialista rico, —explicó Gnost-Dural—. Parecería poco usual si viajáramos en un navío por debajo del estándar.

—Hey, no necesitas convencerme, —dijo Theron—. Me gusta viajar con estilo.

Theron dio dos pasos rápidos por la rampa de aterrizaje, con prisa por comprobar el interior… y con las mismas prisas por dejar atrás Coruscant. Sabía por su experiencia pasada que una vez que la misión estuviera en marcha, su mente estaría demasiado centrada como para continuar rumiando sobre el hecho de que Jace Malcom fuera su padre.

—Así que cuéntame más sobre nuestra historia encubierta, —dijo Theron, acomodándose en uno de los seis lujosos asientos reclinables de pasajeros. Los cojines acolchados momentáneamente cedieron ante su peso antes de reformarse para amoldarse perfectamente a cada contorno de su cuerpo.

—Haré de Ess Drellid, un noble rico dueño de varias fábricas en el sector Deadalis, —explicó Gnost-Dural. El Jedi escogió permanecer en pie en lugar de unirse a Theron en uno de los asientos adyacentes.

—Tú serás mi jefe de seguridad, buscando mejorar armas y armaduras para mis guardaespaldas personales; Ziost tiene un próspero mercado negro para ambos.

—Todo lo que hay a bordo de nuestra nave apoyará esta historia, sólo en caso de que los oficiales de aduanas decidan realizar una búsqueda aleatoria del navío.

—¿Y si alguien sospecha y profundiza en nuestra historia? —preguntó Theron, reluctantemente poniéndose en pie y dejando la comodidad del asiento de pasajeros atrás.

—Mi gente ha sembrado las diversas bases de datos a las que el Imperio tiene acceso con documentos que apoyarán nuestra historia. Salvo que alguien realmente viaje al sector Deadalis para investigar las fábricas en persona, nuestra historia se sostendrá.

—Has conseguido hacer que la pequeña operación vaya adelante, —dijo Theron apreciativamente—. Para ser un historiador Jedi, eres un espía bastante bueno.

—Como dije antes, el SIE no son los únicos que reúnen información de nuestro enemigo, —le recordó Gnost-Dural, siguiéndole de cerca desde atrás mientras, Theron se dirigía a la cabina de mandos—. Pero tus esfuerzos están centrados primariamente en la milicia y en las operaciones del día a día del Imperio. Mi gente está más interesada en aquellos que siguen el lado oscuro de la Fuerza: los Lords Sith, el Consejo Oscuro, e incluso el Emperador.

—Escuché que el Emperador está muerto, —denotó Theron, tomando asiento en la silla del copiloto.

—Eso es lo que muchos creen, —dijo Gnost-Dural crípticamente, acomodándose en la silla del piloto junto a él.

—¿No te lo tragas?

Theron estaba complacido de descubrir que, como los asientos de pasajeros en la parte trasera de la lanzadera, las sillas en la cabina de mandos se ajustaban para proveer de la máxima comodidad y apoyo. Eso sería útil para el largo vuelo a Ziost.

—Hay muchas posibilidades que no descarto todavía. El Emperador puede estar muerto. Puede estar escondiéndose. O quizás nunca existió del todo… al menos no en ningún sentido real de la palabra.

—No había escuchado esa antes, —admitió Theron.

—Hay algunas evidencias que apoyan la teoría de que el Emperador Sith de mil años era meramente un mito, —explicó Gnost-Dural mientras corría un chequeo estándar antes del vuelo del navío.

—Es posible que el emperador sea realmente sólo el miembro más fuerte del Consejo Oscuro. Cuando él o ella muere, el siguiente más fuerte asume en secreto ese rol, perpetuando el mito de un ser eterno, todopoderoso para mantener a las masas y a los otros Lords Sith a raya.

—Si ese es el caso, ¿entonces por qué todos los rumores de que el Emperador está muerto? —preguntó Theron, comprobando los instrumentos y las lecturas—. ¿Por qué uno de ellos simplemente no ha caminado hacia sus túnicas y hecho una rápida aparición pública?

—El Consejo Oscuro, como el resto del Imperio, está en cambio constante. Debe haber desacuerdos entre ellos como quién debería ser el siguiente en asumir el rol del Emperador.

—O, —añadió el Jedi—, los rumores podrían ser todos ciertos, y el Emperador era realmente un ser antiguo de un poder inconmensurable que recientemente desapareció, dejando a sus seguidores tambaleándose en su ausencia.

—Sea cual sea la verdad, —prometió Gnost-Dural—, un día la averiguaré. El conocimiento es la clave para detener a los Sith.

—Pensé que derribar la *Lanza Ascendente* era la clave, —bromeó Theron.

—La *Lanza* es la clave para derrotar al Imperio y poner un fin rápido a la guerra galáctica, —aclaró Gnost-Dural, alzando su voz para que se le escuchara mientras encendía los motores de la nave—. Pero los Sith son otro problema por completo. Incluso si el Imperio cae, los seguidores del lado oscuro continuarán existiendo a escondidas.

—Es por eso por lo que me he consagrado a estudiar los Sith. Estoy determinado a encontrar una forma de limpiar la galaxia de su influencia corrupta, poniendo un fin a la lucha eterna entre los lados de la luz y la oscuridad de la Fuerza.

—Uh… vale. Espero que eso funcione para ti.

Theron podía sentir el asiento bajo él ajustándose mientras la fuerza de su despegue le presionaba contra su silla. La propulsión del *Prosperidad* era impresionante.

—Te mofas de mí, —dijo Gnost-Dural—. ¿No te habló el Maestro Zho de la Fuerza y la batalla entre las fuerzas de la luz y la oscuridad?

—Estaba más interesado en enseñarme las habilidades que necesitaba para sobrevivir, —contestó Theron—. Creo que esperaba que los instructores de la academia Jedi me informarían de toda esa clase de cosas, —añadió él—. Pero cuando no mostré una afinidad por la Fuerza, rechazaron cogerme.

—La Fuerza se manifiesta en muchas formas, —le aseguró Gnost-Dural—. Fluye a través de todas las cosas vivientes. No ser un Jedi no disminuye tu valía.

—Nunca dije que lo hiciera, —contestó Theron, un poco más borde de lo que tenía intención.

—Necesito introducir nuestro destino en el ordenador de navegación, —dijo Gnost-Dural, quizás percibiendo que era hora de poner fin a la conversación.

Theron estaba demasiado contento por dejar el asunto. En sus pocas semanas en la academia, había experimentado suficiente de la superioridad santurrona no intencionada pero inconfundible de los Jedi como para toda una vida.

Podía haber sido peor, pensó Theron. *Al menos no me ha preguntado por mi madre*. Una vez más, Theron se preguntó si el kel dor sabía sobre la vergüenza secreta de Satele.

El resto del viaje pasó en relativo silencio, ambos hombres retirándose hacia una contemplación interna mientras iban por las rutinas mundanas del viaje por el espacio profundo. Theron realmente apreciaba la falta de conversación; le daba tiempo para prepararse mentalmente para la misión que se avecinaba. Para el momento que estuvieron a medio camino de Ziost, había desvanecido con éxito todos los pensamientos sobre Jace y Satele, dejando su mente clara y centrada.

Los procedimientos de autorización de las naves que se aproximaban a Ziost estaban demasiado regulados para ser realmente eficientes, pero pasaron a través del desafío de las aduanas y la seguridad con poca dificultad y se les dio permiso para aterrizar. Una vez que el *Prosperidad* tocó tierra, los guardias sin cara asignados a autorizar su presencia en el mundo controlado por los Imperiales simplemente le preguntaron a Gnost-Dural un par de preguntas de rutina, hicieron una rápida verificación del registro de su nave, e hicieron una búsqueda superficial del interior antes de hacerles pasar.

A salvo fuera del alcance de sus oídos, Theron no pudo evitar susurrar,

—Si supiéramos que los de aduanas simplemente nos iban a dejar pasar, no tendríamos que haber mandado el núcleo de desencriptación antes de tiempo.

—El Imperio tiene oídos en todas partes, —le advirtió Gnost-Dural.

Debidamente corregido, Theron decidió guardarse los siguientes comentarios ingeniosos para sí mismo.

Mientras caminaban desde la plataforma de aterrizaje hacia un speeder esperándoles fuera del espaciopuerto para llevarles con el contacto de Teff'ith, Theron no pudo evitar maravillarse ante el sentimiento cosmopolita de la multitud. Contó al menos una docena

de especies diferentes de cada esquina de la galaxia, incluyendo sectores donde innumerables soldados de la República habían dado sus vidas para salvar a la población local de ser conquistados y esclavizados por los Sith.

La escena era incluso más difícil de comprender cuando uno consideraba la historia de Ziost. Los Sith habían volado allí cerca de veinte años atrás, cuando una guerra de sucesión redujo a Korriban a un baldío inhabitable. Adoptaron Ziost como su nuevo mundo hogar, y en una ocasión incluso había servido de capital del Imperio Sith.

Nadie de la República había puesto oficialmente un pie en Ziost; desde su fundación había permanecido bajo el control absoluto del xenofóbico Imperio Sith. Incluso tan recientemente como hace una década, los únicos no humanos, no Sith de sangre pura en el mundo habían sido esclavos encadenados o enjaulados. Ahora, sin embargo, el planeta había sido reinventado como la entrada al Imperio: el lugar donde cualquiera que buscara una alternativa a tratar con la República era bienvenido para ir y hacer negocios con los Sith.

Mientras que algunos debían ver la apertura recién descubierta de Ziost como una prueba de que el Imperio se había vuelto más tolerante y aceptador, Theron no fue engañado. Los Imperiales estaban perdiendo la guerra; estaban desesperados. Tan desesperados que estaban dispuestos a tragarse su intolerancia para recibir a las llamadas especies minoritarias con los brazos abiertos, al menos en este único planeta.

Los pensamientos de Theron fueron interrumpidos por un sutil codazo de Gnost-Dural. El Maestro Jedi estaba mirando arriba a una holopantalla cercana que pasaba un informe de noticias oficial. Las imágenes primariamente mostraron los restos menguados de varias naves de tamaño medio de la República, el tipo que se usaban en los ataques fugitivos sobre las flotas Imperiales. La voz de un socio Imperial se reproducía sobre las imágenes de muerte y destrucción.

—Un reciente intento por la República y los separatistas anti-Imperiales de conquistar a los ciudadanos leales del sistema Boranall fue fácilmente rechazado por el poder de los defensores Imperiales.

Una imagen en particular captó la atención de Theron: dos mitades de un navío de la República flotando lado a lado, el casco partido limpiamente entre el arco y la popa, como si una sierra gigante la hubiera cortado. Sólo conocía una nave en la galaxia con cañones láser lo suficientemente poderosos para infligir ese tipo de daño.

Las imágenes cambiaron para mostrar varios bloqueos de ciudades en la superficie planetaria que habían sido anivelados por un bombardeo orbital. La mayoría de los edificios fueron reducidos a ruinas; aquellos pocos que todavía se sostenían tenían grandes trozos desgarrados para mostrar las vigas de duracero dobladas y torcidas que apoyaban sus marcos. Las calles eran intransitables, abarrotadas de escombros y cuerpos de civiles inocentes

—Antes de la llegada de sus salvadores Imperiales, los ciudadanos de Boranall fueron sometidos a un asalto cobarde de la flota de la República que orbitaba su mundo.

Theron no pudo evitar agitar su cabeza en negación ante la propaganda descarada Imperial. El bombardeo orbital de civiles no era algo que la República practicara, y ninguna de las naves derrotadas de la República que habían mostrado tenía el poder de fuego para causar ese tipo de caos.

La explicación más probable era que la *Lanza* había barrido con las naves de la República, entonces había vuelto sus armas contra Boranall. Si Karrid estaba eliminando la resistencia en tierra o simplemente castigando al planeta por atreverse a albergar a separatistas anti-Imperiales no le importaba a Theron, no había excusa para el tipo de matanza que había desatado.

Vio a Gnost-Dural tensarse, y se dio cuenta de que el Maestro Jedi había llegado a la misma conclusión que él. Theron esperaba que al ver los horrores de su antigua aprendiz fuera capaz de poder convencer a Gnost-Dural de abandonar su esperanza de que pudiera ser redimida, aunque sabía lo suficiente sobre los Jedi en general para darse cuenta de que esto probablemente no cambiaba nada.

Los dos hombres continuaron en silencio a través del espaciopuerto donde Gnost-Dural había conseguido tener un speeder esperándoles. Caminando hacia fuera, Theron fue golpeado por un frío golpe de viento. Temblando, tiró de su capa más fuerte alrededor de su cuerpo. El aire era seco y polvoriento con diminutas partículas de polvo y arena barridas por la brisa, y él entornó los ojos, deseando tener cobertura para su cara. El kel dor, con sus gafas y máscara respiratoria, no parecía molestarse por el viento molesto, aunque Theron tuvo una pequeña satisfacción al verle también temblando de frío.

Afortunadamente su speeder era tan lujoso como su lanzadera había sido, con una cúpula sellada climatizada para escudarles de los elementos. Una vez más Gnost-Dural se sentó en el asiento del piloto y Theron tomó el asiento junto a él. Theron no era del tipo acompañante, pero estaba contento por deferir a su compañero en las cosas pequeñas.

Ellos pasaron volando a través de las calles bullentes del distrito de mercado de Ziost, su speeder agitándose sobre las multitudes. Hubo todavía varias horas de luz del día, y Theron era claramente capaz de ver a la gente debajo de ellos en la vaga luz del distante sol naranja sobre el mundo. Aunque sólo tuvo una breve vista desde arriba, el distrito del mercado tenía la misma sensación vibrante, cosmopolita que el espaciopuerto. Tan pronto como pasaron hacia el distrito residencial vecinal, sin embargo, todo cambió.

Todavía estaba abarrotado, Ziost era una metrópolis fuertemente poblada. Pero la vida y el color parecieron desvanecerse en un instante. Todo era apagado y gris: los edificios, las calles, e incluso la ropa de la gente en la multitud.

—Puedes sentir la opresión de este lugar, —dijo Gnost-Dural—. La desesperación desesperanzada de toda la ciudad.

Theron asintió, sabiendo que el Jedi no se estaba refiriendo a algo que percibía a través de la Fuerza. Bajo el control Imperial había duras penas incluso por las infracciones menores, y no era difícil ver el impacto. Al contrario que el caos de Nar Shaddaa, aquí había un orden, un fluido casi rígido de tráfico, tanto en tierra como en el aire. Los peatones se movían con propósitos bruscos, con la cabeza agachada, con prisa

por salir de las calles y volver a la seguridad anónima de sus hogares. Los speeders se quedaban en sus carreteras designadas, y nadie se atrevía a ir más rápido que el límite fijado. Las bicis swoop no podían verse, y si había bandas en Ziost, Theron imaginó que tendrían cuidado de permanecer bien ocultas.

Eso hacía un bien para la propaganda Imperial; clamaban que sus mundos eran libres de todo crimen. Pero Theron aceptaría contento un par de carteristas y algunos grafitis sobre una existencia estéril, sin vida bajo un gobierno completamente totalitario.

—Casi estamos, —le informó Gnost-Dural mientras abandonaban el distrito residencial y pasaban hacia un área industrial poblada por almacenes cuadrados, sin ventanas—. Espero que el contacto de tu amiga haya venido.

—Yo también.

Hizo bajar el speeder justo en el exterior de la puerta de uno de los edificios. Para el ojo de Theron parecía exactamente como cualquier otra estructura en la calle, pero confiaba en que el Jedi les hubiera llevado a la dirección que Teff'ith les había provisto.

Preparándose contra el viento amargo, corrieron desde el speeder hacia la puerta. Se abrió mientras la alcanzaban, y se apresuraron hacia el interior. Más allá de la puerta había una pequeña oficina abierta y un área de recepción. Cuatro escritorios estaban dispuestos alrededor de la habitación, aunque ninguno de ellos estaba realmente ocupado. Una única puerta en el muro alejado les llevaba hacia el almacén en la parte posterior.

—Qué bien salir del frío, ¿no? —dijo animado su huésped.

Era un humano de mediana edad. La coronilla de su cabeza calva estaba rodeada por un anillo de pelo marrón rizado. Su cara era rojiza, sus características planas. Sus ropas amplias eran poco destacables, pero Theron podía decir que habían sido seleccionadas parcialmente para ocultar el pecho flácido del hombre y su tripa protuberante.

Modesto y poco amenazante. El hombre fachada perfecto para un grupo brutal como el FLZ.

—Me llamo Vinn, —dijo él, extendiendo una mano carnosa—. Debéis ser los amigos de Teff'ith.

Theron agitó la mano del hombre pero no ofreció su nombre. Gnost-Dural siguió su ejemplo.

—Todo lo que mandasteis está aquí, sano y salvo, —dijo Vinn, yendo directamente al asunto—. Lo tengo todo oculto a salvo atrás en el almacén. Incluso ese núcleo de ordenador chamuscado.

—Tengo bastante curiosidad de para qué lo necesitáis, —añadió con una risa entre dientes.

—¿Qué averiguaste sobre el Centro de Comando de Defensa Orbital? —dijo Theron, sin molestarse en satisfacer la curiosidad de Vinn.

—Tengo los planos heliográficos de la arquitectura justo aquí, —dijo él, sacando un panel de datos—. Y todo lo que alguien pudiera querer saber sobre los sistemas de seguridad que tienen instalados.

Él vaciló por un segundo, como si debatiera cuánto estaba dispuesto a compartir con esos extraños basándose únicamente en las referencias de Teff'ith.

—Ya sabéis, —dijo él, dejando salir las palabras lentamente—, si buscáis causar problemas al Imperio, tengo algunos amigos que estarían interesados en echaros una mano.

Apuesto a que sí, pensó Theron. *Pero si alguno de tus hermanos del FLZ es capturado, los interrogadores Imperiales les harán cantar. No podemos tomar ese riesgo*.

En voz alta simplemente dijo,

—Preferimos trabajar solos.

—Entendido, —dijo Vinn con un asentimiento animado—. Simplemente quería decirlo.

Theron cogió el panel de datos y brevemente recorrió los contenidos.

—Sistema de tecnología punta; redundancia a prueba de fallos, —musitó él—. No me sorprende eso. Probablemente necesitaré algo de equipo extra de alta tecnología, —continuó sin mirar arriba—. Si lo pongo en una lista, ¿podrás conseguirme todo lo que necesite?

—Eso tendrá un coste extra, —dijo su huésped rechoncho sintiéndolo.

—Podemos pagar. Mientras que nos consigas los bienes.

El pecho de Vinn se hinchó con orgullo.

—El equipo de hardware es mi especialidad. Si alguien lo fabrica, puedo encontrarlo.

—Podría tomar un par de días, aún así, —añadió él.

—Hasta entonces deberíamos intentar mantener un perfil bajo, —dijo Gnost-Dural—. Mantenernos alejados de los problemas.

Has estado hablando con el Director, pensó Theron.

—No te preocupes, —dijo él, sosteniendo el panel de datos—. Tengo un montón para mantenerme ocupado.

CAPÍTULO 15

GUARDANDO SU COBERTURA como un industrialista rico, Gnost-Dural les había alquilado una suite de dos habitaciones en Ziost que era la cumbre del lujo y la comodidad, cerca de dos veces del tamaño del apartamento de Theron en Coruscant. Había llevado una buena hora barrer meticulosamente el lugar de bichos y dispositivos de grabación.

La cama en la habitación de Theron era la más cómoda en la que uno pudiera tener jamás el placer de dormir, pero nunca era capaz de tener más de un par de horas de descanso mientras estaba en una misión. En el momento que Gnost-Dural surgió de su propio cuarto, Theron ya estaba encorvado sobre el mostrador de la barra del desayuno, estudiando la información en el panel de datos que Vinn le había dado.

—Te has despertado temprano, —denotó el Jedi.

—He estado pensando en la misión, —dijo Theron con los ojos sobre la pantalla—. Creo que necesitamos más que un simple bombardeo para distraer al Imperio de lo que realmente vamos a hacer. Para que este amago funcione, necesitamos sacudir su jaula. Darles algo de lo que realmente tengan que preocuparse.

El Jedi tomó asiento en la silla enfrente de Theron.

—Parece como que ya tienes algo en mente.

—Necesitamos hacer que esto parezca un intento fallido de asesinato al Ministro de Logística, —dijo Theron, finalmente mirando arriba desde el panel de datos—. Convencer al Imperio que el codificador fue dañado accidentalmente cuando los asesinos fueron descubiertos tratando de colocar explosivos en la oficina del ministro.

—Eso con seguridad les dará otra cosa en la que centrarse, —estuvo de acuerdo Gnost-Dural—. ¿Así que cómo lo hacemos?

—Me cuelo en la oficina del ministro e intercambio los núcleos del codificador. Entonces empiezo a colocar explosivos bajo su escritorio. Tú mandas un aviso anónimo a los Imperiales sobre lo que está ocurriendo así que cargan y me pillan en el acto. Los explosivos se detonan «accidentalmente» durante mi escapada y ellos creen que la explosión hizo que la secuencia autodestructora del codificador se activara.

—En el segundo en que avise a los Imperiales, cada guardia de ese lugar estará yendo en enjambre hacia esa oficina desde todas las direcciones, —advirtió Gnost-Dural—. No tendrás oportunidad.

—No necesariamente, —contestó Theron—. He estado observando los planos de seguridad. La función primaria del Centro de Comando de Defensa Orbital es proteger contra un ataque de la flota de la República contra Ziost. Su mayor temor es que una fuerza enemiga haga caer la estación durante una invasión planetaria a gran escala.

—Por eso, tienen un estado de cierre de emergencia que automáticamente se activa si ciertos protocolos encuentran que se indica una posible invasión de la República. Durante el cierre, cada planta del edificio pasa a cuarentena para restringir el movimiento de cualquier tropa enemiga que pudiera infiltrarse en las instalaciones.

—Cada puerta y ascensor en el lugar es cerrada y deshabilitada. Y el Imperio está tan preocupado por ser traicionado desde dentro, que incluso los soldados Imperiales del interior del edificio no pueden abrirlas. No hay forma de superar el cierre hasta que una unidad de respuesta de emergencia especial haya barrido el edificio y verificado que está libre de hostiles.

—¿Cómo se supone que podemos simular una invasión de la República a Ziost? —preguntó el Maestro Gnost-Dural.

—¿Qué es la primera cosa que cualquier flota hace cuando trata de poner las tropas en tierra en una ciudad enemiga fuertemente defendida?

—Desconectar la energía, —contestó Gnost-Dural tras un momento de consideración—. Deja a tu enemigo titubeando en la oscuridad.

—Exacto. Si hay un apagón de la ciudad, los generadores auxiliares del CCDO se activan para mantener el lugar en marcha, y toda la instalación va a un cierre automático. Incluso después de que avises al Imperio de que hay un asesino en la oficina del ministro, no serán capaces de mandar refuerzos en mi dirección hasta que restauren la energía primaria o el equipo de respuesta de emergencia termine su barrido.

—Si les golpeamos de noche, cuando el ministro y su personal no están trabajando, esa planta sólo tendrá un puñado de guardias patrullándola. Nada que no pueda manejar.

—Si todo el lugar está cerrado, —preguntó el kel dor—, ¿entonces cómo vas a salir?

—El equipo de respuesta de emergencia todavía puede utilizar las puertas y los turboascensores durante el cierre, todo lo que necesitan es una insignia de ID y un correcto escáner de retina de uno de sus oficiales.

—¿Crees que Vinn puede poner sus manos en algo así?

—Quizás, pero ya sabe más de lo que me gustaría. Dale demasiadas piezas y puede que junte todo el puzzle.

—¿Crees que nos traicionará?

—Probablemente no, pero prefiero no correr riesgos. El FLZ tiene su propia agenda, y no quiero que se mezclen con la Operación Fin del Juego más de lo que sea absolutamente necesario.

—¿Así que cómo vas a conseguir la insignia y el escáner de retina?

—No te preocupes, —le aseguró Theron—. Lo tengo cubierto.

Desde una mesa en la esquina trasera del bar, Theron observaba a su objetivo de cerca mientras lanzaba otra bebida con sus compañeros soldados. El Martillo y Clavo estaba situado a sólo un par de bloques del Centro de Comando de Defensa Orbital, haciéndolo un lugar de salida popular para las tropas estacionadas ahí. Era fácil avistarles entre la multitud, mientras tendían a llevar sus uniformes incluso fuera de servicio, particularmente los oficiales.

El Imperio era una sociedad marcial, y había estatus y beneficios dados a aquellos de mayor rango. La camarera hacía viajes más frecuentes a las mesas donde los oficiales se reunían; el camarero llenaba sus vasos hasta el borde. Incluso había visto un puñado de clientes habituales civiles y tropas alistadas cediéndoles las mesas si no había asientos

vacíos cuando los oficiales entraban, aunque la manera en la que se escabullían parecía más por miedo que como una señal de respeto.

Theron había puesto la mirada en un hombre llamado Capitán Pressik, comandante de uno de los equipos de respuesta de emergencia del CCDO. Alto, rubio, y atractivo, el oficial de hombros anchos cargaba con el aire privilegiado de alguien que había crecido habiéndole enseñado que era mejor que todos los demás. Incluso entre los otros miembros de su unidad de élite, cargaba con un aire de arrogancia y superioridad.

Las investigaciones de Theron habían descubierto la reputación de Pressik por ser un bebedor fuerte cuando no estaba de servicio. Y cuando se emborrachaba, se ponía violento, aunque era lo suficientemente listo para escoger sus luchas con civiles para evitar cualquier consecuencia que pudiera dañar su carrera militar.

El descanso de Pressik había terminado hacía varias horas; desde entonces había estado ahí en el bar bebiendo con un puñado de otros oficiales. Pero mientras la mayoría de ellos mamaban de vasos de vino o cerveza, él estaba tirando de dobles de Nova Blanca con abandono, imprudente. No es que a Theron le importara; cuanto más bebiera Pressik, más fácil sería esto.

Él dijo algo a los otros de su mesa, obteniendo una ronda de risas procaces. Entonces se levantó y fue camino al servicio. Theron se movió rápidamente para cortarle, caminando con un tambaleo borracho pronunciado. Tropezó con el soldado mientras ambos trataban de entrar al servicio a la vez, utilizando el contacto para acercarse lo suficiente para que el escáner de su bolsillo leyera los datos codificados de su insignia de ID prominentemente colocado en el bolsillo del pecho izquierdo del uniforme de Pressik.

—Lo siento, —refunfuñó Theron.

—¡Cuidado por dónde vas! —soltó el hombre, empujando bruscamente a Theron hacia atrás con su hombro y su antebrazo.

—¿Te importa si voy primero? —preguntó Theron, dando un paso hacia el servicio, parándose para darle al escáner los treinta segundos que tomaría descargar los datos de la insignia de Pressik—. Es una emergencia.

El soldado no contestó mientras se estrujó pasando a Theron y fue al servicio, la puerta zumbando al cerrarse tras él.

Theron permaneció en pie justo fuera de la puerta, considerando sus opciones. Sabía que el escáner no había tenido el tiempo suficiente de terminar el trabajo. Y la holograbadora en el implante de su ojo izquierdo no había capturado una imagen suficientemente clara de la cara de Pressik para duplicar su escáner de retina. No tenía opción salvo intentarlo de nuevo.

El servicio se abrió un par de momentos después y Pressik caminó hacia fuera, dándole a Theron una mirada peligrosa cuando le vio todavía esperando junto a la puerta.

—¿Qué problema tienes, Subyugado? —dijo él, utilizando el término Imperial para aquellos sin un estatus civil.

La implicación de la palabra estaba clara: Aquí en Ziost, no tienes rango. No tienes derechos. Retrocede.

—Estaba antes, —dijo Theron, farfullando sus palabras e inclinándose adelante como si estuviera teniendo problemas para mantener el equilibrio—. Me cortaste la línea.

Desde la esquina de su ojo, Theron se dio cuenta de que los clientes habituales de las mesas cercanas apuraban sus bebidas y se retiraban rápidamente a una distancia segura.

El labio de Pressik se curvó en un gruñido de desprecio mientras fijaba sus perforantes ojos azules en el gusano de enfrente de él.

Perfecto, pensó Theron. *Dame una buena imagen clara de esos preciosos ojos pequeños*.

Para la sorpresa de Theron, Pressik se giró tras un par de segundos.

—Siéntate, Subyugado, —dijo él.

Theron no estaba seguro de por qué Pressik estaba retrocediendo. Quizás había visto algo en los ojos de Theron que le habían hecho darse cuenta de que esta no era la típica víctima acobardada de la que solía abusar. Quizás sus superiores, sabiendo de sus altercados de fuera del servicio, le habían llamado y le habían advertido de mantener su temperamento a raya.

Sin embargo, de una cosa estaba seguro Theron, todavía necesitaba más tiempo para que el escáner hiciera su trabajo.

—Tú eres el Suy-u-grado, —escupió Theron, balbuceando la palabra en su estupor borracho fingido. Extendió un brazo y empujó a Pressik por la espalda mientras se alejaba.

Pressik giró hacia él, con su mano derecha cerrada en un puño. Él lo soltó en bajo mientras lanzaba un gancho poderoso sobre el abdomen de Theron. Theron lo vio venir, era un puño torpe brabucón. Pero resistió sus instintos naturales de bloquear o evadir el ataque. Manteniendo el personaje como un civil ebrio, todo lo que podía hacer era prepararse mientras el golpe aterrizaba.

El aire se escapó de él y sus rodillas se hundieron. Se tambaleó hacia delante y envolvió sus brazos alrededor de Pressik en un abrazo de oso, usando al otro hombre para apoyar su peso para que pudiera permanecer sobre sus pies… y para evitar que retrocediera y saliera del alcance limitado del escáner.

—¡Aléjate de mí! —gritó Pressik, luchando por quitárselo de encima.

Theron forcejeó de forma extraña con el hombre grande, consiguiendo atar sus brazos y consiguiéndose un breve respiro para el futuro castigo. Los otros oficiales se apresuraron hacia dentro desde el otro extremo del bar para unirse a la refriega.

Sólo un par de segundos más, pensó Theron, todavía sosteniendo a Pressik por todo lo que valía.

Sintió las manos de los otros soldados agarrándole mientras trataban de hacer palanca para que se soltara de su amigo. Alguien estaba haciendo llover golpes en su cuello y hombros desde detrás.

Cuatro contra uno, pensó Theron mientras se retorcía y se giraba, haciendo lo que podía para absorber los golpes. *El tipo de proporciones que ama el Imperio*.

Ellos consiguieron separar a Theron de Pressik justo cuando sintió que el escáner de su bolsillo vibraba para marcar que la descarga había sido completada. Mientras Pressik se tambaleaba hacia atrás, Theron se debilitó y colapsó contra el suelo.

—¡Ponedle en pie! —gritó Pressik, y dos de sus compañeros agarraron a Theron bajo sus axilas y tirarón para ponerlo en pie.

Y ahora el gran final, pensó Theron mientras Pressik se enfurecía y lanzaba un directo a su mandíbula.

Todo se puso en blanco mientras las estrellas explotaban en la visión de Theron. Cuando los hombres que le sostenían se marcharon, cayó al suelo, semiconsciente. Trató de mantener la consciencia mientras alguien le agarraba de los tobillos y le arrastraba bocabajo hacia la puerta, sus mejillas arañándose duramente contra el suelo sucio, pegajoso.

Su cabeza todavía daba vueltas mientras le elevaron en el aire, le lanzaban hacia atrás y adelante un par de veces para ganar impulso, entonces le arrojaron a la calle. Aterrizó de forma extraña sobre su hombro, reagravando la herida que había adquirido durante su último trabajo en Nar Shaddaa.

De alguna forma rodó sobre su lateral, justo a tiempo para recibir una patada fuerte de Pressik justo en las costillas. El soldado se inclinó sobre él y le escupió, entonces —riéndose— él y sus amigos se giraron y volvieron al bar.

Theron permaneció curvado en posición fetal en la calle, evaluando sus heridas. El interior de su labio estaba cortado donde el puñetazo de Pressik lo había aplastado contra sus dientes, llenando su boca de sangre. Mientras la escupía, podía sentir un hueco con su lengua donde uno de sus dientes había sido noqueado. El lateral de su cara que había sido arañado contra el suelo estaba en carne y escocía, y un dolor agudo cada vez que inhalaba era probablemente una señal de una costilla agrietada.

Podía haber sido peor, pensó él, reduciendo su respiración y corriendo a través de varios ejercicios mentales básicos para ayudarle a tratar con lo peor del dolor. *Podían haberme aplastado contra la acera hasta mandarme al centro médico más cercano. O a la morgue.*

Después de un par de minutos, Theron cautelosamente se puso en pie y caminó lentamente bajo la calle hacia la habitación que compartía con Gnost-Dural, con cuidado de mantener unos andares borrachos, tambaleantes en caso de que alguien le viera.

—¿Estás seguro que estás preparado para esto, Theron? —preguntó Gnost-Dural.

—Estoy bien, —dijo Theron, tratando de no doblarse de dolor mientras se amarraba el paquete de la espalda que llevaba el núcleo del codificador quemado y todos sus otros suministros.

Habían pasado tres días desde que había sido vapuleado en el bar. Su cara todavía estaba magullada y sus costillas y su hombro todavía estaban tiernas, pero las heridas no iban a retrasar la misión.

Estaba llevando un traje negro y un pasamontañas para ocultar su cara. El traje de Gnost-Dural era más elaborado, una túnica negra amplia con una capucha pesada y una

máscara de tela para obscurecer sus características alien. Theron hizo una última comprobación por su lista mental, asegurándose de que se habían ocupado de todo.

—Será mejor que vayas yendo, —le dijo Theron a su compañero Jedi una vez que hubo terminado su comprobación final—. Dame treinta minutos para ponerme en posición antes de que apagues las luces, y otros noventa antes de que avises al Imperio. Eso me debe dar cantidad de tiempo para intercambiar los núcleos del codificador y preparar los explosivos antes de que suene la alarma.

El Maestro Gnost-Dural asintió

—Estaré esperándote en el sitio de encuentro cuando acabes dentro del CCDO, —dijo él. Justo antes de que Theron saliera por la puerta Gnost-Dural añadió—: Que la Fuerza te acompañe.

CAPÍTULO 16

EL VIENTO HELADO DE ZIOST, abofeteaba el cuerpo de Theron mientras se apiñaba en el borde del tejado en la calle enfrente del Centro de Comando de Defensa Orbital. Se había puesto sus gafas nocturnas y ya había anclado el trípode de su pistola de enganche de forma segura. Había incluso seleccionado cuidadosamente su objetivo, un punto justo debajo de las cámaras de vigilancia situadas en el lateral del edificio sin ventanas del CCDO. Ahora simplemente estaba esperando a que Gnost-Dural hiciera su parte.

El bloqueo de toda la ciudad deshabilitaría temporalmente las cámaras de vigilancia, pero sólo le llevaría un par de segundos a los generadores auxiliares reforzarlas y hacerlas funcionar de nuevo. Theron tendría que actuar rápido si no quería ser visto colándose; su adrenalina estaba bombeando, su mente centrada y alerta, sus músculos en pose para entrar en acción. Pero no podía hacer nada hasta que Gnost-Dural apagara la energía.

Es por eso por lo que me gusta trabajar solo, pensó él, agachándose más bajo en el tejado mientras otro golpe de viento barría la superficie.

Confiaba en el Jedi, y su rol en la misión era lo suficientemente simple. Pero en el interior de su mente no podía evitar preguntarse si su compañero era apto para la tarea.

Imagino que lo sabré en un par de minutos. Tanto si las luces se van y la misión comienza, como si pierdo mis dedos en un caso serio de congelación.

* * *

Al contrario de los mundos de la República donde la electricidad era suministrada por compañías privadas, la estación de energía principal de Ziost era una instalación controlada por el gobierno bajo supervisión militar. Para defenderla contra golpes orbitales, había sido construida en un búnker reforzado a veinte metros bajo la superficie del planeta. La única entrada era un turboascensor fuertemente defendido, haciendo virtualmente imposible para cualquiera el entrar sin ser visto.

Afortunadamente, el Maestro Gnost-Dural no tenía que entrar en la estación principal para crear el caos con el suministro de energía de Ziost. La electricidad generada en la instalación fuertemente defendida tenía que ser dispersada por toda la ciudad a través de una red de subestaciones y transformadores, la cual se dividía y subdividía para alimentar los millones de usuarios conectados a la red eléctrica. Y aunque la red fue diseñada con redundancias para reencauzar la energía en el caso de líneas o subestaciones dañadas, era una imposibilidad logística garantizar, del todo, el servicio ininterrumpido. Es por eso por lo que los lugares como el CCDO tenían sus propios generadores de emergencia.

Vinn les había provisto con heliografías de la red eléctrica, permitiéndoles identificar los tres puntos clave de unión que necesitaban ser eliminados para apagar el suministro eléctrico de su objetivo. Plantando explosivos en cada localización y detonándolos simultáneamente, podrían causar un apagón masivo que llevaría horas restaurar.

Las primeras dos localizaciones eran pequeñas subestaciones auxiliares; ninguna estaba protegida, y era una cuestión simple para el Jedi plantar las cargas de detonita y fijar los temporizadores. La tercera localización, sin embargo, era una de las cinco subestaciones primarias de la ciudad. Habría sido prohibitivamente caro para el Imperio replicar las defensas casi impregnables de la estación principal de energía en cada una de las subestaciones, pero tuvieron algunas precauciones. El pequeño edificio estaba rodeado por una verja metálica de tres metros de alto electrificada. Había media docena de guardias estacionados en la instalación; cada veinte minutos se turnaban para rodear el perímetro en parejas mientras los otros se sentaban dentro de la diminuta sala de descanso de la subestación jugando al sabacc y tratando de entrar en calor.

Gnost-Dural podía haber utilizado fácilmente su sable láser para cortar a través de la verja y despachar a los seis soldados antes de que pudieran pedir ayuda. Pero el arma icónica de los Jedi dejaba marcas distintivas en la carne y el acero. Dejar atrás evidencias apuntando a una involucración Jedi echaría por tierra la historia de cobertura de que esto era trabajo de un grupo local de resistencia anti-Imperial. En su lugar, se ocultó en las sombras y esperó a que los dos guardias de patrulla pasaran, entonces corrió hacia la verja. Utilizando un par de cortadores de cables aislados, abrió un agujero lo suficientemente grande para que se deslizara dentro sin tocar la verja mortal, entonces corrió hacia el lateral del edificio.

Dirigiéndose en la misma dirección en el sentido de las agujas del reloj que los guardias patrullando, rodeó el perímetro hasta que alcanzó la única entrada del edificio. En vez de las puertas de seguridad automáticas y modernas que se deslizaban al abrirse al toque de un botón, el edificio estaba provisto de una placa de metal arcaica que se abría sobre sus goznes cuando la manilla se giraba.

Presionando contra el lateral de la puerta, el Jedi cuidadosamente giró la manilla y la abrió rápidamente un par de centímetros. La luz salió hacia la noche oscura, junto con la conversación y las risas de los guardias en la sala de descanso justo al otro lado. Agachándose, rodó una pequeña lata por el suelo y hacia la habitación antes de cerrar la puerta.

Llamando a la Fuerza enredó, retorció, y rompió la manija. Un segundo después hubo gritos de alarma desde el interior mientras el humo negro y nocivo salía en una nube desde los bordes imperfectamente sellados de la puerta. Escuchó pies corriendo, seguidos del sonido de alguien luchando frenéticamente con la manija de la puerta del otro lado, sin percatarse de que había sido deshabilitada. Hubo un fuerte golpe mientras alguien lanzó su cuerpo contra la puerta, entonces una mujer gritó.

—¡Despejad!

Tres rayos bláster perforaron la puerta en una rápida sucesión, haciendo agujeros del tamaño de un dedo en el acero. Entonces hubo un golpe fuerte como si alguien pateara la puerta una vez más, inútilmente. Pero esta vez los dos guardias de patrulla habían escuchado la conmoción. Todavía haciendo de un terrorista anti-Imperial, Gnost-Dural se

agachó sobre una rodilla, sacó su bláster, y disparó el primero mientras iba corriendo tras la esquina, matándole al instante.

Como siempre lo hacía, el Jedi sintió una punzada de vergüenza por tomar otra vida. Pero décadas de guerra contra un enemigo brutal e implacable habían forzado a Gnost-Dural, como a muchos otros en la Orden, a llegar a la ambigüedad moral de matar a un enemigo en pos de la paz que salvaría la vida de trillones.

La compañera del guardia a quién Gnost-Dural disparó consiguió agacharse tras la cobertura del borde del edificio. Gnost-Dural se alzó y extendió un brazo con la Fuerza, usándola para coger a la soldado superviviente y tirarla hacia la apertura. Ella voló varios metros a través del aire antes de aterrizar sobre el suelo expuesto; Gnost-Dural la disparó antes de que siquiera pudiera ponerse en pie.

Volviendo a la puerta, él puso una pequeña tira de detonita por el borde, retrocedió a una distancia segura, entonces la detonó. La explosión hizo volar la puerta dañada. Llevó varios segundos que se despejara el gas venenoso del detonador de la habitación y revelara los cuerpos de los cuatro guardias justo en el interior de la puerta. Gnost-Dural recordó el valor de las enseñanzas Jedi. Si los soldados hubieran permanecido en calma durante su ataque, podrían haber retrocedido a la pequeña habitación de control en la parte trasera del edificio para escapar del humo. Pero el miedo había nublado sus mentes, y en su pánico se habían congregado alrededor de la única salida al mundo exterior, condenándose a sí mismos.

El Jedi caminó sobre los soldados caídos y cruzó la habitación hacia la puerta de la parte trasera. Estaba cerrada, pero otra tira de detonita le dio acceso a la habitación de control de más allá. Colocó los explosivos, sincronizando el temporizador para que detonara en tres minutos, el mismo tiempo exacto que las cargas en las otras dos localizaciones. Entonces se giró y abandonó el edificio, se deslizó a través del agujero que había cortado en la verja de seguridad, y se dirigió hacia el punto de encuentro donde Theron se encontraría con él más tarde.

* * *

Theron no escuchó las explosiones de las subestaciones, pero sabía exactamente cuándo ocurrieron. Todo en un área de seis bloques cuadrados se volvió instantáneamente y completamente oscuro; un segundo más tarde sus gafas de visión nocturna se ajustaron a la falta de iluminación, permitiéndole verlo todo a través de un vago filtro verde.

Disparó su pistola de enganche, el arpón triple se embebió en el lateral de permacreto del Centro de Comando de Defensa Orbital cinco metros bajo la altura del techo donde estaba colgado Theron. Enganchó una polea corrediza y una manivela en la línea y trepó fuera del borde, dejando que la gravedad tirara de él bajo la línea de cremallera.

Sólo le llevó un par de segundos hasta que alcanzó en fin de la línea. Restringiendo la manivela disminuyó su descenso para evitar aplastarse contra el lateral del CCDO. Se

aseguró de que la polea estuviera anclada al final del gancho de agarre saliendo del muro, entonces soltó la línea.

El fino cable se disparó lejos de él, se retrajo a una velocidad increíble por los resortes de enroscamiento en el arma de enganche anclada en el tejado al otro lado de la calle. Un segundo después los generadores auxiliares funcionaron y las luces de emergencia del CCDO iluminaron la noche. Escuchó el zumbido suave de las cámaras de vigilancia destacando desde el lateral del edificio unos pocos metros por encima de él mientras cesaban su búsqueda automatizada de planear y escanear del área que les rodeaba. Pero las cámaras no estaban posicionadas para mirar justo abajo; estaba a salvo.

Forzado a colgarse de una mano de la polea del gancho, utilizó su brazo libre para sacar un pequeño tubo de gel de plasma inerte. Apretando el tubo, cubrió un cuadrado de un metro por un metro en el lateral del edificio con una sustancia pastosa blanca. Entonces ancló el tubo medio vacío de nuevo a su cinturón y sacó un pequeño bastón con un par de prolongaciones eléctricas en la punta.

Esperó un par de segundos para que el gel se asentara, entonces presionó con las prolongaciones en el gel de la pared y presionó el gatillo. El bastón zumbó mientras descargaba una corriente poderosa, catalizando el plasma inerte suspendido en la pasta.

Theron giró su cabeza hacia un lado y cerró sus ojos mientras la sustancia empezaba a arder y chispear. Cuando abrió sus ojos un par de segundos después, el gel había quemado un agujero limpio a través de la pared de permacreto.

Todavía colgando del gancho, Theron tiró de sí mismo hacia arriba para poder balancear sus piernas a través del agujero antes de dejarse ir. El esfuerzo agravó su hombro herido izquierdo, pero era más molestia que inconveniencia.

Se encontró a sí mismo en una oficina vacía en la tercera planta del CCDO. Theron deslizó el paquete de su hombro y lo dejó en el suelo. El suave brillo de las luces de emergencia del edificio hacía sus gafas nocturnas innecesarias, así que las almacenó en el paquete, entonces se quitó la capa externa de sus ropas. Debajo del traje negro llevaba una réplica exacta del uniforme de capitán del equipo de respuesta de emergencia, completo con una insignia de ID codificada como la que había escaneado en el bar. Desde el interior del paquete sacó un rifle de asalto pesado con más poder de fuego del que probablemente necesitaba, pero encajaría con la historia de un grupo militar terrorista. Apretujó las ropas externas descartadas en el paquete antes de colgárselo en su espalda de nuevo.

De los diagramas de arquitectura que Vinn les había proveído, sabía que estaba en la misma planta que la oficina del ministro, aunque estaba en el lado opuesto de la instalación. Desafortunadamente, su punto de acceso había estado limitado por los edificios de alrededor; no había estructuras lo suficientemente altas en el otro lado del CCDO para que él subiera lo suficientemente alto para usar la línea de cremallera. Con las instalaciones aún en cierre, sin embargo, no tenía que preocuparse por ningún guardia patrullando el área.

La puerta que llevaba desde la oficina hacia la sala estaba cerrada; podía decirlo por la luz parpadeante roja sobre el pequeño panel de acceso en el lateral. Mientras se aproximaba, el panel empezó a parpadear de amarillo mientras el sistema de seguridad escaneaba automáticamente su insignia. Se inclinó adelante, llevando sus ojos a sólo un par de centímetros del panel para dejarle escanear las lentes de contacto que se había puesto antes de la misión. Las lentes no afectaban su visión, pero mimetizaban el patrón retinal del Capitán Pressik.

La luz sobre el panel cambió de amarillo a verde y la puerta se deslizó al abrirse. Theron sacó su cabeza en la sala, mirando a izquierda y derecha pero sin ver a nadie. Caminó hacia la sala y se movió rápidamente hacia la puerta en el otro extremo que le llevaría al ala adyacente.

Una vez más dejó que el sistema leyera su insignia y escaneara sus ojos, y el estado de la puerta cambió de amarillo a verde antes de que se deslizara al abrirse. Al otro lado había dos guardias sentados de forma casual en el suelo de la sala, ociosamente pasando el rato mientras esperaban que finalizara el cierre.

Miraron arriba sorprendidos mientras Theron caminaba a través de la puerta. Al ver su uniforme de capitán, su primer instinto fue saltar sobre sus pies y ponerse firmes en atención. Pero incluso aunque Theron estuviera vestido como un oficial, había muchas otras cosas que no podía tener en cuenta. El cierre fue sólo un par de minutos antes; era demasiado pronto para que el equipo de respuesta de emergencia estuviera ya en la tercera planta. Además, él debía haber venido de la otra dirección, haciendo su camino hacia arriba desde la planta principal y la entrada frontal. Finalmente, los oficiales Imperiales llevaban blásters, no paquetes a las espaldas y rifles de asalto.

Todo esto pasó por sus cabezas en una fracción de segundo, y aunque ya estaban alcanzando sus armas mientras empezaban a ponerse en pie, el retraso momentáneo le dio a Theron tiempo para acribillarlos.

Mientras se alzaba sobre los cuerpos de los dos soldados, Theron supo que tenía que tener más cuidado desde este punto en adelante. En algún punto se esperaría que este par fueran chequeados, y cuando no lo hicieran los otros guardias sabrían que algo iba mal. También era posible que alguien hubiera escuchado el sonido de los disparos, y aunque el cierre evitaba que investigaran, estarían alerta y en guardia desde ese punto en adelante. No iba a llegar tras otra puerta para encontrar a sus enemigos holgazaneando en el suelo.

El pasillo en el que estaba daba un giro de noventa grados a su derecha antes de llegar contra otra puerta sellada. Esta vez Theron fue más cuidadoso, agachándose hacia el lateral de la puerta mientras deslizaba su mochila al quitársela y dejaba su rifle de asalto en el suelo junto a él. Excavó hasta que encontró lo que quería —un par de detonadores— entonces se inclinó hacia delante y dejó que el escáner leyera su firma de retina.

Mientras la puerta se deslizaba al abrirse Theron se presionó contra la pared, tomando cobertura tras el borde del marco de la puerta. Sacó su cabeza justo lo suficiente para

mirar abajo por el pasillo, entonces la volvió atrás mientras los guardias que esperaban liberaban una oleada de rayos de bláster en su dirección.

Había tres esta vez, estratégicamente dispersos en varios puntos en la sala. Theron presionó el pequeño botón del primer detonador para prepararlo, entonces lo arrojó bajando el pasillo con un golpe de su puño, con cuidado de evitar exponerse a la línea de fuego del enemigo.

Incluso antes de la inevitable explosión, ya estaba preparando el segundo detonador. La primera explosión ocurrió y Theron hizo su movimiento. Quería llevar este de camino hacia el otro extremo de la sala, así que tenía que inclinarse hacia fuera para tener suficiente impulso para el lanzamiento, momentáneamente quedando expuesto.

Mientras lo hacía vio otro de los guardias tirado en el suelo, una baja de la primera explosión. Los otros dos habían estado lo suficientemente lejos abajo en la sala para sobrevivir, pero la explosión les había dejado distraídos y desorientados, y ninguno de ellos era capaz de dar un tiro limpio en el breve segundo que Theron estaba expuesto.

Con las consecuencias de la explosión del segundo detonador, Theron se colocó su rifle de asalto y miró por el borde del marco de la puerta. Otro soldado había caído, y el tercero estaba bamboleándose por las explosiones. Disparó a Theron, pero sus disparos volaron alto y de lejos. Theron permaneció en calma mientras tomaba puntería con cuidado y propinaba a su enemigo una buena tanda.

Se puso el paquete una vez más y continuó bajando la sala, contando las puertas a su izquierda. Cuando alcanzó la tercera, se detuvo y fue a través de la rutina necesaria para desbloquearla. Caminó hacia la oficina del ministro, entonces selló la puerta detrás de él, sólo por si acaso.

La oficina era grande, diez por diez metros según estimaba Theron. Un número de sillas de aspecto cómodo estaban reunidas alrededor de una mesa de reuniones circular y pequeña cerca de la parte frontal. En la parte posterior había un escritorio enorme hecho de madera marrón oscuro. Diseños intrincados habían sido grabados en la parte frontal y en los laterales, y las piernas pesadas estaban esculpidas en curvas extensas, ornadas. Theron había esperado encontrar pósters de propaganda o un autorretrato del ministro, pero las paredes estaban sorprendentemente vacías.

De acuerdo a las heliografías de Vinn, la sala de comunicaciones privadas del ministro estaba a través de una salida en la parte posterior, el lugar más lógico para guardar el codificador oscuro. Pero mientras Theron miraba a la enorme puerta de duracero en la parte trasera de la oficina, se dio cuenta de que las heliografías de Vinn no lo mostraban todo.

Se aproximó al panel de seguridad de la puerta cerrada y rápidamente determinó que una simple insignia y un escáner de retina no iban a dejarle entrar esta vez. Había un panel numerado junto a la puerta, y Theron imaginó que sólo el propio ministro conocía el código de acceso.

Theron rápidamente revisó sus opciones. Todavía le quedaba algo del gel de plasma, pero no lo suficiente para quemar a través de la pesada puerta de acero. Tenía su equipo

de corte; podía probablemente crackear el código, pero eso le llevaría un tiempo que no tenía. E incluso si conseguía tener suerte y crackear el código rápidamente, era posible que la puerta ni siquiera se abriera hasta que el cierre terminara.

—Esto va a ser un problema, —musitó Theron.

CAPÍTULO 17

EL MAESTRO GNOST-DURAL no necesitaba un crono para saber que era hora de mandar el aviso anónimo; el estar en sintonía con la Fuerza hacía su reloj interno tan preciso como cualquier aparato del tiempo manufacturado.

Presionó un botón en el holocomunicador amarrado a su muñeca para codificar la señal, la cual distorsionaría la imagen y la haría más difícil de rastrear. Entonces mandó una transmisión a la guarnición Imperial junto al Centro de Comando de Defensa Orbital.

Debido al cifrado, cuando contestaron a la señal hubo un desastre de nieve de estática, imágenes de baja resolución parpadeando y un mal audio.

—Guarnición Imperial Tres Cuarenta y Tres. —Él apenas pudo averiguar que se trataba de una voz de mujer tras los crujidos y siseos—. Compruebe la configuración de su holo, —advirtió ella—. Estamos teniendo fuertes interferencias.

—La vida del ministro está en peligro, —dijo Gnost-Dural—. Están colocando explosivos en su oficina.

—¿Quién eres? —demandó la voz al otro extremo de forma aguda—. ¿Cómo conseguiste esta frecuencia?

—Soy un amigo del Imperio, —mintió el Jedi—. Si os dais prisa podéis detenerles. —Abruptamente, finalizó la llamada.

Incluso si la mujer del otro extremo sospechaba que la llamada era un fraude, no se podía permitir ignorarla… no con el apagón en la ciudad.

—Tus amigos están en camino, Theron, —susurró para sí mismo Gnost-Dural—. Espero que estés preparado para ellos.

* * *

Theron corrió bajo la sala del exterior de la oficina del Ministro Davidge, dirigiéndose a las escaleras con el rifle de asalto agarrado con una mano, y el paquete con el núcleo del codificador dañado todavía amarrado a su espalda.

El paquete era mucho más ligero ahora que había terminado de plantar los explosivos y fijado el temporizador en la oficina del Ministro Davidge, pero estaba tras los esquemas. Gracias al aviso anónimo de Gnost-Dural, no pasaría mucho tiempo antes de que el equipo de respuesta de emergencia convergiera en la tercera planta para tratar de capturar a los posibles asesinos en el acto.

Si todo hubiera ido de acuerdo al plan, ya tendría el núcleo del codificador y todo lo que tendría que hacer es alejarse lo suficiente de la oficina para estar fuera del alcance del radio de la explosión. Cuando el equipo se mostrara, la detonita se activaría «accidentalmente», y él se deslizaría en el caos subsiguiente.

Desafortunadamente, la puerta de seguridad de duracero entre él y la habitación de comunicaciones había sido un obstáculo para sus planes. Theron la había mirado por

varios minutos, su mente desesperadamente tratando de averiguar una solución. No podía abrirla, y no podía atravesarla. Pero, se dio cuenta que todavía podía ir alrededor de ella.

Los muros de la sala de comunicaciones del ministro estaban probablemente reforzados con el mismo duracero que la puerta, pero el techo tenía que estar hecho de materiales de construcción más convencionales para permitir al ministro transmitir y recibir señales desde la habitación.

Theron no tenía suficiente gel de plasma para comer el duracero, pero si llegaba a la oficina directamente sobre la habitación, podría hacer un agujero en el suelo y caer.

Mientras corría hacia las escaleras, vio la luz de estado cambiar de roja a amarilla, incluso mientras estaba todavía demasiado lejos del escáner como para que leyera su insignia. En el momento en que cambió a verde se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, y mientras la puerta se deslizaba al abrirse cayó al suelo en un ruedo de voltereta, preparándose para la colisión contra el hombre al otro lado.

El soldado Imperial estaba doblado e inclinándose hacia delante para que el escáner de retina pudiera confirmar su identidad, los otros cinco miembros de su equipo se apiñaban cerca tras él, alerta y preparados. Dos estaban mirando a las escaleras hacia arriba y abajo, protegiéndose contra una emboscada enemiga. Los otros tres tenían sus armas apuntando a la sala, preparados para disparar a cualquier objetivo disponible en el instante en que se abriera la puerta. Pero sus armas y su mira estaban a la altura del pecho; no esperaban que alguien llegara rodando como una bola de demolición humana.

En el medio segundo antes de su colisión, Theron reconoció al hombre al otro lado de la puerta, su antiguo amigo el Capitán Pressik. Theron se puso de rodillas, mandándoles a ambos contra el suelo. En los finos confines de las escaleras el impulso de sus cuerpos sacudiéndose tuvo un efecto dominó en los otros guardias, y el equipo entero fue tumbado. El que estaba más atrás de la puerta se tambaleó bajo las escaleras, mientras que los otros fueron tirados en una pila de extremidades azotando.

El impacto de Theron atascó su hombro adolorido, y el dolor le hizo perder su agarre en el rifle de asalto. Pese a esto, todavía fue el primero en recuperar pie. Los ojos de Pressik se abrieron como platos de reconocimiento mientras veía quién era el responsable de la masacre.

Mientras Pressik alcanzaba la pistola de sus caderas, Theron mandó una patada fuerte a su mandíbula, aturdiéndolo. Entonces puso en mira su rifle de asalto desde el suelo y saltó hacia atrás hasta la sala.

Uno de los otros soldados había conseguido recomponerse lo suficiente como para disparar un tiro a ciegas con su arma. El rayo zumbó junto al oído de Theron mientras golpeaba el panel, cerrando la puerta con un agudo *silbido*. Escuchó el rebote de un segundo disparo reflejado en el panel de la puerta mientras se giraba y corría de vuelta hacia la oficina del ministro. Consiguió agacharse dentro justo mientras la puerta de las escaleras se abría de nuevo y una barrera de rayos barría el pasillo.

Theron descolgó el paquete de sus hombros para que no impidiera su movimiento. Quedándose bajo en el suelo, sacó su cabeza por la esquina para devolver el fuego.

Sabiendo que habría presentado un objetivo demasiado tentador si se tomaba el tiempo de apuntar, apretó un arrebato de tiros a ciegas, esperando tener suerte.

No escuchó ningún llanto de dolor, pero tampoco escuchó el sonido de los pies cargando bajo la sala hacia él. No habría golpeado a su objetivo, pero al menos les había hecho pensárselo dos veces antes de ir tras él. Desafortunadamente le tenían arrinconado y lo sabían. El vestíbulo fue llenado de una barrera regular de rayos de bláster, suprimiendo el fuego para evitar que Theron devolviera los disparos.

Alcanzó el paquete y sacó un pequeño espejo reflector. Con cuidado lo inclinó para poder ver la sala sin exponerse a la lluvia sin fin de disparos enemigos. Lo que vio no le llenó de ánimo.

El Capitán Pressik estaba de nuevo en pie; él y otros miembros de su equipo estaba agachados y avanzando por la sala, presionándose hacia arriba contra las paredes opuestas del pasillo. Los otros estaban posicionados a varios metros tras ellos, armas apuntadas en la puerta de la oficina, preparados para descargar con sus rifles de asalto si Theron se exponía de nuevo.

Theron se dio cuenta de que su situación era desesperanzada. Si todavía tuviera sus detonadores sería capaz de lanzar uno por la sala. Incluso aunque inclinarse por la esquina para hacer el lanzamiento pudiera ser la última cosa que hiciera, al menos se llevaría a un par de escorias Imperiales con él.

En realidad, se dio cuenta Theron, *puedo llevármelos a todos conmigo*.

Revolvió entre los explosivos en el escritorio del ministro, sabiendo que podía detonar toda la carga sólo con tirar del cable equivocado del temporizador. Con la cantidad de detonita que había utilizado, la explosión se llevaría al equipo entero… y los reduciría a polvo y cenizas.

Tomó aliento profundamente, preparándose para una muerte de mártir. Sabía que los hombres del exterior se estaban acercando; en un par de minutos más todo se habría acabado.

Supongo que Jace y yo no vamos a conocernos mejor después de todo.

El sonido de un único rifle de asalto hizo eco por la sala. Un segundo más tarde se le unieron gritos de dolor y sorpresa, y entonces el sonido de varias armas disparando. Pero para sorpresa de Theron, los rayos no estaban rebotando del suelo y las paredes alrededor de la puerta todavía abierta de la oficina del ministro.

Se volvió hacia la puerta y sacó su cabeza por la esquina, su arma preparada. Dos de los hombres de Pressik habían caído; el capitán y los otros habían girado su atención a una figura disparándoles desde las sombras justo más allá de la puerta que llevaba a las escaleras. Tomando la oportunidad, Theron abrió con su propia arma. En cuestión de segundos el fuego cruzado mortal cortó a los Imperiales atrapados.

—Soy yo, —gritó la voz del Maestro Gnost-Dural, con cuidado de no utilizar nombres—. ¿Estás herido?

—Estoy bien, —respondió Theron, saliendo hacia la sala.

Un segundo después el Jedi salió de la oscuridad de las escaleras. Al brillo de las luces de emergencia, Theron podía ver que todavía llevaba su disfraz, sus características cuidadosamente ocultas por su túnica y capucha. Pero sobre la fabricación que ocultaba su cara llevaba una lente similar a un monóculo, y clavada al frente de su túnica había una insignia de identificación idéntica a la del uniforme de Theron.

—Sella esa puerta, —dijo Theron.

El kel dor se inclinó lo suficientemente cerca para que el escáner de retina leyera la holoimagen de su monóculo, entonces golpeó el botón para cerrar la puerta cuando la luz de estado se volvió verde.

—¿Algún motivo por el que no me dijeras que habías hecho copias de la insignia y de la imagen de retina para ti mismo? —preguntó Theron.

—Parecías pensar que la misión sería más fácil si ibas solo, —le dijo Gnost-Dural—. No veía sentido en discutirlo.

—¿Así que tenías pensado mostrarte todo el tiempo? —preguntó Theron—. ¿Qué, la Fuerza te dio una visión de que iba a necesitar ayuda?

—No funciona así, —dijo el kel dor, sin darse cuenta del hecho de que Theron estaba bromeando—. Cuando llegaste tarde al punto de encuentro me temí que algo había ido mal. Afortunadamente dejaste la pistola de enganche en el edificio de enfrente de la calle. Fui capaz de usarlo para seguir tu camino y entrar.

—Bien… gracias, —dijo Theron—. Te debo una.

—Los Jedi no llevan la cuenta de esas cosas, —contestó él, y Theron se preguntó si el kel dor estaba tratando de ser divertido.

—No llevará mucho antes de que manden otro equipo de respuesta de emergencia a esta planta, —continuó Gnost-Dural—. Necesitamos salir de aquí.

—Hay un problema, —dijo Theron—. Sígueme.

Llevó al Jedi hacia la oficina del ministro y le mostró la puerta de duracero.

—¿Así que… hay alguna oportunidad de que puedas utilizar la Fuerza para desgarrar esa cosa para mí?

—Alguno de los grandes Maestros de leyenda podrían haber tenido ese tipo de poder, pero ese desafío está por encima de mí.

—Temía que dirías eso. Está bien, nuevo plan. Necesito llegar a la cuarta planta, pero como dijiste: podría haber otro equipo de respuesta de emergencia subiendo las escaleras en cualquier momento. Sé que la puerta de duracero es demasiado gruesa para que tu sable láser corte a través de ella, pero apuesto a que puedes cortar un agujero en el techo de esta oficina para que trepe a través, ¿cierto?

—Podría, pero dejaría una marca muy distintiva.

—No te preocupes por eso, —le dijo Theron—. Cuando esa detonita explote todo lo que va a quedar de esta oficina van a ser astillas y cenizas.

El Jedi asintió. Sacó la empuñadura de su sable láser y encendió la espada. Alzándola, lentamente gravó un círculo perfecto en el techo sobre ellos. Azulejos, yeso, y una lluvia de aislante cayó tambaleándose.

—Los refuerzos imperiales están llegando, —dijo Gnost-Dural—. Puedo percibirlos.

—¿Cómo de cerca?

—Cerca. Los contendré para conseguirte algo de tiempo.

Theron asintió y cogió su paquete del suelo, lanzándolo hacia arriba a través del agujero del techo. Entonces saltó, sus dedos envueltos alrededor del borde mientras tiraba de sí mismo hacia arriba hacia la oficina de la cuarta planta sobre él, gruñendo con el esfuerzo y el ardor del dolor que se reavivaba en su hombro herido.

La oficina del ministro era más grande que en la que estaba ahora. Después de colgarse el paquete de su hombro bueno, tenía que salir a la sala y hacia la oficina de la siguiente puerta antes de estar sobre la sala de comunicaciones.

Sacó el bastón encendedor y el tubo de gel de plasma, usando lo último que quedaba para derretir un agujero en el techo mientras escuchaba el sonido del fuego de bláster alzándose desde la planta de abajo. Sabiendo que Gnost-Dural no sería capaz de mantener a los refuerzos Imperiales a raya por mucho, cayó hacia la sala de comunicaciones.

El codificador oscuro estaba asentado en la consola de comunicaciones en el centro de la habitación. Extraer el núcleo sin activar la secuencia autodestructora era un proceso delicado, un movimiento equivocado y la misión entera se convertiría en una pérdida de tiempo y recursos. Afortunadamente, Theron había practicado el procedimiento cientos de veces en los codificadores dañados que la República había recuperado. Cuando empezó, le llevó casi diez minutos. Pero con cada intento se volvía más y más rápido, acortando el tiempo por debajo de un minuto.

No hay necesidad de intentar un récord personal, se recordó a sí mismo mientras sus ligeros dedos hacían su magia.

Noventa segundos después, el premio era suyo. Lo envolvió en una capa protectora de fabricación de micro tejido y sacó una caja protectora reforzada del paquete. La abrió y sacó el núcleo dañado, colocándolo en el codificador. Entonces puso el núcleo funcional en la caja protectora, la cerró y la presionó en su paquete.

—Hora de irse. —Llegó la voz de Gnost-Dural desde arriba. Mirando arriba, vio al Jedi echando un vistazo hacia abajo hacia él a través del agujero en el techo de la sala de comunicaciones.

Theron saltó hacia arriba y agarró la mano que Gnost-Dural le ofrecía, permitiendo al Jedi ayudar a alzarle para que no hiciera más esfuerzos con el hombro adolorido. La junta herida había ido de escozor a dolor en sí mismo, pero Theron apartó todos los pensamientos sobre ello.

—¿Qué pasó con los refuerzos? —preguntó él.

—No fui capaz de evitar que avanzaran hacia la habitación, —le dijo el Jedi—. Una vez que estuvieron cerca, no tuve elección salvo usar mi sable láser.

—Está bien, —le dijo Theron—. La explosión cubrirá la evidencia. El temporizador está contando, tenemos que alejarnos.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

Theron comprobó su cronómetro.

—Sesenta segundos… ¡corre!

Theron lideró el camino, su mente rastreando la ruta de escape óptima de su memoria de los diagramas de arquitectura del CCDO.

Les llevó diez segundos alcanzar las escaleras de la cuarta planta y utilizar el combo de insignia/escáner de retina para abrir la puerta. Diez más para dirigirse en dos vuelos hacia la sexta planta y sobre el acceso de emergencia del tejado. Diez más para correr hacia el otro extremo del tejado.

Ahí Theron se dio cuenta de que uno de ellos no iba a lograrlo.

—He empaquetado un paracaídas de emergencia en el paquete, —dijo él, luchando por sacarlo para dárselo a Gnost-Dural—. Da un salto corriendo desde el borde y tira de esta cuerda para desplegarlo.

—No seas imbécil, —le dijo el Jedi—. La Fuerza me protegerá.

Y con eso, desapareció por el borde. Theron parpadeó sorprendido, entonces corrió para ponerse el paquete de forma segura de nuevo.

Su crono bipeó, advirtiéndole de que sólo tenía cinco segundos hasta la detonación. Dio tres zancadas hacia el borde y saltó, tirando de la cuerda para desplegar el paracaídas mientras el edificio entraba en erupción tras él. Una oleada de aire caliente impulsado por la explosión agarró a su paracaídas, lanzándolo alto en el aire y mandándolo girando y tambaleándose fuera de control. Los cables guía se enredaron, parcialmente colapsando el paracaídas. En lugar de flotar suavemente hacia el suelo, empezó a coger velocidad, sus piernas y brazos sacudiéndose mientras trataba de controlar su rápido descenso.

A diez metros sobre el suelo los cables de repente se desenredaron, y la cubierta de tela se abrió sobre él. Disminuyó su caída, pero Theron todavía llegaba fuerte. Puso sus piernas juntas y flexionó sus rodillas mientras golpeaba el suelo, absorbiendo el golpe del aterrizaje con los grandes músculos de su cuerpo inferior y núcleo mientras simultáneamente trataba de rodar con el impacto. Sus dientes golpearon los unos con los otros y sintió un dolor agudo disparándose por sus tobillos y subiendo hacia la coronilla de su cabeza mientras su cuerpo colapsaba con la fuerza del aterrizaje.

El ruedo no fue mucho mejor, mientras bajaba sobre su hombro ya dañado, hizo que su brazo se saliera de su cuenca. Habría gritado de dolor si todo el viento no hubiera salido de su cuerpo, dejándole jadeando por respirar.

Se tumbó ahí por un par de segundos, asombrado por estar vivo. Se forzó a sí mismo a ponerse en pie justo mientras Gnost-Dural salía de la oscuridad de la noche para chequearle. Ver que el Jedi estaba cojeando de mala manera tras su caída de seis pisos le dio una pizca de satisfacción.

—Supongo que ambos hemos tenido un aterrizaje más duro de lo que esperábamos, —dijo Theron, gritando para que se le escuchara sobre el gemido de las sirenas que ahora llenaba la noche.

—Déjame ayudarte, —dijo Gnost-Dural, dándose cuenta del brazo izquierdo de Theron colgando inútil a su lado.

Theron asintió, entonces se preparó mientras el Jedi agarraba su brazo por el puño y el codo. Con un rápido giro y tirón, colocó el hombro de nuevo en la junta. Theron dejó salir un grito fuerte. Afortunadamente el gemido de las sirenas ahogaría el sonido así que no le daría su posición a ningún Imperial cercano.

—Los grupos de emergencia están respondiendo a la explosión, —dijo Gnost-Dural—. Necesitamos salir de aquí. ¿Puedes caminar?

Theron asintió y los dos hombres cojearon hacia las sombras, inclinándose el uno en el otro por apoyo.

CAPÍTULO 18

EL MINISTRO DAVIDGE ENCONTRABA DIFÍCIL centrarse en su trabajo. En parte estaba reposicionándose en una oficina temporal en el lateral oeste del Centro de Comando de Defensa Orbital, una circunstancia inevitable considerando que su antigua oficina y una docena de otras en el ala este del edificio habían sido reducidas a escombros la noche anterior a la pasada.

Los guardias extra posicionados en el exterior de su puerta —y en el interior, y siguiéndole incluso cuando iba a casa por la noche— no ayudaban, aunque entendía los motivos detrás de la seguridad extra.

Lo más perturbador de todo, sin embargo, era el hecho de que hubiera sido personalmente fijado como objetivo para un asesinato. Siempre se había considerado como un simple diente en la maquinaria del Imperio, un diente clave, para estar seguros, pero no uno que nunca llamara la atención de esa forma. Los Lords Sith y los Grandes Moffs eran la cara del Imperio; él era sólo el hombre que mantenía a las lanzaderas saliendo a su hora. Siempre había creído que estaba protegido por su anonimato; no era realmente parte de la guerra, él sólo era un analista zampa-números.

La ilusión confortante había sido hecha pedazos justo tan seguro como todo en su oficina. Mientras que no tenía ningún mal deseo para los enemigos del Imperio, el atentado contra su vida le hizo entender que le odiaban y despreciaban. Era incómodo. Perturbador. Y hacía extremadamente estresante tratar con todos los asuntos desagradables.

Había revisado el último informe de los investigadores Imperiales múltiples veces; mirando por encima los hechos que habían sido reunidos sobre las últimas treinta y seis horas una y otra vez mientras trataba de encontrarle un sentido a todo el asunto… y preparándose para darle su propio informe a Darth Marr.

La sala de comunicaciones que le habían preparado en su oficina temporal carecía de la puerta de duracero de su oficina original; estaba separada del resto de la habitación por una simple puerta deslizante. Pero todavía le daba la privacidad que necesitaba. Más importante, también tenía un codificador oscuro para asegurarse de que nadie pudiera escuchar sus comunicaciones más sensibles.

Activó el codificador y esperó a que el holo de Darth Marr se materializara mientras recibía y decodificaba la llamada entrante con su propio codificador.

—No esperaba tener que esperar un día y medio para tener un informe de estado de tu parte, Ministro Davidge, —Marr dijo para iniciar su conversación.

—No quería contactar con usted hasta que estuviera seguro de que la conversación fuera segura, —explicó él.

El codificador de su antigua oficina había sido destruido, y había sólo otro en Ziost, una parte inactiva que había sido almacenada en la caja acorazada subterránea de máxima seguridad bajo el CCDO. Con todo lo demás que estaba ocurriendo, había llevado un

tiempo antes de que los ingenieros lo anclaran al equipo de comunicaciones en su nueva oficina.

—Cuidadoso como siempre, —denotó Marr, aunque Davidge no podía decir si lo decía como un cumplido, un insulto, o simplemente un comentario de pasada.

—Tengo los detalles del informe, mi Lord, —dijo él.

—Supuse eso cuando me llamaste.

Dándose cuenta de que estaba poniendo a prueba la paciencia de Marr, el ministro se sumergió en ello.

—Ninguno de los terroristas sospechosos fue capturado, —dijo él, abriendo con las malas noticias—. Creemos que debe haber al menos seis involucrados, pero nuestras cámaras de vigilancia fueron capaces de capturar sólo a uno.

—¿Supongo que tienes a las autoridades buscando a esa persona?

—Él, o posiblemente ella, estaba cubierto de pies a cabeza con unas ropas pesadas. Incluso la cara estaba obscurecida con una capucha y una máscara.

—Así que no tenemos ninguna pista, —dijo Marr.

—Sabemos que el Frente de Liberación de Ziost estaba detrás de esto, —le dijo el ministro—. Han reclamado la responsabilidad.

—¿Qué hay de nuestros protocolos de seguridad? ¿Cómo han fracasado tan completamente?

—En realidad, mi Lord, no lo hicieron. Los protocolos fueron diseñados para evitar que las fuerzas enemigas se hicieran con el control del CCDO, no para prevenir un intento de asesinato. Incluso con todo el daño, los sistemas de defensa orbital nunca fueron comprometidos o puestos en peligro de ser distorsionados.

—¿Qué hay del codificador de tu oficina. Fue comprometido?

—Hemos recuperado el codificador de los escombros, —le dijo el ministro—. La explosión lo daño severamente y activó la secuencia de autodestrucción del núcleo, pero al menos está justificado.

En la mente del ministro, esta era la mejor noticia de todos. Si hubieran sido incapaces de encontrar el codificador en los escombros y cenizas, tendrían que haber cambiado los códigos de cifrado. Llamar a todas las naves capitales equipadas con un codificador oscuro para que fueran reprogramadas y sincronizadas habría reducido la eficiencia Imperial a un cuarto del porcentaje total, una proporción de pérdida que el ministro no quería siquiera contemplar.

—¿Entonces cuál es tu recomendación de aquí en adelante? —quería saber Marr.

—El impacto total de este ataque terrorista en los esfuerzos de guerra Imperiales es insignificante, —le aseguró el ministro—. Los recursos y la cantidad de personal a una proporción de pérdida de menos de una milésima parte de un uno por ciento. Ya he solicitado las tropas para que reemplacen a aquellas que murieron durante el ataque, y las reparaciones en la sección dañada del CCDO están en marcha.

—¿Así que propones que deberíamos simplemente continuar exactamente como antes?

—He solicitado que la seguridad para todos los ministros Imperiales sea aumentada, —admitió Davidge—. De nuevo, el impacto total en el Imperio es casi demasiado pequeño para calcularlo. Incluso en mis estimaciones más altas…

Marr alzó una mano para cortarle.

—Ahórrame las especificaciones. No hay necesidad de justificar tu servicio personal de seguridad. El Consejo Oscuro está bien al tanto del valor que tú y los otros contribuís al Imperio.

El cumplido debía haber hecho sentir bien a Davidge. En su lugar, sólo reforzó su reciente epifanía de que no era un contador de cuentas anónimo. Las implicaciones del entendimiento del Consejo Oscuro sobre su importancia para el Imperio eran incluso más aterradoras que el atentado contra su vida. Los Lords Sith no ignoraban las cosas de valor. Luchaban por controlarlas… o destruirlas si pertenecían a alguien más.

—Gracias, mi Lord. Es bueno saber que soy apreciado.

—Creo que este ataque debería señalar un cambio en nuestra política —le dijo Marr.

—¿Qué tipo de cambio?

—Cuando empezó esta guerra, nosotros éramos los agresores. Ahora nos mantenemos cediendo terreno a la República.

—No es una cuestión de elección, mi Lord. Es una cuestión de recursos. La República tiene más naves en su flota y más soldados en su ejército.

—La retirada nos hace parecer débiles. Vulnerables, —continuó Marr, como si no hubiera escuchado a Davidge—. Incentiva a grupos como el FLZ. Les hace atreverse a tramar el asesinato de uno de los máximos oficiales Imperiales.

—Esto fue un incidente, mi Lord. Pero sobretodo no hemos visto un incremento estadísticamente relevante de actividades anti-Imperiales.

—Tú entiendes los números, Ministro. Yo entiendo las mentes de nuestros seguidores y nuestros enemigos. Este ataque alberga un cambio de actitud que no podemos ignorar.

—Necesitamos presionar en varios frentes. Reclamar alguno de los mundos que hemos perdido contra la República. Atacar nuevos mundos que nunca antes se han estremecido ante el poder del Imperio.

Davidge gruñó en el interior. No tenía sentido discutir las órdenes de Marr, pero el ministro sabía que lanzar nuevas campañas de conquista contra la República aumentaría la proporción de pérdida de un cuarto.

—Estoy mandando una lista de posibles objetivos para el análisis. Encuentra dónde podemos conseguir la mayor recompensa para nuestros esfuerzos, —le dijo Marr.

—Por supuesto, mi Lord, —contestó Davidge—. Usted sabe qué es mejor para el Imperio.

—Recomiendo que utilicemos al Moff Nezzor, —dijo Marr—. No pareces tenerle haciendo nada vital en este momento.

Eso es porque no es nada profesional, un sediento de sangre sociópata sin preocupación por las vidas del enemigo o de sus propios soldados.

—Me aseguraré de escoger objetivos de su lista que den la mejor ventaja de los talentos únicos del Moff Nezzor, —dijo en voz alta Davidge, aunque la idea hacía que la bilis le burbujeara por la garganta.

—Sé que lo harás, —le dijo Marr—. Es por eso por lo que te encuentro tan útil.

* * *

—La primera fase del plan fue un completo éxito, —dijo Jace a los tres compañeros conspiradores que se habían reunido en su oficina para el debate—. ¡Creo que deberíamos celebrarlo con una bebida!

—Estoy de acuerdo, —dijo el Director—. Maestro Gnost-Dural… tenemos algo de pleech de Dorin.

—Una oferta amable, pero la rechazaré.

—Tú mismo, —dijo el Director encogiendo los hombros—. Theron, ¿qué prefieres?

—No tengo *kri'gee* aquí en la oficina, —dijo Jace con una sonrisa—. Pero tengo algo de ese Reserva Coreliano del que te hablé.

—Suena bien, —contestó Theron.

Habían pasado cinco días desde que él y Gnost-Dural saltaron del borde del edificio del CCDO explotando. Habían pasado los primeros tres de esos días esperando en Ziost a después de que las autoridades locales cerraran todos los espaciopuertos y temporalmente prohibieran a cualquier nave civil aterrizar o dejar el planeta.

No es que a Theron le importara en el momento. Pasó los días convaleciente mientras Gnost-Dural hacía algunas averiguaciones discretas sobre las investigaciones Imperiales. Afortunadamente, el FLZ había estado feliz de clamarse responsable del ataque. Incluso aunque en realidad no habían tenido nada que ver, sus miembros estaban apurados por llevarse el mérito de dar un golpe contra el odiado Imperio.

Con los Imperiales centrados en cazar a los miembros del FLZ responsables, era suficientemente simple para Theron y Gnost-Dural marcharse una vez que los espaciopuertos fueron reabiertos.

Mala suerte para cualquier miembro que sea capturado, aún así, Theron había pensado en el momento. Pero el destino de un pequeño grupo de anti-Imperiales radicales en Ziost no era algo por lo que pudiera permitirse preocuparse.

Después de dejar Ziost, volvieron directamente a Coruscant para entregar el núcleo del codificador a Jace, quien rápidamente lo cedió al Director y al SIE. Ahora, dos días después, Theron y su compañero estaban en la oficina del Comandante Supremo, siendo esperados por dos de los hombres más importantes de la República.

—Ya hemos interceptado varias transmisiones Imperiales clave, —dijo el Director, llevando la bebida de Theron hacia él una vez que Jace la hubo llenado—. Parece ser que están aumentando su presencia militar en varios sectores disputados.

Theron tomó un sorbo de su bebida antes de hablar, saboreando el cálido líquido, dulce mientras iba camino de su garganta.

—Si el SIE tiene cuidado, podemos utilizar la información para nuestra ventaja sin que el Imperio siquiera sospeche que estamos escuchando sus mensajes encriptados.

—Suena arriesgado, —advirtió Jace. Estamos más cerca de detener la *Lanza Ascendente* de lo que lo hemos estado nunca. No voy a dejar que se escape entre nuestros dedos porque nos volvamos avariciosos.

—El SIE sabe cómo ser discreto, —le aseguró el Director—. Dale al equipo de analíticas acceso a esas transmisiones. Deja que preparemos nuestros escenarios. Estoy seguro de que encontraremos algo que podamos explotar sin avisar a nadie.

Jace todavía estaba reluctante.

—¿Qué opinas, Maestro Gnost-Dural?

—Una herramienta no es útil si nunca la utilizas, —le dijo el Jedi.

El Maestro Zho no podía haberlo dicho mejor él mismo, pensó Theron, alzando un vaso por su querido amigo difunto antes de dar otro sorbo al delicioso brandy.

—Prometo que no actuaremos en nada sin tu aprobación, —añadió el Director.

—Parece que me superan en número, —dijo Jace con una sonrisa—. Sólo ten cuidado. Y no olvides lo que estamos buscando realmente.

—Nos hemos movido a la fase dos de nuestro plan, —declaró él—. Monitorizamos las transmisiones Imperiales y esperamos a que la *Lanza* mande su palabra de que está llegando a puerto.

Él se giró hacia Theron.

—Una vez esté amarrada, tú te deslizarás a bordo, te colarás en los sistemas de la *Lanza*, programarás un virus durmiente para distorsionar la hiperconducción de la nave y sus defensas, y bajarás de la nave antes de que vuelva al servicio.

—Suena fácil cuando lo dices, —dijo Theron.

—No puede ser mucho más difícil que robar el codificador, —denotó el Director.

—Una vez que todo esté en su sitio, rastreamos los movimientos de la *Lanza* y preparamos una emboscada, —continuó Jace—. La golpeamos con todo lo que tenemos. Durante la batalla mandamos una señal para activar el virus durmiente y hacemos caer a Darth Karrid y a su nave.

—El SIE todavía está tratando de reunir los recursos necesarios, —advirtió el Director.

—La *Lanza* amarrará en una estación espacial militar, no en un espaciopuerto civil. Necesitaremos una lanzadera militar Imperial, IDs apropiados, uniformes, papeles de permiso… está demostrando que será más difícil de lo que pensábamos.

—Quizás el contacto de Theron nos pueda ayudar de nuevo, —sugirió Gnost-Dural.

—La Hermandad de la Antigua Tion ha estado haciendo contrabando en las estaciones del espacio Imperial durante años, —estuvo de acuerdo Theron—. Conocen cada truco del libro para pasar la seguridad.

—Hacer que Teff’ith prepare un encuentro en Ziost es una cosa, —advirtió el Director—. Pero no me gusta que la lleves en un rol activo en esta misión.

—¿Por qué no? —quería saber Jace—. ¿No podemos confiar en ella?

—Sí, —dijo Theron, incluso mientras el Director contestaba,

—No.

Jace miró atrás y adelante entre ellos, pero ningún hombre estaba dispuesto a retroceder.

—Tengo esto cubierto, —aseguró Theron al Comandante Supremo—. Comparado con obtener el codificador, este trabajo es un pastelito.

—Tuviste ayuda obteniendo el codificador, —le recordó el Director.

—Estoy dispuesto a acompañar a Theron de nuevo cuando vaya a encontrarse con su contacto, —ofreció Gnost-Dural.

Antes de que Theron pudiera objetar, Jace habló.

—Entonces está hecho. Dejamos que Theron y el Maestro Gnost-Dural contacten con esta persona Teff'ith.

—Yo tendré al SIE trabajando en conseguir lo que necesitamos, —dijo el Director—. Sólo en caso de que el contacto de Theron no de resultado.

—Cojamos el *Prosperidad* de nuevo, —dijo Theron al Jedi, ignorando la falta de confianza del Director—. También debemos viajar cómodos.

—Podemos irnos mañana, —estuvo de acuerdo el Jedi.

El Comandante Supremo alzó su vaso en el aire.

—¡Por la República!

Theron y el Director se hicieron eco de su brindis, y los tres hombres acabaron lo que quedaba en sus vasos.

Con la reunión terminada Theron, Gnost-Dural, y el Director abandonaron la oficina de Jace. La joven mujer tras el escritorio de recepción asintió placenteramente a los dos primeros, entonces le dio al Director una mirada tan llena de ira venenosa que realmente hizo a Theron temblar.

—Uh, vosotros dos id delante, —susurró el Director—. Necesito organizar otras citas con el Comandante Supremo.

Quizás no va a ser su tercera mujer después de todo, pensó Theron mientras él y Gnost-Dural continuaban bajo el vestíbulo.

—Theron, —dijo el Jedi una vez que estaban lejos de los oídos de los otros—. Tengo un mensaje para ti. De la Gran Maestra Satele Shan.

—¿Oh? —dijo Theron, tratando de parecer despreocupado. Una vez más se preguntaba si el Jedi sabía de su relación.

—Desea hablar contigo esta noche. En sus cámaras privadas.

—¿Dijo ella por qué?

—No. Sólo pidió que no le mencionaras esto al Comandante Supremo.

Genial, pensó Theron. *Mamá y Papá están peleando. ¿No es divertido ser parte de una familia?*

—No estoy seguro de tener tiempo, —dijo Theron—. Tengo algunas cosas de las que ocuparme antes de que nos vayamos mañana.

—Entiendo, —dijo Gnost-Dural—. Pero si cambias de opinión, la Gran Maestra Shan te estará esperando.

CAPÍTULO 19

LA ÚLTIMA VEZ QUE THERON HABÍA HABLADO con Satele había sido en Tython. Ese encuentro había sido idea suya; se había colado en sus cuartos privados para hablarle de la muerte de Ngani Zho. Zho había sido su Maestro y mentor, y merecía escuchar la noticia en persona, no en un holo o en algún informe.

En el momento, pretendió no saber que ella era su madre, y ella no hizo ninguna mención de reconocerle como su hijo. Pero tenía la sensación de que ambos sabían la verdad, aunque nadie iba a reconocerlo. Esta vez sería diferente, decidió Theron. Estaba cansado de jugar a juegos.

Bueno, la mayoría de juegos. Pese a ser invitado, todavía estaba colándose en su apartamento. Parte de ello era el desafío, sólo quería probar que podía hacerlo. Pero tampoco quería que otros averiguaran que él y Satele estaban relacionados. Shan era un apellido común, pero era inusual que un agente de campo del SIE se reuniera en persona con la Gran Maestra de la Orden Jedi. No era como si le estuvieran siguiendo, pero en la pequeña posibilidad de que alguien le viera en su puerta no quería que nadie empezara a hacer conexiones. Theron estaba convencido de que su vida se volvería mucho más complicada si su relación se hacía pública.

Probablemente malo para ella, también, se aseguró a sí mismo Theron. *Le estoy haciendo un favor colándome.*

Los Jedi todavía condenaban oficialmente las uniones emocionales del matrimonio y los hijos. Si la gente averiguaba que Satele tenía un hijo, pensarían que era una hipócrita.

Si ellos supieran que había pasado toda su vida actuando como si yo ni siquiera existiera, se preguntó Theron, *¿eso haría las cosas mejor o peor?*

Deshabilitar los sensores del perímetro del edificio y escalar la pared le tomó sólo un par de minutos, y le dio a Theron la oportunidad de trabajar con su hombro herido. Había estado favoreciéndolo los últimos cinco días; era hora de ver cómo se estaba curando.

En el momento en que balanceó sus piernas sobre la barandilla del balcón de la tercera planta, estaba satisfecho de haberse recuperado por completo. Su hombro estaba un poco cansado, pero de otro modo se sentía bien. Otra semana y volvería a estar al 100 por ciento.

Las puertas correderas de cristal que llevaban desde el balcón al apartamento estaban abiertas de par en par, pese al frío del aire nocturno. Claramente, Satele le estaba esperando.

Mientras caminaba dentro del apartamento, ella se alzó de la silla donde había estado sentándose.

Ella llevaba las túnicas simples marrones de un Jedi, su capucha hacia atrás. Su pelo a la altura de los hombros era marrón con algunos mechones leves de gris plateado que le daban un aire majestuoso. Theron no veía mucha similitud familiar en sus características, pero no estaba mirando tanto. Su piel era sorprendentemente suave y clara; aunque tenía cerca de sesenta, parecía al menos dos décadas más joven.

¿Eso es porque la Fuerza fluye a través de ella, o sólo son buenos genes?

—Gracias por venir, —dijo ella—. Por favor entra y cierra la puerta.

Theron cumplió, deslizando las puertas del patio para cerrarlos mientras sus ojos asimilaban el alrededor. El apartamento estaba del todo amueblado y decorado, nada espléndido ni opulento, pero obviamente se habían gastado más de un par de créditos.

—Pensé que los Jedi no creían en los bienes materiales.

—El apartamento estaba amueblado cuando me mudé, —dijo Satele—. Y es importante hacer sentir cómodos a los visitantes. ¿Realmente piensas peor de mí porque no estoy viviendo en una chabola vacía sin nada a mi nombre salvo las ropas a mi espalda y una alfombra para meditar?

—Así es como vivió la mayoría de su vida el Maestro Zho, —dijo Theron.

—Él nunca fue Gran Maestro. Disfrutaba de una existencia más simple. Yo tengo ciertas expectativas y obligaciones que debo cumplir, incluso si van en contra de lo que escogería por mí misma.

—Querías verme, —dijo Theron, cambiando de tema. Tras una breve pausa añadió un sarcástico—, madre.

—Tienes todo el derecho a estar enfadado conmigo, —contestó Satele, su voz calmada pero también teñida de vergüenza—. No espero que entiendas del todo por qué tuve que abandonarte, pero deberías saber que es la cosa más difícil que he hecho nunca.

—¿Es por eso por lo que querías verme? —preguntó Theron—. ¿Para decirme que cometiste un error?

—No he dicho eso, —contestó ella—. Por muy duro que fuera, abandonarte era la elección correcta. Lo haría de nuevo.

Theron suspiró.

—Lo entiendo mejor de lo que crees, —dijo él, su voz suavizándose—. No estoy enfadado contigo. Respeto lo que hiciste. Hiciste un sacrificio por el bien de la República.

—Y por ti, Theron, —dijo Satele, acercándose a él y poniendo una mano sobre su brazo—. Sabía que Ngani Zho te criaría bien. Estabas mejor con él que conmigo.

Theron no apartó su mano, aunque se puso rígido incómodamente a su toque. Percibiéndolo, ella retrocedió, aunque su expresión serena nunca cambiaba.

—Cuando veo en lo que te has convertido, —continuó ella—, sé que hice la decisión correcta. Ngani Zho estaría orgulloso de ti, Theron. Yo estoy orgullosa de ti.

—No necesito tu aprobación, —dijo Theron, aunque tuvo cuidado de evitar que el veneno tiñera sus palabras.

—Por supuesto que no, —dijo ella, girándose y caminando de vuelta al centro de la habitación antes de girarse para encararle de nuevo—. Pero la tienes de todos modos.

—¿Hay algo más que querías decirme? —preguntó Theron—. El Maestro Gnost-Dural y yo nos vamos mañana por la mañana.

—Sé que has estado trabajando con Jace Malcom.

—¿Te refieres a mi padre?

—Supongo que era inevitable que lo averiguara, —dijo ella—. Quizás debería habérselo dicho antes.

—Eso es entre tú y él, —insistió Theron—. Estoy feliz con mi vida. Estoy cómodo con quien soy. Nada de esto me importa.

—Pero le importa a Jace, —dijo ella—. No debes albergar ningun amargor en tu corazón hacia mí, pero me temo que él sí.

—Puedo ver cómo eso puede ser un problema, —dijo Theron—. Para la República, quiero decir.

No necesitaba un informe de analíticas para entender que cualquier cosa que pudiera afectar negativamente la relación entre la líder de los Jedi y el Comandante Supremo de todas las fuerzas de la República era un potencial motivo de preocupación.

—Jace es un buen soldado, —le aseguró Satele—. No pondrá sus sentimientos personales por delante de su deber y responsabilidades. Tenemos eso en común.

—¿De verdad? Pensé que ese sería el motivo por el que nunca me hablaste de él. No pensabas que fuera capaz de manejar la carga emocional de un niño.

—No fue eso, —dijo ella, hablando lentamente—. Conozco a Jace de hace muchos años. Luchamos lado a lado, y de verdad nos preocupamos el uno por el otro. Pero mientras la guerra continuaba, sentía que algo cambiaba en él. Temía que pudiera caer al lado oscuro.

Theron realmente rio en voz alta.

—¿Tenías miedo de que Jace Malcom, el Comandante Supremo, traicionara a la República?

—Por supuesto que no, —contestó ella, una sombra de frustración surgiendo a través de su exterior calmado—. Jace siempre será fiel a la República. Pero no tienes por qué seguir a los Sith para ser un agente del lado oscuro. Jace es un buen hombre, pero la guerra dejó su marca en él. Hay demasiada rabia y amargor en su interior. Demasiado odio.

—El odio lleva al lado oscuro, —dijo Theron, haciendo salir las palabras antes de que ella pudiera hacerlo—. Ngani Zho me enseñó todos los tópicos Jedi, —añadió él.

—Te burlas, pero hay verdad en nuestras enseñanzas, —le reprendió ella.

—Guau… suenas igual que mi madre, —bromeó Theron.

—Jace lucha esta guerra a partir de la venganza, —continuó ella, tratando de hacerle ver la urgencia de su advertencia—. Nubla su juicio. Puede hacerle hacer cosas terribles si cree que son necesarias para salvar a la República.

—Eso no suena tan mal para mí, —contestó Theron—. A veces el fin justifica los medios.

—El lado oscuro es traicionero, —advirtió ella—. El odio te transformará en el mismo mal contra el que estás luchando tanto.

—Sé que el Maestro Zho te enseñó esta lección, —añadió suavemente.

—Me enseñó un montón de cosas, —devolvió Theron, su sangre de repente hirviendo—. Antes cuando pensó que iba a ser un Jedi. Pero no soy un Jedi, y tampoco lo es mi padre.

Estaba claro para él ahora lo que estaba pasando. Satele tenía miedo de que Jace fuera de alguna forma a corromperle, y estaba determinada a salvar a su hijo compartiendo su gloriosa sabiduría. Su arrogancia condescendiente encapsulaba todo lo que estaba mal con los Jedi.

—Lado luminoso, lado oscuro… esas son sólo palabras vacías, —continuó él, su voz alzándose hasta un grito—. Sólo hay dos lados que me importan: nosotros y ellos. ¡República o Imperio!

—No era mi intención molestarte, —dijo ella.

—Por supuesto que no, —contestó Theron—. Eso significaría que estaría mostrando algo de emoción. Y todo lo que sabemos es que no hay emoción, sólo paz. ¿Cierto?

Él esperó a que Satele le ofreciera otro mantra prefabricado Jedi en respuesta, pero la Gran Maestra le cogió por sorpresa.

—Theron, sé que no quieres que sea parte de tu vida, —dijo ella, aparentemente abandonando su discusión a la mitad y cambiando de tema—. Respeto tu elección. Pero sabes dónde encontrarme si alguna vez necesitas mi ayuda. Contacta conmigo y estaré allí. Te lo prometo.

—No malgastes tu aliento, —dijo Theron—. ¿Ya hemos acabado aquí?

—He dicho mi parte, —le dijo ella.

Theron le dio la espalda y marchó sobre las puertas del balcón. Tiró de ellas para abrirlas y trepó por la barandilla, aliviado de dejar a Satele y su insípida filosofía Jedi atrás.

* * *

Satele vio marcharse a Theron, esperando no haber hecho más daño que bien.

El encuentro había sido una batalla constante entre la parte lógica de su mente y los poderosos sentimientos que había sentido brotando en su interior. No había esperado estar tan profundamente afectada meramente por hablar con Theron; incluso aunque él fuera su hijo biológico, ella apenas le conocía. Ya no era parte de su vida, no en ningún sentido real. Y todavía había requerido de todo su entrenamiento para negar las emociones que amenazaban con superarla.

La restricción Jedi contra las uniones familiares tenía más sentido para ella ahora que nunca. Ella nunca podría comprender lo duro que habría sido permanecer en calma y centrada si hubiera criado a Theron ella misma. Todos sus sentimientos habrían sido magnificados mil veces, haciendo imposible no responder a su rabia con todo su ser.

Incluso ahora, varios minutos después de que se hubo ido, todavía podía sentir los efectos de su confrontación. Su corazón estaba latiendo demasiado rápidamente en respuesta a la adrenalina que inundaba su sistema.

—No hay emoción, hay paz, —susurró ella, buscando consuelo en las mismas palabras que Theron le había lanzado a la cara.

Había esperado que ser criado por Ngani Zho, su antiguo Maestro, habría preparado a Theron para entender mejor y apreciar sus miedos sobre Jace. Y era posible que todavía hiciera caso de su advertencia. Satele sospechaba que el enfado de su hijo era más un producto del estrés emocional de enfrentar a su madre más que una respuesta a sus discusiones reales. Una vez que se calmara, había todavía una oportunidad de que pudiera ver su punto.

O quizás tiene demasiado de su padre en él.

Quizás encontrarse con Theron fue un error. Quizás había empeorado las cosas. Quizás estaba equivocada al hablar con Theron a espaldas de su padre.

Debido a su historia, trataba de mantener su relación con Jace estrictamente profesional. Centrándose exclusivamente en sus deberes para la República, evitaban desenterrar recuerdos y sentimientos dolorosos. Pero quizás negar su pasado no siempre era la respuesta.

Quizás era hora de hablar con Jace, no como Gran Maestra al Comandante Supremo, si no como un hombre y una mujer que una vez compartieron un profundo y poderoso amor.

Satele agitó su cabeza. Estaba inquieta e incómoda, incapaz de encontrar un sentido apropiado de calma y equilibrio. Sentía los recuerdos hace tiempo negados surgiendo alrededor de los bordes de su consciencia, despertados por la presencia de Theron. En lugar de apartarlos como había hecho tan a menudo en el pasado, cerró los ojos y se sentó con las piernas cruzadas en el suelo, abriéndose a ellos. Dolorosos como eran, necesitaba aceptar y reconocer su existencia si tenía esperanza de centrar y tranquilizar sus rápidos pensamientos.

* * *

La tienda de comando de Jace era un zumbido de actividad, con soldados corriendo dentro y fuera, mandando informes de estado al recién ascendido general y entregando sus órdenes a sus tropas. Permanecía en una pequeña mesa, mirando sobre un mapa del campo de batalla cubierto con marcadores rojos y azules indicando la posición respectiva del enemigo y las tropas aliadas.

—General Malcom, —dijo Satele mientras entraba en la tienda y se aproximaba a la mesa—. Necesito hablar con usted. A solas.

Ella podía haber esperado hasta que cayera la noche; la mayoría de las noches Jace todavía conseguía escaparse y verla en privado. Pero lo que ella tenía que decir no podía esperar.

Habían conseguido llegar muy lejos guardando su amor —y su relación de seis meses— en secreto. Aproximarse a él en la apertura carecía de discreción, pero no era

de extrañar que un general de la República y una Maestra Jedi discutieran las estrategias en privado, así que su petición probablemente no levantaría sospechas.

—Ya habéis escuchado a la Maestra Shan, —ladró Jace—. Despejad.

Los soldados en la tienda, junto con la media docena de oficiales que servían como sus consejeros en el campo, se movieron con una precisión y eficiencia típica militar, vaciando la tienda en cuestión de segundos.

—¿Qué es, Satele? —preguntó Jace, dejando el discurso formal que había utilizado enfrente de los otros.

Ella escuchó la preocupación y ansiedad en su tono. No le había dicho que estaba embarazada todavía. Ella sólo percibía la vida de unos días creciendo en su interior debido a su poderosa conexión con la Fuerza; pasarían meses antes de que su cuerpo empezara a mostrar ninguna señal física de su condición.

Jace debió haber leído algo en su expresión, después de seis meses de compartir sus más íntimos momentos, era difícil ocultarse nada el uno al otro. Pero Satele no había ido a decirle de su embarazo. No todavía. Había algo más con lo que tenía que tratar primero.

—He oído que estás mandando tropas a las montañas para buscar a los Imperiales que huyeron de la batalla.

Jace asintió.

—Algunos de ellos se rindieron cuando rompimos sus filas, pero la mayoría de ellos están tratando de abrirse camino hacia los espaciopuertos cerca de Gell Mattar para poder salir del mundo.

—Déjales ir, —dijo Satele—. No necesitas cazarlos como animales.

—Si se rinden a las patrullas, no les haremos ningún daño.

—Ellos no lo saben, —le recordó Satele—. Lucharan con miedo por sus vidas, y tu gente no tendrá otra opción salvo contraatacar. Llama a las patrullas y muchas vidas serán ahorradas.

—¡No voy a dejar que los soldados enemigos se vayan y vuelvan al Imperio para que podamos enfrentarlos en otra batalla en algún otro mundo! —protestó él.

—¿Cuántos de ellos realmente volverán al Imperio? —contraatacó Satele—. La mayoría de ellos se deslizarán a otros mundos y desaparecerán en la vida civil.

—No estoy de acuerdo, —dijo él—. Y es decisión mía, no tuya.

—Esa decisión está guiada por la rabia y el odio, —le advirtió Satele.

—¡Por supuesto que sí! —gritó Jace—. Has visto de lo que son capaces. Has visto la muerte y el horror que han descargado sobre mundos inocentes. ¡Se supone que les odiamos! ¡Son el enemigo!

Hubo un silencio repentino, la furia de sus palabras momentáneamente aturdiéndolos en el silencio. Entonces Jace llegó alrededor desde detrás de su mesa y puso sus manos en los hombros de Satele.

—Lo siento, Satele. No es como suena. Pero no puedo hacer lo que tú haces. No puedo sólo apartar todo el dolor que el Imperio ha provocado.

—La venganza no aliviará ese dolor, Jace.

—Cuando la guerra acababa de empezar, solía tener una lista de cada amigo que había visto morir en combate, —le dijo Jace—. Recitaba sus nombres cada noche antes de irme a dormir, tratando de recordar sus caras. Aferrándome a sus recuerdos.

—Conforme la guerra continuó, la lista se hizo más larga. Después de un par de años era demasiado larga para que la recitara cada noche. Entonces se volvió demasiado larga para que siquiera los recordara a todos. Cientos y cientos de buenos hombres y mujeres, sus vidas tomadas por el Imperio.

—Y cada soldado Imperial que no es capturado o matado es alguien que puede añadir otro nombre a esa lista, —continuó Jace—. Es por eso por lo que tengo que mandar mis patrullas. Es por eso por lo que tenemos que cazar al enemigo como si fueran animales. Le debo eso a los nombres de esa lista.

Satele permaneció en silencio mientras hablaba, pero sus palabras la llenaban de horror y temor. Ella sabía que Jace era leal, pero nunca imaginó que su lealtad a sus amigos caídos sería el catalizador para tanta rabia.

—Matar a los Imperiales no te devolverá a la gente de la lista, —le dijo ella.

—Matando Imperiales es como ganamos esta guerra, —le dijo él—. Y ganar la guerra es la única forma de parar de añadir nombres a mi lista.

—Ese es un camino peligroso, Jace. Estas cogiendo el amor por tus amigos y convirtiéndolo en algo oscuro y retorcido. Algo que te llevará al mal.

—No vemos las cosas de la misma forma, —explicó Jace—. Yo no soy un Jedi.

—¿Y si me pasara algo a mí? —preguntó Satele—. ¿Qué pasa si un día añades mi nombre a tu lista? —en silencio añadió: ¿o el de tu hijo?

La expresión de Jace era desalentadora.

—Haría llover la destrucción sobre el Imperio, —dijo él en silencio—. Destruiría sus ciudades y haría arder sus mundos.

—Eso no es lo que yo querría.

—Lo sé, —contestó Jace—. Pero no puedo evitar ser quien soy. —Tras un par de segundos añadió—. Y no creo que seamos realmente tan diferentes. Si algo me ocurriera, no creo que pudieras pretender que no te importa. Creo que en tu dolor y rabia te lanzarías contra el Imperio, también.

—Ese no es el camino Jedi, —dijo ella, pero incluso mientras decía las palabras se preguntaba si Jace tenía razón.

¿Cómo podría no odiar al Imperio si se llevaban al hombre que amaba? ¿Cómo podría no odiarles si tenían la sangre de su hijo nonato en sus manos?

—Yo… yo no soy una soldado, —dijo ella, su voz insegura mientras daba un paso atrás de él—. Soy una Jedi.

—Está bien, Satele, —dijo Jace, caminando hacia ella y extendiendo su mano.

Ella se giró y se apresuró desde la tienda, ignorándole mientras él gritaba que esperara. Ella huyó más allá del perímetro del campamento y hacia la cobertura de la oscuridad de la noche, donde finalmente se detuvo y colapsó en el suelo. Su aliento

estaba llegando en jadeos entrecortados que rápidamente se convirtieron en sollozos trabados mientras estaba atrapada en una avalancha de emociones poderosas. Las lágrimas vinieron después, y ella no trató de detenerlas.

Lloró por varios minutos antes de recomponerse lentamente. El flujo de lágrimas se secó y sus sollozos se volvieron un ritmo reconfortante de inhalar-exhalar.

Ella reconoció que esa parte de su reacción era debido a las hormonas circulando a través de su cuerpo embarazado, y parte de ello era debido a su todavía lucha por aceptar el hecho de que iba a tener un niño. Pero eso no podía explicarlo todo.

Había percibido el odio y la oscuridad en el interior de Jace antes, aunque había llevado hasta el inminente nacimiento de su hijo el hacer que se enfrentara a él sobre ello. De lo que no se había dado cuenta era que el mismo potencial para el odio y la rabia acechaban en su interior, también.

Sus sentimientos por Jace eran demasiado fuertes. Si algo le ocurriera, ella temía que todo su entrenamiento Jedi no sería capaz de salvarla de buscar venganza contra el Imperio. Con su hijo, sabía, sería incluso peor.

—Este camino lleva al lado oscuro, —dijo ella, y en ese momento de claridad Satele sabía lo que tenía que hacer.

Satele abrió sus ojos mientras los recuerdos se desvanecían. Todavía dolían, incluso tres décadas después. Tanto como quería creer que podía dominar y controlar sus emociones, cuando se trataba de Theron y Jace tenía que reconocer que simplemente eso no era posible. Siempre evocarían una poderosa reacción en ella; era una debilidad que tenía que aceptar.

Si se enfrentara a Jace sobre su influencia potencialmente dañina sobre su hijo, sólo haría las cosas peor. Como Theron, reaccionaría a su interferencia con rabia, y ella inevitablemente respondería por igual. Mejor no involucrarse más.

Ella los había cortado de su vida por un motivo: era la única forma de que ella pudiera servir por completo a la República. Había sacrificado su oportunidad de tener una familia y una vida normal cuando escogió la Orden, y —por muy duro que fuera— no podía volver atrás en esa decisión ahora.

CAPÍTULO 20

GNOST-DURAL YA ESTABA ESPERÁNDOLE cuando Theron llegó a la lanzadera. Esperaba que le preguntara si había hablado con Satele, pero el kel dor no lo sacó.

—¿Así que dónde encontraremos a ese contacto tuyo?

—Puerto Jigani, —dijo Theron—. En Desevro.

Rastrear a Teff'ith no había sido difícil; el SIE tenía una red de informadores bien establecida en todos los espaciopuertos principales que no estaban bajo control Imperial. Tener información de los movimientos de la gente que pasaba por los puertos en los mundos Hutt o en los sectores no afiliados como la Hegemonía de Tion era un procedimiento rutinario, dado el objetivo no iba a llevar pasos insólitos para ocultar su identidad.

El propósito de la red no era realmente permitir a Theron tener actualizaciones regulares de una criminal a tiempo parcial de la Hermandad de la Antigua Tion, pero no era el único agente que utilizaba los recursos del SIE para rastrear a individuos por motivos no oficiales. El Director normalmente hacía la vista gorda a esas violaciones menores si los agentes no abusaban del todo del sistema, aunque ahora que Teff'ith realmente podía ser útil para la República no había motivo para preocuparse por ser discreto.

Mientras el Jedi introducía las coordenadas en el ordenador de navegación del *Prosperidad*, la mente de Theron seguía divagando en su encuentro con Satele y sus advertencias sobre Jace. No era que él perdiera su compostura. Satele no había hecho o dicho nada que no encajara con lo que esperaba de una Maestra Jedi. Realmente no debería haberle desatado de la forma en que lo hizo.

—Prepárate para el despegue, —dijo Gnost-Dural.

Theron entendió que en el gran esquema de las cosas, los Jedi eran buenos para tenerlos alrededor, la República no habría sobrevivido sin ellos. Y aunque debía haber diferencias entre cómo percibían la guerra contra el Imperio y cómo el resto de la República la veía, al final estaban todos en el mismo lado. ¿Así que por qué se había lanzado tan intensamente contra Satele? ¿Era porque, como Gran Maestra, todas las trazas estereotipadas de los Jedi que encontraba tan irritantes estaban amplificadas en ella? ¿O era sólo porque era su madre?

Su lanzadera despegó hacia el cielo, rompiendo la atmósfera de Coruscant un par de segundos después. Una vez que alcanzó las carreteras de vuelo orbitales del planeta, Gnost-Dural le dio a la palanca e hicieron el salto al hiperespacio. Mientras el campo estelar a través de la ventana de la cabina de mandos se convertía en un borrón blanco, Theron decidió que debía también pasar el tiempo averiguando si su compañero compartía las opiniones de Satele sobre el Comandante Supremo.

—Me encontré con la Gran Maestra Shan, —dijo él.

—Bien, —contestó Gnost-Dural—. ¿Confío en que el encuentro fue bien?

Theron no sabía si el kel dor sabía que Satele era su madre, así que decidió no mencionarlo.

—Tiene ciertas preocupaciones sobre Jace Malcom. Está preocupada por que esté siendo dirigido por el odio y la venganza. Tiene miedo de que pueda caer en el lado oscuro.

—La Gran Maestra Shan lo conoce mejor que yo, —admitió Gnost-Dural—. Sirvieron juntos muchas veces. Es posible que viera algo en él que le perturbara.

—No suenas muy preocupado por ello.

—Es un miedo común en nuestra Orden cuando trabajamos con los militares, —explicó Gnost-Dural—. Los Jedi no somos soldados; no nos aproximamos a la guerra con la misma mentalidad. Los tiempos de conflicto y sufrimiento galáctico inevitablemente forzarán a la República a una lucha entre la oscuridad y la luz. Como Jedi, es nuestro rol tratar de mantener a la República en el camino apropiado.

—A veces, esto puede llevar a la tensión y al conflicto, particularmente cuando se trata con alguien con tanta fuerza de voluntad como Jace Malcom. Pero no significa que no estemos todos trabajando para conseguir las mismas metas.

—Suena bastante razonable cuando lo dices así, —dijo Theron.

—Estoy sorprendido de que la Gran Maestra Shan no te explicara esto ella misma.

—Quizás lo intentó, —admitió Theron—, pero las palabras que utilizó realmente no funcionaron.

—A veces las personalidades chocan. Incluso la Gran Maestra no es la profesora adecuada para cada estudiante, —denotó Gnost-Dural.

Theron se resintió momentáneamente ante la implicación de que él estaba aprendiendo a los pies de Gnost-Dural, pero rápidamente apartó su irritación. El kel dor no había querido decir nada con sus palabras; sólo era una forma rara que los Jedi tenían de hablar lo que hacía que los tipos normales sintieran que estaban siendo condescendientes.

Quizás la mitad del problema eres tú, se reprendió a sí mismo. *Tienes que dejar de ser tan sensible.*

Él bostezó de repente, al tanto de lo cansado que estaba. No había dormido bien después de su encuentro con Satele.

—Voy a dar una cabezada, —dijo él—. Despiértame cuando lleguemos a Desevro.

Las autoridades de aduanas en el Puerto Jigani no eran para nada como la seguridad Imperial en Ziost. No requerían papeles de permisos o aprobaciones o siquiera un registro de nave oficial. Todo lo que querían era que alguien pagara la fianza de amarre de cincuenta créditos y un depósito de cien créditos en el hangar.

Theron los pagó de su propio bolsillo, sin preocuparse por conseguir un recibo para que pudiera pedir un reembolso después. No estaba seguro cuánto de esta misión venía del bolsillo del SIE, pero considerando que los Jedi habían suministrado la nave no le importaba pagar la factura del parking.

—¿A dónde ahora? —preguntó Gnost-Dural a Theron mientras pagaba al oficial de aduanas.

—Si conozco a Teff'ith, estará vagando alrededor del punto más sucio, más nauseabundo, más peligroso para tomar un trago en este lugar.

—Eso debe ser el Dedo Torcido, —contestó el agente de aduanas—. No estoy seguro que sea vuestro tipo de sitio, compañeros, —dijo él, mirando a la lujosa lanzadera del Jedi—. ¿Quieren que organice una escolta de seguridad?

No era difícil entender su preocupación. Gnost-Dural estaba llevando ropas insulsas en lugar de su atuendo Jedi, y su sable láser estaba anclado fuera de la vista. Theron se había puesto sus brazaletes personalizados, con un complemento completo de dardos de toxinas y un láser de precisión recargado. Pero no todo el mundo se daría cuenta de que eran más que sólo una elección estilosa de guardarropa, y el único bláster en sus caderas parecía tristemente subestimado para el tipo de gente que solía correr vagando por los sórdidos antros de Puerto Jigani.

—Podemos manejarnos nosotros mismos, —le aseguró Theron—. Sólo señálanos la dirección correcta.

Cuando alcanzaron el Dedo Torcido, era todo lo que Theron había esperado: débilmente iluminado para ocultar el polvo y la mugre, y desbordado con un surtido diverso de matones y criminales fuertemente armados. La música de una banda ligeramente pasada de moda salía por la puerta, junto con el clamor de los clientes habituales gritando para que se les escuchara por encima de la música.

Un par de grandes nikto sentados junto a la puerta saltaron mientras entraban, bloqueando su camino.

—Carga de coste para entrar, —dijo el grande de los dos—. Cincuenta créditos cada uno.

Theron dudaba mucho que realmente trabajaran para el bar, pero no veía el sentido en empezar algo. Antes de que pudiera sacar más créditos, sin embargo, Gnost-Dural intervino.

—No hay coste para nosotros, —dijo él, haciendo un gesto con su mano enfrente de él en un gesto casi hipnótico—. Somos amigos del dueño.

—Supongo que podemos dejaros pasar, —contestó el nikto más pequeño mientras él y su amigo daban un paso a un lado—. Viendo cómo conocéis al dueño.

Una vez que estuvieron dentro, Theron se inclinó lo suficientemente cerca para que Gnost-Dural le escuchara por encima de la música y el escándalo general de la multitud.

—¿Sabes cuán fácil sería mi vida si pudiera aprender ese truco? —dijo él—. Es lo mejor de ser un Jedi, si me preguntas.

—No funciona en todo el mundo, —le recordó Gnost-Dural—. Sólo en aquellos con mente débil. Los nikto son particularmente susceptibles.

Se abrieron paso a través del laberinto de mesas y sillas, los ojos de Theron escaneando el bar por una twi'lek de piel amarilla. La avistó sentada en una mesa en la esquina trasera con un rodiano de aspecto flacucho.

Theron había esperado que estuviera sentada sola; Teff'ith normalmente no hacía amigos.

—Ahí está, —le dijo a su compañero—. Será mejor que me dejes hablar a mí.

Mientras se acercaban, podía ver que el rodiano estaba hablando animado con Teff'ith. No podía averiguar las palabras, pero los labios del rodiano se estaban moviendo, sus orejas se estaban sacudiendo, y sus manos gesticulaban salvajemente. Teff'ith por otra parte, apenas le estaba prestando atención. Parecía aburrida, o quizás borracha, sentada aplastada adelante en su asiento con sus manos plegadas en su regazo bajo la mesa.

—Hola, Teff'ith, —dijo Theron cuando alcanzaron la mesa—. ¿Te importa si nos sentamos?

Su postura descontenta se desvaneció mientras sacaba un bláster de debajo de la mesa; claramente lo había tenido en su regazo todo el tiempo. Los ojos del rodiano se abrieron como platos, entonces volvieron a la normalidad una vez que se dio cuenta que no estaba apuntando la pistola hacia él.

—Te vi por la habitación, —le dijo Teff'ith a Theron—. Demasiado abarrotada para dispararte hasta que te acercaras.

Pese a sus palabras, Theron sabía que no tenía intención realmente de apretar el gatillo. No a no ser que le diera una razón para hacerlo.

—Voy a contar hasta tres para que te vayas, —dijo ella, su básico de acento raro todavía tan imposible de ubicar como Theron recordaba.

—No hay necesidad de la pistola, —dijo Gnost-Dural, su mano haciendo el mismo gesto lento que había usado en el nikto de la puerta—. Aquí somos todos amigos.

Una extraña mirada cruzó la cara de Teff'ith y la punta de su bláster se hundió momentáneamente, sólo para volver a alzarse y tomar una puntería mortal hacia el abdomen de Theron.

—No somos amigos. Uno.

—No te estoy vigilando, —le aseguró Theron—. Sólo estoy aquí para hablar de negocios.

—No estoy interesada. El trato era que nos dejaras en paz. Dos.

—El trabajo se paga bien, —continuó Theron—. Si eres capaz de hacerlo.

—Quizás deberíamos escucharle, —metió baza el rodiano.

Teff'ith le miró, antes de volver la mirada de nuevo a Theron.

—Vebb nos ha convencido, —dijo ella, poniendo el bláster en la mesa—. Siéntate. Habla. Te escuchamos. Entonces te disparamos.

Theron y Gnost-Dural se acomodaron en dos asientos libres en la mesa.

—¿El cabeza-fea tiene un nombre? —preguntó Teff'ith, señalando al kel dor.

—Gnost-Dural, —respondió él, siquiera ligeramente ofendido por el insulto.

—Maestro Gnost-Dural, —aclaró Theron—. Es un Jedi. Como el Maestro Zho.

—Zho no era como cualquier otro Jedi, —gruñó Teff'ith, y Theron no podía discutírselo.

—Tu asistencia en Ziost fue bastante útil, —dijo el kel dor, tratando llegar a su parte buena.

—¿Estás haciendo tratos con externos a las espaldas de Gorvich? —dijo Vebb, agitando su cabeza—. Ese es un mal negocio, Teff.

Teff'ith dio a Gnost-Dural una mirada enojada antes de volver su atención de nuevo a Theron.

—¿Dijiste que tenías otro trabajo?

—Todo el mundo sabe que la Hermandad hace contrabando en las estaciones del espacio Imperial, —dijo Theron, hablando rápidamente—. Tú tienes los contactos, tú tienes los códigos de aterrizaje, y tú tienes las naves.

—Sabemos lo que tenemos. ¿Adónde quieres llegar?

—Quiero que nos ayudes a entrar en una de las estaciones espaciales.

—¿En cuál?

—En realidad no lo sabemos todavía. Va a ser una cosa del tipo de última hora cuando ocurra.

Teff'ith agitó su cabeza.

—No puedo ayudar.

—¿De qué estás hablando, Teff? —exclamó el rodiano—. Gorvich puede hacer todo esto sin problemas.

—Cállate, Vebb, —gruñó Teff'ith. Girándose a Theron dijo—. Demasiado peligroso. Otra misión loca. —Señalando con la cabeza en dirección a Gnost-Dural añadió—. Otro Jedi loco.

—Vamos, Teff'ith. Ni siquiera tienes que involucrarte. Sólo prepara otro encuentro con alguien que pueda ayudarnos.

—Ya he preparado un encuentro para ti, —dijo ella—. Uno por cliente.

—No lo hagas por mí, entonces, —dijo Theron, sacando la última carta por jugar—. Hazlo porque es lo correcto. Hazlo porque Ngani Zho habría querido que nos ayudaras. Es lo menos que puedes hacer por él, ahora que se ha ido.

—La deuda de Zho no es transferible, —dijo ella, pero Theron podía ver su resolución suavizándose ante la mención de su antiguo amigo. Teff'ith no había estado con Zho demasiado, pero sabía que habían formado una unión poderosa. Su mentor tenía ese efecto en la gente.

—Lanzaré créditos suficientes para atragantar a un bantha, —ofreció Theron.

—Está bien, —finalmente aceptó ella—. Te llevaremos con Gorvich, pero eso es todo. Entonces desapareces. De verdad esta vez.

—Por supuesto, —le prometió Theron—. No lo haría de otra forma.

CAPÍTULO 21

APIÑADO CON GNOST-DURAL en la parte trasera del speeder aéreo que les llevaba desde el Puerto Jigani a la ciudad cercana de Maslovar, Theron estaba convencido de que podían caer del cielo en cualquier momento. El zumbido agudo constante del motor hacía la conversación imposible, y cada pocos minutos el piloto tenía que llevarles a una altura de sólo unos metros sobre la superficie pantanosa de Desevro para evitar que el elevador repulsor se sobrecalentara. Los estabilizadores no eran mucho mejores, y cada vez que una ráfaga de viento les golpeaba el speeder amenazaba con volcar.

El vuelo duró sólo veinte minutos, pero para el momento que tocaron tierra en el centro de la ciudad, el estómago de Theron estaba tratando de trepar hacia arriba y salir por su garganta.

—¡El mejor hotel de Maslovar! —proclamó su piloto mientras sus pasajeros salían del asiento trasero.

Mirando al edificio dilapidado ante ellos, Theron estaba convencido de que tenía que haber una mejor opción. Pero no estaba dispuesto a volver al speeder pronto.

Quizás no sea tan malo como parece, pensó en silencio mientras recogían sus bolsas y se dirigían al interior.

Teff'ith había accedido a organizar un encuentro con Gorvich a tres días desde ahora. Theron no estaba contento con el retraso, pero ella insistió en que llevaría algún tiempo reunir todo lo que necesitarían para pasar por la seguridad Imperial en cual fuera la estación espacial que terminara siendo su destino. Hasta entonces, no había nada que hacer para Theron y Gnost-Dural salvo esperar.

Le habían pedido a Teff'ith que les recomendara un lugar donde quedarse; viendo dónde les había mandado dejaba claro que no se alegraba de trabajar con él.

—Necesitamos una habitación, —dijo Theron en el mostrador de registro—. Tres noches. Dos camas.

La mujer de detrás del mostrador no habló mientras golpeaba los botones de su consola. Finalmente produjo un par de tarjetas llave.

—Sesenta créditos por noche. Pago por adelantado.

Theron deslizó los créditos por el mostrador, y ella les dio las tarjetas llave

—Nivel seis. Última planta. El turboascensor está roto.

Theron se preparó para lo peor mientras entraba en la habitación, y no fue decepcionado. Un hedor inidentificable pero distintivamente desagradable les abofeteó conforme deslizaron la puerta para abrirla, y Theron estaba seguro que había escuchado el correteo de una alimaña corriendo para esconderse mientras él encendía las luces.

—No hay comodidad, sólo suciedad, —musitó él.

—Podemos volver a la lanzadera, —sugirió Gnost-Dural—. Hay dormitorios, una ducha, y un servicio a bordo.

—Creo que el suelo de la lanzadera sería más cómodo que este lugar, —estuvo de acuerdo Theron—. Pero necesito un par de minutos antes de que pueda soportar otra vuelta en speeder como la última.

—Tú y Teff'ith tenéis una relación interesante, —dijo Gnost-Dural.

—No es realmente una relación, —explicó Theron—. Ella sólo es uno de mis contactos.

—Ella es claramente más que eso, —contraatacó Gnost-Dural.

—Ngani Zho vio algo en ella. La tomó bajo su cuidado. Supongo que me siento responsable por ella ahora que él se ha ido.

—¿Sientes algo por ella?

Theron se rio.

—No como sugieres. Ella es más como una hermana pequeña. Molesta, siempre metiéndose en problemas, pero sabes que hay bien enterrado en alguna parte en su interior profundo.

—Debe estar enterrado muy profundo, —denotó el Jedi—, para que ella te mande a un lugar como este.

—No nos va a traicionar, —le aseguró Theron.

—¿Por su respeto hacia el Maestro Zho?

—No es sólo eso. Tiene honor.

Podía haberme abandonado en la nave insignia de Darth Mekhis. Podía haber cogido mi lanzadera y dejarme morir allí cuando se autodestruyó. Pero no lo hizo. Esperó mientras todo el lugar estaba colapsando a su alrededor. Me dio tiempo para volver a la lanzadera.

—No me extraña que sea hostil, —dijo el Jedi—. Ella salvo tu vida, y ahora tú vienes y le pides otro favor. Tú eres el que está en deuda con ella.

Antes de que Theron pudiera contestar, el implante cibernético de su oído derecho zumbó.

—Aguarda, —le dijo a Gnost-Dural, alzando una mano por silencio—. Llamada entrante del Director.

Él susurró,

—Acepto la entrada, —antes de decir en voz más alta—. Director… ¿alguna noticia?

—El pájaro está volviendo al nido, —dijo el Director—. El que hay en el árbol manax.

Del informe de analíticas, Theron sabía que sólo había un puñado de estaciones espaciales Imperiales lo suficientemente grandes para acomodar a un navío del tamaño de la *Lanza*. Sólo una estaba en un sistema con la misma letra que *manax*: la Estación Reaver en el sistema Marranis en el Borde Exterior.

—Copiado. ¿Qué hay en el horario?

—Aterriza mañana. Debería estar chapoteando en el estanque para pájaros dos días antes de volar al sur por el invierno.

—Lo pillo. ¿Algo más?

—Nada relevante, —dijo el Director tras una breve pausa—. Buena suerte, —añadió, terminando la llamada antes de que Theron pudiera hacer más preguntas.

—Desconectar, —susurró Theron mientras la estática del canal abierto siseaba suavemente en su oído.

Esperó a que el comunicador cliqueara antes de decir a Gnost-Dural,

—La *Lanza* va a amarrar en la Estación Reaver para darle a la tripulación dos días de D y R.

—¿Cuándo?

—Mañana. En el momento en que nos encontremos con el contacto de Teff'ith ya habrán vuelto al servicio activo.

—Pueden pasar semanas, incluso quizás meses, antes de que la *Lanza* amarre de nuevo, —advirtió Gnost-Dural.

—Necesitamos convencer a Gorvich de que se mueva un poco más rápido, —estuvo de acuerdo Theron.

Theron no creía que fuera posible, pero el speeder que les llevó de vuelta al Puerto Jigani estaba incluso en peor forma que el anterior. Pero su estómago no estaba sacudiéndose cuando aterrizaron esta vez; estaba demasiado centrado en la misión.

Volviendo al Dedo Torcido, encontraron a Teff'ith y a su amigo rodiano todavía sentados en la misma mesa donde les habían dejado una hora antes.

—¿No os ha gustado el hotel? —preguntó Teff'ith cuando les vio aproximarse.

—Cambio de planes, —dijo Theron—. Necesitamos ver a Gorvich hoy. Ahora mismo.

La twi'lek agitó su cabeza.

—Imposible. Tres días, ¿recuerdas?

—No estoy jugando, Teff'ith.

Algo en su voz hizo que se diera cuenta, y ella dejó salir un largo suspiro.

—Te llevaremos con Gorvich. Síguenos.

En el instante en que Gorvich abrió la puerta de su apartamento, a Theron le desagradó. Estaba vestido con unas ropas caras, del todo a la moda: pantalones ajustados, oscuros y una camiseta estampada hecha de cara seda de Saava. Llevaba varios anillos ostentosos, y una cadena gruesa de oro colgaba de su cuello. Su pelo era rubio, sus características regulares, pero había algo desagradable en su aspecto —una expresión en su cara y en su forma de ser— que elucidaba un poderoso sentido de repulsión, su voz arrogante, burlona, y obsesionada consigo mismo todo el rato.

—Hey, Rayo de Sol, —dijo a Teff'ith a modo de saludo, mostrándole una sonrisa lasciva que hizo a Theron querer golpear su nariz—. ¿Son estos los grandes clientes de los que me hablaste?

—Gorvich, Theron, —dijo Teff'ith, haciendo su presentación tan breve como fuera posible—. Vosotros dos habláis. Estamos en paz.

Gorvich rió.

—Rayo de Sol todavía no ha sucumbido a mis encantos, pero ya llegará. Todas lo hacen. Tengo una relación especial con las mujeres.

—Sigue hablando, —dijo Teff'ith, tocando la empuñadura de su bláster—. Hazlo y nunca volverás a tener una relación especial.

Él respondió con un guiño y otra risa antes de volver su atención a Theron.

—Entra. Hablemos de negocios.

Los tres le siguieron a la sala de estar. Aunque el apartamento era pequeño, estaba bien amueblado. Theron se dio cuenta de que todas las piezas parecían nuevas, y parecían más hechas para un lugar más grande.

Está probando un poco de éxito, pensó Theron. *Supone que se mudará a cosas más grandes y mejores en un futuro cercano*.

Gorvich se acomodó en una silla de tamaño desproporcionado, pero no invitó a sus invitados a sentarse. En su lugar, les dejó de pie de forma extraña en el centro de la habitación.

Trata de hacernos sentir incómodos. Inferiores. Como si fuéramos sirvientes esperándole.

—He oído que necesitáis subir a bordo de una estación espacial Imperial, —empezó Gorvich—. Vais a tener que reunir papeles de permiso para todas ya que no sabéis cuál queréis visitar. Tengo que cargaros un extra por eso.

—Sabemos dónde vamos ahora, —le dijo Theron—. A la Estación Reaver.

—Aún así tengo que cargaros un extra, me temo, —dijo Gorvich con un encogimiento de hombros afectado—. He empezado el papeleo cuando Teff'ith llamó por primera vez.

—Bien. Como sea, —dijo Theron, sabiendo que no tenía tiempo de discutir—. Pero necesitamos irnos hoy o el trato se ha acabado.

—Debes haber inhalado algo de la atmósfera de tu colega kel dor. Esa cosa pudrirá tu cerebro. No hay forma de que pueda reunirlo todo hoy.

—Es hoy o nunca, —insistió Theron.

—¿Sabes lo complicado que es esto? Necesitamos uniformes. IDs. Papeles de permiso. Una lanzadera Imperial.

—La Hermandad de la Antigua Tion mueve contrabando de especia y estimulantes por valor de miles de créditos a través de las estaciones espaciales cada semana, —dijo Theron—. ¿Me estás diciendo que no tienes todo eso a mano y preparado para partir?

—Podría rascar algo en las próximas horas, —admitió Gorvich—. Pero voy a tener que cargarte un premium por el aviso de última hora.

—No hay problema, —le aseguró Theron, aunque no estaba seguro de que fuera verdad. Tenía una caja fuerte repleta con treinta mil créditos oculta en un compartimento secreto de seguridad en la lanzadera de Gnost-Dural, pero Gorvich tenía la ventaja y él lo sabía. Era posible que acabaran con un precio ridículo con el que no pudieran llegar con los fondos a mano. Y autorizar más créditos del SIE llevaría tiempo… sin mencionar que, una transferencia de ese tamaño en cualquier cuenta de un planeta gobernado por las

bandas como Desevro iba a atraer con seguridad todo tipo de atención de cualquier involucrado en la transacción.

Theron decidió no sacar esto a la luz, sin embargo. Mejor negociar el trato, entonces tratar de convencer a Gorvich de ajustar un precio menor una vez que ya hubiera hecho el trabajo para tenerlo todo preparado.

—Ya sabes que no puedo hacer nada por tu amigo de ahí, —les dijo Gorvich—. No hay ningún kel dor en el ejército Imperial. Destacan como un pulgar alzado.

—Me quedaré fuera de la vista en la lanzadera, —le aseguró Gnost-Dural—. Supongo que el tipo de permisos que nos procures nos permitirá evitar una búsqueda en nuestro navío.

—Tenemos un par de colegas de seguridad que pagamos para mirar a otro lado.

—¿Así que, tenemos un trato? —Quería saber Theron.

—Todavía no sabéis mi precio.

—Sólo dilo.

—Cuarenta mil créditos.

—Hecho, —dijo Theron sin vacilar, confiando en que su compañero fuera lo suficientemente listo para seguirle el juego. Afortunadamente Gnost-Dural no mostró ninguna reacción.

Dos horas después estaban en el hangar privado de Gorvich mientras les llevaba caminando a través de la lanzadera Imperial que les había provisto. Teff'ith todavía estaba merodeando, aunque no había dicho más de dos palabras todo el tiempo.

—Modelo estándar de la flota Imperial, —dijo Gorvich, señalando a un uniforme plegado sobre la silla del piloto—. Te hace un corporativo. Cualquier rango más alto que este empieza a atraer demasiada atención. ¿Sabes a quién saludar y dónde? La fastidias ahí y la gente empieza a darse cuenta.

—Creo que puedo manejarlo, —dijo Theron. Esta no sería la primera vez que había ido encubierto como un combatiente enemigo.

—Tienes los códigos de permiso programados en el ordenador de la nave. Todo lo que tienes que hacer es mandarlos cuando pidan verificación. Te harán amarrar en el ala C. Tenemos un entendimiento con la seguridad allí. No te deberían dar ningún problema. Después de eso, estás por tu cuenta.

Gorvich se rascó la barba incipiente de su mentón y entornó un ojo hacia Theron.

—Teff'ith nunca dijo por qué vais allí. No estáis vendiendo nada, ¿no? Porque la Hermandad no estará demasiado contenta si les dejáis fuera.

¿De la forma en que tratasteis de dejar fuera a Morbo de vuestro trato en Nar Shaddaa? Pensó Theron.

—Tengo a un primo estacionado en una de las naves capitales, —dijo Theron en voz alta—. Amarrado en la Estación Reaver. Ha acabado con la guerra. Quiere que vaya a sacarle.

—Deserción y abandono del deber, —dijo Gorvich con un asentimiento—. Puedo entenderlo.

—¿Algo más que necesitemos saber? —preguntó Theron.

—Supongo que no. Sólo dame los créditos y estaréis en marcha.

—Están en nuestra nave, —dijo Theron.

—Genial, —dijo Gorvich, frotándose las manos juntas de nerviosismo—. Vamos a por ellos.

Cuando alcanzaron el hangar del *Prosperidad*, Gorvich dejó escapar un largo silbido de aprecio.

—Bonito vehículo, —admitió a regañadientes Teff'ith.

—Espera ahí, —dijo Theron mientras tecleaba el código para abrir la rampa de aterrizaje, entonces subió hacia la lanzadera.

Gnost-Dural no se molestó en ir con él; Theron se alegraba de ver que el Jedi no tenía problema en dejarle llevar el mando cuando era apropiado. Incluso mejor, sabía que su compañero le cubriría las espaldas si algo iba mal, como había hecho en el CCDO en Ziost.

Abrió el panel oculto de seguridad y arrastró fuera la caja fuerte, entonces la llevó bajo la rampa de aterrizaje y la puso a los pies de Gorvich y la abrió.

—¿No es una vista preciosa, Rayo de Sol? —dijo Gorvich.

—Sólo danos nuestra parte, —contestó Teff'ith.

—Dame un minuto para contarlo. Asegurarme de que tus amigos no me la están colando.

—Sobre eso, —dijo Theron—. Hay sólo treinta mil créditos ahí. Es todo lo que tenemos.

—Entonces conseguid más, —gruñó Gorvich.

—No tenemos tiempo, —le dijo Theron—. No estoy seguro de que confíe en nadie de aquí alrededor con ese tipo de transacción de todos modos.

Theron estaba mirando al otro hombre de cerca, preparado en caso de que fuera a por su arma. Disparar a Gorvich arruinaría el plan —los guardias corruptos de la Estación Reaver podrían ser amigos suyos— pero no iba a dejar que Gorvich sacara antes la pistola. En la parte trasera de su mente, se preguntaba de qué lado estaría Teff'ith si las cosas se ponían feas.

—Acordamos cuarenta, —le recordó Gorvich.

—Estoy de acuerdo con eso, —le aseguró Theron—. Treinta ahora y diez cuando volvamos.

—No estoy convencido de que vayáis a volver, —dijo Gorvich—. Necesito los suficientes créditos para cubrir el coste de la lanzadera en caso de que la fastidiéis y los Imperiales no os dejen marchar.

No había forma de que la simple lanzadera de suministros Imperial que Gorvich les estaba dejando mereciera algo por encima de los dos mil créditos, pero Theron no iba a discutir el asunto.

—Te diré qué, —dijo él—. Volvemos, y te damos otros veinte en lugar de diez.

Gorvich estaba en silencio mientras consideraba la oferta.

—Buena cantidad de dinero, Gorvich, —metió baza Teff'ith—. Dinero fácil.

—Está bien, este es el trato, —dijo finalmente—. Treinta por adelantado. Veinte cuando volváis. Y me dejáis los códigos de comando de vuestra lanzadera como colateral.

—¡El *Prosperidad* vale al menos cinco mil créditos por sí mismo! —protestó Theron. *Sin mencionar que Gnost-Dural debe tener información sensible a bordo*.

—Es un buen incentivo para volver, —dijo Gorvich—. No quiero que «rescatéis a tu primo» y lo llevéis a alguna otra parte.

Por su tono estaba claro que no se había tragado la historia encubierta de Theron.

Theron miró por encima a Gnost-Dural, que le dio un leve asentimiento.

—Está bien, tenemos un trato.

—Déjame darle una última vuelta de tuerca, —dijo Gorvich con una sonrisa—. Os lleváis a Teff'ith con vosotros.

—¿Qué? —exclamó la twi'lek—. ¿Por qué?

—No estoy seguro de lo que traman estos dos, —dijo Gorvich—, pero quiero que alguien les eche un ojo. Que se asegure que no hagan nada que vaya a causar problemas a la Hermandad.

—Pues ve *tú*, —escupió Teff'ith.

—Suena un poco demasiado arriesgado para mí. Además, tú eres la que ha arreglado este acuerdo. Eres la que ha hablado por estos dos.

—Sólo quería los créditos, —protestó Teff'ith.

Gorvich se encogió de hombros.

—Ese es el trato, Rayo de Sol. Vas con ellos o cancelamos todo el asunto.

Teff'ith miró a Theron, entonces a Gorvich.

—Quiero una parte mayor. Pago por los riesgos.

—Seguro, Rayo de Sol, —dijo Gorvich—. Te daré unos tres mil extra cuando vuelvas… si vuelves.

Ella se giró hacia Theron.

—¿Nos estás llevando a otra misión suicida?

Él agitó su cabeza.

—Entrar y salir rápidamente, —prometió él—. Un par de horas y estarás volviendo. Dinero fácil.

—Gasta los créditos antes de que volvamos, —advirtió a Gorvich—, y te despertarás con un dedo menos.

—Suena a que tenemos un trato, —dijo él con una sonrisa.

CAPÍTULO 22

COMPARADO AL *PROSPERIDAD*, el interior de la lanzadera de suministros Imperial era estrecho e incómodo. Tenía asientos para cuatro, pero debido a que la parte trasera estaba ocupada por el contenedor de carga, las sillas estaban abarrotadas de dos en dos en la cabina de mandos con apenas sitio para las piernas.

Cuando Theron trató de sentarse en el asiento del piloto, Teff'ith le apartó.

—Tú te sientas atrás, —ordenó ella.

Sabiendo que todavía estaba enfurecida por haber sido forzada a acompañarles en la misión, no se molestó en discutir. Gnost-Dural tomó asiento en la silla del copiloto junto a Teff'ith sin un comentario.

Al menos su uniforme Imperial le queda bien, pensó Theron mientras se apretaba en el asiento tras Teff'ith.

Pero aunque era de la talla correcta, sabía por su experiencia encubierta pasada que el material barato de los puños y el cuello acabarían rozando su piel.

Sólo una razón más para que nadie se alistara jamás con el Imperio.

Un par de minutos más tarde estaban de camino a la Estación Reaver, un viaje que les llevaría duramente diez horas a la velocidad máxima del hiperespacio de la lanzadera. Theron habría estado bien pasando el viaje en silencio, pero Gnost-Dural parecía tener otra idea.

—Tu amigo Gorvich es un hombre desagradable, —le dijo a Teff'ith.

—Gorvich no es un amigo. Sólo trabajo para él. Paga bien.

—¿Así que cuál es la motivación que dirige tu vida? —preguntó el kel dor—. ¿El bienestar material?

—Dile a Cara-fea que no se ponga en plan predicador Jedi, —dijo Teff'ith sobre su hombro a Theron.

—Lo siento, —contestó Theron—. Los Jedi no pueden evitar tratar salvar a alguien que creen que necesita guía moral. Es como una compulsión con ellos.

—No necesito que me salven, —dijo Teff'ith a Gnost-Dural.

—¿No te importa malgastar tu vida rodeada de gente como Gorvich?

—Sólo es una piedra en el camino. No estaré ahí por siempre. Estoy ascendiendo en los rangos de la Hermandad.

—Y cuando lo hagas, averiguarás que los que están al mando son incluso más egoístas, brutales, y sanguinarios que Gorvich, —le aseguró el Jedi.

—¿Por qué vamos en realidad a la Estación Reaver? —preguntó Teff'ith, cambiando de tema.

—Para librar a la galaxia de un gran mal, —contestó Gnost-Dural.

Teff'ith resopló.

—Gorvich es todo un mal. Deberíais librar a la galaxia de él.

—Si lo odias tanto, —preguntó Theron desde atrás—, ¿por qué lo salvaste en Nar Shaddaa?

—No se deja a los compañeros atrás. Incluso a la escoria como Gorvich. Es parte de ser un equipo.

Los pocos siguientes minutos pasaron en silencio antes de que ella volviera a su anterior línea de averiguación.

—¿Qué hay en la Estación Reaver? Necesito saberlo si las cosas se ponen feas.

—No te preocupes, —le aseguró Theron—. Sólo necesitas dejarme allí y esperar dentro de la lanzadera con el Maestro Gnost-Dural un par de horas mientras me ocupo de algunos negocios. Esto es todo. Fácil.

—Demasiado fácil, —contestó Teff'ith—. No es tu estilo.

—Quizás he cambiado.

Otro resoplido de Teff'ith acabó toda la conversación hasta que alcanzaron su destino, y Theron se permitió a sí mismo entrar en un leve trance meditativo —todavía otro truco útil que aprendió de Ngani Zho— para descansar y prepararse para lo que había más adelante.

Cuando finalmente salieron del hiperespacio, tenían una clara vista de la Estación Reaver; el espaciopuerto enorme era del tamaño de una luna pequeña. Luchando por mirar por encima del hombro de Teff'ith, Theron podía averiguar una enorme nave capital amarrada en el otro extremo: la *Lanza Ascendente*.

—Sigue adelante y abre una frecuencia de contacto, —dijo Theron, entonces añadió—: Será mejor que me dejes hablar a mí.

Teff'ith cliqueó el botón de transmisión del panel de control de la lanzadera, pero no le dio oportunidad de hablar.

—Estación Reaver, aquí la lanzadera Imperial TK-37059 solicitando permiso para amarrar, —dijo ella, su básico con fuerte acento desapareciendo mientras su voz se deslizaba a una cadencia precisa, entrecortada común en los ciudadanos del Imperio.

—Copiado, TK-37059. Preparad los códigos de permiso.

—Transmitiendo los códigos ahora, —dijo ella antes de apagar cliqueando el canal de comunicaciones.

—Ya has hecho esto antes, —denotó Gnost-Dural, claramente tan impresionado y sorprendido como Theron—. Tu acento es impecable.

—Es fácil fingir el habla sofisticada Imperial, —añadió ella, quitándole peso al cumplido.

La consola bipeó, y ella presionó el botón para reabrir el canal.

—TK-37059, tenéis permiso para aterrizar, —dijo la voz al otro extremo—. Procedan al Hangar Cuarenta en el ala D.

—Copiado, Estación Reaver, —contestó Teff'ith, entonces apagó cliqueando el canal por segunda vez.

—Pensé que Gorvich había dicho que se suponía que aterrizaríamos en el ala C, —dijo Theron.

—Normalmente lo hacemos, —contestó Teff'ith.

—¿Entonces por qué el cambio?

—Quizás Gorvich nos ha vendido. ¿Quieres volver?

—No, —dijo Theron tras una rápida deliberación—. Sigue adelante y amarra.

Teff'ith llevó la lanzadera a la plataforma de hangar abierta para un aterrizaje y las puertas de la escotilla de aire se cerraron tras ellos. Un par de guardias —ambos humanos, ambos hombres— salieron de una puerta que llevaba a la estación, pero no actuaron como si esperaran algo fuera de lo normal.

—Esperad aquí, —dijo Theron a los otros dos—. Pero preparaos para abandonar si algo se sale del camino.

Saliendo de la lanzadera, se aproximó a los dos guardias, tratando de parecer casual incluso mientras su mente estaba corriendo. No era una emboscada lo que les esperaba, así que Gorvich no les había traicionado. Pero si esos guardias no estaban en el lío, podrían querer inspeccionar la lanzadera, y Theron no podía dejar que pasara.

—Gorvich no dijo nada de mandar una cara nueva a esta entrega, —dijo uno de los guardias.

Theron dejó salir un suspiro de alivio.

—Me dijo que se suponía que amarrábamos en el ala C, —dijo Theron, dirigiéndose al matón a tiempo parcial que trabajaba para la Hermandad de la Antigua Tion—. Me tenía preocupado.

—El ala C está reservada para esa nave capital gigante que viste al entrar. Hemos tenido que desplazar algunos asuntos.

—Podían habernos dado algún aviso, —dijo Theron.

—Se lo dijimos a Gorvich, —contestó el guardia—. Supongo que no te lo pasó.

—Supongo que quería hacer sudar al nuevo, —dijo el otro guardia con una risa.

—¿Dónde está tu amiga? —preguntó el primero—. La de la voz sexy

—Se queda en la lanzadera, —dijo Theron—. Echándole un vistazo al cargamento.

—¿Sí? ¿Cuál es la carga esta vez? ¿Estimulantes? ¿Especia? ¿Holovídeos censurados?

—¿Es esto parte de ser el nuevo? —preguntó Theron—. ¿Gorvich os dijo que malgastarais mi tiempo con todas esas preguntas?

—Sólo tratamos de ser amables, —dijo uno de los guardias—. Quizás podrías dejarnos una muestra gratuita cuando te vayas.

—Creo que hemos acabado aquí, —dijo Theron—. Si seguimos charlando alguien va a sospechar.

—Está bien, —dijo el primer guardia, finalmente cogiendo la pista—. Tenemos otras lanzaderas entrando, en cualquier caso.

—Sólo mantén la cabeza agachada y no hagas nada estúpido, novato, —le advirtió el segundo—. Si te cogen, no te conocemos.

Theron esperó a que los guardias se marcharan antes de volver a la lanzadera.

—Todo está bien, —dijo él, dando una rápida actualización de estado—. Quedaos sentados. Todo va suave y estaré de vuelta en un par de horas.

—Que la Fuerza te acompañe, Theron, —dijo Gnost-Dural.

—No la fastidies, —dijo Teff'ith, ofreciendo sus propias palabras de apoyo.

Theron abandonó la lanzadera y salió del hangar, abriéndose paso hacia la Estación Reaver, maravillándose ante el tamaño y las vistas.

El Imperio entendía la necesidad de dejar al personal militar disfrutar un descanso de su rutina diaria, pero al contrario que la República era paranoica sobre los soldados que desertaban en cuando aterrizaban en un mundo. Para solucionarlo, diseñaron la Estación Reaver para tener todos los entretenimientos que uno podría esperar en una ciudad portuaria planetaria, dándole a los soldados un lugar para relajarse, pero sin dejarles otra opción salvo volver a su nave en cuanto su descanso hubiera acabado. Disperso entre las cuatro plantas del nivel, había un amplio surtido de tiendas, bares, restaurantes, holocines, casinos, campos deportivos, y clubs, todos abarrotados de hombres y mujeres dispuestos a soltarse la melena antes de volver al trabajo pesado y a la disciplina de sus puestos asignados de sus respectivas naves.

El plan de Theron era lo suficientemente simple: colarse en la *Lanza Ascendente* mientras estaba amarrada, meterse en los sistemas del ordenador, y plantar el virus durmiente. Luego, armaría los protocolos de comunicaciones para recibir una transmisión de la República especial que activaría el virus en el momento adecuado. Entonces bajaría de la nave, volvería a la lanzadera y saldría de la estación sin que nadie se enterara.

El hecho de que la Estación Rever fuera una instalación segura militar sólo haría las cosas más fáciles. La única gente a borde o servía en la milicia o tenía una autorización especial para estar allí. Debido a eso, la seguridad en las naves realmente amarradas en la estación debía ser relajada. Para un navío del tamaño de la *Lanza*, habría un constante flujo de hombres y mujeres yendo y viniendo, saliendo hacia la estación para divertirse, luego volviendo a sus búnkeres en la nave para descansar un par de horas antes de salir de nuevo. Como mucho, tendrían que mostrar una ID de a bordo a los guardias estacionados en la entrada del hangar, un gesto al hecho de que nadie sería capaz de recordar los nombres y caras de cada persona que estuviera estacionada en la nave.

Todo lo que Theron tenía que hacer era llevar una ID de a bordo de alguien demasiado borracho para preocuparse o dares cuenta de que la había perdido para poder forjar una copia. Pero primero tenía que averiguar dónde se reunían los miembros de la *Lanza Ascendente*.

Los vínculos entre aquellos que servían juntos en una nave eran fuertes, y la mayoría del personal en marcha tendía a merodear con la misma gente con la que trabajaban día a día. Se congregarían en la misma área general de la estación, su puro número dirigiendo a la mayoría de aquellos en la estación que servían en navíos más pequeños.

Se abrió camino hacia una cabina de información localizada cerca de las plataformas de hangar.

—Bienvenido a la Estación Reaver, Cabo, —dijo la mujer tras el escritorio.

Su voz era alegre y ella tenía una amplia sonrisa incrustada en la cara, pero había algo en sus ojos que hacía pensar a Theron que su alegría era sólo una fachada, el resultado del

entrenamiento Imperial para aumentar la moral de los hombres y mujeres que llegaban para un par de preciosos días de D y R.

—Acabo de llegar de una entrega de suministros, —dijo Theron—. Es mi primera vez aquí. Busco un buen lugar para papear.

—Normalmente sugeriría la Galera de Oro, —dijo ella—. Buena comida, buenos precios, y puede hacer que se lo carguen a su cuenta si anda un poco corto de créditos. Pero no querrá ir allí hoy.

—¿Por qué no? —preguntó Theron, fingiendo ignorancia.

—Hemos tenido la llegada de una nave capital al completo hoy más temprano. Fueron a ese lugar como un enjambre de fefze.

—No tengo prisa, —dijo Theron—. ¿Le importaría decirme cómo llegar?

Seguir las indicaciones de la mujer finalmente llevó a Theron a su destino. La descripción de un enjambre mortal de fefze de la mujer en la cabina de información era precisa: el restaurante y cada establecimiento abierto alrededor de él estaba abarrotado de hombres y mujeres de uniforme. Ellos se desparramaban por las calles, formando colas aleatorias para esperar fuera de las puertas de cada punto que servía comida o bebida.

Theron lentamente se abrió paso a través de la multitud, buscando un objetivo fácil que pudiera proveerle con una ID de a bordo. Muchos de los bares que pasó estaban proyectando la alimentación del holo de noticias Imperial oficial donde la multitud de fuera pudiera verlo como una forma de mantener a la gente a raya de volverse demasiado impaciente y rebelde.

Era difícil escuchar las noticias sobre el ajetreo de la multitud, pero el agudo trino indicando una historia nueva llamó la atención de Theron. Se detuvo y giró su cabeza hacia arriba para escuchar la última propaganda Imperial.

—El Imperio logró una victoria principal sólo hace unas horas con un asalto sorpresa sobre el mundo agrícola de la República de Ruan.

Un ánimo se alzó desde la multitud, pero Theron estaba demasiado aturdido para unirse a ellos. Ruan era un productor principal de comida para Coruscant y varios otros mundos ecumenópolis. Estaba también en las profundidades del espacio de la República, un planeta bastante considerado fuera del alcance del Imperio.

—Las bajas enemigas se estiman en miles, mientras una flota Imperial bajo el mando del Moff Nezzor desató un bombardeo orbital que devastó las instalaciones de producción en la superficie.

Y mató a miles de civiles inocentes en el proceso.

—La flota de la República en el área fue destruida, con los refuerzos enemigos llegando demasiado tarde como para afectar al resultado de la batalla. Una nota de prensa oficial de la oficina del Ministro de Guerra dice lo siguiente:

—«La victoria resonada del Moff Nezzor en Ruan demuestra la fuerza del Imperio y expone la vulnerabilidad de la República. Aquellos que dicen que nuestro enemigo tiene las de ganar en la guerra galáctica deben reconocer claramente este día como una prueba de que el Imperio es más fuerte de lo que lo ha sido nunca. La República es incapaz de

defender sus propios mundos y sus ciudadanos tiemblan ante el poder de la flota Imperial. Su derrota y final rendición es inevitable. Todos veneren al Emperador Inmortal».

Theron se apartó del holo, ignorando las celebraciones estridentes de aquellos a su alrededor. Por muy malo que hubiera sido el ataque, lo que representaba era aún peor. El holo clamaba que las naves capitales habían estado involucradas en el ataque; lo que significaba que las órdenes debían haber sido transmitidas utilizando el codificador oscuro. El SIE debía haber sabido que el ataque llegaría, pero de algún modo la República fue cogida completamente sin preparar. No tenía sentido.

A no ser que nuestro codificador ya no funcione.

El darse cuenta hizo a Theron sentirse físicamente enfermo. Necesitaba hablar con el Director. Necesitaba saber qué había ido mal. Si había una fuga en las analíticas del SIE, podían fastidiar toda la misión.

Abandonando la multitud todavía animada alrededor de la Galera de Oro, corrió de vuelta al hangar donde habían amarrado y trepó hacia la lanzadera.

—¿Por qué vuelves tan pronto? —exigió Teff'ith mientras Theron corría hacia ellos.

—Algo va mal, —dijo él, dirigiéndose a Gnost-Dural—. Necesito hablar con el Director. O con Jace. Quizás ambos.

—Imposible, —dijo el Jedi—. No tenemos un canal seguro.

Theron se apresuró a la cabina de mandos. Rápidamente supervisó el hangar a través de la ventana hasta que avistó una terminal de comunicaciones en la esquina.

—Puedo colarme en los canales de comunicación Imperiales, —dijo él—. Montar nuestra señal en la red segura de la estación. Mezclarla con una encriptación básica del SIE y lanzarla a través de una docena de relés para que nadie sepa dónde se originó.

—Nos debería dar un minuto o dos de tiempo seguro.

—Suena arriesgado, —dijo Teff'ith.

—No tenemos elección, —insistió Theron, todavía hablando a Gnost-Dural.

—Haz lo que tengas que hacer, —dijo el Jedi.

Theron salió de la lanzadera y corrió a la terminal de comunicaciones, sacando su púa cortadora de diseño personalizado del bolsillo de las caderas de su uniforme. La púa era pequeña, cerca de dos veces el tamaño y grosor de un bolígrafo, con un pequeño cable de interfaz extendiéndose varios centímetros desde el fondo. Conectó el cable en uno de los puertos de acceso del terminal y encendió la púa. Un segundo más tarde la señal de corto alcance de la púa se sincronizó con los implantes cibernéticos de Theron, permitiéndole interactuar directamente con la red de comunicaciones de la Estación Reaver.

Sus dedos volaron por el teclado mientras la púa liberaba ríos de datos en sus implantes. Sólo le llevó un minuto abrirse camino a través de los varios niveles de seguridad electrónica y ganar acceso ilimitado al núcleo de los sistemas operativos de la red. Le llevó un par más de minutos preparar la encriptación y el sistema complicado de saltos de relé, pero era una precaución necesaria. Los utilizaría para conseguir un par de

minutos de transmisión segura antes de que los sistemas automáticos de la red de la estación respondieran a la intrusión no autorizada y los cerrara.

Corrió de nuevo a la lanzadera y trepó dentro.

—Lo tengo, —dijo él mientras se acomodaba en el asiento del piloto. Gnost-Dural y Teff'ith se apiñaron a cada lado de él.

Theron conectó el transmisor de la lanzadera, llevándola a la misma frecuencia que la terminal del hangar. Tenía que trabajar rápido así que disparó una señal prioritaria de emergencia al SIE, sabiendo que los protocolos la mandarían inmediatamente al Director donde fuera que estuviera.

Un par de segundos más tarde la voz del Director llegó a través del altavoz de la nave; añadir vídeo a la señal sólo haría las cosas más complicadas.

—¿Theron… qué pasa?

—¿Escuchaste sobre el ataque a Ruan?

—Por supuesto, —dijo el Director—. Estoy debatiéndolo con el Comandante Supremo ahora mismo.

—¿Va todo bien, Theron? —metió baza la voz de Jace—. ¿Desde dónde estás llamando?

—La Estación Reaver.

—¿Estás loco? —escupió el Director.

—Está bien. La señal es segura. Por ahora.

—No puedes saberlo, —insistió el Director—. ¿Y si…?

—No tengo mucho tiempo, —dijo Theron, cortándole—. Creo que la misión ha sido comprometida.

—¿Por qué? —exigió Jace.

—El Imperio debía haber utilizado los codificadores oscuros para transmitir las órdenes a las naves capitales. Deberíamos haber sabido del ataque.

Hubo un momento de silencio al otro extremo de la línea antes de que Jace dijera,

—Lo sabíamos.

—Vosotros… ¿vosotros lo sabíais? —dijo Theron, su mente luchando para asimilar lo que estaba escuchando—. ¿Por qué no estabais mejor preparados? ¿Por qué no hicisteis nada?

—Mandamos suministros médicos, comida, y voluntarios de emergencia, —contestó Jace.

—¿Qué hay de los refuerzos? ¿Por qué estaban demasiado lejos como para llegar a tiempo? Deberíamos haber lanzado una de nuestras flotas.

—No podíamos, —dijo Jace—. El riesgo de avisar al Imperio era demasiado grande. Si encontraban una flota esperándoles en Ruan, sabrían que estábamos interceptando sus transmisiones cifradas.

El horror lentamente se le pasó por la cabeza a Theron mientras se daba cuenta de lo que estaba diciendo Jace.

—Sabíais que el Imperio barrería nuestras naves en Ruan. Sabíais que bombardearían el planeta. ¡Miles de civiles están muertos, y no hicisteis nada por ayudarles!

—No tenía opción, —dijo Jace, su voz fría—. Si no detenemos la *Lanza Ascendente*, no detendremos esta guerra. Estás preocupado por miles de vidas inocentes, pero yo estoy preocupado por millones.

Theron no dijo nada. Se sentó en la silla del piloto, sin palabras mientras la advertencia de Satele corría por su mente:

Jace lucha esta guerra a partir de la venganza. Nubla su juicio. Puede hacerle hacer cosas terribles si cree que son necesarias para salvar a la República.

—¿Theron? —dijo Jace desde el otro extremo de la transmisión—. ¿Theron, todavía estás ahí?

—Estamos aquí, —habló Gnost-Dural.

—Tienes que ver la imagen completa, Theron, —dijo Jace—. Tenemos que esperar a nuestra oportunidad para detener la *Lanza*. No importa lo horribles que sean estos ataques.

—¿Ataques? —dijo Theron, saliendo de su mareo—. ¿Ruan no fue el único?

—Theron, —rompió la voz del Director—. ¡Tu trabajo es subir a bordo de la *Lanza*! Esto no te concierne.

—¿Dónde golpearán después? —Exigió Theron, ignorando al Director—. Jace… ¿dónde?

—Duro, —dijo el Comandante Supremo con un fuerte suspiro—. Van a golpear a los astilleros en treinta y seis horas estándar.

Duro era un mundo fuertemente industrializado y densamente poblado. Aunque el planeta en sí mismo estaba demasiado contaminado para contener vida, billones vivían en las ciudades orbitales sobre él. Un ataque Imperial en Duro tendría un valor mínimo estratégico a largo plazo para el Imperio, pero las bajas para la República eran casi demasiado catastróficas para comprenderlas.

—Tenéis que detenerles, —dijo Theron—. Preparad una emboscada. Abatid a la flota Imperial en el segundo en que entren al sistema.

—Eso no va a ocurrir, —le dijo Jace—. La *Lanza* no va a estar involucrada en el ataque.

—Estamos aumentando las tropas de la República en el sector, —añadió el Director—, pero si las escalamos demasiado rápido el Imperio sospechará.

—Theron, en ocasiones los sacrificios deben hacerse, —dijo Jace.

—¡Pero tienes que trazar la línea en algún punto!

—El Imperio no lo hará. Así que nosotros tampoco podemos.

Satele tenía razón sobre ti, pensó Theron, recordando su última discusión: *El odio te transformara en el mismo mal contra el que estás luchando tanto*.

—No hay nada que puedas hacer para detener esto, Theron, —le dijo el Director—. Así que cumple con tu deber. Completa tu misión. La República cuenta contigo.

La transmisión finalizó abruptamente, aunque Theron no estaba seguro de si le habían cortado o si los sistemas de seguridad automatizados de Reaver finalmente habían hallado sus trucos y desconectado la señal.

CAPÍTULO 23

THERON SE LEVANTÓ del asiento del piloto lentamente, su cuerpo y su mente nublados.

—Theron, —preguntó Gnost-Dural—. ¿Estás bien?

—El Director tenía razón, —contestó Theron—. No hay nada que podamos hacer. Una flota Imperial va a golpear a Duro, y no podemos detenerla.

—Llama de nuevo, —sugirió Teff'ith—. Diles que te vas.

—Puede que haya otro modo, —dijo Gnost-Dural—. Si la *Lanza* fuera parte de la flota Imperial que ataque a Duro, Jace estaría dispuesto a organizar una emboscada.

—Pero no lo es, —dijo Theron, su mente incapaz de seguir adónde se dirigía el Jedi—. La *Lanza* todavía estará aquí cuando Duro sea atacado.

—Quizás no. ¿Puedes mandar otro mensaje?

Theron agitó su cabeza.

—Utilicé cada truco bajo mi manga para mandar ese. Los programas de seguridad de la red automáticamente se ajustan y adaptan a los ataques intrusos. Serán capaces de aislarme casi al instante si lo intento de nuevo. Probablemente incluso rastreen la localización hasta este hangar.

—Entonces necesitamos a alguien que lo mande. —Gnost-Dural se giró hacia Teff'ith—. Necesitamos tu ayuda.

—No intentes nada que haga que nos maten, —advirtió ella.

—Todo lo que tienes que hacer es mandar un mensaje, —le dijo él—. Dile a Jace Malcom que la *Lanza Ascendente* estará en Duro.

—Nunca será capaz de mandar un mensaje al Comandante Supremo de la República, —dijo Theron, de repente entendiendo a dónde iba Gnost-Dural—. Pero sé quién puede… ¡Satele!

—Debería haber pensado en ella yo mismo, —estuvo de acuerdo el Jedi.

—Ve al enclave Jedi en Coruscant, —dijo a Teff'ith hablando rápidamente—. Pregunta por la Gran Maestra Satele Shan. Dile todo lo que ocurrió aquí.

—¡Si volamos en una lanzadera Imperial a Coruscant, nos harán volar desde el cielo! —protestó Teff'ith.

—Vuelve al Puerto Jigani y coge mi nave, —dijo Gnost-Dural—. Es más rápida de todos modos.

—Si nos vamos, vosotros dos os vais a quedar atrapados en la Estación Reaver, —les recordó Teff'ith.

Por su tono Theron no estaba seguro de si estaba preocupada por ellos, o señalando algo obvio sarcásticamente que pensaba que ellos tontamente habían olvidado.

—Theron y yo podemos cuidarnos solos, —le aseguró el Jedi.

—Dile a las autoridades que yo te mandé, —dijo Theron—. La Gran Maestra Shan te escuchará si mencionas mi nombre.

—Gran Maestra Shan, —dijo Teff'ith, sus ojos estrechándose en sospecha mientras sumaba dos y dos—. Theron Shan. ¿Estáis relacionados?

—Es mi madre, —dijo Theron, la situación demasiado urgente para que siquiera se preocupara de si Gnost-Dural ya lo sabía.

Esperaba que Teff'ith hiciera algún comentario, quizás preguntar por qué él no es un Jedi. Pero todo lo que dijo fue,

—¿Qué sacamos de esto?

—Otros diez mil créditos, —prometió Theron—. Y un pase de salida de la cárcel si alguna vez eres arrestada en el espacio de la República.

—Trato.

Gnost-Dural volvió su atención de vuelta a Theron.

—Todavía tienes que entrar en la *Lanza*. Si no saboteas los sistemas, Karrid será capaz de escapar de la emboscada de la República.

—Estoy en ello, —dijo Theron—. ¿Qué hay de ti?

—Voy a convencer a mi antigua aprendiz de que lleve su nave a Duro.

Poniéndose la capucha de su capa sobre su cabeza para obscurecer sus características, el Jedi se deslizó fuera de la lanzadera y se fue, moviéndose con la velocidad sobrenatural de uno llevado por la Fuerza. Theron le observó hasta que se desvaneció a través de la puerta del hangar, dejándolos a él y a Teff'ith solos.

—¿Puedo confiarte esto? —preguntó a la twi'lek—. Millones de vidas inocentes están en juego.

—¿Diez mil créditos por mandar un mensaje? Sería estúpido no hacerlo.

—Bien. Dile a Satele Shan todo lo que ocurrió aquí. Tiene que convencer a Jace de mandar la flota de la República a Duro.

Theron se preguntaba qué dirían el Director o Jace una vez que supieran que un refuerzo twi'lek de la Hermandad de la Antigua Tion ahora sabía todos los detalles críticos de su misión de máximo secreto. Probablemente le llevarían a una corte marcial, y con razón. Pero confiaba en Teff'ith. Más importante, no tenía otra opción. No si quería evitar que Duro fuera el lugar de una de las masacres más sangrientas de la guerra.

Empezó a dejar la nave, entonces se detuvo para decirle una última cosa a Teff'ith.

—Recuerda, —le advirtió—. Traiciónanos y no se te pagará.

—Lo pillamos, —dijo ella, sus lekku balanceándose en molestia—. Dijimos que sería estúpido no hacerlo. No somos estúpidos.

* * *

Gnost-Dural era poco más que un borrón de movimiento y moción mientras corría a través de los pasillos de la Estación Reaver. Los soldados Imperiales por los que pasaba volando reaccionaban con una mezcla de sorpresa, curiosidad, y alarma, pero iba y venía tan rápido que nadie se dio cuenta del todo de lo que ocurría. A su paso, intercambiaban un par de miradas confusas con sus amigos, entonces se reían del raro encuentro pero aparentemente no dañino mientras sus mentes le convencían de que la persona que acababa de correr no era posible que se moviera tan rápido.

No sabía exactamente dónde iba, pero dejó que la Fuerza le guiara. Cuando en un primer momento llegaron a la Estación Reaver, levemente había extendido su mente hasta que percibió a su antigua Padawan. Ahora estaba utilizando su presencia familiar —envuelta en el lado oscuro, pero todavía inconfundible después de tantos años— como una baliza para guiarle hasta ella.

Al mismo tiempo, tenía cuidado de enmascarar su propia presencia para no advertirle de su llegada. Mientras se acercaba sería imposible ocultarse por completo de su alerta si ella inmediatamente escogiera centrar sus pensamientos en encontrarle, pero no había motivos para que lo hiciera. No hasta que estuviera tan cerca que ya no importara.

Mientras se acercaba al hangar de la *Lanza Ascendente*, disminuyó su paso. Había más gente ahí, hombres y mujeres volviendo o saliendo de la orilla. Pero ninguno de los soldados fuera de servicio le prestó ninguna atención especial. Aquellos que volvían a la nave estaban cansados y ebrios, y aquellos que se iban estaban demasiado ansiosos por marcharse como para prestar suficiente atención de cerca a las características ocultas de la figura encapuchada como para darse cuenta de que no era humano.

Eso cambió cuando alcanzó a los dos guardias de servicio en una de las muchas rampas de aterrizaje que llevaban del suelo del hangar a la propia *Lanza*.

—¿Quién eres tú? —exigió una, metiéndose en su camino.

Ella se movió con una confianza segura que Gnost-Dural reconocía demasiado bien; sabía que había una pequeña oportunidad de usar la Fuerza para persuadirla de dejarle pasar. Si fuera necesario, estaba preparado para utilizar la violencia para entrar, pero pensó que todavía había otro modo.

Se retiró la capucha, revelando sus características alien. Tomó respiraciones profundas, lentas a través de su máscara, lo que le daba un siseo profundo, enfadado en respuesta mientras inclinaba hacia atrás su cabeza para hacer sus colmillos más prominentes.

—Soy Darth Malitiae, —dijo él, poniendo su voz ya barítona en una octava por completo más baja—. Tengo asuntos con Darth Karrid.

El guardia dudó pero mantuvo su posición, y se dio cuenta de que necesitaría más convencimiento. El kel dor extendió su mano mientras simultáneamente alcanzaba la fuerza para aplicar una leve presión en su tráquea.

Ella llevó sus manos a su garganta y sus ojos se abrieron como platos con terror mientras su suministro de aire se cortaba. Tras un par de momentos liberó su agarre, haciendo que colapsara de rodillas mientras tomaba tragos de oxígeno profundos, desesperados.

—Cuando un superior quiere pasar, —espetó él—, deberías ser inteligente como para hacerte a un lado.

—Discúlpeme, mi Lord, —jadeó la guardia mientras gateaba fuera de su camino. Manteniendo sus ojos cuidadosamente sobre el suelo, dijo—. Informaré a Darth Karrid de su llegada.

—Darth Karrid me espera. Rehúso esperar para que mi presencia pueda ser anunciada por un gusano rastrero, —se burló mientras barría pasando junto a ella.

El segundo guardia no hizo ni un movimiento para detenerle. En su lugar, se cubrió hacia un lado, tratando pasar bastante desapercibido.

El Jedi se movió rápidamente por la rampa de aterrizaje hacia la *Lanza*, sin estar seguro de cómo funcionaría el ardid. Aunque los guardias no se habían atrevido a detenerle, una vez que se hubiera ido casi seguro que informarían a alguien de a bordo de la nave de la llegada de su invitado de honor. No pasaría mucho hasta que alguien se diera cuenta de que algo iba mal y ordenara a la seguridad cazar al intruso.

Todavía guiado por el poder de la Fuerza que emanaba de Darth Karrid, caminó más y más profundo en la nave. Podía sentir el mal y la corrupción envolviéndole, volviéndose regularmente más fuerte durante su descenso, y sabía que era debido a la presencia de su antigua Padawan. Cuando Darth Mekhis creó la *Lanza Ascendente* había usado una combinación de tecnología experimental y alquimia Sith para imbuir la propia nave con las energías del lado oscuro. En el momento en que Gnost-Dural caminó hacia el turboascensor que le llevaría al corazón oscuro del navío, el Jedi sentía físicamente náuseas por los efectos. Pero también percibía que se estaba acercando a su meta.

Conforme llegó a las bodegas de la nave, el sentimiento claustrofóbico del lado oscuro presionando sobre él de todas partes era tan fuerte que casi no percibió a los soldados que esperaban en el pasillo justo más allá de las puertas del turboascensor. En el último instante posible, la Fuerza le dio una premonición repentina de la trampa letal. Sacando su sable láser de filo verde de su cinturón cayó al suelo, presionándose bocabajo plano contra el techo mientras el turboascensor se detenía en el nivel más bajo de la *Lanza*.

Los rayos de bláster de los guardias hicieron trizas las puertas del turboascensor mientras se deslizaban al abrirse, rebotando sobre la cabeza de Gnost-Dural mientras hacían un arco a la altura de su cintura. El Jedi respondió lanzándose con la Fuerza, tirando a los cuatro soldados de armadura pesada varios metros hacia atrás bajo el pasillo. Antes de que siquiera golpearan el suelo, había saltado sobre sus pies, cargando hacia ellos mientras lanzaba su sable láser con el brazo. La espada giratoria golpeó al más cercano de sus enemigos, cortando a través de la placa del pecho de su armadura de batalla y hacia la carne vulnerable de debajo.

Los tres guardias supervivientes no trataron de recuperar pie, en su lugar le dispararon a ciegas desde donde estaban desparramados por el suelo. El kel dor inclinó su carga hacia la pared lateral, saltando y plantando un pie a media altura de la superficie para darle apoyo para un giro alto, torcido que destrozó el techo, sus brazos amarrados cerca de su pecho y su cuerpo horizontal perfectamente paralelo al suelo.

El movimiento inesperado de nuevo cogió a los soldados con la guardia baja, sus rayos zumbando tras él. Aterrizó sobre sus pies en medio de sus adversarios todavía bocabajo, su sable láser volando de vuelta hacia su mano mientras lo llamaba con la Fuerza. Se volvió de lado, angostamente esquivando el fuego del soldado más cercano

mientras un par de golpes rápidos con su sable láser reflejaban los rayos desde los otros dos sin dañarle hacia cada lado.

El talón pesado de su bota golpeó la cabeza con casco del hombre en pie. Al mismo tiempo utilizó la Fuerza para agarrar a los otros dos y mandarlos a aplastarse contra el techo antes de dejarles caer de nuevo al suelo. Momentáneamente aturdidos, los tres estaban indefensos contra la rápida serie de cortes e impulsos de su sable láser que acabó con ellos.

Sabiendo que los refuerzos no estarían muy lejos tras él, corrió por el vestíbulo e irrumpió a través de la puerta en el extremo, llegando a un cara a cara con Darth Karrid y sus dos aprendices.

Estaban en pie en una cámara grande, circular: su antigua Padawan en el centro, un hombre humano a su derecha y una mujer Sith de sangre pura a su izquierda. Tras Karrid podía ver una gran esfera de cristal, y en una pared lateral vio una pequeña consola de control. Aparte de eso la habitación estaba vacía.

Sus tres adversarios llevaban armadura negra y llevaban los fieros tatuajes faciales de aquellos que seguían al lado oscuro. Sus sables láser estaban recogidos y preparados, las hojas brillantes ejercían un brillo carmesí sobre la habitación poco iluminada. Claramente le estaban esperando, aunque si habían percibido su presencia a través de la Fuerza o si simplemente habían sido advertidos por los guardias del exterior, no lo podía decir.

—Sabía que vendrías a por mí un día, Gnost-Dural, —dijo Karrid, sus labios curvándose en una sonrisa de anticipación—. Pero incluso tú deberías saber mejor que no deberías desafiarme aquí en mi propia nave.

—Un Jedi persigue al lado oscuro, no importa dónde trate de ocultarse, —respondió él.

—Noble e imbécil como siempre, —se mofó ella—. No tienes ni idea de lo poderosa que me he vuelto.

—Malgus me enseñó el verdadero poder, —dijo ella, su voz lentamente alzándose con cada palabra—. Me llevó por el camino de la grandeza. ¡Reveló los secretos que no te atrevías a enfrentar!

—¡Me enseñó a abrazar todas las cosas que los Jedi temen! —gritó ella, su voz haciendo eco en las pareces circulares de la cámara—. ¡Ahora las utilizaré para destruirte a ti y a cada seguidor que hayas traído a mi nave!

—He venido solo, —contestó Gnost-Dural, permaneciendo en calma a la cara de su rabia creciente—. Fue mi decisión mandarte con Darth Malgus. Yo te inicié en este camino; no se puede culpar a nadie más.

—Qué pintoresco, —dijo ella con una sonrisa—. Creí que habías traído un equipo de asalto aquí para matarme, pero sólo quieres salvar a tu Padawan de los peligros del lado oscuro.

—Purgaré la galaxia del mal que he desatado sobre ella, —dijo él, su voz sin traicionar nada más allá de su firme resolución—. Si esto acaba en redención o si acaba en muerte es decisión tuya, no mía.

Karrid giró de forma desinteresada su sable láser, grabando grandes círculos, vagos en el aire mientras sus aprendices se dispersaban a cada lado, lentamente moviéndose en posición para flanquear al Jedi.

—He oído historias de tus grandes proezas en batalla cuando estaba en Tython, —le dijo ella—. Pero durante todos mis años como Padawan nunca vi ninguna evidencia de ello. Tengo curiosidad por ver cómo de exagerada era tu reputación.

Gnost-Dural percibió los refuerzos Imperiales congregándose cerca. Girándose de vuelta a la puerta tras él, lanzó su sable láser al panel de acceso de la pared, mandando una lluvia de chispas mientras freía los circuitos, sellando la puerta para que nadie más pudiera entrar a la habitación.

Giró de nuevo para enfrentar a Karrid y a sus aprendices y lentamente volteó a su izquierda, manteniendo su espalda contra la pared mientras trataba de medir la fuerza de sus oponentes.

—Te has entregado a la *Lanza Ascendente*, —advirtió Gnost-Dural a su antigua Padawan, sosteniendo su propia arma tranquila enfrente de él, dos manos en la empuñadura en una postura defensiva clásica—. Ha consumido tus pensamientos y entrenamiento. Aprendiendo a dominar esta nave, tus otras habilidades se han atrofiado.

—Es por eso por lo que no pretendo enfrentarte sola, —dijo Karrid.

Un leve gesto de cabeza de la falleen mandó a sus aprendices corriendo hacia delante, y el Maestro Gnost-Dural se preparó para encontrarse con su carga.

CAPÍTULO 24

THERON NO TENÍA NI IDEA de lo que estaba planeando Gnost-Dural, pero sabía que tenía que llegar a la *Lanza Ascendente* rápido. En lugar de dirigirse de nuevo a la Galera Dorada donde debía esperar robar un pase de a bordo, se dirigió al hangar donde la nave había amarrado.

La escena era una de caos: cientos de miembros de la tripulación arremolinados alrededor del hangar, claramente agitados. Seis guardias se erguían con las armas fuera, alineados a la base de cada una de la media docena de rampas que llevaban a la nave, bloqueando el camino.

Theron se deslizó en la multitud, estudiando los guardias. Rápidamente se dio cuenta de que no estaban permitiendo que nadie dejara el navío. Cualquiera que tratara de subir a bordo era sujeto de una larga interrogación e inspección de su ID antes de que se le permitiera pasar; el retraso causaba un incremento regular en la multitud esperando impacientemente para que se le permitiera volver dentro.

Lo que fuera que hubiera hecho Gnost-Dural había hecho que la seguridad se reforzara fuertemente.

—¿Qué está pasando? —preguntó Theron a una mujer alta junto a él.

—Tienes tanta idea como yo, —contestó ella, claramente molesta y no del todo sobria—. Sólo quiero volver a mi búnker.

Había murmullos enojados en la multitud, y un puñado de gente realmente empujada a confrontar verbalmente a los guardias a la base de las rampas de aterrizaje, algo que nunca habría pasado hace un año. Los ciudadanos Imperiales habían crecido en una cultura militar que les entrenaba para respetar la autoridad. Pero la disciplina tradicional de las tropas Imperiales había sido fraguada por sus recientes contratiempos en la guerra. Y con cientos de miembros de la tripulación cansados y borrachos volviendo del D y R, el temperamento era alto.

Una idea golpeó a Theron. Era loca, impulsiva, y arriesgada… en otras palabras, simplemente su estilo.

Trabajó para abrirse paso a través de la multitud, dirigiéndose fuera del hangar y de vuelta a la Estación Reaver. Recordaba haber pasado un pequeño puesto de seguridad: una habitación donde los soldados responsables de inspeccionar los navíos entrantes podían pasar el rato mientras esperaban las llegadas. Con el ala C cerrada a otro tráfico debido a la presencia de la *Lanza*, el puesto de guardia estaba sin personal.

Theron se detuvo en la puerta, mirando alrededor rápidamente, y se aseguró de que nadie en la multitud de gente que pasaba le prestaba ninguna atención; estaban demasiado envueltos en sus propios pensamientos y conversaciones, o centrados en encontrarse con amigos para disfrutar de su breve tiempo en la estación lejos de cualquier navío en el que sirvieran.

Sacó la púa cortadora de su bolsillo, ocultándola en su palma mientras la anclaba en un panel de acceso de la pared. Tuvo cuidado de permanecer firme, sus hombros hacia

atrás y su cabeza alta mientras rápidamente se colaba a través de la puerta cerrada; encorvarse y otros comportamientos furtivos atraerían más la atención de la gente que caminaba que alguien que claramente parecía tener el derecho de estar ahí.

La puerta se deslizó para abrirse y Theron caminó con confianza dentro de la pequeña habitación del otro lado antes de cerrarla tras él. El puesto de guardia estaba abarrotado, cuatro sillas empaquetadas alrededor de una gran consola de control, con videopantallas mostrando los diversos hangares a lo largo de la estación: VACÍO; LLEGADA PENDIENTE; CHEQUEO DE SEGURIDAD EN PROGRESO; PERMISO PARA ATERRIZAR. Cada hangar en el ala C estaba en el mismo estado: INACTIVO.

Debido a que la seguridad del hangar necesitaba saber el número y tamaño de los navíos entrantes para poder realizar inspecciones apropiadamente, el puesto de guardia tenía acceso a los escáneres externos de la Estación Reaver y de las balizas de advertencia. Las balizas eran la primera línea de defensa, estratégicamente situadas para detectar a los navíos entrantes mucho antes de que realmente alcanzaran la Estación Reaver.

No le llevó mucho a Theron colarse en el sistema. Los escáneres realmente mostraban unas pocas docenas de navíos Imperiales en el sector, llegando, saliendo, o esperando al permiso de la torre central para aterrizar.

Rápidamente verificó que Teff'ith se hubiera ido; la visualización de estado del hangar donde habían amarrado ahora mostraba VACÍO. Satisfecho, hizo un pequeño ajuste a una de las configuraciones de su púa cortadora, entonces empezó a alimentar con un flujo regular de datos falsos al sistema.

Varias docenas de navíos que variaban de tamaño desde cazas de un piloto hasta naves capitales completas repentinamente se materializaron en los escáneres, saliendo a la existencia cerca de las balizas de advertencia. Los datos mimetizaron el efecto de una enorme flota, bien coordinada saliendo del hiperespacio a la vez en el borde más alejado del sector. Un par de segundos después las alarmas empezaron a sonar a través de la Estación Reaver advirtiendo del ataque simulado de la República.

* * *

El siseo y zumbido de espadas chocando hacía eco en las paredes de la cámara cavernosa mientras los aprendices de Karrid se enfrentaban a Gnost-Dural. Sus ataques eran básicas variaciones del estilo Makashi, una forma de sable láser precisa y económica diseñada para los máximos resultados con el mínimo movimiento estresando los golpes e impulsos.

Sus habilidades eran crudas; como Karrid, mucho de su entrenamiento se había centrado en desarrollar las habilidades únicas requeridas para ayudar a su Maestra a comandar la *Lanza Ascendente*. Todavía eran capaces de llamar a la furia del lado oscuro para moverse con una fuerza y velocidad asombrosas, pero no habían dominado el sutil

arte de permitir a la Fuerza guiar sus espadas. Estaban llevando el arma en lugar de permitirla convertirse en una extensión de ellos mismos.

Sin embargo eran implacables en sus ataques, y había dos de ellos. Gnost-Dural fue forzado a la defensiva a protegerse de sus ataques, ocasionalmente deslizando rápidas maniobras atraídas de la forma más agresiva Ataru para mantenerlos fuera de equilibrio.

Darth Karrid meramente observó la batalla al principio, manteniendo una distancia segura desde la espada mortal de su antiguo Maestro mientras su concentración y energía eran drenadas por sus aprendices.

Dándose cuenta de que finalmente se desgastaría si permitía que la batalla se convirtiera en un duelo de abrasión, el kel dor contraatacó con Djem So, la quinta de las siete formas de sable láser reconocidas. Concentrado sus contraataques exclusivamente en la mujer Sith físicamente menor, desató una serie de golpes salvajes, llevándola a una retirada tambaleante.

Por un instante quedó completamente expuesto a su compañero humano, pero la ferocidad inesperada del cambio de táctica repentino de Gnost-Dural le cogió de imprevisto. Dudó una fracción de segundo antes de lanzarse hacia delante, dándole al Jedi suficiente tiempo para saltar a un lado, incluso mientras su oponente Sith tropezaba sobre su propio pie marcha atrás y caía al suelo.

Gnost-Dural avanzó adelante para lanzar un golpe de gracia, pero su impulse fue repentinamente invertido y se encontró navegando hacia atrás mientras Darth Karrid le golpeaba con un poderoso empujón de Fuerza. Fue capaz de rodar en una voltereta hacia atrás mientras golpeaba el suelo y saltaba de nuevo en pie, pero su breve ventaja se había perdido.

Los dos aprendices se acercaron a él de nuevo, cortándole antes de que siquiera pudiera pensar en cargar contra Karrid. Mientras se aproximaban, percibió a los refuerzos Imperiales en el vestíbulo del exterior, cifrando para restaurar la energía a la puerta sellada para que pudieran unirse a la refriega.

Sabiendo que se estaba quedando sin tiempo, Gnost-Dural cambió de táctica de nuevo. Se lanzó con una onda poderosa de Fuerza, barriéndoles a ambos de sus pies. Pero antes de que pudiera terminar con sus oponentes tendidos Karrid desató una explosión de chisporroteante energía del lado oscuro en su dirección. Gnost-Dural saltó fuera del alcance, el rayo azul mortal chamuscando el suelo donde había estado en pie un instante antes.

Lanzó su sable láser en dirección a Karrid, mandándolo de extremo a extremo en una línea directa a su objetivo. La falleen bloqueó el ataque con su propia espada, aunque fue forzada a retroceder un paso para absorber el impacto. Gnost-Dural ya estaba en movimiento, cargando a través de sus aprendices antes de que pudieran trepar a sus pies. Su sable láser voló de vuelta a su palma extendida mientras caía sobre Karrid.

La había entrenado en Niman, la sexta y más equilibrada forma de combate con sable láser. Malgus debía haberle enseñado otros estilos, pero enfrentada al furioso asalto de Gnost-Dural instintivamente retrocedió al que aprendió antes que todos los demás. El

Niman se prestaba bien a los caminos Jedi, evitando la agresión desnuda por el equilibrio y la economía de movimiento que confiaba en la concentración y la precisión. Como una Lord Sith que reunía su fuerza de canalizar la furia emocional cruda del lado oscuro, el estilo comprometía las habilidades de Karrid. El efecto era mínimo, pero era más que suficiente para que lo explotara Gnost-Dural.

Utilizó un rápido empujón con la Fuerza para desequilibrarla y trajo su sable láser en alto para golpear su hombro. Cuando ella alzó su propia espada para golpear el golpe, él se agachó y tomó sus pies debajo de ella con un barrido de su pierna.

Karrid tropezó, pero el Jedi fue forzado a darle la espalda para enfrentarse a la mujer Sith mientras iba en ayuda de Karrid. Ellos intercambiaron una rápida serie de golpes, multitud de tiempo para que Karrid recuperara pie. En lugar de intentar acabar con Gnost-Dural atacando desde su flanco, sin embargo, retrocedió de la melé, poniendo la preservación de su propia vida por encima de acabar con su oponente.

El hombre aprendiz se unió un segundo después, y Gnost-Dural cambió a la forma defensiva Soresu. Podía percibir la fatiga filtrándose por sus músculos: el daño de la batalla le estaba derrotando, fraccionalmente ralentizando su espada y haciéndole más vulnerable a los ataques de Fuerza de sus enemigos. Un instante después la puerta zumbó abriéndose y una docena de guardias Imperiales entraron a la habitación.

Karrid alzó una mano para indicar que debían contener el fuego.

—El resultado es inevitable, —le dijo Karrid mientras él luchaba los ataques gemelos de sus aprendices—. Percibo tu cansancio. Baja tu arma y te dejaré rogar misericordia.

Gnost-Dural no había esperado ganar la batalla. Desde el momento que decidió subir a bordo de la *Lanza Ascendente*, había sabido que derrotar a Karrid era casi imposible. Pero no iba a rendirse y caer a sus pies, si no hubiera otro motivo si lo hacía, ella sospecharía y su verdadero plan nunca funcionaría.

—No vine aquí buscando Victoria, —dijo él.

La cabeza de Karrid se inclinó a un lado mientras buscaba el significado de sus palabras. Fracasando en entenderlo, se volvió a los soldados reunidos en el interior de la puerta.

—Le quiero con vida, —le dijo al capitán.

Gnost-Dural utilizó la última de sus fuerzas de engaño para llamar a la Fuerza para un salto final desesperado que le mandó precipitándose sobre las cabezas de sus aprendices hacia su antigua Padawan.

El ataque estaba condenado al fracaso; había una docena de formas de las que Karrid podía haber evitado o repelido el ataque. Pero ni siquiera tuvo que reaccionar mientras los soldados abrían fuego con una docena de blásters todos puestos en aturdir. Los rayos golpearon al Jedi desde el aire y le mandaron golpeando con fuerza el suelo. Su sable láser cayó de sus dedos paralizados, la hoja extinguiéndose mientras la empuñadura golpeaba el suelo.

Mientras estaba tumbado bocabajo luchando por mantener la consciencia, Karrid caminó sobre él y cogió su sable láser, anclándolo en su cinturón como un cazador

reclamando un trofeo de una matanza preciada. Ella le hizo rodar sobre su espalda con su bota, entonces se agachó para echar un vistazo a su cara enmascarada.

—Sabías que no podías ganar esta batalla, —dijo ella—. ¿Así que realmente por qué viniste aquí?

Gnost-Dural no tenía intención de contestar su pregunta, pero incluso si hubiera tenido su voz podría haber sido amortiguado por los sonidos de una alarma sonando a través de la nave.

Karrid giró su cabeza en dirección al capitán de la guardia, que estaba escuchando intencionadamente un mensaje viniendo por el receptor de su oído.

—¡La Estación Reaver está bajo ataque! —soltó él—. Una flota de la República ha sido detectada en el sector. ¡TLE[5] dieciséis minutos!

—Activad nuestros escudos, —contestó Karrid, preocupada pero no en pánico—. Llamad a toda la tripulación a sus puestos. Dejamos el muelle en doce minutos. Cualquiera que no esté a bordo será dejado atrás y se enfrentará a una corte marcial completa.

Mientras el capitán daba sus órdenes a la persona al otro extremo de la transmisión, Karrid se giró para mirar a Gnost-Dural.

—¿Este era tu plan? ¿Sacrificarte para que la República pudiera cogernos en el puerto sin preparar? ¿O hay más en tus planes?

Gnost-Dural permaneció en silencio, los bordes de su visión oscureciéndose mientras la negrura se cerraba, las alarmas sonando volviéndose más leves y más distantes.

Justo antes de que finalmente perdiera la consciencia, escuchó decir a Karrid,

—Esta es otra batalla que no puedes ganar. Los interrogadores Imperiales te harán contármelo todo.

* * *

La Estación Reaver estaba en caos. Las alarmas haciendo eco a través de la estación se igualaban rápidamente a las alarmas de cada nave amarrada en los hangares mientras la torre central diseminaba la palabra de la flota de la República acercándose.

Hombres y mujeres esprintaban de vuelta a sus navíos, en desbandada para llegar a sus estaciones de batalla antes de que llegara el enemigo. Theron no sabía cuánto tiempo llevaría a su ardid para ser descubierto, pero sabía que tenía que actuar rápido.

Corrió desde el puesto de guardia, uniéndose a la estampida de soldados dirigiéndose al hangar donde la *Lanza Ascendente* estaba amarrada. Mientras irrumpía en la plataforma, fue barrido en la multitud y llevado a las rampas. Los guardias que evitaban que la tripulación abordara la nave se habían ido, o llamados a la *Lanza* o superados por la repentina multitud de gente en desbandada por llegar a sus puestos.

[5] Tiempo de Llegada Estimado. *(N. del T.)*

Theron continuó dejando que la multitud le llevara, dirigiéndose a la rampa y hacia el navío. Una vez a bordo, la multitud se disminuyó rápidamente mientras la gente rompía en direcciones diferentes, dirigiéndose a sus estaciones asignadas.

Theron hizo lo que pudo por parecer como que sabía dónde iba, aunque en realidad no tenía ni idea. Sólo tenía tiempo de planear cómo se metería en la nave. Ahora que estaba a bordo necesitaba averiguar algo nuevo, y era difícil concentrarse debido al ruido incesante del claxon de advertencia de la *Lanza*.

No era insólito para los nuevos miembros de la tripulación perderse cuando eran asignados por primera vez a una nave tan grande como la *Lanza Ascendente*, y había diagramas del plano básico de la nave puestos en varios sitios a lo largo de la mampostería. Se detuvo para comprobar uno, rápidamente memorizando el plano antes de escoger su destino. Necesitaba algún lugar con acceso a los sistemas principales de la nave para poder colarse y plantar el virus, pero tenía que ser lo suficientemente aislado para poder trabajar en privado.

Sus ojos cayeron sobre la sala de motores cerca de la parte trasera de la nave. Separada del resto del navío por una mampostería fuertemente escudada para protegerse contra las explosiones y las descargas radiactivas, era accesible únicamente a través de una única escotilla de mantenimiento.

Moviéndose con un nuevo sentido del propósito, trabajó para abrirse paso a través de la nave hacia el turboascensor que bajaba al nivel inferior del navío. Encontró menos y menos gente de camino, y para cuando alcanzó el ascensor estaba solo.

Antes de que pudiera presionar el botón para llamarlo, las puertas se deslizaron al abrirse para revelar a una mujer baja, fornida con el uniforme de comandante.

—¡Cabo! —soltó ella al ver a Theron esperando al ascensor—. ¿Dónde crees que vas?

—Lo siento, señora, —dijo Theron, alargando sus palabras y dando un saludo chapucero. Él guiñó un ojo mientras se balanceaba irregularmente sobre sus pies—. Tengo que ir a mi puesto.

—¡Ese ascensor está reservado! —ladró ella, su voz aún más fuerte que las incesantes alarmas—. ¡Sólo personal autorizado!

—Las alarmas me han despertado, —balbuceó Theron—. Tengo que ir a in-ger… in-ger… in-ger-rería.

—¡Estás borracho! —escupió ella, su voz llena de disgusto—. ¿Estás preparado para el servicio?

—Ah nueve ciento, —contestó él.

—Eso es un no por otras seis horas, —dijo ella con una agitación exasperada de su cabeza—. Vuelve y duérmela en tu búnker.

—Esho esh seguro, sheñora, —dijo Theron, dando otro torpe saludo.

Él se giró y se fue en dirección opuesta, bajando el pasillo y alrededor de la esquina. Una vez que estuvo fuera de la vista fue a la acción y se movió rápidamente bajo el

pasadizo, haciendo una serie de giros y rodeos que finalmente le llevaron doblando de vuelta al turboascensor.

Echando un vistazo alrededor de la esquina, se aseguró de que la coronel se había ido antes de hacer una carrera hacia el ascensor. Esperó impacientemente a que las puertas se abrieran, entonces se deslizó dentro y presionó el botón para la plataforma G, esperando que no tuviera que correr de nadie más.

La suerte estaba de su lado. No vio a nadie mientras iba de camino desde el ascensor hasta la escotilla de acceso de la sala de motores. Al contrario que las puertas automáticas controladas por los paneles de acceso, esta era de un modelo de bisagras antiguo de duracero, abierto por una rueda giratoria pesada en el centro de la escotilla.

La rueda estaba rígida por la falta de uso, y pese a sus mejores esfuerzos Theron no podía moverla. Se dio cuenta de que la tripulación de mantenimiento probablemente utilizaría una llave inglesa para tener la fuerza necesaria, pero todo lo que necesitaba era su pistola. Miró alrededor del pasillo vacío, tratando de encontrar algo más que pudiera utilizar. Al no ver nada, se encogió de hombros y sacó el bláster de su funda de las caderas, presionándola contra los radios de la rueda de la puerta.

Agarrando la pistola con una mano y el cañón con la otra tiró con todas sus fuerzas. Las venas de su cuello abultadas mientras sus músculos se contraían. Justo cuando pensaba que iba a pasar del esfuerzo, la rueda se aflojó con un gruñido y se movió un cuarto de vuelta.

Theron ajustó el agarre en la pistola y tiró de nuevo. La rueda se movió más fácilmente esta vez; otro cuarto de vuelta. Volvió a agarrar por una tercera vez y tiró. La rueda completó su revolución y la puerta se abrió con un fuerte golpe.

Quedándose inmóvil esperó para ver si alguien respondería al ruido, pero todo lo que estuchó fue la sonora alarma. Cuando quitó la pistola del radio de la rueda se dio cuenta de que el cañón se había doblado. El arma era inútil.

Por la costumbre la colocó en la funda de su pierna, entonces caminó hacia la escotilla, tirando de la pesada puerta de duracero para cerrarla tras él. Giró la rueda desde el interior un cuarto de vuelta, lo suficiente para evitar que la escotilla se abriera, pero no tanto como para tener que luchar para abrirla cuando estuviera listo para salir.

Estaba en un pasadizo angosto de metal que tenía toda la sala de motores de cuarenta metros de longitud. A su izquierda había una mampostería reforzada, a su derecha el hipermotor enorme de la *Lanza* y los gigantes motores iónicos que propulsaban a la nave cuando se movía a velocidad subluz. Las paredes y el techo estaban cubiertas por un laberinto de tuberías, tubos, cuerdas, y cables corriendo entre las cientos de cajas eléctricas aparentemente colocadas al azar, paneles de fusibles, y relés de chips de ordenador.

Además de las alarmas que todavía podía escuchar y sentir a través de las vibraciones del pasadizo, había un zumbido regular, de baja frecuencia que llegaba de los motores iónicos. El aire en la sala de motores era veinte grados más cálido que el del pasillo de donde acababa de venir, y olía a ozono y a plástico quemado.

Si el calor no acaba conmigo, los vapores lo harán.

No había paneles de control aquí abajo en las bodegas de la nave, pero Theron sabía que podría colarse en la *Lanza* tecleando directamente en el sistema principal. Todo lo que tenía que hacer era averiguar cuál de los cientos de cables y relés conectaban la sala de motores con la consola de comando principal del puente.

No me debería llevar más de un par de horas, ¿cierto?

Para su alivio, las alarmas sonando finalmente se detuvieron. El bendito silencio se rompió por dos explosiones largas de un cuerno distante, y el suelo se elevó bajo sus pies mientras la *Lanza Ascendente* se alejaba de la Estación Reaver.

Supongo que no te vas pronto, pensó él. *Debería ponerme a trabajar*.

CAPÍTULO 25

EL VIAJE EN LANZADERA IMPERIAL DE DIEZ HORAS desde la Estación Reaver de vuelta al Puerto Jigani le dio a Teff'ith multitud de tiempo para pensar en su trato con Theron. No estaba del todo segura de lo que había ocurrido, pero los detalles básicos estaban claros: Theron y el Jedi de aspecto raro estaban tratando de hacer algo loco y estúpido, y si ella no entregaba su mensaje a la Gran Maestra Satele Shan un montón de gente iba a morir.

Trató de decirse a sí misma que realmente no le importaba lo que le ocurriera a un montón de gente que no conocía, pero durante el largo vuelo su mente se mantuvo conjurando las imágenes de ciudades orbitales en ruinas, los cuerpos de hombres, mujeres, y niños dispersos entre los restos. Había visto un montón de imágenes de muerte y destrucción en los holovídeos y nunca había vuelto a pensar en ellos, pero esto era diferente. Esa gente ya estaba muerta; no tenía sentido preocuparse por ellos. Los de Duro todavía estaban vivos.

No nos sería de provecho dejarles morir, pensó ella, recordándose a sí misma por qué estaba haciendo esto realmente. Theron le había prometido una buena paga cuando todo esto acabara, y no era como si fuera a correr algún riesgo real. Estando de acuerdo con el trabajo le había sacado realmente de la Estación Reaver antes de que el Jedi y Theron sacaran a la luz cualquier estratagema loca que estuvieran planeando.

El único riesgo es si Theron no lo consigue, pensó ella.

Se dio cuenta de que el pensamiento de él muriendo en la Estación Reaver realmente la molestaba más que pensar en todas las víctimas sin nombre en Duro. Tratando como debía, no podía convencerse a sí misma de que fuera enteramente porque no pudiera ser capaz de pagarle.

Ella durmió un par de horas, dejando al piloto automático de la lanzadera navegar a través del hiperespacio. Soñó con Ngani Zho, el viejo loco Jedi que se había lanzado enfrente de un rayo de bláster por ella, sacrificando su vida por la suya. Pero ella no soñó con su tiempo juntos o con su muerte; en sus sueños era como si el viejo hombre nunca se hubiera ido.

* * *

Teff'ith estaba en la lanzadera Imperial, dirigiéndose de vuelta al Puerto Jigani. Ngani Zho estaba sentado en el asiento al lado de ella. Su pelo escaso y desaliñado gris y las cejas pobladas eran salvajes y desarreglados, mirándole, no sería difícil imaginar que nunca hubiera tenido un peine en su vida. Llevaba una antigua túnica Jedi, arrugada y manchada, con la capucha hacia atrás. Había varios agujeros chamuscados en su pecho donde los blásters habían pasado tras él, pero sus ojos azules eran agudos y brillantes.

—Esperaba más de ti, Teff'ith, —dijo él—. ¿Crees que di mi vida sólo para que pudieras seguir trabajando para el Sol Negro?

—Pft. Trabajo para la Hermandad de la Antigua Tion ahora.

—*Esa no es la cuestión.*

—*Hay grandes cosas delante de nosotros.*

—*Al menos estamos de acuerdo en eso.*

—*¿Por qué nos salvaste?*

Un bip del piloto automático alertándola de que estaban preparados para salir del hiperespacio la despertó antes de que el hombre de su sueño le pudiera dar una respuesta.

—Estúpido Jedi, —musitó Teff'ith mientras cambiaba la lanzadera a control manual.

Salió del hiperespacio en el sistema Desevro, introdujo una ruta en la lanzadera para llevarla al Puerto Jigani, entonces abrió un holocanal.

—¡Bienvenida de vuelta, Rayo de Sol! —dijo Gorvich una vez que se conectó el holo—. Rápida vuelta. Supongo que todo ha debido ir realmente suave.

—No suave. Dejé al Jedi y a Theron en la Estación Reaver.

Gorvich se rio entre dientes.

—Suena como una buena historia. Cuéntamela.

—No por los canales de comunicación. Encuéntrate con nosotros en la lanzadera sofisticada del Jedi. ¿La has movido?

—Nah, todavía está en el hangar del Puerto Jigani. ¿Cuánto hasta que llegues allí?

—Treinta minutos, —dijo ella, desconectando el holo para no tener que tratar con Gorvich ni un segundo más de lo absolutamente necesario.

Para cuando llegó al hangar donde el *Prosperidad* estaba aparcado, Gorvich ya estaba esperándole.

—Está bien, Rayo de Sol. Aquí estamos. ¿Así que cuál es el trato? ¿Por qué te has deshecho de los otros?

Ella vaciló, escogiendo sus palabras con cuidado. Quería contarle a Gorvich tan poco sobre lo que había ocurrido como fuera posible. Si supiera que Theron le había ofrecido diez mil créditos, querría una parte.

—No los abandonamos. Nos dijeron que nos fuéramos. Necesitaba que entregáramos un mensaje.

—No lo sigo, —dijo Gorvich, rascándose su cabeza—. ¿Vuelves para cogerlos más adelante?

—No era parte del plan.

—¿Así que cómo van a salir de la Estación Reaver?

Teff'ith se encogió de hombros.

—Nunca nos lo dijeron. Sólo dijeron que cogiera la lanzadera. Que enviara el mensaje.

Gorvich agitó su cabeza.

—Sabía que estaban en algo divertido. Esto no volverá luego a morderme cuando no esté mirando, ¿no?

—Estarás bien, —le aseguró la twi'lek.

Gorvich se cruzó de brazos y miró a Teff'ith, sus ojos por encima del cuello para variar.

—Sé que te estás guardando algo, Rayo de Sol. Pero lo dejaré pasar ya que preparaste todo este trato.

—Todavía nos debes nuestra parte, —le recordó ella.

—No te preocupes, tengo los créditos guardados en un lugar seguro. —Gorvich se rio, un sonido mezquino, malicioso—. Supongo que no vamos a tener esos créditos extra que tu amigo prometió, aún así.

—Todavía puede lograrlo en la Estación Reaver, —dijo Teff'ith, un poco más a la defensiva de lo que tenía intención.

—Sólo voy a asumir que no va a volver, —dijo Gorvich—. Es bueno que tuviéramos esta lanzadera como colateral. Ya tengo un par de compradores interesados.

Viendo el ceño fruncido de Teff'ith, añadió,

—Hey, no creí que ninguno de vosotros fuera a volver.

—¿Por qué nos mandaste con ellos? ¿Querías quedarte con todos los créditos para ti?

—Agua bajo el puente, Rayo de Sol, —dijo con un encogimiento de hombros indiferente. Ahora que has vuelto estoy contento de compartir.

—No puedes vender la lanzadera, —le dijo ella, ya cansada de la conversación—. La necesito para entregar el mensaje.

—Whoa, espera un segundo. ¿De qué estás hablando? ¿Crees que simplemente voy a dejarte despegar en mi colateral? —los ojos de Gorvich se estrecharon—. ¿Cómo sé que tú y tus amigos no estáis tratando de colármela? Dices que todavía están en la Estación Reaver, pero por lo que sé les dejaste en unas instalaciones de lujo. ¡Entonces ellos te mandan de vuelta aquí para coger el *Prosperidad* para que puedas encontrarte con ellos más tarde y librarles de pagarme el resto de los créditos que me prometieron!

—Idiota, —dijo Teff'ith agitando su cabeza, girándose de él y dirigiéndose a la lanzadera.

—Un paso más y te ventilo tu precioso cráneo, Rayo de Sol.

Ella se giró lentamente para ver a Gorvich empuñando su bláster y estaba apuntándolo justo a ella.

—Te salvamos la vida en Nar Shaddaa, —siseó ella.

—Es por eso por lo que no te disparo por la espalda, —admitió él—. Pero no me gusta que jueguen conmigo. Así que deja de guardártelo todo y dime qué está pasando realmente.

Teff'ith se mordió el labio, tratando de encontrar una forma de hablarle de esto sin tener que darle una parte a Gorvich de su trato lateral. Al final, no podía hacerlo.

—Theron nos ofreció diez mil créditos por mandar un mensaje a Coruscant. Tenemos que llevarnos esta lanzadera sofisticada para llegar a tiempo.

—Diez mil créditos, ¿huh? —Gorvich bajó su bláster, aunque no lo apartó.

—Te daremos parte por tres, —dijo Teff'ith.

—Espera un segundo, Rayo de Sol —dijo él, alzando su mano libre—. ¿De verdad crees que vas a conseguir diez mil créditos sólo por enviar un mensaje a Coruscant? Estás soñando.

—El trato es bueno, —insistió ella, sin querer entrar en detalles.

—¿No crees que los de aduanas de Coruscant tienen acceso a los registros del *Prosperidad*? Te meterán en una celda en el mismo momento que toques tierra.

Teff'ith no había considerado eso. Esperanzadamente sería capaz de convencer a las autoridades de que realmente tenía un mensaje urgente para la Gran Maestra Satele Shan.

—Hah, no pensaste en eso, ¿verdad? —se regodeó Gorvich, reconociendo el motivo de su silencio—. Ves, eso es por lo que me necesitas a tu alrededor vigilándote.

—Merece la pena el riesgo, —argumentó Teff'ith—. Diez mil créditos es demasiado bueno para dejarlo pasar.

—Si te paga. Ya nos debe otros veinte en créditos. ¿Y recuerdas cómo renegoció el trato original? Él dice diez ahora, pero cuando llega el momento de pagar quién sabe cuánto estará dispuesto realmente a dar. Quizás cero.

—No será cero, —gruñó Teff'ith.

—Incluso si llega con los diez que prometió y los veinte que ya nos debe, tengo un mejor trato para ti, —dijo Gorvich—. Olvídate del mensaje. Vendemos el *Prosperidad* y nos partimos los beneficios. Ambos salimos ganando en este juego.

Teff'ith no estaba sorprendida con el plan de Gorvich; era un hombre despreciable sin honor. Pero ella sabía cómo utilizarlo en su provecho. Y todo lo que había dicho sobre Theron era verdad, Theron *había* renegado del trato original. E incluso si ella mandaba el mensaje y él no la traicionaba, había una buena oportunidad de que cual fuera el loco plan que estaba tratando de llevar a cabo no funcionara. Si era asesinado o capturado por los Sith, podría besar sus créditos para decirles adiós.

—Bien, Rayo de Sol, ¿qué va a ser?

—¿Cuánto ganamos por la lanzadera?

—Cincuenta mil, fácil. Además todavía tengo tu parte de los treinta que guardé.

Si ella trataba de ayudar a Theron, Gorvich la dispararía en el sitio. Incluso si le engañaba o le vencía, sus días con la Hermandad de la Antigua Tion se habrían acabado. Y había una buena probabilidad de que no se le pagara de todos modos.

O ella podía abandonar a Theron, seguir trabajando con Gorvich, y continuar subiendo de rango en la Hermandad mientras conseguía unos cuarenta mil créditos fáciles.

—Buen dinero, Rayo de Sol, —provocó Gorvich—. Suficiente para aligerar cualquier culpa por traicionar a un amigo.

¿Y cuánto pasará hasta que tú nos traiciones?

Teff'ith saltó a la acción, esperando coger a Gorvich con la guardia baja mientras esperaba su respuesta. Estaba a tres pasos de ella, su arma todavía apuntando despreocupadamente al suelo. Su primer paso fue gratis. En el segundo sus ojos se abrieron como platos al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. En el tercero estaba

alzando el arma, pero sólo la llevó a mitad de camino antes de que ella la golpeara fuera de su mano con una patada giratoria. Ella la siguió con una patada de salto frontal, balanceando su pie tan fuerte como podía y cogiéndole justo entre las piernas. Gorvich colapsó en el suelo, curvado en posición fetal, gruñendo suavemente.

Teff'ith cogió su pistola caída, le apuntó, entonces decidió no apretar el gatillo. En su lugar, la ancló a su cinturón y corrió hacia la lanzadera. Introdujo el código de acceso y la rampa de aterrizaje del *Prosperidad* descendió con un siseo suave de la cabina presurizada. Corrió hacia arriba, girándose para mirar de nuevo a Gorvich.

Él estaba todavía en el suelo, pero estaba gateando hacia la nave. Encontró su mirada con una mirada llena de odio. Algo en esa mirada hizo darse cuenta a Teff'ith que no había acabado. Reaccionando con puro instinto, ella se lanzó hacia atrás y hacia un lado, agarrando uno de los puntales de la rampa de aterrizaje para evitar caerse. Al mismo tiempo, la mano de Gorvich parpadeó, yendo a la espada afilada que guardaba amarrada a su muslo y lanzándola en su dirección con un único movimiento, bien practicado casi demasiado rápido para seguirlo con la mirada.

La espada se hundió profundamente en el hombro de Teff'ith, casi haciéndola caer de la rampa de aterrizaje. Usando el puntal para equilibrarse, ella se agarró a la nave y golpeó el botón para cerrar la rampa de aterrizaje tras ella, precisamente al tanto de que si no hubiera tratado de apartarse del camino de la espada ahora sobresaliendo de su hombro se le habría hundido en la espalda. Ignorando su herida, se apresuró a la cabina de mandos, encendió el motor, mandó la señal para abrir las puertas del hangar, y tomó el aire

De nuevo en tierra Gorvich reptó hacia el panel de control y se agarró para erguirse, golpeando el botón para cerrar las puertas del hangar con su puño.

Teff'ith vio las puertas del hangar detenerse a medio camino de abrirse, entonces lentamente empezando a cerrarse de nuevo. Ella rechinó sus dientes, tiró fuertemente de la palanca de control para mandar a la nave lanzándose adelante, y se preparó para el impacto.

El casco del *Prosperidad*, como todo lo demás en el navío, era de tecnología punta. Las múltiples capas de las placas de duracero y el marco reforzado golpearon las puertas del hangar y las hicieron salirse de sus bisagras, mandándolas volando mientras los propulsores alimentaban la nave hacia arriba al cielo.

Subiendo hacia la atmósfera superior, Teff'ith sintió un sutil meneo en la antigua conducción suave como la seda de la lanzadera, pero comprobando el panel de instrumentos de la nave no se mostraba ningún daño significativo. Un par de minutos después estaba lo suficientemente lejos del campo gravitacional del planeta para conectar el motor hiperespacial y activar el piloto automático avanzado para llevarla a Coruscant.

Sólo entonces atendió a su hombro herido, yendo al kit médico bajo el asiento del piloto. Inspeccionó la espada, asegurándose de que no se desangrara si tiraba de ella. Afortunadamente había golpeado el músculo y hueso en lugar de una arteria principal, y

fue capaz de eliminarla sin ninguna dificultad real… aunque hacerlo le hizo inclinar su cabeza hacia atrás y gritar.

Bloqueando el dolor, trató y envolvió la herida con la eficacia de una demasiado familiarizada con administrar medicinas en los callejones. Inspeccionó su trabajo una última vez antes de coger un par de hipodérmicas llenas de kolto y pincharlas contra su muslo.

El dolor desapareció casi al instante, y sintió un calor placentero dispersándose a través de ella. Ella se elevó en su asiento y la silla respondió automáticamente ajustándose a su nueva postura, envolviéndola en una comodidad lujosa.

Ella giró su cabeza a un lado y vio a Ngani Zho una vez más sentado en el asiento junto a ella.

—*Estoy orgulloso de ti, mi chica. Por librarte de Gorvich, y por hacer la elección correcta.*

—Quizás ahora el estúpido Jedi nos deje en paz, —murmuró ella, sus palabras apagándose en un suave ronquido.

* * *

—Tengo las últimas estimaciones de bajas para el ataque de mañana en Duro, —dijo el Director.

—¿De verdad crees que quiero verlas? —preguntó Jace. El Comandante Supremo estaba desplomado en la silla tras su escritorio, sus manos agarrando un vaso vacío. Se inclinó hacia delante y agarró la botella de cuello alto medio llena enfrente de él y rellenó su bebida de lo que Marcus imaginaba que no sería la primera vez esa tarde.

—Las patrullas extra que has mandado ayudan. No mucho, pero un poco.

—Salvamos a un par de cientos, —gruñó Jace amargamente—. Pero todavía sacrificamos miles.

—Podríamos tratar de aparecer con una excusa de tener una flota realmente orbitando el planeta, —sugirió el Director—. Preparar algo de honor para dárselo a uno de los ciudadanos de Duro. Tener las naves allí como parte de la celebración.

—Imagina que fueras el Ministro Imperial de Logística, —dijo Jace, sus palabras claras pese al alcohol que había consumido—. ¿Qué pensarías si encontraras una flota ceremonial estacionada en Duro cuando lanzaras tu ataque sorpresa? ¿Creerías que fue sólo una coincidencia?

El Director suspiró.

—No. Pensaría que los códigos cifrados habrían sido comprometidos.

Jace alzó su bebida en un brindis silencioso a su honestidad, entonces lo hundió de un solo trago.

—Ponte un vaso, —dijo él, señalando con la cabeza al bar en la esquina mientras se rellenaba el suyo.

El Director lo hizo justo antes de sentarse en una de las sillas en el otro extremo del escritorio del Comandante Supremo. Jace alzó la botella y Marcus extendió su vaso.

—¿Crees que Theron va a seguir adelante con la misión? —preguntó Jace mientras rellenaba.

Marcus se bebió la mitad de su bebida antes de contestar,

—Es mi mejor agente.

—Solías decir que era «uno de los mejores» —denotó Jace.

—Le ascendí después de que nos trajera el codificador oscuro.

—¿Qué hay de Gnost-Dural? Es un Jedi. —Jace vació su vaso de nuevo—. No siempre son buenos siguiendo las órdenes que no encajan con su entendimiento del universo.

—Creo que es lo suficientemente listo para entender por qué teníamos que hacer esto. Y abortar la misión no ayuda a Duro.

—¿Así que crees que continuará adelante?

—Eso creo. Ambos se preocupan demasiado por la República para dejar esto pasar.

—Y después de que esto se haya acabado, después de que hagamos caer la *Lanza* y finalmente pongamos fin a esta maldita guerra, ¿crees que Theron me perdonará alguna vez?

El Director no respondió; en su lugar se bebió lo que quedaba de su bebida.

—¿Apoyas mi decisión? —quiso saber Jace.

—Lo hago, —dijo Marcus—. Es lo correcto. No sé si yo hubiera podido hacerlo, aún así. Y no sé cómo cualquiera de nosotros se supone que pueda vivir con ello.

Jace agarró la botella y rellenó sus vasos.

—Tomar una decisión como esta es brutal, —estuvo de acuerdo el Comandante Supremo—. Pero vivir con ella es peor.

CAPÍTULO 26

APIÑADO SOBRE UNO DE LOS MUCHOS paneles de relé de ordenador de la sala de motores de la *Lanza Ascendente*, Theron se secó el sudor de la frente antes de que bajara y le picara en los ojos. Con la ayuda de su púa cortadora, tecleó en el panel y ejecutó una búsqueda de diagnóstico para mapear los varios sistemas a los que estaba conectado.

Theron se había estado ocultando en la sala de motores desde que la *Lanza* salió de la Estación Reaver. No tenía forma de salir del navío hasta que amarrara de nuevo utilizando una vaina de escape, lo cual activaría una alarma de emergencia y haría que le explotaran fuera de la existencia. Afortunadamente, las horas que había estado atascado en el angosto pasadizo en la sala de motores sofocante y apestosa, había resultado ser beneficioso en realidad. Dándose cuenta de que no iba a ir a ninguna parte pronto, Theron había pasado su tiempo tratando de tener un mejor entendimiento del funcionamiento interno del navío.

Mapear cada relé individualmente era un proceso simple pero largo, uno que ya había repetido cerca de una docena de veces. Pero el trabajo agotador era la clave para juntar todas las piezas para tener una imagen completa de los sistemas de control de la *Lanza*. No había una única red central conectándolo todo; cada sistema era controlado independientemente, enlazado a varios relés diferentes que podían permitir que la funcionalidad se reencauzara a través de múltiples caminos si algo iba mal.

Su exploración de la sala de motores estaba demostrando ser simultáneamente exhaustiva, fascinante, y descorazonadora. La complejidad de la nave era aturdidora. Era el logro definitivo del programa de armas experimentales de Darth Mekhis. El SIE había sospechado desde hacía tiempo que había algún tipo de enlace entre el propio navío y quien fuera que estuviera al mando; Mekhis se había especializado en combinar la biología y la cibernética. Pero la mira completa de la relación simbiótica iba más allá de cualquier cosa que hubieran teorizado.

Cada vez que Theron se colaba en una terminal de ordenador, sus implantes cibernéticos le permitían interactuar directamente con la red. Pero todavía había un muro de separación, una clara distinción entre el usuario y el dispositivo. Mekhis había encontrado una forma de eliminar ese muro; cuando Karrid estaba al mando de la *Lanza* la nave se volvía parte de ella… o quizás ella se volvía parte de la nave. Eran inseparables. La conexión le daba la habilidad de leer y reaccionar casi instantáneamente durante una batalla a los sensores de la *Lanza* que le entregaban la información directamente a su consciencia, respondiendo entonces inmediatamente a sus órdenes.

También le daba una alerta elevada de todo lo que ocurría en los sistemas del navío mientras estaba enlazada a la nave. Theron tendría que ser extremadamente cuidadoso con cualquier cosa que hiciera, llevando cuidado extra de usar un leve toque para que Karrid no percibiera su presencia. Y se dio cuenta de que el plan original de plantar un virus durmiente probablemente no funcionaría.

Incluso si Karrid no se percataba de la intrusión, la *Lanza* tenía múltiples capas de seguridad y redundancias que rápidamente aislarían y deshabilitarían el virus, los relés cortando el malware mientras reencauzaban las funciones dañadas por un nuevo camino.

La única esperanza de sabotear eficientemente el navío era que Theron estuviera pirateando activamente el sistema mientras la *Lanza* estuviera en batalla, desviando y cambiando sus ataques electrónicos para quedarse un paso por delante de los protocolos de seguridad del navío. El dilema de cómo se suponía que realmente saliera de la nave si estaba saboteándola activamente en mitad de la batalla era algo de lo que trataba no preocuparse por el momento.

Además, el diseño único de la *Lanza* permitía que los propios implantes cibernéticos de Theron operaran a la máxima eficiencia mientras estaba conectado a la nave, dándole un nivel de acceso como ningún otro que hubiera experimentado antes. Ya había conseguido parchear las comunicaciones internas de la nave, permitiéndole al implante de su oído recibir todas sus transmisiones.

—Patrulla Roja en chequeo, —surgió una voz en su oído—. La Plataforma E está despejada. Procediendo a la Plataforma F

Theron suspiró y desconectó su púa cortadora del panel. Se irguió, estirándose para crujir su espalda.

Toquetear los sistemas de comunicación le había permitido seguir el progreso de las patrullas de seguridad que Karrid había dispuesto una vez que se dio cuenta de que la flota de la República no había existido realmente. Theron les había estado rastreando de cerca mientras sistemáticamente trabajaban de camino a cada nivel del navío ala por ala. Odiaba interrumpir su trabajo, pero era hora de moverse si no quería ser descubierto.

Fue a la escotilla de mantenimiento de duracero y lentamente giró la rueda para abrirla. Hubo un golpe agudo mientras la escotilla se aflojaba, y un suave chirrido de los bornes mientras se abría. Theron sacó la cabeza hacia el pasillo, sin esperar ver a nadie pero también sin tomar riesgos. Su única arma era el bláster que tenía anclado en el cargador de su uniforme, pero no tenía intención de dispararlo después de haber doblado el cañón al abrir la escotilla de seguridad de la sala de motores.

Afortunadamente el vestíbulo estaba desierto, así que salió y cerró la escotilla tras él, tratando de no hacer ningún ruido. Se abrió paso bajo el vestíbulo, escuchando por los pasos de cualquiera que se aproximara. No era probable que corriera hacia nadie; la Plataforma G consistía principalmente en la sala de motores y, de camino al otro extremo, la cámara de comando privada de la *Lanza*. Aparte del barrido de seguridad, nadie tenía ninguna razón para estar en el nivel. Incluso Karrid no se aventuraría abajo a no ser que la *Lanza* fuera a entrar en combate.

Dos turboascensores —uno cerca de la sala de motores en popa, el otro cerca de la cámara de comando en proa— eran la única forma de acceder al nivel inferior de la nave. Theron sabía que las patrullas de seguridad trabajaban de popa a proa, así que cuidadosamente fue camino de la popa, lejos del ascensor que había cogido cuando abordó por primera vez el navío.

Debido al tamaño y la forma irregular de los motores iónicos y de hipermateria, los dos lados de la Plataforma G no estaban conectados por un único pasillo recto. El vestíbulo se torcía y giraba. En cada giro, Theron se detenía y miraba por la esquina, sabiendo que si era descubierto pasaría un mal rato explicando su presencia. Tras varios minutos de cabeceo cuidados, finalmente alcanzó el turboascensor cerca de la parte frontal del navío. El vestíbulo continuaba por otros treinta metros antes de finalmente terminar en una gran puerta, sellada.

Theron sabía que la cámara de comando de la *Lanza* estaba delante, pero resistió la urgencia de ir a investigar. La sala de motores era donde podía hacer el máximo daño; no tenía sentido arriesgarse a exponer, el merodear sólo para satisfacer su curiosidad. Golpeó el panel del turboascensor, contemplando su siguiente movimiento mientras esperaba que llegara. En su oído podía escuchar el progreso del equipo de seguridad mientras informaban cada vez que despejaban otra sección de la plataforma sobre él.

Theron consideró dirigirse a los cuartos de la tripulación de la Plataforma C. Podría buscar una cabina desocupada donde podría cambiar su uniforme mugriento por ropas nuevas, dejándole menos probable que atrajera la atención si necesitaba moverse por la nave. Debía incluso tener una oportunidad de cambiar su bláster por otro que funcionara. Pero de quien fuera el uniforme y el arma que cogiera era probable que se diera cuenta si lo uno o lo otro faltaba, y eso podría reforzar la sospecha sobre un polizón a bordo. Lo último de lo que necesitaba preocuparse era de otra ronda de barridos de seguridad.

Cuando el turboascensor llegó, se dio cuenta de que tendría más suerte yendo a la lavandería en la Plataforma E. También podría tratar de conseguir algo de comer de las áreas cercanas de preparación de comida en las cocinas de la galera, y su apariencia sudorosa, lamentable era menos probable que atrajera la atención entre la tripulación que pasaba sus días trabajando entre las máquinas de lavandería escupiendo vapor, cocinas humeantes y botes y calderos salpicantes. Golpeando el botón, tomó varias respiraciones profundas para meterse en el personaje, reuniendo mentalmente un número de excusas potenciales y explicaciones en caso de que alguien le cogiera cogiendo un uniforme o robando algo de comida extra.

Saliendo del ascensor, vio que no tenía de qué preocuparse. La Plataforma E era un cubil de actividad frenética, los hombres y mujeres asignados a los roles de servicio militares esenciales pero a menudo olvidados corriendo atrás y adelante con la energía y concentración de un equipo de operaciones especiales altamente entrenado. Demasiado absorbidos en sus propias tareas como para preocuparse de un oficial junior merodeando, ninguno le prestó ninguna atención a Theron. En su auricular escuchó otra actualización del equipo de seguridad; en la estimación de Theron estaban a medio camino con su barrido por la Plataforma F.

Abriéndose paso hacia la lavandería, Theron agarró un par de pantalones y una camisa que parecían venirle bien y los colocó bajo su brazo. Con cuidado de no actuar sospechoso, caminó hacia una esquina oculta de una de las lavadoras, se agachó tras ella, y se quitó sus ropas mugrientas. Una vez que tuvo su nuevo uniforme estaba

placenteramente sorprendido de ver que había sido ascendido a capitán. Dadas las duras penas de insubordinación del Imperio, era improbable que nadie por debajo de su rango quisiera atraer la atención para sí mismos enfrentándose a él.

Si pudiera encontrar un uniforme de Gran Moff sería capaz de caminar hacia el puente y tomar el mando.

Aunque sólo era una broma, el pensamiento hizo detenerse a Theron. Si pudiera de algún modo poner sus manos sobre algunos explosivos, digamos de la armería, podría plantarlos en la sala de motores y hacer un daño importante. Tan rápidamente como la idea se le pasó por la mente, sin embargo, la desechó. La seguridad alrededor de la armería sería mucho más fuerte que a la que se enfrentaba aquí, e incluso un oficial solicitando varios kilogramos de explosivos seguro que iba a alzar preguntas que no podría contestar.

Pegándose a su plan original, caminó hacia las cocinas, tirando su uniforme sucio en un cesto medio lleno de ropa sucia. Mientras esperaba que los hombres y mujeres alistados hicieran lo posible por evitar el contacto visual con él mientras marchaba, su pecho se infló con lo que esperaba que fuera el nivel apropiado de arrogancia y privilegio Imperial.

En la cocina resistió la urgencia de ir tras la comida caliente preparada para la siguiente comida de la tripulación, pese a su estómago rugiendo. En su lugar, se abrió paso a los armarios de almacenamiento en la parte trasera y agarró un par de paquetes de raciones. Un hombre joven en traje de cocinero le dio una mirada curiosa, pero cuando Theron estrechó sus ojos sobre el soldado, su mirada fue al suelo. Sin decir nada, Theron marchó con su premio de vuelta hacia el vestíbulo.

Otra actualización en su oído le informó de que el equipo de seguridad había completado el barrido de la Plataforma F y estaba siguiendo adelante. Theron fue camino de vuelta al vestíbulo y se dirigió por la longitud de la nave hacia el turboascensor de popa. Mientras lo alcanzaba escuchó otra actualización del equipo de seguridad.

—La sala de motores está despejada. Adelante.

Llamó al turboascensor, caminó dentro, y golpeó el botón de la Plataforma G para completar su ruta enrevesada y volvió donde empezó.

El pasillo estaba vacío mientras salía del ascensor; la patrulla de seguridad ya se había movido al otro lado de la nave. La rueda de la escotilla de acceso giró más rápido esta vez, aflojada por su uso reciente.

De nuevo en la sala de motores, se quitó el uniforme de capitán, cuidadosamente plegándolo y poniéndolo en el pasadizo de metal justo dentro de la escotilla, junto con su pistola doblada, su púa cortadora, y uno de los paquetes de raciones que había robado. Le llevó un par de minutos consumir los contenidos del segundo paquete de raciones. Para cuando había acabado de comer ya estaba cubierto de sudor. Esperó que el sudor fuera más soportable llevando sólo su ropa interior y las botas. No lo era, pero al menos su nuevo uniforme no acabaría cubierto de mugre y manchas de sudor.

Retirando su púa cortadora, volvió a la tarea ardua de aprender todo lo que le fuera posible sobre la *Lanza Ascendente*.

* * *

Una descarga de dolor intense devolvió a Gnost-Dural a la consciencia. Se sentía como si estuviera siendo cocinado vivo desde el interior. Sus ojos se abrieron de golpe, añadiéndose a su sufrimiento. Alguien le había quitado sus gafas protectoras y la atmósfera rica en oxígeno de la nave se sentía como ácido en sus pupilas. Frotando sus ojos torturados al cerrarlos, soltó un grito, el sonido amortiguado por su máscara respiratoria.

—Está despierto, —escuchó decir a Darth Karrid, y la agonía ardiente de repente se detuvo.

Aunque todavía era incapaz de abrir sus ojos, el kel dor fue capaz de tomar consciencia de su alrededor. Estaba tumbado en una plataforma dura o una mesa inclinada en un ángulo de cuarenta y cinco grados, sus muñecas y tobillos estrechamente encadenadas de forma que estaba despatarrado sobre la superficie. Su túnica y la mayoría de sus ropas habían sido rasgadas, dejándole casi desnudo.

Además de Karrid, había otros en la habitación con él. Reconoció la presencia de la mujer aprendiz de Sith, aunque no podía percibir al seguidor hombre de Karrid en ningún lugar cercano. Y había otros dos. No podía percibir el lado oscuro emanando de ellos así que supuso que no eran Sith sino soldados Imperiales: guardias, o interrogadores especialmente entrenados. Escuchó pasos aproximarse, entonces el sonido de la voz de Darth Karrid se escuchó más cerca que antes.

—Sabemos que el ataque de la Estación Reaver fue un montaje, —dijo ella, su voz llena de una calma gélida—. Pero no entiendo por qué. ¿Cuál era el propósito de preparar una falsa alarma?

El Jedi no sabía de lo que estaba hablando, pero sospechaba que Theron tenía algo que ver con ello. Lo que fuera que hubiera hecho su compañero, esperaba que hubiera funcionado, si Theron no había plantado con éxito el virus en los sistemas de la *Lanza*, el plan de Gnost-Dural estaba condenado al fracaso.

—Golpéale de nuevo, —dijo Darth Karrid, cansada de esperar a que contestara la pregunta.

Esta vez su cuerpo no sintió calor, sino un extraño tipo de presión interna. Sus pulmones y estómago se expandieron, como si rápidamente se llenaran de aire; sus arterias y venas engrosaran con sangre; sus brazos y piernas aumentadas con fluidos, las ataduras en sus muñecas y tobillos hundiéndose fuertemente en su carne aumentada.

Sus ojos se aumentaron contra sus párpados y cada órgano de su cuerpo se sentía apretado y distendido, preparado para explotar o destrozarse. Gnost-Dural gritó de nuevo a través de su máscara. El dolor era como ningún otro que hubiera sentido antes, la experiencia únicamente horrífica… y entonces de repente se fue. El cuerpo de Gnost-

Dural cayó flácido, como si fuera un globo parcialmente desinflado. Un segundo más tarde empezó a temblar, cada músculo agitándose involuntariamente. Los espasmos duraron varios segundos antes de que finalmente fuera capaz de calmar su mente y recuperar el control de su cuerpo físico.

—Darth Mekhis era un verdadero genio, —dijo Karrid con admiración obvia—. Entendía que los métodos normales de tortura tenían poco valor contra aquellos que pueden atraer a la Fuerza para sostenerles. Pero incluso un Maestro Jedi está indefenso contra su máquina destacable.

—Ataca la mente y el espíritu, —explicó ella—, pero deja al cuerpo intacto. Cualquier horror imaginable puede ser infligido simplemente estimulando los receptores del cerebro. El dolor se sentirá completamente real, pero la carne permanece sin daños.

Gnost-Dural entendió las funestas implicaciones de lo que estaba diciendo. La tortura convencional podría finalmente sobrepasar los límites de la resistencia física; más allá de cierto punto el sujeto perecería. Pero con la máquina infernal de Mekhis, no importaba cuánto sufriera una víctima, la agonía nunca terminaría.

Obsesionarse con el horror sin fin es otra parte de la tortura, se recordó a sí mismo el Jedi. *Permanece en calma. Céntrate en lo que necesitas hacer*.

Cuando recuperó la conciencia por primera vez, Gnost-Dural no tenía sentido de cuánto tiempo había estado fuera. Pese a la tortura de Karrid, sin embargo, sentía su percepción del tiempo y del espacio —una alerta nacida de estar de cerca en sintonía con el poder universal de la Fuerza— volviendo. Un poco más de diez horas habían pasado desde la confrontación en el santuario interior de Karrid; el ataque en Duro todavía estaba lejos. Necesitaba aguantar por varias horas más si su plan iba a funcionar.

—No puedes romperme, —dijo él, su voz rasgando desde la presión por la que ya había pasado.

—Ambos sabemos que puedo, —susurró Karrid justo desde su lado, haciendo correr sus largos dedos seductoramente a lo largo de la dura piel de la mejilla del kel dor—. Pero no tengo que hacerlo. Sé que no estabas actuando solo. Un barrido de seguridad de la nave ha capturado a tus amigos. Si quieres ahorrarles este sufrimiento, me dirás lo que quiero saber.

Gnost-Dural tenía que admirar el ardid, pero sabía que estaba fingiendo. Era posible que Theron estuviera en alguna parte en la nave —esperaba que fuera cierto— pero confiaba en que su compañero era lo suficientemente habilidoso para evitar cualquier tipo de patrulla de seguridad. Y Theron estaba trabajando solo. Karrid había dicho «amigos,» plural, como si hubiera más de uno.

—Sé que estás mintiendo, —le dijo él—. Porque vine solo.

Karrid quitó su mano de su cara en frustración.

—De nuevo, —dijo ella.

Esta vez se sentía como si un millón de largas y finas agujas, estuvieran empalando cada centímetro de su cuerpo. Punzaron su carne limpiamente, deslizándose a través de la

piel, músculo, nervios, y hueso antes de salir por el otro lado. Perforaron sus órganos internos; sus ojos; incluso su cráneo, empalando su cerebro.

Luchó contra ello, tratando de invocar a la fuerza para aligerar su sufrimiento. Abrió su boca para recitar el Código Jedi para centrar su mente y energía, pero en lugar de las palabras reconfortantes todo lo que surgió fue otro grito sin fin.

Las agujas se desvanecieron, desapareciendo al instante al igual que el calor y la presión. Y una vez más, no había ningún daño real a su cuerpo, aunque los recuerdos del dolor perduraban.

—El ataque de la República a la Estación Reaver no era real, —dijo Darth Karrid, su voz finalmente traicionando una sombra de su impaciencia—. ¿Así que cuál era el sentido de una falsa alarma? ¿Va a venir una invasión real después? ¿Una que desecharemos porque pensaremos que es otro mal funcionamiento del equipo?

—Sí, —graznó Gnost-Dural—. Eso es. Lo averiguaste.

—¿O era un ardid para causar confusión? —continuó Karrid, ignorando su obviamente falsa confesión—. ¿Una distracción para que tus aliados que ya estaban en la Estación Reaver pudieran preparar algún tipo de trampa? ¿Algo que nos estará esperando si volvemos al puerto?

—El lado oscuro te ha vuelto paranoica, —susurró el Jedi—. Te ciega a la verdad. Rechaza las enseñanzas de los Sith y tendrás la claridad y el entendimiento.

—La claridad llega a través del sufrimiento, —le dijo Karrid—. Aprenderás esa lección lo suficientemente pronto.

Escuchó pasos mientras ella se alejaba de él, entonces la escuchó hablar con alguien más, probablemente su aprendiz Sith de sangre pura.

—Quédate aquí con los interrogadores. Vigila al Jedi. No lo subestimes, y cuidado con los trucos con la Fuerza.

—Como desee, Maestra, —contestó una voz femenina.

—Hablaremos de nuevo cuando regrese, —le llamó Karrid—. Después de que un par de horas en la mesa te hayan hecho más cooperativo.

Gnost-Dural no se percató de su marcha mientras los interrogadores encendían la máquina y su mundo se convertía en dolor.

En el vestíbulo tras la sala de interrogaciones, Karrid se detuvo el tiempo suficiente para saborear los gritos de su antiguo Maestro antes de continuar. Sus barridos de seguridad no habían encontrado ningún otro polizón, aunque no los había esperado. Colarse en su nave era una misión condenada al fracaso, como ya había evidenciado la captura de Gnost-Dural. Sentía que era más probable que su presencia fuera una finta; un sacrificio suicida para alejar la atención de la verdadera amenaza.

Ella esperaba que el kel dor se rompiera fácilmente, pero no lo había esperado realmente, tampoco. Incluso el maravilloso dispositivo de Darth Mekhis requeriría tiempo para abatir a un Maestro Jedi. Pero finalmente le diría todo lo que quería saber: con quién estaba trabajando; cómo había sabido que la encontraría en la Estación Reaver; por qué habían preparado un falso ataque de la República. Hasta entonces, iba a mantener

a la *Lanza Ascendente* en una patrulla profunda, segura, lejos de cualquier plan que la República pudiera haber improvisado para destruirla. Pero no era la única precaución que estaba tomando.

Cogió el turboascensor para la Plataforma A, donde los oficiales de mayor rango tenían sus cuartos privados. Ahí encontró las nuevas adiciones a su tripulación listas y esperando su llegada.

Lord Quux era un sangre pura de piel roja; Lord Ordez era un humano de piel oscura. Habían ido a la Estación Reaver para jurar lealtad al miembro más reciente del Consejo Oscuro, aunque Karrid había estado en un principio reluctante de darles la bienvenida a bordo de su navío por miedo a que algún día estuvieran tentados de tratar de quitárselo.

Sin embargo, el ataque de Gnost-Dural le hizo reconsiderar su posición. Ahora que estaba en el Consejo Oscuro, tenía que esperar que hubiera otros atentados contra su vida, si no por los Jedi, entonces por rivales dentro del Imperio. Dándose cuenta de que sería sabio mantener a un par de guerreros bien entrenados a su lado en todo momento, mandó una lanzadera a la estación para recuperarlos.

—¿Confío en que sus instalaciones estén a su gusto?

—Exquisitas, —contestó Lord Quux, mientras que Lord Ordez sólo inclinó su cabeza para mostrar que lo aprobaba.

—Venid conmigo, —les dijo—. Debemos empezar vuestro entrenamiento.

—¿Entrenamiento, Darth Karrid? —preguntó Lord Quux.

—Si queréis servirme, debéis aprender a servir a mi nave también, —les dijo ella—. Os prometo que encontraréis la experiencia… gratificante.

CAPÍTULO 27

LA HERIDA DEL CUCHILLO EN EL HOMBRO DE TEFF'ITH apenas le molestaba mientras trabajaba en los controles del *Prosperidad*, llevando a la lanzadera fuera del hiperespacio justo más allá de la sombra de masa ejercida por el pozo de gravedad de Coruscant.

El mundo capital de la República surgía ante ella en toda su gloria, un mundo ciudad con casi un trillón de personas en la superficie. Las cuatro lunas orbitando el planeta estaban casi perdidas entre los satélites artificiales balanceándose alrededor de él. Estaciones de espejo gigantes recolectaban y redirigían la luz y el calor desde el sol de Coruscant hacia los polos, transformando cada centímetro cuadrado de la superficie en tierra habitable. Pesadas esferas de habitación lentamente rodeaban el mundo, aumentando la población oficial por otros cien billones. Y gigantes estaciones espaciales dirigían los arroyos sin fin de miles de naves que llegaban y salían.

Teff'ith sólo miró fuera de la ventana de la cabina de mandos. Habían pasado casi dos años desde que había estado allí por última vez… no desde su primer roce con Theron. Había olvidado lo sobrecogedor que podía ser el planeta más densamente poblado de la galaxia cuando era visto desde arriba. El bip incesante del comunicador de la lanzadera finalmente la sacó de su neblina, y extendió un brazo para abrir el canal.

—*Prosperidad*, ¿nos lees? —la voz de un hombre crujió—. Aquí la estación de control de vuelo de Coruscant 473. *Prosperidad*, por favor acepte.

—Aquí el *Prosperidad*, —contestó Teff'ith, dándose cuenta de que el transpondedor automático de la lanzadera debía haber transmitido el registro directamente a la estación espacial más cercana para pedir permiso a su llegada—. ¿Qué ocurre?

—He tratado de contactaros durante casi dos minutos enteros. Deberíais comprobar vuestro equipamiento de comunicación.

—Roger, —contestó Teff'ith, sin estar segura de qué más decir. Sabía cómo hacer contrabando con una nave en Coruscant, pero no tenía ni idea de los protocolos para un aterrizaje legal en la superficie.

—¿Estáis buscando permiso para superficie? —le preguntó el hombre tras un par de segundos de silencio.

—Roger, —estuvo de acuerdo Teff'ith.

Otros cuantos segundos pasaron antes de que el hombre contestara,

—¿Tenéis vuestro destino? —claramente estaba empezando a molestarse.

—La Jedi, —soltó Teff'ith—. La Gran Maestra Satele.

Hubo una larga pausa al otro extremo antes de que el hombre contestara,

—Tenéis permiso para aterrizar en el Espaciopuerto Diplomático 27-B. Transmitiendo las coordenadas ahora.

—Roger, —dijo Teff'ith de nuevo.

—Cambio y corto.

Aliviada por poner fin a la extraña conversación, Teff'ith cambió la nave al piloto automático, permitiéndole trazar su propia ruta hacia la superficie. Estaba sorprendida de

no tener que esperar algún tipo de cola o aterrizar en una de las estaciones espaciales orbitales para algún tipo de verificación antes de aterrizar. Pero entonces recordó de quién era la lanzadera que estaba pilotando, y se dio cuenta de que probablemente le habían dado algún tipo de servicio de prioridad especial.

La lanzadera penetró en la atmósfera de Coruscant, el piloto automático cayendo al camino de vuelo más cercano oficialmente designado mientras la aceleraba hacia la superficie. La nave se tambaleó ligeramente mientras entraba, como resultado del daño que había sufrido al estamparse contra las puertas del hangar durante su escapada del Puerto Jigani. Pero Teff'ith apenas se dio cuenta, su atención centrada en el mogollón de edificios, speeders, y gente en la superficie.

Coruscant realmente era una maravilla de la galaxia. Había otros mundos con paisajes urbanos sin fin, como la luna controlada por los Hutts de Nar Shaddaa, pero ninguno de ellos rivalizaba con la capital de la República. Los edificios más altos, más grandes del mundo Hutt habrían sido menguados por incluso el más pequeño rascacielos de Coruscant. El sentimiento general de Nar Shaddaa era uno de claustrofobia: abarrotado y estrecho. El efecto de Coruscant era casi exactamente lo opuesto: las torres extendiéndose indefinidamente hacia el cielo y los ríos sin fin de tráfico estirándose hasta desaparecer por el horizonte hacían parecer al mundo incluso más grande y más alto de lo que realmente era.

El piloto automático pitó suavemente, indicando que se estaba aproximando a su destino. Teff'ith cambió a control manual cuando vio el espaciopuerto bajo ella. No confiaba en que los pilotos automáticos hicieran bajar una nave suavemente en el mejor de los casos, y temía que el casco dañado del *Prosperidad* apagara sus sistemas precisamente calibrados.

El Espaciopuerto Diplomático 27-B era un conjunto de media docena de plataformas de aterrizaje en un círculo sobre un edificio muy grande de techo plano. En el centro de las plataformas de aterrizaje había una pequeña estructura que Teff'ith imaginaba que albergaban un pequeño turboascensor que llevaba al interior del edificio, junto con un puñado de personal de seguridad. Un par de speeders aéreos pequeños estaban aparcados en una esquina de la habitación, con suficiente espacio para acomodar varios más.

La lanzadera tocó tierra con un golpe ligero, y Teff'ith apagó los motores. Vio a dos hombres con uniformes de aspecto oficial —uno llevando un rifle bláster, el otro armado con una pistola— caminando fuera de la estructura central hacia el navío, confirmando que al menos la mitad de su hipótesis era cierta.

Justo como dijo Gorvich. Vienen a arrestarnos.

Ella brevemente consideró encender de nuevo la lanzadera y despegar, pero había llegado demasiado lejos para dar la vuelta. Esperanzadamente los guardias estarían dispuestos a escuchar y a entrar en razón.

Mientras bajaba la rampa de aterrizaje los dos hombres estaban esperando pacientemente. Ella lo tomó como buena señal el que ninguno se hubiera molestado en preparar su arma, aún.

—Señora, ¿hay alguien más en su lanzadera? —preguntó el de la pistola.

Teff'ith agitó su cabeza. Podía ver a los guardias intercambiar una mirada de conocimiento, y ella vio sus músculos tensarse ligeramente.

—¿Esa es su lanzadera, señora? —quería saber el segundo.

—No nuestra. Pertenece al Jedi. Gnost-Dural.

—¿Y dónde está el Maestro Gnost-Dural, señora?

Si los guardias hubieran tratado de abusar de ella o intimidarla no habría tenido problemas en tratar con ellos. Pero encontraba esta educación implacable, con su finamente velado trasfondo de sospecha, extrañamente alarmante.

—Gnost-Dural no está aquí. Nos dio la lanzadera. Tenemos un mensaje urgente para la Gran Maestra Satele Shan.

—¿Quiénes son «nosotros,» señora? —preguntó el de la pistola—. Pensé que había dicho que estaba sola.

Teff'ith puso los ojos en blanco.

—Nosotros es yo. Nadie más. Sólo *yo*. —Puso un énfasis exageradamente pesado en el pronombre final.

—¿Tiene alguna identificación, señora?

—No tenemos… *tengo*… tiempo para preguntas estúpidas, —soltó ella, su compostura finalmente perdiéndose—. Tengo que ver a la Gran Maestra Shan ahora mismo.

Los guardias se miraron el uno al otro, entonces de nuevo a ella.

—Si tiene un mensaje para ella puede dárnoslo. Nos aseguraremos de que lo reciba.

Teff'ith agitó su cabeza.

—Tiene que ser en persona. ¡Ahora!

Los guardias debieron haber intercambiado algún tipo de señal no hablada, porque de repente ambos tenían sus armas apuntándole a ella.

—Señora, por favor quítese su bláster y póngalo en el suelo. Lentamente.

Teff'ith hizo lo que le decían.

—Señora, necesita venir con nosotros.

—Vamos con vosotros, —dijo Teff'ith, tratando de sonar calmada en lugar de como algún tipo de lunática rabiosa—. Pero vosotros mandad un mensaje a la Gran Maestra Shan. Decidle que Theron nos mandó.

Mientras que el guardia con el rifle bláster mantenía su arma apuntándole a ella, el otro enfundó su pistola y llegó a recoger su arma del suelo. Entonces le dio una palmadita con la mano rápida, con cuidado de evitar la herida de su hombro. Para su sorpresa, no le puso un par de esposas aturdidoras, sólo la llevó por el codo y la guió al interior de la pequeña estructura en medio del espaciopuerto, su compañero siguiéndole detrás con su arma todavía preparada. Estaba claro que no confiaban en ella, pero ya que había llegado en la lanzadera de un Maestro Jedi estaban dudosos de tratarla como un criminal común.

Como Teff'ith sospechaba, había un turboascensor en la parte trasera de la estructura, junto con dos sillas y un holo-terminal. La única puerta era por la que acababan de entrar, aunque había dos pequeñas ventanas a cada lado de las paredes.

—Siéntese, señora, —dijo el guardia a su codo.

Todavía esperando que pudiera razonar con ellos, hizo lo que le ordenaron.

—Mandad un mensaje a la Gran Maestra Shan, —le recordó—. Nos lo prometisteis.

—Sólo trate de estar calmada, señora. Arreglaremos esto.

—No hay nada que arreglar, —dijo ella alzándose de su silla—. ¡Llamad a Shan!

El guardia con el rifle bláster dio un paso atrás, el arma alzada, mientras el otro llegada hacia delante y le agarraba el codo de nuevo.

—Pondremos una solicitud a través de los canales apropiados, —dijo él, esperando calmarla mientras trataba de guiarla de vuelta a la silla—. Sólo siéntese y relájese. Alguien está en camino.

Teff'ith dejó caer sus hombros e inclinó su cabeza mientras empezaba a descender hacia su asiento. Pensando que estaba resignada a su destino el guardia en su codo relajó su agarre.

En lugar de sentarse, Teff'ith giró para liberarse, tirando la pistola de su cartuchera con una mano mientras la deslizaba tras él, usando su cuerpo para escudarse del guardia con el rifle bláster. Al mismo tiempo agarró su muñeca con la otra mano, retorciendo su brazo arriba y tras su espalda mientras presionaba la pistola contra el lateral de su cuello.

Ocurrió en un parpadeo; el otro guardia ni siquiera tuvo tiempo de gritar de sorpresa antes de que Teff'ith tuviera a su compañero a su merced.

—¡Déjale ir! —dijo él, alzando su rifle bláster.

Teff'ith torció el brazo arriba de su escudo humano incluso más lejos tras él. Él gruñó de dolor mientras ella miraba al otro hombre por encima de su hombro.

—Tú ve fuera. Cierra la puerta. ¡Vuelve a entrar, y tu amigo muere!

El guardia vaciló, y Teff'ith presionó su pistola incluso más fuerte contra el cuello de su cautivo.

—¡Escúchala! —rogó él—. ¡Haz lo que te pide!

Manteniendo su arma en alto, el otro guardia retrocedió lentamente hasta que estuvo fuera del pequeño edificio. Esperó un momento, entonces se agachó hacia un lado y fuera de la línea de fuego de Teff'ith. Ella se preparó, temiendo que saldría de detrás de la esquina para darle un disparo. Pero en su lugar la puerta se deslizó al cerrarse mientras él golpeaba el panel de acceso de la pared exterior.

Teff'ith empujó a su cautivo por la espalda, mandándole tambaleándose lejos de ella. Alzó el bláster y disparó, friendo el panel del turboascensor y haciendo que el hombre dejara salir un aullido agudo mientras caía al suelo.

Retrocediendo hacia la esquina alejada de la habitación, Teff'ith dijo,

—Levántate. Usa el holo. Llama a la Gran Maestra Shan.

—Yo… yo no sé cómo contactar con ella, —dijo él—. No tengo ese tipo de autoridad.

—Llama a tu jefe. Llama al jefe de tu jefe. Pon a Shan en el holo o mueres.

—Está bien, —dijo él, poniéndose en pie—. Está bien, lo intentaré.

Teff'ith no tenía ni idea de si su plan funcionaría. Sabía que en el Imperio preferirían dejar morir a un rehén antes que molestar a un Lord Sith con este tipo de peticiones. Esperaba que las cosas fueran diferentes en la República.

En los cinco minutos que le llevó al guardia hacer que su solicitud subiera la cadena de superiores, explicando su situación cada vez, tres speeders llegaron para aterrizar en el techo del exterior, cada uno llevando cuatro personales de seguridad más armados.

Teff'ith mantuvo un ojo en el guardia en el holo mientras el otro iba de atrás a delante por las ventanas en el poder de fuego reuniéndose, preguntándose cuánto tiempo tendría hasta que trataran de derribar el edificio.

Justo cuando iba a abandonar la esperanza de terminar esto sin un derramamiento de sangre, el hombre en el holo dijo,

—¡La tengo! ¡Está aquí!

Teff'ith miró para ver la cara de una mujer en el holo. No tenía ni idea de cómo era la Gran Maestra Shan, aunque pensaba que podría ver algún leve parecido en la cara con Theron.

—En la esquina, —dijo ella, moviendo el arma—. Cara abajo. Si te mueves, dispararé.

—No hay necesidad de violencia, —dijo la mujer en el holo mientras el guardia cumplía sus órdenes—. Tratemos de permanecer calmados.

—Lo he intentado, —le dijo Teff'ith, manteniendo el arma apuntando al guardia en la esquina—. Nadie escuchó. La violencia es la única forma de obtener resultados.

—Estoy aquí ahora, —dijo la mujer, obviamente tratando de calmarla—. Estoy escuchando.

—¿Tú eres la Gran Maestra Satele Shan?

—Lo soy.

—Mensaje de Theron. Necesita tu ayuda. Me mandó para decírtelo.

Por la expresión en la cara de la mujer, Teff'ith sabía que Satele era quien clamaba ser. También sabía que Satele no tenía dudas de que estaba diciendo la verdad.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha ido mal?

—No aquí, —dijo Teff'ith, agitando su cabeza—. Demasiados oídos. Algún sitio privado.

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó Satele—. O debería ir contigo.

Teff'ith miró por la ventana para ver más de veinte guardias armados esperando en el tejado de fuera.

—Ven tú aquí. No nos vamos a ninguna parte.

Treinta segundos después de terminar su holollamada con Satele, Teff'ith vio a los guardias del exterior retrocediendo y bajando sus armas, aunque ninguno de ellos se fue. Cinco minutos más tarde otro speeder aéreo aterrizó, éste llevando una única figura en una túnica marrón.

Ignorando a los guardias armados, ella saltó de su speeder y caminó rápidamente hacia donde Teff'ith estaba encerrada. Conforme se acercó, la twi'lek la reconoció como la mujer de la hololłamada. Ella se detuvo en la puerta.

—Soy la Gran Maestra Satele Shan, —dijo ella.

—Levántate, —le dijo al guardia—. Y llévate al resto de tus amigos de las FSC[6] contigo. Esto es un asunto Jedi.

El hombre miró de vuelta a Teff'ith, entonces salió corriendo a la libertad cuando ella asintió.

Satele cerró la puerta tras él, sellándolas a las dos solas en la habitación.

—Ya no vas a necesitar esa pistola, —dijo ella.

Teff'ith miró abajo a su mano, sorprendida por dares cuenta de que todavía estaba llevando el bláster. Rápidamente lo puso en la silla junto a ella.

—Dijiste que Theron te mandó, —dijo la Jedi—. Que necesita mi ayuda.

—Gnost-Dural, también. Traté de decírselo a los guardias. No escuchaban.

—Dímelo todo, —dijo Satele—. Empezando por tu nombre.

---

[6] Fuerzas de Seguridad de Coruscant, CSF en el original (Coruscant Security Forces). *(N. del T.)*

CAPÍTULO 28

THERON ABRIÓ LAS TABLETAS DE SAL y tragó lo último del agua de su segundo kit de raciones, esperando que fuera suficiente para mantener su cuerpo hidratado y evitar que sus músculos tuvieran calambres por un par de horas más en la sala de motores sofocante.

Ya casi había acabado de mapear los sistemas de control de la *Lanza Ascendente*; sólo tenía un puñado de relés para acabar. Y mientras se había familiarizado más y más con los sistemas, había empezado a escribir subrutinas preprogramadas para distorsionar las operaciones de la nave: una para deshabilitar el hipermotor; otra para hacer caer los escudos; una tercera para desconectar los sistemas de objetivo de los cañones láser. Guardó cada subrutina mientras la creaba en su implante cibernético, almacenándolas electrónicamente para una posterior referencia, del mismo modo que memorizaría una lista de nombres o números utilizando su memoria orgánica. Después sería capaz de llamarlas y desplegarlas en una rápida sucesión contra Karrid y su nave, dando a la flota de la República una oportunidad de lucha cuando se enfrentaran a la *Lanza* en Duro.

Sólo había un problema con su plan: hasta entonces no había escuchado nada sobre que la *Lanza* estuviera preparándose para ir a Duro. El Maestro Gnost-Dural le había asegurado a Theron que convencería a Karrid de ir allí, pero Theron no tenía forma de saber si su amigo estaba vivo o muerto. Había escuchado los comandos mandados hacia y desde el puente del navío desde que se había colado en los canales de comunicaciones, pero hasta entonces no había escuchado ni una palabra sobre el Jedi, y las únicas órdenes que Karrid había dado a la *Lanza* eran permanecer fuera en el espacio profundo hasta que supieran más sobre el ataque fingido en la Estación Reaver.

Su púa cortadora sonó, notificándole que había terminado de mapear el relé actual. Theron la desconectó y escaneó los datos, la información transmitida sin cables desde la púa al implante de su ojo izquierdo, superponiendo la imagen sobre su visión normal.

Reconoció un patrón familiar de un relé previo, uno que indicaba una celda de aislamiento, completa con cámaras de seguridad que proveían de imágenes en vivo. Las celdas anteriores con las que Theron había tropezado estaban vacías. Había golpeado en las cámaras esperando ver a Gnost-Dural, sólo para encontrarse con una habitación vacía. No había pensado en buscar otras celdas de aislamiento, sin embargo. Reconectando la púa cortadora en el relé, estableció una conexión con las cámaras de seguridad, proyectando la imagen en su superposición visual. Esta vez encontró lo que estaba buscando.

Gnost-Dural estaba vivo, atado a algún tipo de mesa. Su túnica y la mayoría de sus ropas habían sido desgarradas; incluso en la imagen de baja calidad no había duda del cuerpo expuesto del kel dor.

Theron cuidadosamente utilizó su enlace con la cámara para hacerla girar lentamente alrededor de la habitación. El Jedi no estaba solo. Además de un par de soldados Imperiales, había también una mujer Sith de sangre pura en la habitación vigilándole. Por sus ropas negras y tatuajes faciales no era difícil asumir que era una seguidora del lado

oscuro. Era probablemente la aprendiz de Darth Karrid, a la que habían encargado que se asegurara que el prisionero no escapara.

Moviendo la cámara de vuelta a su posición original, Theron cortó la alimentación. No tenía ni idea de si los Sith podían ser capaces de percibirle espiándoles a través de la Fuerza, pero no quería correr ningún riesgo. Además, había visto todo lo que necesitaba ver.

Su mente rápidamente recorrió sus opciones. Podía tratar de ayudar a escapar al Jedi, ¿pero era eso lo que quería Gnost-Dural? Le dijo a Theron que iba a convencer a Darth Karrid de que fuera a Duro; ¿era ser capturado parte del plan? ¿Conocía lo suficientemente bien a su antigua Padawan para pensar que podría manipularla para ir a Duro permitiéndole interrogarle? Era una táctica que el SIE había utilizado en el pasado, aunque la tasa de éxito no era alta. A veces el objetivo veía a través del ardid y rechazaba picar el anzuelo. Otras veces simplemente asesinaban a su prisionero antes de que la falsa información les fuera pasada.

No había forma de saber si ser cogido era realmente un farol calculado por su compañero o si algo simplemente había ido terriblemente mal con su plan original. Pero si algo había ido mal, Theron se dio cuenta de que no había mucho que pudiera hacer por ayudar. Podría ser capaz de sobrepasar a los guardias o a la Sith individualmente, pero dudaba que pudiera manejarse con todos juntos. E incluso si lo hacía, sacar a Gnost-Dural de su prisión sólo alertaría a Karrid de que su antiguo Maestro no era el único que se había infiltrado en la *Lanza*. La nave entera iría a un cierre hasta que les encontraran a ambos.

Más importante aún, rescatar a Gnost-Dural no hacía nada por solucionar el problema de llevar la *Lanza* a Duro en las próximas doce horas. Si ser capturado era parte de su plan, rescatarle lo arruinaría todo. Si no lo era, estaban condenados de todos modos. Por muy duro que fuera, Theron tenía que dejar a Gnost-Dural en manos de sus enemigos, confiando en que su compañero supiera lo que estaba haciendo.

Tratando de no pensar en lo que los Imperiales le harían al kel dor, volvió a su trabajo, conectando la púa cortadora en el siguiente relé. Pero era imposible apartar al Jedi por completo de su mente. Si Gnost-Dural iba a hacer algo para mandar a Karrid y a la *Lanza* en manos de la República, tenía que hacerlo pronto. El tiempo se estaba agotando.

* * *

Esta vez el tormento de Gnost-Dural era frío. No el frío de un viento amargo o de un mundo helado, sino el frío negro de la tumba. Podía sentir su carne pudrirse y descomponerse, su piel volviéndose tensa, sus huesos ahuecándose y volviéndose quebradizos antes de convertirse en polvo.

Cuando el sufrimiento terminó abruptamente y misericordiosamente, la mente de Gnost-Dural se balanceaba al borde de la locura, destrozada por horas y horas de

tormentos indecibles. Incluso mientras buscaba refugio en un océano de demencia y engaño, una pequeña parte de él luchaba por agarrarse a las últimas hebras de su cordura.

Si la Sith hubiera ordenado otro acceso de tortura, habría sucumbido, hundiéndose en las profundidades de la locura. En su lugar, ella ordenó a los interrogadores detenerse, quizás percibiendo lo cerca que estaba de estar perdido para siempre y sabiendo los castigos que Darth Karrid le infringiría si fracasaba en descubrir sus secretos.

—¿Estás preparado para hablar ahora, Jedi? —preguntó ella.

Todavía luchando para distinguir la realidad de las locas alucinaciones de dolor reptando por los bordes de su mente, Gnost-Dural sólo podía susurrar,

—No más. No más.

—Puedes acabar con esto, —le dijo la Sith—. Dile a Karrid lo que quiere saber y tu sufrimiento terminará.

—Hablaré, —prometió él—. No más… hablaré… no más… hablaré… no más…

Girándose del kel dor balbuceante, la aprendiz dijo:

—Informa a Darth Karrid que el prisionero está preparado para ella.

Para cuando llegó Darth Karrid un par de minutos después, Gnost-Dural había recuperado bastante de su compostura, aunque tenía cuidado de seguir interpretando la parte de una víctima rota. Dado su estado actual, era un rol fácil en el que meterse.

—No más… hablaré, —musitó él mientras escuchó los pasos familiares de Karrid aproximarse—. Hablaré.

—Te dije que te rompería, —susurró la falleen en su oído—. Ahora que has probado el poder del lado oscuro, puedes entender por qué dejé a los Jedi para seguir a Malgus.

—Hablaré, —contestó el Jedi—. No más… hablaré.

—¿Por qué subiste a bordo de mi navío? —preguntó Karrid—. ¿Por qué te enfrentaste a mí y a mis aprendices? ¿Por qué entraste en una batalla que sabías que no podías ganar?

—Una distracción, —jadeó Gnost-Dural—. Para mantenerte alejada.

—¿Alejada? ¿Alejada de qué?

—Duro. El ataque a Duro.

—¿Cómo sabes eso?

Aunque cegado sin sus gafas protectoras, sabía que Karrid le estaba observando de cerca. Estudiándolo; analizando sus palabras para ver si estaba mintiendo. La mejor manera de evitar que reconociera el engaño era mezclar hechos y ficción; alimentar las mentiras con pedazos de verdad.

—El codificador oscuro. Craqueamos los códigos.

Él pudo sentir a Karrid alzarse de repente, aturdida por las noticias.

—Así es cómo te encontramos. —Continuó Gnost-Dural—. Interceptamos un mensaje de que ibas a la Estación Reaver.

—¿Hace cuánto que tenéis el codificador? —exigió ella, agachándose a su lado de nuevo.

—Desde Ziost.

No necesitaba decir nada más para que ella supiera de qué estaba hablando. Y cuanto menos dijera, más difícil sería para ella tener una lectura de él.

—Viniste a la estación, me atacaste en mi nave, preparaste una flota de invasión falsa de la República… ¿Todo para aseguraros de que no íbamos a Duro?

—Teníamos miedo de ti, —dijo Gnost-Dural, alimentando su ego—. La República está preparando una emboscada en Duro. Pero no podemos permitirnos las suficientes naves para hacer caer la *Lanza*. Volverías la batalla contra nosotros.

—Mi nave nunca fue parte de la flota que se dirigía a Duro, —dijo Karrid, y él escuchó la sospecha en su voz.

—Estás en el Consejo Oscuro. Tú eliges tu propio camino, —le explicó Gnost-Dural, recordando lo cabezota que había sido como su Padawan mientras interpretaba aún más hacia su orgullo—. Temíamos que desafiarías la voluntad del Ministro de Guerra y vinieras a Duro a Reclamar tu parte de la victoria.

—¿Entonces por qué me estás contando esto ahora? —preguntó Karrid—. ¿Esperas que te muestre misericordia?

Gnost-Dural trató de reír, pero todo lo que salió fue un vacío, un rasgado encantado de aliento.

—Mi plan funcionó, —dijo él, ofreciendo la última parte del cebo—. Es demasiado tarde. Estamos demasiado lejos. Nunca llegarás a Duro a tiempo para la batalla.

Ahora fue la hora de Karrid para reírse.

—Te equivocas, *Maestro*, —espetó ella—. No tienes ni idea de lo rápida que es mi nave en realidad. ¡Cuando la República haga saltar su trampa en Duro, estaremos allí!

Karrid se alzó y se dirigió a la puerta.

—Vigílale, —dijo ella—. No más tortura. Le quiero vivo y cuerdo para que pueda atestiguar nuestra destrucción de Duro y de la flota de la República.

—¿Deberíamos mandar un mensaje para advertir al Moff Nezzor sobre la emboscada? —preguntó su aprendiz.

—La República ha roto los códigos de cifrado, —soltó Karrid—. Mandar el mensaje ahora sólo les dejaría saber que vamos. Podrían incluso abandonar su plan. Mejor sacrificar un par de nuestras propias naves que dejar que la flota de la República escape.

—Perdóneme, Maestra, —contestó la aprendiz—. Hay demasiado que todavía tengo que aprender.

—Dile al Moff Lorman que trace una ruta a Duro, a la máxima velocidad, —ordenó antes de dejar la habitación.

He hecho todo lo que he podido, Theron, pensó el viejo Jedi. *Ahora es tu turno*.

Profundo en las bodegas de la sala de motores Theron finalmente escuchó las órdenes que había estado esperando que llegaran del puente.

—Traza una ruta hacia Duro.

Un claxon sonó tres veces por la nave, la señal para que la tripulación se preparara para el salto al hiperespacio. Un momento después el núcleo del hipermotor empezó a aullar mientras aceleraba a la máxima potencia.

¡Lo hizo! ¡De alguna forma, el Maestro Gnost-Dural lo hizo!

Theron redobló sus esfuerzos, sabiendo que tenía que acabar de mapear los relés si la emboscada iba a tener alguna oportunidad de hacer caer la *Lanza Ascendente*… asumiendo que realmente fuera a haber una emboscada.

Gnost-Dural había hecho su trabajo, y Theron estaba ocupado haciendo el suyo. Pero ninguno de ellos importaba si Teff'ith y Satele no podían convencer a Jace de mandar una flota de la República a Duro.

CAPÍTULO 29

—¡NO! —DIJO JACE, golpeando su puño contra la parte trasera del sofá junto al que estaba en pie—. ¡Esto es una locura!

La llamada de Satele le había despertado en mitad de la noche. Cuando ella le dijo que iba a ir a verle, todavía había estado demasiado adormilado por los tragos que había compartido con Marcus antes para hacerle ninguna pregunta o protestar. No es que hubiera rechazado su petición. Él y Satele habían hablado varias veces desde que ella terminó con su relación, dados sus respectivos roles en la República y la Orden Jedi era inevitable. Pero sus encuentros siempre habían sido oficiales, mantenidos en oficinas o en salas de reuniones. Ella nunca había ido a su apartamento antes, así que sabía que cualquier asunto que tuviera era urgente; la Gran Maestra de la Orden Jedi no era una mujer dada a exagerar.

Para el momento en que ella se mostró en su puerta, la mente de Jace estaba lo suficientemente bien como para adivinar de qué iba esto: de algún modo había sabido de Theron, la *Lanza*, y el inminente ataque en Duro que ahora iba a estar a menos de diez horas. Esperaba que intentara hablar con él de su plan. Pero no había esperado a la matona callejera twi'lek de aspecto desaliñado que acompañaba a la Gran Maestra, ni la salvaje historia que le contó.

—¿Sabes cuántas leyes y regulaciones ha violado Theron metiéndote en esto? —le gritó a ella.

Satele y la twi'lek estaban lado a lado en mitad de su sala de estar, un frente unido oponiéndose a él.

—Theron podría ser llevado a una corte marcial, —continuó Jace, caminando alrededor desde detrás del sofá y moviéndose hacia ellas mientras su voz se volvía más y más fuerte—. Arrestado. ¡Esto roza la traición!

—¡Grítale a él, no a mí! —soltó Teff'ith, manteniendo el terreno y rechazando ser intimidada por su bravata.

—Nada de eso importa ahora, —le dijo Satele—. Theron y el Maestro Gnost-Dural llevarán la *Lanza Ascendente* a Duro. Necesitas estar allí esperándoles.

—Tú no sabes eso, —dijo Jace—. Sólo te encontraste con esta twi'lek. Por lo que sabemos es una agente Imperial llevándonos a algún tipo de trampa.

—Puedo percibir la verdad en sus palabras, —le aseguró Satele.

Jace resopló.

—Y no es posible que estés equivocada, porque ningún Jedi en la historia ha sido jamás traicionado por alguien cercano a ellos. Vosotros los Jedi debéis ver más que el resto de nosotros, pero no veis de cerca tanto como creéis.

—A veces somos ciegos cuando se trata de aquellos que están cerca de nosotros, —admitió Satele—. Pero tengo razón en esto, —añadió con la calma resoluta que Jace había encontrado tan irritante cuando estaban juntos—. Podemos confiar en Teff'ith.

—Incluso si está de nuestra parte, todavía no sabemos si la *Lanza* realmente aparecerá en Duro. Ella ni siquiera puede decirnos lo que estaban planeando Theron y Gnost-Dural.

—No había plan, —explicó Teff'ith—. Lo fueron planeando sobre la marcha.

—¡Eso es incluso peor! —gritó Jace, girándose de ellas para caminar alrededor de la sala de estar—. No puedes simplemente improvisar tu paso a través de algo como esto.

—No subestimes al Maestro Gnost-Dural, —advirtió Satele—. Darth Karrid fue su aprendiz durante muchos años. Conoce su mente y personalidad mejor que ella.

—¿Entonces por qué no supo que iba a desertar con los Sith? —desafió Jace.

—Conocíamos el riesgo. Pero decidimos que merecía la pena tener a alguien cerca de Malgus, —dijo Satele—. Gnost-Dural encontrará una forma de hacer que Darth Karrid lleve la *Lanza* a Duro.

—Ojalá tuviera tu confianza, —dijo Jace, agitando su cabeza—. Pero incluso si consigue que manden la *Lanza*, no podemos enfrentarla con la máxima potencia. Se suponía que Theron sabotearía la nave, pero no tenemos ni idea de lo que ha hecho. Incluso si logra plantar el virus en los sistemas de la *Lanza*, no tenemos ninguna forma de activarlo sin saber a qué frecuencia transmitir el código.

—Theron encontrará una forma, —le aseguró Satele—. Quizás active el virus él mismo.

—Y quizás no lo haga. Si mando una flota a Duro y la *Lanza* se muestra con el máximo poder, seremos masacrados junto con los civiles del planeta.

—¡Manda dos flotas! —espetó Teff'ith—. Manda cinco. ¡Manda diez! Incluso la *Lanza* no puede ganar entonces.

—No tenemos suficientes naves en el sector, —dijo Jace—. E incluso si las tuviéramos, mandar órdenes para que todo el mundo converja en Duro al mismo tiempo avisaría al Imperio. Saben dónde estamos, y podrían anular el ataque.

—Al menos Duro sería salvado, —metió baza Satele.

—Duro es irrelevante, —dijo Jace—. Esto es sobre detener la *Lanza*. Es sobre ganar la guerra.

—La República no gana si no protegemos a nuestra gente, —le dijo Satele—. No somos el Imperio. Solías entender la diferencia.

Jace se enfureció ante sus palabras.

—¿Es por eso por lo que me dejaste? ¿Es por eso por lo que no me dijiste que Theron era nuestro hijo?

Él escuchó un ligero jadeo de Teff'ith mientras reaccionaba a la revelación, pero ignoró a la twi'lek, su atención centrada en la Gran Maestra Shan.

—Vi a la guerra cambiarte, —dijo Satele—. Te vi dirigiéndote bajo un camino que no podía seguir. Traté de ayudarte, pero me di cuenta que sólo estaba siendo arrastrada abajo contigo.

—Así que me abandonaste.

—Pensé que nuestros sentimientos del uno por el otro estaban empeorando las cosas. Tenía miedo de que supieras que tenías un hijo, tu deseo por protegerle a cualquier coste te llevaría incluso más abajo por ese camino oscuro.

—¿Así es como me ves realmente? —preguntó Jace—. ¿Cómo algún tipo de monstruo?

Satele agitó su cabeza.

—No siempre estoy de acuerdo con tus decisiones, pero sé que eres un buen hombre. El odio y la rabia son parte de ti, pero no te han consumido.

La Jedi suspiró.

—Solía creer que era por lo que yo había hecho. Apartándome de ti, ocultando a tu hijo de ti… solía decirme a mí misma que esas acciones te salvarían de ti mismo.

—¿Y qué crees ahora?

Satele vaciló, sus ojos yendo al suelo momentáneamente como si no pudiera aguantar encontrar la mirada de Jace.

¿Está avergonzada? Se preguntó Jace.

—Ahora no lo sé, —dijo ella.

Ella le miró de nuevo, luchando por mantener la reserva apropiada para una Gran Maestra Jedi. Pero Jace la conocía lo suficientemente bien para ver lo que había bajo su máscara estoica: arrepentimiento, inseguridad, dudas.

—Quizás me equivoqué al ocultar a Theron de ti. Quizás empeoré las cosas.

Hubo un largo silencio, finalmente roto por Teff'ith.

—Mamá Gran Maestra Jedi, papá Comandante Supremo. Ahora sabemos por qué Theron está tan hecho un desastre. ¿Vas a mandar una flota, o qué?

Cuando Jace no contestó, Satele habló.

—No puedes dejar que Duro sea saqueado, —le dijo ella—. Te conozco, Jace. Nunca serás capaz de vivir contigo mismo. Te destruirá.

—Merece la pena si contener nuestra flota significa que todavía tenemos una oportunidad de hacer caer la *Lanza*, —dijo obstinadamente.

—Si mandas la flota y la *Lanza Ascendente* no está allí, salvas Duro, —dijo Satele, tratando de razonar con él—. Si no mandas una flota, y Karrid está allí, entonces pierdes ambas Duro y tu mejor oportunidad para hacer caer la *Lanza*.

—Fácil elección, —estuvo de acuerdo Teff'ith.

—Estás olvidando la tercera opción, —le dijo Jace—. Mandamos una flota, la *Lanza* está ahí, pero Theron fracasa en su misión. Entonces lo perdemos todo: nuestra oportunidad con la *Lanza*, Duro, y nuestra flota. Me estás pidiendo que arriesgue todo esto con una fe ciega de que Theron tendrá éxito. El Comandante Supremo no tiene el lujo de una fe ciega.

—No es una fe ciega, —le aseguró Satele—. Es fe en Theron. Fe en nuestro hijo.

Jace miró abajo al suelo, apretando y aflojando sus manos. Sabía lo que *quería* hacer, pero esta era la decisión más importante que jamás había hecho. No podía permitirse equivocarse.

—¿Supongo que no has tenido algún tipo de visión? —le dijo a Satele—. ¿Algo que nos diga qué deberíamos hacer?

—La Fuerza no me ha mostrado lo que ocurrirá, —admitió Satele—. El futuro siempre está en movimiento.

—Podrías haber mentido simplemente, —musitó Teff'ith.

—Confía en tu corazón, —le dijo Satele.

—No es una cosa muy Jedi para decir, —dijo Jace.

—Tú no eres un Jedi, —le recordó ella.

El Comandante Supremo tomó aliento profundo, entonces lentamente lo dejó salir. Había estado luchando contra los Sith durante cuarenta años: luchando por la República, luchando por los hombres y mujeres que fueron a la batalla junto a él, luchando por el futuro de la galaxia entera. Pero ahora que sabía que tenía un hijo, tenía algo más por lo que merecía la pena luchar. Theron contaba con él, y no iba a defraudarle.

—Mandaré la flota, —dijo él—. Ahora iros de mi apartamento para que pueda cambiarme, necesito estar en mi nave insignia en una hora o no llegaremos a tiempo.

—¿Tú vas a liderar la flota? —preguntó Teff'ith, claramente sorprendida.

—Si Darth Karrid no se muestra, entonces la Canciller Saresh va a exigir mi resignación por estropear esta misión de todos modos. También podría ir en un suspiro de gloria.

—Yo voy también —declaró Satele.

—Olvídalo, —contestó Jace—. No vamos a arriesgar al Comandante Supremo y a la Gran Maestra de la Orden Jedi en la misma misión.

—Servimos a la República, —le recordó ella—, y esta misión es crítica para los esfuerzos de guerra. Si hay incluso una oportunidad de poder ayudar, necesito estar ahí.

—Y la Orden es lo suficientemente fuerte para sobrevivir mi pérdida si algo ocurre, —le aseguró ella—. Al igual que la milicia puede sobrevivir a la tuya.

—Buena suerte, —dijo Teff'ith.

—Tú vienes también, —le dijo Jace.

—¿Qué? ¿Por qué nosotros?

—Lo estoy arriesgando todo por tu historia, pero todavía soy el Comandante Supremo de la milicia de la República. Todavía tengo responsabilidades. Si resulta que realmente eres una espía Imperial vendiéndonos, dejarte ir haría las cosas aún peor. Así que no te voy a apartar de mi vista hasta que todo esto se haya acabado, sólo por si acaso.

—Será mejor que Theron destroce bien la *Lanza*, —gruñó Teff'ith—. No quiero ser volada en pedazos.

—No eres la única, —estuvo de acuerdo Jace.

* * *

El aullido del hipermotor hacía difícil concentrarse, pero Theron todavía era capaz de teclear el sistema de navegación de la *Lanza* para tener una percepción de dónde estaban.

Al principio pensó que no había forma de que llegaran a Duro a tiempo, pero la nave se estaba moviendo a velocidades que no podía creer. Comprobó una y dos veces los datos, preguntándose si había algún error en alguna parte. Estudió los sistemas de hiperconducción, y no debería ser posible que se movieran tan rápido. No sin algún tipo de fuente externa aumentando el sistema.

Darth Karrid.

Rastreando su progreso hacia atrás, se dio cuenta de que la velocidad de la nave había saltado cuando los sistemas de su vaina de comando personal se unieron. Los motores estaban reuniendo realmente más energía de ella, el vínculo simbiótico entre Sith y nave canalizando las energías del lado oscuro a través de Karrid para aumentar las habilidades de la *Lanza*.

Con un sentimiento preocupado se dio cuenta que incluso con todo el tiempo que había pasado mapeando las redes y estudiando la nave, todavía no tenía ningún concepto real del potencial completo de la *Lanza Ascendente*. La nave de Darth Karrid debía ser un enemigo demasiado formidable para la flota de la República. Theron esperaba que la oportunidad de victoria de la República no se hubiera perdido ya.

CAPÍTULO 30

ENCAPSULADA DENTRO DE LA ESFERA DE CRISTAL de su vaina de comando, Darth Karrid podía sentir la energía de la *Lanza Ascendente* circulando a través de los cables conectados a los implantes de su cuello, cara, y cráneo. Los cables se balanceaban y torcían como si estuvieran vivos, palpitando con energía e igualando el ritmo de su corazón acelerado mientras mandaba sangre corriendo por sus venas.

Su nerviosismo era más que la anticipación por la batalla que se avecinaba. Guiar a la nave a través del paisaje extradimensional del hiperespacio era estimulante, una emoción más allá de cualquier otro placer mental o físico. Había transcendido de su caparazón de carne y huesos, volviéndose una con la *Lanza Ascendente* mientras los planetas y estrellas volaban tras ella por todas partes, percibidas más que vistas, desvaneciéndose de su alerta en segundos mientras se quedaban a trillones de kilómetros tras ella.

Podía sentir la presencia de su aprendiz y sus dos nuevos compañeros en el exterior de los confines de la vaina mientras ella se alimentaba de ellos para mejorar y aumentar su conexión con el lado oscuro… y con la nave. Todavía se dio cuenta de que, con las prisas que tenía por llegar a Duro, tenía que frenar el paso. Su segundo aprendiz todavía estaba haciendo guardia sobre Gnost-Dural, y aunque Lord Quux y Lord Ordez eran fuertes, todavía no estaban acostumbrados al esfuerzo único de apoyarla mientras ella controlaba la *Lanza*. Tenía que tener cuidado de no cansarles antes de la batalla.

La nave frenó aún más ligeramente en respuesta a su directiva silenciosa, permitiéndole conservar sus fuerzas mientras continuaban precipitándose hacia su destino.

El Moff Nezzor, comandante de la nave capital Imperial *Extempus*, deleitó los momentos antes de liderar su flota hacia la batalla. El ataque al mundo agrícola de Ruan había sido una victoria gloriosa, pero empalidecería comparada con la devastación que planeaba desatar contra Duro.

Como con el previo ataque a un insospechado mundo, ligeramente defendido de la República, el plan era elegante en su sencillez. Golpear los astilleros de Duro para paralizar la producción, bombardear las ciudades en órbita para infligir el máximo daño y bajas, entonces retirarse antes de que los refuerzos de la República en el sector pudieran responder a la amenaza.

Nezzor aprobaba este cambio reciente en las tácticas Imperiales. Mientras que algunos —como Davidge, el remilgado Ministro de Logística— debían argumentar que el Imperio ganaba poco beneficio tangible de un ataque a Duro, el Gran Moff enfendía el valor psicológico de golpear a objetivos suaves con el propósito primario de la masacre y el caos. Y personalmente, prefería bastante una misión sin oposición contra un mundo densamente poblado civil a un largo enfrentamiento contra los defensores de la República sobre un planeta rico en recursos con un alto valor estratégico a largo plazo.

—Dos minutos para Duro, Moff Nezzor, —le informó el navegador sentado al otro lado del puente.

—Preparad un canal de comunicación general, —ordenó Nezzor, con prisa por empezar a dar órdenes para dirigir el asalto de la flota en el instante que salieran del hiperespacio.

—A la orden, señor.

Una sonrisa se formó en los labios finos, agrietados de Nezzor.

Sintió el familiar oleaje del frenado, y el campo de estrellas del exterior de la ventana de vistas del puente se transformó desde el sólido blanco al campo de estrellas del espacio real. Llegaron a los límites del sistema Duro, lo suficientemente lejos del pozo de gravedad del sol pero todavía sólo a un par de minutos del propio mundo. Pero en lugar de ver el epónimo planeta y sus ciudades orbitales en la distancia, desamparadas y a su merced, el Moff Nezzor se encontró a sí mismo encarando a una flota entera de la República acechándole ante él, reunidos para la batalla.

¡Imposible! Pensó él, gritando:

—¡Escudos al máximo! —incluso mientras el enemigo abría fuego.

* * *

Jace Malcom mantuvo sus ojos cuidadosamente centrados en los monitores de batalla de a bordo del puente del *Aegis* en los momentos antes de que la batalla comenzara.

De las transmisiones cifradas interceptadas, sabía que el Imperio estaba mandando una flota diseñada para un asalto de pega y corre cobarde: la nave capital del Moff Nezzor *Extempus*, un carguero de clase *Delta* con un complemento completo de dos docenas de Interceptores, dos Acorazados, y tres destructores.

En el lado de la República, Jace había llamado a todos los navíos militares en el sector: tres naves capitales, incluyendo al *Aegis*, cuatro Cabezas de Martillo, seis corvetas, y cuatro escuadrones de apoyo de ocho cazas de tipo Trueno. El Imperio estaba superado en armas por un margen mayor de tres a uno, pero Jace no iba a tomar riesgos. Si la *Lanza Ascendente* estaba con ellos el Imperio tenía la ventaja.

Él ya había dado a los comandantes de las otras naves capitales la orden de concentrar su fuego exclusivamente en la *Lanza* en el instante que saliera del hiperespacio, esperando infligir algún daño significante antes de que Karrid pudiera activar sus escudos. Al mismo tiempo, el resto de su flota se centraría en el *Extempus* y los Imperiales restantes.

El monitor empezó a parpadear con los navíos Imperiales parpadeando en la existencia del escáner mientras salían del hiperespacio. Los Cabezas de Martillo y las corvetas abrieron fuego sobre el enemigo, pero por orden de Jace las naves capitales se contuvieron, esperando a la *Lanza*.

El *Extempus* sufrió varios golpes directos antes de que sus escudos se alzaran, dándole una prórroga momentánea. Un destructor explotó conforme un tiro afortunado de una de las corvetas rompía el núcleo de hipermateria. Los otros destructores, los Acorazados, y el carguero consiguieron escapar al daño significante en el asalto inicial.

Jace continuó mirando a la pantalla, tratando de esperar a que la *Lanza Ascendente* se materializara. Los Truenos se hundieron en la refriega, dos escuadrones enjambrando al *Extempus* mientras los otros dos iban cada uno a por uno de los Acorazados. Las corvetas descendieron sobre el carguero, tratando de deshabilitarlo antes de que fuera capaz de desplegar a los Interceptores que cargaba.

—Comandante Supremo Jace, —llamó por radio el Almirante Gorwin desde una de las otras naves capitales—. No hay señal de la *Lanza Ascendente*. Permiso para atacar a otros objetivos.

—Permiso concedido, —gruñó Jace, sus manos agarrando los brazos de su silla de comando tan fuerte que sus nudillos se volvieron blancos.

Se giró hacia donde Satele y Teff'ith estaban en pie en una esquina del puente.

—Darth Karrid está en camino, —le aseguró la Jedi.

—No podemos esperar más, —contestó Jace—. No si queremos minimizar las bajas de la República.

Se giró al terminal de comunicaciones que le conectaba a las otras secciones de la nave.

—Concentrar el fuego en el *Extempus*. Haced que Nezzor pague por lo que hizo en Ruan.

El puente del *Extempus* estaba oscuro, iluminado sólo por la leve iluminación de las luces de emergencia y el brillo de los paneles desde las consolas que se alineaban en el perímetro.

—Sólo perdimos el *Dravilla*, —le informó su primer oficial.

Fuera de la ventana de vistas, el Moff Nezzor podía ver el condenado destructor mientras estaba envuelto en una serie de explosiones.

—Estado de escudos, exigió él.

—Por debajo del veinte por ciento.

Nezzor había estado esperando una masacre. Había encontrado una, pero no había forma de negar que estaba en el lado equivocado. Incluso sin la ventaja de la sorpresa, las fuerzas de la República con las que se estaba enfrentando habrían aplastado su flota.

Pero si iba a morir, no lo haría mientras intentaba una retirada.

—Traza una ruta hacia la ciudad orbital más cercana, —ordenó él—. A la máxima velocidad hacia delante.

El timonel dudó antes de que toda una vida de entrenamiento Imperial le llevara a obedecer la orden de suicidio.

—A la orden, señor.

Si esta era la batalla final de Nezzor, iba a llevarse tantas vidas de la República con él como fuera posible.

Jace vio al *Extempus* cambiar de ruta y acelerar, aunque le llevó un par de segundos darse cuenta de lo que Nezzor estaba planeando.

—¡Todas las naves, concentrad el fuego al máximo en el *Extempus*! —gritó, transmitiendo sus órdenes a través de toda la flota de la República—. ¡Están tratando de estrellarse contra las ciudades!

Siguiendo su orden, la flota entera de la República —menos seis cazas que se perdieron durante la batalla— se separaron de sus objetivos y se giraron hacia la nave insignia Imperial. Viendo la oportunidad, el resto de la flota Imperial empezó una retirada completa en dirección opuesta, desesperadamente tratando de poner suficiente distancia entre ellos y las naves de la República para activar de forma segura su hiperconducción y escapar con vida.

Karrid se preparó para un momento de desorientación mientras la *Lanza Ascendente* salía del hiperespacio en el sistema Duro. Aunque sólo le llevó una fracción de segundos a los sensores para ajustarse a las leyes físicas y a las dimensiones del espacio real y volver en línea, en su estado de agudeza aumentada el retraso se sentía como una eternidad. En el instante en que su ceguera inducida por el hiperespacio cesó, sin embargo, fue capaz de localizar la posición de cada nave sobre todo el campo de batalla.

La *Lanza* había aparecido bastante más allá de los límites del sistema Duro, en lugar de donde ella había esperado que la emboscada de la República se enfrentara a la flota de Nezzor. Los restos sin vida de varios navíos Imperiales flotaban silenciosamente en la distancia. Tras ellos, un único navío —el *Extempus* de Nezzor— corría hacia el propio Duro, con las naves de la República dándole caza. Los restos supervivientes de la flota Imperial —un Acorazado, un destructor, y un puñado de Interceptores— se dirigían en dirección opuesta, hacia Karrid y los límites del sistema. Enfrentándose a las probabilidades abrumadoras, escogieron abandonar a su comandante y huir de la batalla.

Los dedos de Karrid teclearon ligeramente en el teclado de control en el brazo de su silla, mandando señales disparándose por los cables enlazados a sus implantes cibernéticos y hacia la propia nave. La *Lanza Ascendente* respondió a sus órdenes enfocando a los navíos Imperiales aproximándose mientras bajaban sus escudos preparándose para el salto al hiperespacio, sin sospechar nunca que uno de los suyos les dispararía. Los cañones iónicos de la *Lanza* rasgaron las naves indefensas, haciéndolas explotar hasta polvo cósmico como recompensa por su cobardía.

La *Lanza* cambió de ruta mientras Karrid la mandaba acelerando hacia los navíos de la República. Todavía demasiado lejos para incluso sus armas incomparables, ella apuntó a la nave insignia enemiga y se preparó para disparar tan pronto como estuviera dentro del alcance.

Theron había sentido a la *Lanza* salir del hiperespacio, el núcleo gritando del motor agradecidamente apagándose mientras lo hacía. Cuando los sensores de la nave volvieron en línea, ya estaba conectado, acechando en los rincones de la red justo bajo la consciencia de Karrid.

Incluso aunque estaba recibiendo los datos a tiempo real, todavía fue cogido con la guardia baja cuando ella disparó hacia los navíos en avance Imperiales. No es que él hubiera hecho nada por detenerla incluso si lo hubiera esperado. Pero la velocidad y la precisión con la que despachó a sus objetivos reforzaron sus anteriores miedos de que la *Lanza* fuera a ganar la batalla, pese a sus mejores esfuerzos.

Apartó los pensamientos negativos de su mente mientras Karrid avanzaba hacia la flota de la República en la distancia. Su enlace a la nave le dio a Theron una vasta idea de los números de la república, pero los datos llegaban demasiado rápidamente para que él los pudiera procesar del todo. No es que importara, su atención tenía que estar centrada en el trabajo interno de la *Lanza* si tenía alguna esperanza de frenar a Karrid.

Mientras los sistemas de objetivo se ponían en línea, Theron utilizó su púa cortadora para subir una de sus subrutinas de virus, rezando por que funcionara.

La carrera suicida desesperada de Nezzor nunca tuvo una oportunidad, pero eso no evitó que Jace maldijera bajo su aliento mientras la flota de la República bombardeaba la nave insignia Imperial. Cuando los escudos del *Extempus* cayeron, exhaustos por la constante barrera de fuego enemigo, alzó su puño. Un segundo más tarde se irguió y dejó salir un rugido victorioso primitivo mientras una serie de explosiones reventaba la nave, eliminando la amenaza.

—¡Darth Karrid está aquí! —declaró de repente Satele, abruptamente terminando su celebración.

Jace se hundió de nuevo en su silla, sus ojos parpadeando hacia atrás y adelante sobre la pantalla que mostraba el campo de batalla.

—¿Dónde? ¡No la veo!

Un segundo más tarde una nave apareció en el borde del alcance del escáner, y no necesitaba la confirmación del timonel para saber que era la *Lanza Ascendente*.

—No había duda, —escuchó decir a Teff'ith, aunque sonaba más como si estuviera hablando consigo misma.

—Todas las naves, preparaos para la batalla, —ladró él—. ¡Haremos lo que haga falta para hacer caer la *Lanza*!

Las naves en la flota se giraron de los escombros humeantes del *Extempus*, haciendo un amplio arco mientras rodeaban alrededor para ir en dirección opuesta. La *Lanza* se estaba acercando a ellos rápido, aunque todavía estaba demasiado lejos para enfrentarse a ella.

—¡Mirad el tamaño de esa bestia! —jadeó el timonel mientras los sensores mostraban las dimensiones del navío enemigo en sus lecturas.

—Alzad los escudos. Preparaos para disparar en el segundo en que entremos en el alcance, —ordenó Jace, sabiendo bastante bien que las armas de la *Lanza* serían capaces de destrozarles mucho antes de que estuvieran lo suficientemente cerca como para contraatacar.

Vamos, Theron. ¡No nos decepciones!

—¡Señor! —advirtió el timonel—. ¡Llega el fuego enemigo!

—¡Preparaos para el impacto! —gritó Jace mientras su pantalla mostraba las explosiones de iones que llegaban.

Él rezó por que los escudos aguantaran, pero para su sorpresa el golpe pasó por alto y amplio.

—Ella falló, —dijo el timonel, aturdido—. ¡Falló en darnos por completo!

—Objetivo al alcance, —le dijo el artillero.

Jace mostró sus dientes en una sonrisa feroz.

—¡Golpeadla de vuelta con todo lo que tenemos!

Darth Karrid vio su disparo perder su marca, pero le llevó un segundo envolver su mente alrededor de lo que había ocurrido. El objetivo no había tomado maniobras evasivas, o reflejado el ataque con escudos… ella simplemente había fallado.

Ella hizo correr un rápido chequeo de diagnóstico de su sistema de objetivos, sólo para encontrar que estaba completamente mal calibrado. Sólo le llevó un par de segundos corregir el error, pero en ese momento los navíos de la República se habían acercado lo suficiente para sacar sus propias armas.

Percibiendo el fuego en camino, redirigió la energía desde los escudos de popa para reforzar los reflectores que se enfrentaban a la flota en avance. Los disparos en camino fueron reflejados sin daños, y Karrid tomó puntería una segunda vez, sólo para ver a su disparo pasar de largo de nuevo. Mientras las naves de la República lanzaban una segunda metralla, Karrid volvió a hacer correr los diagnósticos en el sistema de objetivo, aisló otro error, y lo ajustó.

Un instante antes de que la segunda ronda del fuego en camino de la República golpeara, los escudos de popa de repente emergieron a la máxima capacidad, drenando toda la energía de los reflectores delanteros. En lugar de ser fácilmente repelidos, los rayos láser y explosiones iónicas golpearon el casco de la *Lanza*, haciendo a Karrid gritar de dolor. El daño fue significante, y ella tecleó frenéticamente el panel de control para reencauzar los sistemas afectados a través de nuevos relés y restaurar la eficiencia óptima, empezando con los escudos reflectores.

Las naves de la república estaban dispersándose mientras se acercaban, buscando rodear su navío para que pudieran atacar desde todos los lados. Karrid conectó los

propulsores subluz y viró de forma intensa a estribor, inclinando el morro de la *Lanza* hacia abajo en un ángulo de cuarenta y cinco grados y acelerando demasiado rápido para que los navíos de la República le siguieran. Ella se hundió y se alejó, consiguiendo tiempo para arreglar los sistemas que no funcionaban correctamente.

Ella vio a los navíos de la República tratando en vano de perseguirla, y entonces de repente se fueron conforme toda la red de sensores externa cayó. Completamente ciega a lo que había fuera de su navío, Karrid momentáneamente entró en pánico, sus brazos moviéndose salvajemente y su cabeza golpeando violentamente de lado a lado. La sensación de los cables que la conectaban a su nave golpeándole en la cara y hombros la volvieron a sus sentidos, y en ese instante ella le percibió.

Un intruso. Un entrometido. Un saboteador en su nave, colándose en su red privada.

La violación la hizo rabiar. Gritando un rugido, Karrid se lanzó en la tarea de encontrar y destruir al enemigo del interior. Su furia la energizaba, alimentaba los fuegos del lado oscuro que ardían en su interior y en su nave. Fuera de la esfera de cristal de su vaina de comando sintió a Lord Quux y a Lord Ordez casi rotos por el esfuerzo aumentado, aunque su aprendiz nunca titubeaba. Pero tan cerca como estaban de fallarle, de algún modo consiguieron permanecer en su trance meditativo, permitiendo a Karrid reunir su poder para empujarse a ella misma y a la *Lanza* más allá de sus límites previos.

En unos segundos había reencauzado todos los sistemas de batalla primarios a nuevas vías, sellando las antiguas para aislar cualquier virus potencial y evitar que se dispersaran. Los sensores volvieron en línea, al igual que los escudos y su sistema de objetivos. Ahora que sabía que el intruso estaba ahí, era capaz de percibir su siguiente ataque, deshabilitarlo antes de que pudiera tener efecto, y devolverlo hacia su fuente.

—Seguridad a la sala de motores, —siseó en el comunicador de la vaina. Se dio cuenta de que el intruso podría probablemente escucharla, pero no había nada que pudiera hacer al respecto.

El intruso trató de interrumpir otro sistema, pero ahora que sabía de dónde venían los ataques era fácil evitar que le hicieran ningún daño real. Con la amenaza interna neutralizada, giró su atención de vuelta a la batalla justo a tiempo de alzar sus escudos para protegerse de otro ataque. Su maniobra evasiva la había separado de la flota de la República, pero estaban acercándose una vez más. Ella apuntó al navío más cercano —uno de los Cabeza de Martillo— y disparó.

Cuando la *Lanza Ascendente* viró repentinamente lejos de la flota y despegó en una dirección inesperada, Jace sabía que tenían a Karrid huyendo.

—Es vulnerable, —dijo él—. Acabad con ella. ¡Ahora!

Cada nave de la flota de la República se lanzó para interceptar el navío enemigo en su nueva ruta. Alentados por las armas y los escudos que fallaban, fueron fuerte y rápido, buscando darle un final rápido a la batalla. El *Aegis* disparó de nuevo, como lo hicieron

muchos de los otros navíos, apuntando al mismo sitio donde habían perforado los escudos y punteado el casco de la *Lanza* en su ataque previo.

En lugar de infligir aún más daño, sus ataques fueron reflejados por completo. Las armas de la *Lanza* abrieron fuego de nuevo, pero esta vez en lugar de pasar de largo dieron un golpe directo a uno de los Cabezas de Martillo. El poder combinado de los cañones iónicos precisamente apuntados y los turboláseres atravesó los escudos y destrozó el Cabeza de Martillo, desgarrando la nave con un simple ataque devastador.

—¡Retroceded! —ordenó Jace, dándose cuenta de que habían perdido su ventaja—. ¡Retroceded y reagrupaos!

Una de las corvetas se perdió mientras la flota de la República abortaba su carga de cabeza, soplada por las torretas de defensa de la *Lanza* cuando se acercó demasiado. Otra explosión de los cañones iónicos golpeó al *Aegis* mientras trataba de retirarse a una distancia segura, mandando a Teff'ith y a Satele tumbándose contra el suelo y casi golpeando a Jace fuera de su silla de comando.

—¡Informe de daños!

—Los escudos se llevaron la peor parte. No se han golpeado a los sistemas críticos. Hemos perdido la energía en el Sector Cuatro. Los equipos médicos están en camino.

—¿Escudos?

—Han caído al setenta por ciento.

¿Los escudos drenados un 30 por ciento en un solo ataque? Se maravilló Jace.

Un instante más tarde fue golpeado por la comprensión aleccionadora de que no tendrían ni una oportunidad. La guerra rabiaba por toda la galaxia; la República había llevado sólo tantas naves como estaban en las inmediaciones.

—Pide refuerzos, —dijo él, sabiendo que pasarían horas antes de que cualquier nave estacionada en otra parte de la galaxia les alcanzara—. Tomad acción evasiva, —ordenó al resto de su flota—. Mantened la distancia.

Incluso si no podían derrotar a la *Lanza*, podrían al menos tratar de alargar la batalla lo que fuera posible para darle a Theron y a Gnost-Dural una oportunidad de hacer un milagro.

CAPÍTULO 31

THERON CORRIÓ HACIA ATRÁS Y ADELANTE de los angostos pasadizos de la sala de motores, corriendo de relé en relé mientras subía sus subrutinas de virus. Los primeros pocos funcionaron perfectamente, haciendo fallar los disparos de la *Lanza*, soltando los escudos, y deshabilitando los sensores. Entonces Karrid lo había averiguado…

Trató desesperadamente de encontrar nuevas vulnerabilidades por explotar, pero cada vez que lo hacía sólo le llevaba a ella dos o tres segundos contrarrestar sus esfuerzos. Todavía conectado al sistema de comunicaciones y escáneres de la nave, él la escuchó mandar a la seguridad a la sala de motores, y dejó salir un reprimido grito de frustración cuando destruyó el Cabeza de Martillo.

Ella es demasiado buena. Demasiado rápida. Demasiado lista. Esto no va a funcionar.

Pero ella también estaba en medio de una lucha contra una flota entera de la República. Su concentración estaba en las armas y en los escudos; los sensores y las comunicaciones: todas las cosas que la *Lanza* necesitaba para sobrevivir a la batalla. Todavía no se había dado cuenta de que había deshabilitado los turboascensores que llevaban a la Plataforma G para darle más tiempo.

Ella está en la Plataforma G, también. Al otro lado.

Si no podía detenerla remotamente infiltrándose en los sistemas de la *Lanza*, quizás podría detenerla cara a cara. Después de todo, él había detenido a Darth Mekhis.

Eso fue diferente. La cogiste con la guardia baja. La engañaste. Karrid va a estar preparada. Y no debe estar sola. Vas a necesitar ayuda.

Incluso si Karrid no se daba cuenta de que había apagado los turboascensores, sólo tenía un par de minutos más antes de que los sistemas de reparación automáticos los hicieran funcionar de nuevo. Tenía que trabajar rápido.

Agarrando su púa cortadora, tecleó en el relé que controlaba la celda de contención de Gnost-Dural. Karrid todavía estaba centrada en proteger los sistemas de batalla críticos, y él fue capaz de colarse dentro.

Gnost-Dural había pasado las horas desde la última visita de Darth Karrid en una meditación silenciosa, reflexiva. Siguiendo las instrucciones de la Lord Sith, los interrogadores le habían ahorrado más tortura con la máquina infernal de Mekhis. El respiro le había permitido al Jedi calmarse y centrar su mente, sutilmente atrayendo la Fuerza para refrescar y restaurar su cuerpo y espíritu devastados.

El poder del lado oscuro a su alrededor era imposible de ignorar; se filtraba a través de las mismas paredes de la *Lanza Ascendente*, una creación retorcida de una mente brillante pero enferma. Aún incluso allí, rodeado de la oscuridad, el poder de la luz brillaba. La Fuerza fluía a través de todas las cosas vivientes, y había varios miles de

tripulantes en la nave. La mayoría de ellos eran hombres y mujeres normales, soldados para el Imperio por nacimiento y por crianza, no por algún mal inherente.

Con cuidado de no hacer nada que atrajera la atención de la aprendiz de sangre pura que percibía en la habitación con él, Gnost-Dural atrajo la Fuerza para hacerse una imagen de los alrededores. La primera cosa que percibió fue la batalla rabiando en el exterior de la nave; ¡la flota de la República había ido a Duro! Pero no le llevó mucho tiempo darse cuenta de que estaban siendo superados, y sabía que si no hacía algo la batalla estaría perdida.

Giró su percepción aumentada hacia el interior, permitiéndole construir una imagen altamente detallada de su celda de contención. Los interrogadores estaban sentados en sillas en el otro extremo de la habitación de tamaño medio, junto al panel que podía desatar horrores insoportables sobre sus prisioneros con un simple toque de botón. Eran ambos hombres, y ambos llevaban pistolas a sus lados. Sus gafas protectoras, la túnica Jedi, y las otras ropas habían sido descartadas en la esquina trasera de la habitación arrojadas a un lado una vez que se las habían desgarrado y le habían atado a la mesa.

En la otra esquina de la habitación estaba la aprendiz Sith, sentada de piernas cruzadas en el suelo. Estaba girando la empuñadura de un sable láser una y otra vez en sus manos, como si de alguna forma la atrajera. Gnost-Dural reconoció el arma que había forjado mientras todavía era un Padawan en Coruscant. Ella había sido testigo de sus habilidades con el sable láser durante su batalla; ahora parecía que estaba intentando encontrar alguna explicación en su arma. Gnost-Dural percibió y simpatizó con su confusión: había sido criada para creer que el poder del lado oscuro empequeñecía al de la luz, y era incapaz de convencerse a sí misma de que un Jedi pudiera haberla superado tan fácilmente sin algún tipo de ventaja inherente.

—Podría enseñarte cómo usar eso, —dijo él.

Asombrada, ella miró arriba al prisionero, tomándose un momento para darse cuenta de que estaba atrayendo la Fuerza para «verla».

—Sé cómo usar un sable láser, —dijo ella a la defensiva.

—Podría enseñarte cómo usarlo apropiadamente, —explicó él—. No como un arma torpe guiada por el odio y la rabia, si no como una extensión de ti misma que protege y defiende a los que lo necesitan.

Los interrogadores miraron por encima, su curiosidad resentida por el intercambio. Dándose cuenta de ellos, la Sith se levantó de repente, consciente de que estaba sentada en el suelo como una subordinada de ellos.

—Karrid me advirtió que vigilara por tus trucos, —dijo ella.

—Esto no es un truco. Karrid me tiene miedo… tú lo percibiste. Pero yo no le tengo miedo.

—¿Porque eres más fuerte? —se burló ella.

—Porque el lado de la luz nos enseña a no tener miedo. ¿No quieres vivir libre del miedo? ¿Y de la rabia? ¿Y del odio?

Por un segundo Gnost-Dural sintió una conexión con ella, y él pensó que podría alcanzarla. Entonces un muro de negrura cayó entre ellos, y la conexión se fue.

—Tus amigos están muriendo ahí fuera, —dijo ella, su voz llena de rencor y veneno—. ¿Puedes percibirlo? Darth Karrid y su nave los están destrozando. ¡Debería estar a su lado para compartir esta Victoria en la Gloria, pero en su lugar estoy aquí vigilándote!

—Entonces ve, —dijo Gnost-Dural—. No soy el que te está reteniendo.

Uno de los interrogadores se rio, y la Sith le silenció con una mirada helada.

—No os necesito a ti ni a tu arma, —le dijo a Gnost-Dural, lanzando su sable láser a la esquina de la habitación con el resto de sus pertenencias descartadas. Entonces cruzó sus brazos y permaneció con su espalda contra la puerta, mirándole desafiante.

El Jedi suspiró, sabiendo que la oportunidad se había perdido. Pero antes de que pudiera deslizarse por completo, los grilletes de sus puños y tobillos se abrieron con un clic agudo, soltándole en el suelo.

¡Theron!

Gnost-Dural reaccionó con los reflejos superiores y la velocidad cegadora de un verdadero Maestro Jedi, ya en movimiento antes de que los otros siquiera se dieran cuenta de que algo había ido mal. Aterrizó sobre sus pies, su sable láser volando desde la esquina y hacia la palma desplegada de su mano derecha, la espada surgiendo a la vida con un siseo agudo. Al mismo tiempo sus gafas protectoras volaron hacia su mano izquierda y se las puso en su lugar.

Uno de los interrogadores golpeó su mano en el botón para activar la máquina, pero con el prisionero ya libre de sus ataduras nada ocurrió. Su compañero reaccionó con más sentido, sacando su pistola. La aprendiz de Darth Karrid hizo la elección más sabia de todas. Se giró y huyó por la puerta.

El guardia con la pistola disparó, pero Gnost-Dural apartó el rayo de bláster a un lado. Él vio al segundo guardia lanzándose hacia delante para golpear la alarma, y le golpeó hacia atrás con un poderoso empujón de la Fuerza. Dos pasos rápidos acortaron la distancia entre ellos en la pequeña habitación, y él terminó con la vida de ambos con un par de cortes limpios, eficientes de su espada brillante. Entonces corrió desde la habitación en persecución de la aprendiz de Karrid, ignorando su túnica Jedi y sus ropas que todavía estaban en la esquina trasera de la habitación.

Él la vio desaparecer tras una esquina al final de un vestíbulo de veinte metros, y le dio caza. Ella le estaba esperando conforme giró la esquina, su propio sable láser desenvainado. Ella trató de empalarle, esperando que su impulso mientras él venía disparado alrededor de la esquina le llevaría justo hacia la punta mortal de su espada extendida. Pero Gnost-Dural se torció a un lado; su propulsión sólo trazó una fina línea sobre la capa más externa de piel de su pecho desnudo. Ignorando el olor de su propia carne chamuscada, contraatacó dando un codazo a la mandíbula de la Sith, mandándola tambaleándose hacia atrás.

Ella alzó su sable láser en una forma defensiva para contenerle, pero en un uno a uno ella no era rival para el kel-dor. Él fue hacia ella con una lluvia de golpes intensos de Juyo, la séptima forma altamente agresiva de combate de sable láser diseñada específicamente para superar a un único oponente en un duelo uno a uno. Los patrones caóticos y las secuencias aleatorias hicieron caer las defensas de la Sith en cuestión de segundos. La batalla finalizando con Gnost-Dural clavando su sable láser a través de su pecho y fuera por el otro lado, empalándola como ella originalmente trató de hacer con él.

Mientras su cuerpo caía al suelo, Gnost-Dural ya estaba en movimiento, dirigiéndose directamente a la sala de control de la *Lanza* para enfrentar a Darth Karrid una vez más.

Theron no tenía ni idea de si su plan para liberar a Gnost-Dural había funcionado o no. Justo mientras terminó de infiltrarse en los sistemas de la celda de contención y liberó las ataduras del Jedi, Darth Karrid le apagó, reencauzando el camino a través de otro relé.

Dándose cuenta de que pronto haría lo mismo con el turboascensor, decidió ir moviéndose o acabaría atrapado en la sala de motores. Agarrando su púa cortadora y anclándola en la parte superior de su bota, corrió hacia el uniforme de capitán que cuidadosamente había plegado y puesto en el suelo. Lo consideró y rápidamente desechó la idea de gastar el tiempo en ponérselo; un uniforme robado no iba a engañar a los equipos de seguridad que convergían en su posición.

Agarrando la pistola con el cañón doblado sólo por si acaso, giró la rueda y empujó para abrir la escotilla de mantenimiento. El pasillo de fuera estaba benditamente frío; realmente tembló mientras el aire climatizado lavaba su cuerpo cubierto de sudor.

El sonido de un turboascensor cercano mientras entraba en operación le puso en movimiento. Había alcanzado el primer giro en el pasadizo que llevaba al otro extremo de la Plataforma G cuando escuchó abrirse la puerta.

Mirando atrás, vio a varios guardias de seguridad con armadura pesada saliendo. Afortunadamente les llevó un momento darse cuenta del hombre en calzoncillos huyendo de ellos al otro extremo del vestíbulo. Theron tenía justo el tiempo suficiente para correr tras la esquina mientras los rayos bláster golpeaban el suelo y la pared junto a él, fallándole por los más estrechos márgenes.

Theron no pensaba que tuviera algún problema permaneciendo delante de los Imperiales en su armadura pesada. Pero después de media docena más de pasos corriendo se detuvo cojeando y gritó de dolor, saltando sobre un pie mientras agarraba su pantorrilla izquierda. Pese a sus esfuerzos por permanecer hidratado durante su tiempo en la sofocante sala de motores, su cuerpo se estaba rebelando. El músculo se había tensado, una contracción brutal tan firme que sentía como si fuera a desgarrarse. Cualquier movimiento de sus pulgares o rodillas hacía que rayos de fuego se dispararan a través de su cuerpo, y tratando de poner algún peso sobre él, casi le hacía desmayarse.

De repente los soldados en armadura no parecían tan lentos. Apoyándose con su mano izquierda contra la pared, saltó bajo el pasillo con su pie bueno, los dientes apretados contra la agonía emanando de su músculo anudado. Escuchó los pasos fuertes de sus perseguidores acercándose, y él medio se giró para dar tres disparos rápidos hacia el vestíbulo.

No se molestó en apuntar; el cañón torcido de su bláster habría hecho imposible adivinar hacia dónde se dirigían los rayos. Todo lo que quería hacer era mandar una advertencia a sus perseguidores, esperanzadamente frenándoles. La pistola hizo extraños sonidos mientras disparaba. En lugar del tañido agudo, reverberante, los disparos sonaron casi húmedos, con una frecuencia baja. Con los rayos impedidos por el cañón retorcido, el paquete de energía del bláster no era capaz de descargar por completo la intensa energía generada con cada disparo. Podía sentir el calor radiando del paquete de energía en su mano, y sabía que no podía seguir disparando sin arriesgarse a una sobrecarga del paquete de energía y a una explosión mortal de gas sobrecalentado.

Por otra parte, el calambre se estaba desvaneciendo mientras giraba por otra esquina, y fue capaz de poner peso cuidadosamente sobre su pie izquierdo de nuevo, aunque todavía no era capaz de correr a toda velocidad. Presionó hacia delante, cojeando y esperando que el equipo de seguridad tras él fuera el único del que se tuviera que preocupar. Si había otro equipo bajando por el ascensor cerca de la cámara de comando de Karrid estaría atrapado entre ellos sin esperanzas de escapar. Para su alivio, cuando rodeó el último giro vio el largo pasillo llevando a la entrada de la cámara de comando extendiéndose ante él, totalmente vacío. Cojeó por el vestíbulo, pero justo mientras pasaba por el turboascensor la puerta se abrió.

Theron trató de dar un giro y dar una patada giratoria al primer guardia que viniera por la puerta, pero mientras plantó su pie izquierdo y trató de presionar para equilibrarse, la pantorrilla se le detuvo de nuevo. Su pierna cediendo bajo él, y en lugar de lanzar un movimiento deslumbrante de artes marciales que dejara a su oponente incapacitado, terminó en una pila sudorosa en el suelo.

—¡Theron! —dijo una voz familiar, y él miró hacia arriba para ver a Gnost-Dural en pie sobre él, con el sable láser en mano.

—Pensé que eras otra patrulla de seguridad, —gruñó Theron a través del dolor mientras el Jedi extendía una mano para ayudarle a alzarse.

—Corrí hacia ellos de camino al ascensor, —contestó el Jedi, su voz seria. En un tono más ligero añadió—. ¿Por qué estás en ropa interior?

—No quería que te sintieras raro, —dijo Theron, señalando con la cabeza a la propia casi desnudez del kel dor mientras se inclinaba sobre él en apoyo.

Él caminó cuidadosamente sobre su pierna con el calambre y se dobló del dolor. Antes de que el Jedi pudiera preguntar por ello, un par de guardias de la patrulla de seguridad persiguiéndole sacaron sus cabezas tras la esquina y dispararon. El Jedi caminó enfrente de Theron y apartó los rayos de bláster antes de usar la Fuerza para lanzar hacia atrás a los guardias tras la esquina. Por los gruñidos y gemidos estaba claro que habían

chocado contra otros miembros del equipo lo suficientemente fuerte para infligir un daño real.

—Vamos, —dijo Gnost-Dural, utilizando una mano para ayudar a sostener a Theron en pie mientras la otra mantenía un agarre firme en su sable láser.

Juntos caminaron los últimos veinte metros hacia la puerta sellada delante de ellos. Theron cayó sobre una rodilla para liberar la presión sobre su pierna herida, sacó la púa cortadora de su bota, y la puso a trabajar en la puerta.

Al mismo tiempo, Gnost-Dural lanzó su sable láser por el vestíbulo, golpeando a un guardia que se atrevió a mirar alrededor de la esquina.

—No puedo contenerles por siempre, Theron, —dijo él—. Y los refuerzos están en camino.

Como invocados por sus palabras, las puertas del turboascensor se deslizaron para abrirse de nuevo, haciendo salir otra media docena de soldados Imperiales en armadura.

—Lo tengo, —dijo Theron, liberando su púa y gateando hacia delante sobre sus manos y rodillas mientras la puerta se deslizaba al abrirse.

Gnost-Dural estaba justo tras él, y mientras los guardias en el vestíbulo abrían fuego, los dos hombres rodaron por cobertura a cada lado del interior de la puerta. Con los rayos rebotando en el suelo, el Jedi se alzó y aplastó su sable láser contra el panel de acceso en la pared, mandando una lluvia de chispas mientras la puerta se aplastaba al cerrarse.

Para la sorpresa de Theron, la sala estaba vacía excepto por un panel de control junto a la periferia, una esfera grande, opaca de cristal en el centro, y tres figuras con tatuajes faciales y túnicas negras sentadas de piernas cruzadas en el suelo alrededor de la esfera. Dos eran hombres humanos: uno más joven de piel blanca, el otro mayor con piel oscura. El tercero era un hombre de piel roja Sith de sangre pura. Sus ojos estaban cerrados y parecían estar perdidos profundamente en la meditación.

Gnost-Dural saltó sobre sus pies y lanzó su sable láser, pero no estaba apuntando a ninguna de las figuras en el suelo. La espada giratoria voló sobre sus cabezas y rebotó en la esfera de cristal antes de volver a la mano del Jedi, sin dejar ninguna marca en la superficie.

Simultáneamente, los ojos de las tres figuras en el suelo se abrieron de golpe y saltaron sobre sus pies, sus armas llameando a la vida. En lugar de armas convencionales, el Sith llevaba un par de espadas moradas ligeramente más cortas, una en cada mano, mientras que el hombre de piel oscura llevaba un sable láser de doble hoja, largo que parecía cambiar entre carmesí y negro.

—Veo que tienes nuevos amigos, —dijo Gnost-Dural al aprendiz al que se había enfrentado antes.

Cuando él no respondió, el Jedi le dijo a Theron,

—Déjame tratar con ellos. ¡Tú encuentra una forma de entrar dentro de la vaina de comando de Karrid y evitar que destruya la flota de la República!

CAPÍTULO 32

DARTH KARRID TENÍA QUE ADMIRAR al comandante de la flota de la República. Dándose cuenta de que no podían intercambiar disparos con la *Lanza Ascendente*, habían cambiado de táctica, dispersándose para mantenerla a distancia mientras empleaban una serie de ataques de golpea y corre y fintas para frustrarla y prolongar la batalla.

La estrategia defensiva no les daba ninguna esperanza de infligir ningún daño real contra la *Lanza*, pero evitaba que Karrid les barriera a todos con un simple ataque glorioso. En su lugar, fue forzada a cazar a cada nave una por una. Empezó con una de las naves capitales, volviendo la *Lanza* en una ruta de intercepción mientras su objetivo usaba una serie de cambios aleatorios e inesperados de dirección para tratar de evadirla. Los otros navíos de la flota de la República trataron de distraerla de su meta, disparando a sus lados mientras se mantenían a lo que parecía una distancia segura.

Pero con la *Lanza* no había ninguna distancia segura. Incluso mientras ella se acercaba a la primera nave capital, escogiendo una de las tres al azar, fue capaz de fijar a una de las corvetas balanceándose en su lado de estribor. Las armas de la *Lanza* rugieron mientras la corveta trataba de virar en el último segundo, pero los cañones iónicos fueron capaces de penetrar los escudos, rasgando el casco y eliminando toda la energía salvo el soporte de vida de emergencia.

En lugar de cambiar de ruta para acabar con la corveta ahora indefensa, Karrid continuó presionando sobre la nave capital, inquebrantablemente persiguiéndola mientras se alejaba con sus turboláseres, rápidamente drenando lo que quedaba de sus escudos en preparación para el golpe de gracia.

Las otras dos naves capitales convergieron sobre ella, con las armas brillando. Incluso los reflectores de la *Lanza* no podían aguantar mucho contra su ataque coordinado, y Karrid fue forzada a dejar a su presa original… pero no antes de liberar una última metralla que paralizó los motores.

Ella cambió de ruta y aceleró, rodeando hacia arriba y lejos de las otras dos naves capitales antes de volver para enfrentarles. Los navíos sabiamente rompieron en direcciones opuestas, así que escogió una al azar y reanudó su persecución, sabiendo que esta no sería salvada por una intervención inoportuna de los otros… no sin que uno de ellos fuera forzado a cojear a una fracción de su máxima velocidad.

Antes de que pudiera enfrentar a la segunda nave capital, sin embargo, sintió un repentino descenso de poder, y la *Lanza* se frenó de forma evidente. Le llevó un momento reconocer lo que había pasado, y entonces se dio cuenta de que ya no podía sentir a Quux, Ordez y a su aprendiz. Algo les había sacado de su trance meditativo, forzando a Karrid a contar sólo con su propio poder para controlar el navío.

Brevemente girando su concentración desde el campo de batalla a su alrededor inmediato, percibió una batalla rabiando en la cámara de comando fuera de su impermeable esfera de cristal. Gnost-Dural había escapado e ido a por ella. Karrid volvió su atención a la batalla, confiando en que sus nuevos seguidores serían más que rivales

para el Jedi. Y aunque era más difícil tratar de controlar la *Lanza* sola, lo había hecho antes.

Al mismo tiempo, percibió otro intento de intrusión del saboteador, éste viniendo de la consola de control del exterior de su vaina de comando. Ella evitó el torpe intento, sabiendo que él lo intentaría de nuevo, una distracción más para frenarla aún más. Aunque ahora le llevaría más tiempo terminar con la flota de la República, Karrid sabía que la victoria todavía era inevitable.

Jace había probado la derrota antes, pero nunca tan amarga como esta. Aunque la batalla se prolongara, él ya sabía que se había acabado. Las bajas de la República se estaban amontonando; había perdido varios navíos de apoyo, y una de sus naves capitales apenas era móvil. Ahora Karrid iba tras el *Aegis*.

La *Lanza* se estaba acercando a ellos, aunque más lentamente que antes. No sabía si Karrid estaba siendo cautelosa, o si meramente estaba jugando con ellos, pero no importaba. Su nave todavía era demasiado rápida y manejable para que ellos escaparan. Y con sólo una nave capital todavía capaz de ir en su ayuda, no habría suficiente amenaza para forzarla a romper su ataque.

—El enemigo se ha acercado al alcance, —destacó el timonel.

Jace se dio cuenta de que quería decir que ahora estaban al alcance de la *Lanza*… todavía estaban demasiado lejos como para que el *Aegis* contraatacara.

—Derivad toda la energía disponible a los reflectores, —dijo él, sabiendo que eso sólo les conseguiría un par de minutos más—. Apagadlo todo salvo los soportes de vida y los sensores. Incluso los sistemas de armas.

El puente de repente se volvió oscuro, iluminado sólo por el brillo de las pantallas.

—¿Va a acabar mal? —preguntó Teff'ith desde alguna parte en la negrura.

—Muy mal, —contestó Jace.

Gnost-Dural se lanzó contra sus tres oponentes, esperando poner un fin rápido a la batalla. Su espada parpadeaba y bailaba mientras su cuerpo iba en una serie de giros y saltos. El aprendiz de Karrid —con el que había luchado antes— retrocedió, pero los dos recién llegados encontraron su asalto de cabeza, llevándole atrás con sus contraataques agresivos.

Dándose cuenta de que no estaba enfrentándose a aprendices crudos esta vez, el Jedi cambió de vuelta a una estrategia más defensiva mientras sus enemigos presionaban hacia delante. Las espadas gemelas moradas del Sith fueron hacia él desde todos los ángulos, un corte alto desde la derecha; un corte bajo desde la izquierda; un par de golpes diagonales. El sable láser doble gigante del humano fue más directo, aplastando en una

serie repetitiva de reveses mientras trataba de aporrear a través de la guardia de Gnost-Dural.

El Maestro Jedi encontró y repelió todos y cada uno de los ataques, manteniendo el terreno tras un muro defensivo casi impenetrable. Incluso con el aprendiz uniéndose a la refriega, no vaciló, el estilo Soresu, cuando se ejecutaba perfectamente, podía mantener a varios atacantes con una variedad de estilos a raya indefinidamente… o al menos hasta que el cansancio y la fatiga forzaran a Gnost-Dural a cometer un error.

Ese era el principal inconveniente del Soresu: requería de un rol pasivo, podía retrasar la derrota, pero no podía traer la victoria. Y con tres contra uno, sus enemigos no necesitarían mucho para hacerle caer. Afortunadamente, pese a las impresionantes habilidades individuales que poseían dos de sus tres oponentes, sus enemigos no le estaban atacando como un grupo. Carecían de unidad de propósito. No se sincronizaban o coordinaban sus ataques, ocasionalmente incluso metiéndose en el camino el uno del otro.

Gnost-Dural fue capaz de explotar este único defecto para su ventaja, atrayendo a ambos de sus oponentes más habilidosos al mismo tiempo hundiendo su hombro derecho y dejando que su espada se deslizara una fracción demasiado lejos hacia delante mientras bloqueaba uno de los torpes cortes de su tercer enemigo.

Ambos aprovecharon la oportunidad para ir a por él fuertemente, buscando explotar la vulnerabilidad percibida, permitiendo a Gnost-Dural girar rápidamente lejos en dirección opuesta. Repentinamente sin su objetivo compartido, los dos Sith fueron forzados a retroceder y abortar sus ataques para evitar enredarse el uno con el otro, momentáneamente dejando al aprendiz a merced de Gnost-Dural.

No perdió tiempo en despachar a su oponente menor. El aprendiz bloqueó dos reveses, pero entonces se extralimitó cuando el kel dor fintó un tercero, dejándole vulnerable por abajo. El Jedi giró su muñeca y rodó a su derecha, revirtiendo la dirección de su espada demasiado rápido para que el aprendiz se recuperara, y le eliminó de la batalla con un corte profundo sobre el abdomen que casi partió al joven hombre en dos.

La secuencia entera había llevado menos de un segundo, pero incluso así, Gnost-Dural apenas se giró a tiempo para protegerse de la siguiente oleada de ataques de los dos guerreros más poderosos. Una vez más cayó en los movimientos precisos, eficientes del Soresu para batallar con ellos en un alto. Pero ya podía sentir la fatiga entrando en él, la intensidad del combate abatiéndole pese al poder de apoyo de la Fuerza.

Theron trabajaba furiosamente en la consola de comando junto al borde de la habitación, sabiendo que su púa cortadora no duraría mucho antes de quemarse. Había acelerado más del 150 por ciento de la capacidad mientras se adentraba en el laberinto digital, buscando una forma de entrar en la esfera de cristal invulnerable de Karrid.

Esto era diferente de colarse en los relés de la sala de motores. La consola estaba enlazada directamente a la vaina de comando de Karrid, una invalidación de emergencia de sus aprendices podría hacerla salir si algo iba mal, digamos, si el navío sufría un daño mayor mientras ella estaba en los controles, dejándola comatosa y atrapada dentro de la esfera de cristal. Pero cada vez que Theron trataba de activar la anulación de emergencia, Karrid frustraba sus esfuerzos. Ella no estaba a tres pasos por delante de él esta vez; sin el apoyo de sus seguidores meditando había frenado hasta el nivel de Theron. Pero tenía la ventaja de jugar en casa; conocía los funcionamientos internos de la nave mejor de lo que él lo haría nunca.

Theron continuó intentándolo, comenzando una guerra digital con ella, dolorosamente al tanto de que el tiempo se estaba agotando. Gnost-Dural no podía aguantar a sus guardaespaldas con sable láser mucho más; el personal de seguridad en el vestíbulo estaba utilizando una antorcha de plasma para excavar a través de la puerta deshabilitada, y en el exterior la *Lanza* estaba tomando las naves de la República una a una.

Maldijo mientras Karrid le sacó del sistema, forzándole a empezar de nuevo.

—Escudos al diez por ciento, —dijo el timonel mientras otra oleada golpeaba al *Aegis*, haciendo que se sacudiera y se revolviera.

Jace sabía que ya habían recibido un duro daño; el único motivo por el que las alarmas no estaban sonando a través de la nave era porque había desviado la energía de los sistemas de respuesta de emergencias a los reflectores. Con sus escudos bajo niveles críticos, un disparo más es todo lo que haría falta para acabar con ellos.

—Lo siento, Jace, —dijo Satele, surgiendo de la oscuridad para colocar una mano en su hombro.

Él extendió su brazo hacia arriba y cubrió su mano con sus dedos gruesos, callosos.

—Al menos luchamos la buena pelea, contestó él, apretando la mano de Satele mientras se preparaban para el final.

* * *

Theron se dio cuenta de lo que estaba haciendo mal. Estaba tratando de tener el control de la anulación de emergencia de la vaina, básicamente tratando de tirar del control de un sistema vital fuera del agarre de Karrid. Pero no necesitaba controlar la anulación de emergencia para activarla.

En lugar de intentar tener el control del sistema, lo inundó con una avalancha de datos falsos. Informes de daños críticos de todos los sectores del navío se filtraron, el fallo catastrófico de la nave por completo ajustando las alarmas de evacuación de emergencias.

Al mismo tiempo escuchó un fuerte siseo mientras la esfera hermética de cristal se abría. Darth Karrid estaba sentada en una silla en medio tambaleándose, rodeada de una masa retorcida de cables sueltos que sólo unos segundos antes la habían enlazado con su nave.

Los ojos de la falleen se abrieron como platos mientras gritaba conforme la conexión se había roto, un gemido agudo de pérdida y sufrimiento. Viendo a Theron, se alzó de su asiento, sacó su sable láser, y lentamente avanzó hacia él con muerte en los ojos.

—¡Informe de estado! —gritó el Moff Lorman mientras las alarmas de evacuación sonaban en el puente de la *Lanza Ascendente*.

—¡Tiene que ser un error del sistema, señor! —dijo uno de la tripulación—. De acuerdo con esto, estamos todos muertos.

—Darth Karrid ha renunciado al control del navío, —le informó alguien más.

El Moff vaciló, sabiendo que su próxima decisión podría alterar para siempre el curso de su carrera… y posiblemente le costaría su vida. Darth Karrid nunca le había cedido el control de la *Lanza* a él durante la batalla. Ni una sola vez. Si estaba incapacitada, entonces claramente tenía que dar el paso. Pero era difícil imaginar cómo algo así podía haber ocurrido.

¿Y si no ha renunciado al control? ¿Y si es sólo otro error? ¿O algún tipo de ardid para engañar a la República? Si trataba de tomar el control de la nave contra sus deseos, ella le despellejaría vivo.

—¿Señor? ¿Quiere tomar el mando?

—No, —dijo él—. No aún. No hasta que sepamos qué está pasando.

* * *

En la oscuridad que envolvía el puente del *Aegis*, cada segundo que pasaba esperando el ataque final de la *Lanza* se sentía como una eternidad. Satele había girado su mano en el hombro de Jace para que ella pudiera agarrarle más fuertemente, Jace la sintió apretando tan fuerte como podía. No le importaba; al menos en sus últimos momentos se tenían el uno al otro.

Varias eternidades más pasaron. Entonces Teff'ith dijo,

—No estamos muertos aún.

No, pensó Jace. *Pero deberíamos estarlo. A no ser…*

—¡Esta es nuestra oportunidad! ¡Transferid toda la energía a las armas frontales! ¡Todas las naves fuego a discreción!

Mientras la *Lanza Ascendente* se sacudía y agitaba bajo el asalto inquebrantable de la República, el Moff Lorman se dio cuenta de que las alarmas que sonaban ya no eran por un error en el sistema. Su reluctancia a tomar el mando de la *Lanza* la había dejado vulnerable, y la flota de la República había aprovechado el momento.

A su alrededor la gente estaba gritando, dando informes de daño desde todas las plataformas. No tenía ni idea de si Darth Karrid estaba todavía viva, pero no iba a vacilar una segunda vez.

—¡Abandonad la nave! —gritó él, presionando el botón para transmitir sus órdenes a toda la tripulación—. ¡Por orden del Moff Lorman, abandonad la nave!

Entonces saltó de su silla y se unió a la avalancha de hombres y mujeres corriendo desde el puente hasta las vainas de escape más cercanas.

CAPÍTULO 33

EN TODOS SUS AÑOS aprendiendo los caminos del lado oscuro, Karrid nunca había sentido una rabia como esta. Las alarmas sonando a través de la nave sólo añadían más a su furia; para ella eran como los llantos de su propio hijo. El gusano reptando alejándose de ella en ropa interior había provocado esto. El parásito había violado su nave, su intrusión corrompiendo a la *Lanza*. Había ensuciado la creación perfecta de Darth Mekhis. La había separado de su segundo yo, cortando el vínculo que la hacía completa. Por eso, no iba sólo a matarle. No iba siquiera a capturarle y atarle a la máquina de interrogación. Ella iba a hacerle pedazos trozo a trozo, escuchándole gritar y rogar por misericordia mientras ella talaba sus miembros uno a uno destripándole y dejándole retorciéndose de agonía en el suelo.

Theron no se molestó en llamar a Gnost-Dural por ayuda mientras Karrid avanzaba lentamente sobre él; el Jedi ya tenía sus manos ocupadas. No trató de razonar con su asaltante tampoco, podía ver la locura en sus ojos.

Ella lanzó su sable láser y Theron rodó fuera de su camino, agarrando su bláster dañado desde donde descansaba en el suelo junto a él mientras lo hacía. La espada se clavó en el panel de control que había utilizado para colarse en la *Lanza* y forzarla fuera de su vaina, y él se dio cuenta de que no le había estado apuntando a él, ella sólo estaba destrozando lo que había utilizado contra ella.

El sable láser voló de vuelta a su mano y ella se giró a Theron, que todavía estaba tumbado en el suelo. Alzó su bláster y lo apuntó a ella, un gesto vacío considerando que no podría dispararla de nuevo sin hacer que el paquete de energía sobrecargado explotara.

Ella dio otro paso hacia delante, alzando su espada para lanzarla de nuevo, y esta vez Theron sabía que iba a ser el objetivo. Justo mientras la espada era liberada de su mano, toda la nave se tambaleó, haciendo perder el equilibrio a Karrid y perturbando su puntería por unos preciosos centímetros. La espada mortal grabó un surco en el suelo justo al lado de la mano derecha de Theron.

La habitación se agitó de nuevo, y Theron escuchó el sonido distante de una explosión, audible incluso sobre las alarmas sonando. Fue seguida rápidamente por varias detonaciones más, y el navío entero empezó a agitarse y vibrar mientras la Flota de la República hacía llover fuego sobre ellos. Karrid gritó y giró lejos de Theron, corriendo de vuelta a su vaina de comando de forma que pudiera retomar el control y salvar su preciosa nave. Ella se lanzó al asiento, los cables enrollados avivándose, sus puntas enterrándose en los implantes de su carne.

Theron apretó el gatillo de su bláster defectuoso. No salieron rayos, pero el paquete de energía aulló y chirrió en protesta. Lanzó el bláster en dirección a Karrid. Aterrizó cerca y patinó por el suelo, deslizándose hacia arriba contra la base de su silla de comando mientras las dos mitades de la esfera golpeaban al cerrarse.

Incluso a través del cristal impermeable, la explosión fue lo suficientemente fuerte para hacer que sus oídos sonaran. Era imposible ver a través del cristal opaco para

atestiguar la horripilante carnicería del interior, pero Theron no pensaba necesariamente que fuera algo malo. Tanto como quería derrotar a Darth Karrid, no tenía ningún deseo de verla desparramada sobre los muros de la vaina de comando.

Pero aunque su Maestra estuviera muerta, sus aprendices seguían luchando.

* * *

El Maestro Gnost-Dural vio a Darth Karrid abandonar su vaina y dirigirse hacia Theron, pero no era capaz de romper su duelo con los dos Lords Sith. Mientras la fatiga recortaba la velocidad y la concentración del Jedi, éste, había dejado de ser capaz de mantener el terreno. La presión inquebrantable de sus oponentes le había frenado llevándole hacia atrás hasta que le tuvieron contra la pared.

Pese a que todo estaba ocurriendo a su alrededor, su batalla había rabiado sin cesar. Con una mente unida a la de sus enemigos, ignoraron las alarmas mientras empezaban a sonar. Las explosiones que habían hecho tambalearse la nave e hicieron que toda la habitación se agitara les había llevado a una pausa. Pero la explosión de dentro de la vaina de comando de Karrid estaba tan cerca y golpeó tan de cerca y tan fuerte que realmente captó la atención de los tres combatientes de su duelo.

Sobre el altavoz una voz se alzó sobre las alarmas, dando la orden de abandonar la nave. Gnost-Dural sabía que los soldados Imperiales de fuera tratando de cortar a través de la puerta obedecerían la llamada, pero no estaba tan seguro de los dos Sith en la habitación.

—Podeis quedaros y acabar conmigo mientras esta nave se hunde a nuestro alrededor, —dijo el kel dor, jadeando por aliento—. O podemos dejarlo en empate y hacer un descanso hacia las vainas de escape.

El sangre pura alzó sus espadas moradas como si estuviera preparado para continuar la lucha, pero rápidamente cambió de opinión cuando su compañero se giró y corrió hacia la salida. Una pesada explosión de la Fuerza mandó el panel de la puerta cerrada precipitándose fuera hacia el vestíbulo ahora vacío de más allá. Un segundo después se habían ido, desapareciendo por el vestíbulo.

Otra explosión hizo que la *Lanza* se empezara a inclinar sobre su lateral. Los sistemas de gravedad artificial deberían haber reaccionado automáticamente recalibrándose. Pero el daño infligido por la flota de la República debió haber sido demasiado grande, y de repente Gnost-Dural se encontró deslizándose sobre el suelo inclinado. Se deslizó fuera de la puerta y hacia el pasillo, seguido un segundo después por Theron. El Maestro Jedi utilizó la Fuerza para evitar estamparse contra la pared; El agente del SIE no fue tan afortunado.

—Creo que nos entretuvimos en nuestra bienvenida, —dijo Theron.

—Lidera el camino, —ofreció el Jedi.

La nave lentamente continuó inclinándose, y pronto la pared lateral sirvió de suelo. Ellos alcanzaron el turboascensor sin ver ninguna señal de los dos Lords Sith, o ninguno de los soldados que habían corrido antes.

—Parece que somos los últimos en llegar a la fiesta, —dijo Theron mientras las puertas del ascensor se abrían y ellos raramente trepaban hacia el interior—. Será mejor que nos acordemos de apagar las luces.

—Creo que la República lo está haciendo por nosotros, —contestó el Jedi mientras otra serie de explosiones volcaban a la *Lanza* por completo y el turboascensor se agitaba al detenerse.

Desde a bordo del puente del *Aegis*, Jace observó el éxodo en masa de cerca de mil vainas de escape mientras los Imperiales huían de la *Lanza Ascendente*. A su orden, la flota todavía estaba disparando a la nave de Karrid. Pensó en detener el asalto; no tenía ni idea de si su hijo —y el Maestro Gnost-Dural— todavía estaban a bordo. Pero el riesgo de una represalia final, incluso si el navío permanecía muriendo, era demasiado grande. Como Comandante Supremo de las fuerzas de la República, no podía arriesgar las vidas de todos a bordo de las naves bajo su mando por el bien de una única persona, ni siquiera su propio hijo.

Trató de reafirmarse argumentando que no tenía realmente ninguna prueba de que Theron hubiera estado en la nave durante la batalla, pero dado todo lo que había tenido lugar era probable. Esperanzadamente tendría alguna forma de salir con vida, aunque por lo que sabía de su hijo, no tener una estrategia de evacuación pre-planificada no le detendría.

Las vainas de escape continuaron desplegándose, disparándose en cientos de direcciones diferentes. Sería imposible rastrearlas todas… aunque no sería difícil hacer volver las armas de la flota contra ellos y barrerlos virtualmente a todos.

—¿Simplemente vas a dejarles ir a todos? —preguntó Teff'ith.

—¿Qué te importa? —soltó Jace.

—No lo hace, —dijo la twi'lek con un encogimiento de hombros—. Sólo estoy sorprendida. Pensé que odiabas a los Imperiales.

Sin hipermotores, el alcance de las vainas era limitado; la mayoría acabaría aterrizando en las ciudades orbitales de Duro, donde las autoridades los tomarían en custodia. Algunos se dirigirían en dirección opuesta, tratando de llegar a los mundos menos poblados del sistema. Allí se instalarían, confiando en que los transpondedores llamaran a un equipo de recuperación Imperial a su localización para el rescate, pero el número que realmente volvería al Imperio era mínimo.

Además, pensó Jace, *Theron podría estar en una de ellas*.

Él miró a Satele y vio que sus ojos estaban mirando a la distancia a nada en particular. Reconoció la mirada; estaba extendiéndose con la Fuerza para tratar de encontrar a Theron y a Gnost-Dural.

—¿Están ahí fuera?

—No lo sé, —dijo ella al fin, inclinando su cabeza en derrota—. Las energías del lado oscuro de la *Lanza* lo hacen difícil de ver. Quizás si tuviéramos un vínculo especial… —ella retrocedió.

—No te preocupes, —dijo Teff'ith—. Theron es duro. Sólo será mejor que recuerde pagarnos cuando se acabe.

Pese a su actitud aparentemente despreocupada, incluso Jace podía decir que estaba tan preocupada como el resto de ellos.

Theron había dejado su púa cortadora atrás en la consola de control del santuario interior de Karrid; al momento de recuperarlo había tenido que retroceder para evitar ser partido por la mitad por su sable láser volador. Sin ella, sin embargo, era incapaz de colarse en el turboascensor para tratar de reiniciarlo. Forzado a confiar en métodos más crudos, pateó la pared dos veces y un gruñido profundo llegó desde el hueco de abajo, o quizás ahora era arriba. Lentamente, el ascensor empezó a moverse de nuevo.

—Estoy sorprendido de que eso funcionara, —destacó el Jedi.

—Yo y esta nave tenemos un poco de historia ahora, —dijo Theron con un guiño.

Cuando alcanzaron la Plataforma D las puertas del ascensor se abrieron varios centímetros, entonces se detuvieron. Theron pateó la pared de nuevo, pero no pasó nada.

—¿Puedes, uh, ya sabes? —preguntó Theron a su compañero, jugueteando con sus dedos en el aire.

—Utilizar la fuerza es más costoso de lo que crees, —le dijo el Jedi—. Agarra. —Gnost-Dural agarró el borde de una de las puertas, Theron la otra. Gruñendo y esforzándose, consiguieron hacer suficiente espacio para apretarse a través. El pasillo más allá estaba oscuro, incluso las luces de emergencia habían fallado. Mientras trepaban fuera hacia el suelo, lo que había sido el techo antes de que la *Lanza* se volcara, el Jedi encendió su espada verde para iluminar el camino. La nave tembló de nuevo, y escucharon un bum profundo, distintivamente diferente del sonido de las explosiones provocadas por el bombardeo de la República.

—Sala de motores, —dijo Theron—. Los sistemas de refrigeración deben haberse apagado.

Él sabía que Gnost-Dural no necesitaba que le explicara qué ocurriría cuando la unidad contenedora de hipermateria se sobrecalentara: la explosión resultante vaporizaría toda la nave. Tambaleándose por el vestíbulo, alcanzaron las plataformas de vainas de escape.

—Vacía, —musitó Theron mientras pasaban la primera plataforma—. Vacía. Vacía. Vacía. Ah… ¡aquí está!

—La vaina privada de escape de Karrid, —dijo Theron con una sonrisa—. Imaginé que nadie sería lo suficientemente tonto como para cogerla.

Ellos se apilaron mientras la nave empezaba a agitarse aún más violentamente que antes. Theron golpeó el botón para sellar las puertas de la vaina y Gnost-Dural golpeó los controles para lanzarles al espacio.

Theron miró atrás a la *Lanza* muriendo a través de la ventana de vistas de la parte trasera mientras se alejaban flotando. La nave entró en erupción en un despliegue de fuegos artificiales de explosiones, cada una pareciendo más brillante y mayor que la última. Y entonces el navío fue consumido en un flash blanco brillante, puntuado por el anillo rápidamente expandiéndose de energía brillante que caracterizaba a una explosión masiva de hipermateria.

Un silencio opresivo flotó por el puente del *Aegis*. El sonido de los dedos tecleando las consolas de control y los bips suaves electrónicos de las estaciones de trabajo únicamente enfatizaban la ausencia total de conversación.

Ha pasado demasiado tiempo, pensó Jace. *Nadie a bordo podría haber sobrevivido a esa última explosión*.

Él miró a Satele, pero ella no le devolvió la mirada. Estaba de pie con los ojos cerrados y sus manos cerradas enfrente de su pecho. Jace no tenía forma de saber si todavía estaba tratando de usar la Fuerza para encontrar a Theron, o si estaba simplemente tratando de recomponerse.

—¡Señal entrante de una de las vainas de escape, señor!

La voz del tripulante rompió el silencio. Asombrado, Jace dejó salir un aliento que no sabía que estaba conteniendo.

—Parchéala, —ordenó el Comandante Supremo, su corazón martilleando con una mezcla de esperanza y temor.

—Hey, *Aegis*, —llegó la voz de Theron por el altavoz—. ¿Hay alguna posibilidad de que yo y mi amigo Jedi podamos subirnos a dar una vuelta?

Cinco minutos después Jace, Satele, y Teff'ith estaban abajo en la plataforma de amarre —junto con otros veinte miembros de la tripulación del *Aegis*— mientras la puerta de la vaina de escape se abría. El Maestro Gnost-Dural salió primero, seguido de Theron. Todos los reunidos rompieron en una ronda de aplausos y ánimos espontáneos. Jace se unió, golpeando sus grandes manos de corazón mientras una oleada inesperada de orgullo y gozo que nunca había sentido en años corría a través de él. Era todo lo que podía hacer para evitar cargar hacia delante y abrazar a ambos héroes en un feroz abrazo de oso.

—Bienvenidos de vuelta, —dijo él, golpeando un agudo saludo en su lugar.

—Parece que todo el mundo ha venido a decir hola, —dijo Theron, sus ojos moviéndose por la multitud, a Jace, a Teff'ith, y finalmente a Satele—. Y quiero decir todo el mundo.

—La República está en una deuda contigo que nunca podrá pagar, —dijo Satele, y Jace podía decir que también estaba luchando para permanecer reservada enfrente del resto de las tropas reunidas.

Fue la irreprimible twi'lek la que finalmente dijo lo que todos estaban pensando pero nadie tenía el coraje de decir.

—¿Sabéis que estáis desnudos, verdad?

EPÍLOGO

JACE TRATÓ DE PROYECTAR un despliegue hacia fuera de calma autoritaria mientras se sentaba en la silla tras su escritorio, pero por dentro su estómago estaba agitado.

Esto es una locura. Has hecho un millón de partes. Este no es diferente.

Pero era diferente, sólo por quién estaba involucrado.

Satele y el Maestro Gnost-Dural ya estaban allí, sentados en dos de las cuatro sillas que habían sido dispuestas al otro lado del escritorio de Jace. Los otros dos asientos estaban vacíos, reservados para el Director y, por supuesto, Theron. Habían pasado tres días desde la victoria en Duro. En ese tiempo, Jace no había hablado ni con Satele ni con Theron, aparte de un par de palabras mientras presentaba a Theron, Gnost-Dural, y a Teff'ith la Crus de la Gloria, el mayor honor de la República, en una ceremonia semi-privada atendida por varias docenas de dignatarios y oficiales. Del otro lado de la puerta escuchó la risa animada, de tono agudo de su recepcionista; un par de segundos después la puerta se abrió y Marcus caminó dentro cerrándola tras ellos.

—¿Dónde está Theron? —preguntó Jace.

—Dijo que no podría hacerlo, —dijo el Director, claramente incómodo—. Me ha dado su informe. Podemos contactar con él después del parte si tenemos alguna pregunta sobre la marcha.

Jace estaba sorprendido. Escaquearse del parte no era un acto oficial de insubordinación; técnicamente Theron respondía ante el Director, no a Jace. Marcus podía haberle ordenado venir, por supuesto, pero eso habría sido del todo contraproducente. Todavía, Jace había estado esperando verle.

—Está bien entonces, —dijo él, cubriendo su decepción con profesionalidad brusca—. Empecemos.

El parte no duró ni de cerca tanto como Jace habría esperado para una asignación de esta naturaleza y complejidad. Podría haber fanfarroneado sobre cómo toda la misión fue puesta en riesgo porque Theron y Gnost-Dural habían fracasado en seguir las órdenes, pero sólo habría sido una actuación. Todos en la habitación sabían la verdad, y Jace confiaba en que Satele y Marcus supieran mejor cómo manejar a su gente de ahí en adelante. En su lugar, se ciñeron a los hechos y al análisis, y toda la cosa se acabó en menos de una hora.

Conforme todo el mundo se alzó para marcharse, Jace dijo,

—Gran Maestra Satele, ¿puede quedarse un momento?

Gnost-Dural y el Director se fueron rápidamente, cerrando la puerta tras ellos sin que se les pidiera.

—No eres el único que esperaba que Theron estuviera aquí, —dijo Satele una vez que estuvieron solos.

—¿Es tan obvio? —preguntó él, saliendo de detrás de su escritorio para tratar de caminar con algo de su frustración.

—Lo es para mí, —dijo Satele, quedándose inmóvil mientras le veía ir atrás y adelante—. Pero puedo entender por qué no estaría de humor para una reunión familiar.

—¿Crees que todavía me culpa?

—Hiciste lo correcto. Llevaste la flota a Duro.

—¿Eso arregla el haber dejado al Imperio atacar Ruan?

—No siempre podemos arreglar nuestros errores, —le dijo ella—. Sólo podemos aprender de ellos.

Jace frunció el ceño, como siempre, no encontraba la típica sabiduría Jedi particularmente de ayuda. Paró de caminar y se giró hacia Satele, en pie justo enfrente de ella.

—¿Cómo podría hacer esto bien?

Satele agitó su cabeza.

—Lo conoces tan bien como yo.

—Ese es el problema, —dijo él—. Quiero llegar a conocerle mejor.

—Entonces espera a que él vaya a ti, —dijo ella.

—Eso no parece estar funcionando demasiado bien para ti, —señaló Jace.

—Las circunstancias de tu relación con nuestro hijo son diferentes de las mías, —denotó Satele, y Jace percibió un profundo arrepentimiento tras sus palabras.

—¿Nunca has querido ir y hablar con él?

—Hay un montón de cosas que queremos que no podemos tener, —contestó, su expresión ilegible—. Esa es la carga del liderazgo.

Ella extendió el brazo y puso una tierna mano sobre su hombro. La dejó ahí por un largo momento, entonces la quitó y se giró para marcharse.

—Adiós, Comandante Supremo.

—Adiós, Gran Maestra, —contestó él.

Cuando se hubo ido, se sentó en su escritorio y encendió su estación de trabajo, determinado a perderse en la montaña sin fin de informes que siempre parecían necesitar su atención. Para su sorpresa, vio que había una holograbación privada esperándole.

—Siento haberme perdido el parte, Comandante, —le dijo Theron cuando abrió el mensaje—. Hay algo de lo que tengo que ocuparme. Pero quizás más tarde podemos ir a conseguir esa bebida de la que hablamos. Darnos una oportunidad de simplemente… no sé… hablar, supongo.

Jace apagó el mensaje mientras terminaba con una pequeña sonrisa, contenida.

Oculto en las sombras en la esquina trasera de la habitación de hotel de Teff'ith, Theron observaba el paquete de la twi'lek, escuchando entretenido sus quejas gruñonas mientras hurgaba en la habitación buscando algo que mereciera la pena robar.

—¡Los estúpidos de la República nos dan una estúpida medalla! No podemos gastar una medalla. Ni siquiera merece la pena fundirla.

—¿Buscas algo? —preguntó él, saliendo a la vista.

Como por arte de magia, su bláster apareció de repente en su mano.

—¿Cómo has entrado?

—Lo creas o no, estos hoteles de alta clase no tienes una gran seguridad en realidad.

Teff'ith bajó su bláster, pero le disparó con una mirada sucia.

—Nunca nos pagaste, —le acusó.

—Tengo tus créditos justo aquí, —dijo Theron, señalando a una bolsa en la esquina donde había estado.

—¿Créditos de verdad? ¿No un chip de la República?

—Diez mil créditos reales. No creo que un chip de créditos de la República tuviera mucho valor donde vas.

—¿Diez mil? —protestó ella—. ¿Qué hay de los créditos que Gorvich nos robó?

—Eso es entre tú y él, —dijo Theron encogiéndose de hombros.

—Sabíamos que no podíamos confiar en ti, —dijo Teff'ith con el ceño fruncido mientras iba y cogía su bolsa.

—Debería ser capaz de reunir un par de miles más si te quedas por aquí, —ofreció él.

—No me quedo, —dijo ella, soltando los créditos en la cama de la habitación del hotel para poder contarlos—. Odio esto. Demasiado brillante.

Sé a lo que te refieres, pensó Theron. En voz alta preguntó,

—¿Entonces cuál es tu plan?

—No lo sé. Lo averiguaremos. No puedo volver a la Hermandad de la Antigua Tion gracias a ti.

—Apuesto a que el Director podría encontrarte un puesto para ti en el SIE como una agente de campo.

—Pasamos, —dijo ella, alzando los créditos y presionándolos en la bolsa—. No estamos interesados en rellenar informes para un jefe tras un escritorio.

—Sólo trabajamos para nosotros mismos.

Ella colgó la bolsa de su hombro y se dirigió a la puerta. Antes de irse, se giró hacia Theron.

—No nos vuelvas a espiar más, —dijo ella, meneando un dedo en su dirección. No necesitamos que nos mires por encima del hombro como un hermano mayor.

Theron la vio irse, sin decir nada hasta que la puerta se cerró tras ella.

—Puede que no me necesites mirándote por encima del hombro, pero estaré ahí de todos modos, —prometió suavemente—. Eso es lo que hace la familia.

SOBRE EL AUTOR

Drew Karpyshyn es el autor de best seller de La Guerra de las Galaxias: La Antigua República: Revan y de La Guerra de las Galaxias: la trilogía de Darth Bane: Camino de Destrucción, Regla de Dos, y Dinastía del Mal. También escribió la aclamada serie de novelas de Mass Effect y trabajó como escritor/diseñador de numerosos videojuegos ganadores de premios. Tras pasar la mayoría de su vida en Canadá, finalmente se cansó de los largos inviernos, fríos y se dirigió al sur en busca de un clima más propicio para el golf todo el año. Drew Karpyshyn ahora vive en Texas con su mujer, Jennifer, y su gato.